BIBLIOTECA ANDRÉS BELLO

MANUEL DIAZ RODRIGUEZ

ÍDOLOS ROTOS

(NOVELA)

EDITORIAL-AMÉRICA
MADRID

CONCESIONARIA EXCLUSIVA PARA LA VENTA:
SOCIEDAD ESPAÑOLA DE LIBRERÍA
FERRAZ, 21

PRIMERA PARTE

I

Mil emociones, á cual más intensa, le traían vibrando desde el alba: unas tristes, otras alegres, luchaban todas entre sí, pero sin alcanzar ninguna el predominio. De aquí cierta confusión, cierta perplejidad risueña, estado semejante al del éxtasis, ó mejor al estado de alma de quien empieza á despertarse y duerme todavía, cuya conciencia en parte responde á los reclamos de la vida real, en parte se recoge, obstinada y feliz, bajo las últimas caricias de un sueño.

Alberto Soria volvía á la patria después de cinco años de ausencia. Cuando vió la tierra muy cerca, todas las memorias de su niñez y juventud, hasta aquel instante confundidas con muchas cosas exóticas, recobraron su primitiva frescura; y desde la cubierta del buque se dió á reconocer, al través de esas memorias, la costa y los grises peñascos de la playa, las colinas áridas medio sumergidas en el mar, los verdes cocotales y las casas del puerto, agazapadas las unas al pie del monte que sigue la curva costanera, desparramadas las otras por la misma falda del monte, cuesta arriba. A medida que se acercaba á la tierra y más

claramente distinguía los objetos unos de otros, con más vigor el pasado revivía en su alma. Casas, árboles, peñascos y algunos lugares muy conocidos de él evocaban en su espíritu un enjambre de recuerdos. Ya en tierra, después de haber caído en brazos del hermano que le esperaba en el muelle, siguió viendo hombres y cosas á través de los recuerdos, con sus ojos de cinco años atrás, no habituados al llanto, á la sombra, ni al dolor, sino hechos á la sonrisa, á la franca alegría de vivir, á las formas vestidas de belleza y á la belleza vestida de luces. De pronto se halló pensando en los últimos años de su vida como en un sueño, cuya vaga y esplendorosa fantasmagoría estaba á punto de apagarse.

Ya el cambio de aspecto de ciertas cosas le recordaba su larga ausencia, ya la intacta fisonomía antigua de otras cosas representábale con tanta viveza el pasado, que le parecía no haber vivido jamás ausente de la tierruca.

Así, en esa ambigüedad oscilante de vigilia y de sueño estaba todavía, horas después de haber saltado á tierra, en un vagón del tren que le llevaba á la capital. Sentado contra un ventanillo del vagón, á la derecha, se asomaba de tiempo en tiempo á ver el paisaje, y se complacía en admirar sus pormenores, cuando antes esos mismos pormenores no le llamaban la atención, ó le causaban hastío de verlos con frecuencia. Si quitaba los ojos del paisaje, los ponía en el hermano sentado junto á él, y entonces los dos hermanos se consideraban mutuamente con una mezcla de curiosidad y ternura. Desde que se abrazaron en el muelle, á cada instante se miraban y sonreían, sin que ninguno de los dos hubiera acertado á decir por qué sonreían. Era tal vez la sorpresa de encontrarse

cambiados, al menos por de fuera, lo que llamaba á sus labios la sonrisa, pues para entrambos el tiempo había volado, y ninguno de los dos estaba apercibido á encontrar mudanzas en el otro. Para Alberto, en especial, era muy grande la sorpresa. A su partida, el hermano, cinco años menor que él, era apenas un adolescente: el cuerpo desmirriado, el rostro sin asomos de barba y de expresión melancólica y mustia. Su madre, enferma cuando lo dió á la vida, murió meses después, y en esta circunstancia veían todos el por qué de su aire pálido y marchito. Ahora aparecía transformado de un todo: de chico melancólico y frágil se había cambiado en mozo gallardo y fuerte. No conservaba de su antigua expresión enfermiza sino una como sombra de cansancio alrededor de los ojos. Aparte ese tenue rastro de su antigua endeblez, toda su persona, vestida con elegancia, y hasta con un poco de amaneramiento, respiraba la satisfacción de quien está bien hallado con el mundo y empapa el ser, alma y cuerpo, en todas las fuentes de la vida.

Si no con igual sorpresa, Pedro observaba al hermano con mayor curiosidad, como si esperase descubrir en éste algo maravilloso traído de muy lejos. Y los dos hermanos hablaban de muchas cosas, pero sin orden ni coherencia, cayendo de vez en cuando en silencios profundos. La misma abundancia de lo que deseaban decirse, repartiendo al infinito su atención, sellaba sus labios. Además de eso los preocupaba, haciéndoles enmudecer, el temor de rozarse con un punto sensible, sobre el cual ninguno de los dos quería decir nada, esperando cada uno que empezase el otro.

El tren había dejado la costa y subía, simulando amplias ondulaciones de serpiente, por los flancos de

la sierra. Lejos, á la derecha, se divisaban los últimos cocales, la playa y su orla de espumas, el mar y el distante horizonte marino, cerrado por espesos cortinajes de nieblas. Enfrente y á la izquierda no se veían sino cumbres, laderas y hondonadas. A una vuelta del camino desaparecieron el mar, la playa y los cocoteros, para minutos más tarde reaparecer, y continuar así, apareciendo y desapareciendo, según el capricho de la ondulosa vía férrea. A medida que el tren se internaba en la serranía, más imponente y monótono era el paisaje. A un lado, la cuesta pedregosa del cerro; al otro lado, el barranco, en ciertos lugares profundísimo; por todas partes rocas negruzcas y tierra árida, color de ocre, de tonos amarillos y rosados, á trechos cubierta de raros manchones de verdura. Algunas quiebras, merced á ocultos hilos de agua, provenientes de la cumbre, lucían una vegetación lozana y rica; pero todas las demás, no humedecidas nunca, ó sólo muy de tarde en tarde por el agua del cielo, criaban maleza ardida del sol, rastrera y pobre. Por la orilla del barranco se sucedían los cactos de grande pencas espinosas, en el extremo de algunas de las cuales resaltaba el higo rojo y áspero, semejando viva púrpura cuajada en los labios de una herida, ó inmenso rubí oscuro, casi negro. Y á lo lejos, muy cerca de las cimas, de cuando en cuando aparecían, fuertes y nobles habitantes de la altura, los araguaneyes en flor, interrumpiendo con sus regios mantos de estrellas de oro la uniformidad gris de los breñales.

Soria contemplaba el paisaje, recogiendo sus líneas salientes y sus colores más vivos con ojos expertos, habituados á percibir en todas partes y en todas partes recoger los rasgos dispersos é infinitos de la multiforme belleza. Pero su atención la distrajo Pedro,

quien, primero titubeando, luego en tono resuelto, dijo como siguiendo una conversación interrumpida:

—Pues «el viejo», como ya te he dicho, está malo, muy malo. Los médicos no le conceden mucho tiempo de vida. Según ellos afirman, difícilmente resistirá á un nuevo acceso. El último acceso le dió hace unos quince días, y no he visto nada más espantoso. Desde entonces en casa vivimos en perpetua zozobra, temiendo cada día lo que puede traer el día venidero. Afortunadamente, Rosa es toda firmeza y valor, y equivale á muchas enfermeras juntas. Cualquiera otra se habría rendido al cansancio, pues tarea de sobra tiene con su marido y papá.

—¿Su marido? ¿Y Uribe también está enfermo?

—Siempre. Ya de esto, ya de aquello, siempre se queja de algo. Y aunque tiene aspecto descalabrado y enfermizo, y vive consultando á los médicos, hasta ahora no sé á punto fijo qué enfermedad es la suya.

Por el alma del recién llegado pasó como un relámpago de alegría perversa. Era su venganza. Se vengaba de la tristeza abrumadora y sin motivo, de su dolor sutil é indefinible, suerte de celos malsanos prendidos en su alma como un germen de amarguras cuando recibió en Europa la noticia del proyectado matrimonio de Rosa Amelia. Esta, á propósito de su casamiento, le escribió unas cuantas líneas, las cuales, á pesar de su tono cariñoso, no bastaron á sofocar en el ánimo de Alberto Soria el grito de un extraño despecho. Alberto se creyó ofendido en su amor á la hermana, como traidoramente despojado de un bien precioso, y desde esa época, sin él mismo saberlo, tuvo celos del intruso, y guardó á la hermana un resentimiento vivo.

Pero inmediatamente después de haberse alegrado

se avergonzó de su alegría, y sobre todo se avergonzó de no haberse entristecido mucho al conocer el estado lastimoso del padre. Su semi-indiferencia le repugnó, y turbado, como el reo capaz de comprender su falta, quiso distraerse volviendo los ojos al adusto panorama de la sierra.

Por el fondo del barranco y por la escueta ladera del monte empezaron á correr sombras de nubes, y finas gotas de agua cayeron, mojando la cara de Alberto Soria, asomado al ventanillo. Hacia atrás, hacia el mar ya invisible, el paisaje seguía inundado de luz; y en ese espectáculo de lluvia y sol á un tiempo, Alberto vió la imagen fiel de su alma, comparable en aquel segundo á un rostro enigmático y misterioso que de un lado sonriera y del lado opuesto llorase.

La lluvia cesó, y deshecho el nublado, reinó de nuevo en toda la extensión del paisaje la claridad fastuosa del sol, apenas interrumpida por la breve noche de los túneles. Alberto Soria observaba de nuevo las cuestas, la gualda túnica de los araguaneyes florecidos, las colinas color de ocre, bajas, casi desnudas, en algunos puntos revestidas de mogotes escuálidos, tales como dispersos mechones de cabellos lacios en una calva incompleta. Ya se distraía siguiendo sobre las piedras del monte un grupo de raíces trepadoras, enlazadas como serpientes; ya se regocijaba á la vista de un peñasco en forma de cono, de vértice coronado por un solo árbol abierto sobre el peñasco, á la manera de gracioso parasol de China. Y de todas estas cosas y de los matices de estas cosas se exhalaba para el viajero como una esencia, como un espíritu, un ideal de belleza fuerte y salvaje.

Por segunda vez la atención de Alberto fué distraída hacia lo interior del coche; pero entonces no fué

la voz de su hermano, sino la voz de una mujer la que rompió su éxtasis contemplativo. En el mismo vagón, enfrente de Soria, conversaban dos pasajeros: un hombre como de treinta y ocho años, alto, seco, de ojos grandes, brincones y frente prolongada por una calvicie prematura, y una mujer bastante joven, rubia, de labios rojos, frescos, sensuales, lujosamente vestida y sentada entre una multitud de cachivaches: abanicos, abrigos y cajas de cartón de varios estilos y dimensiones. En el hombre, Alberto reconoció un vago de buena familia, un elegante de profesión, antiguo héroe de salones y clubs, y en la mujer á una vendedora de caricias, antaño muy á la moda en la capital, por cuyos paseos y calles arrastraba, como nuncios de su impudor, trajes llamativos y escandalosos. El veterano de salones y clubs hablaba lenta y reposadamente, como persona de pro, en tanto que su interlocutora lo hacía con bruscos aspavientos descompasados. De su conversación nada llegaba á los demás viajeros, apagadas como eran las voces por el ruido del tren en marcha. Pero el tren se detuvo en una estación, y entonces Alberto oyó á la mujer decir de modo claro y distinto:

—¿Y qué me dices de Mario Burgos? Me han asegurado que tiene amores con Teresa Farías. Como Teresa Farías antes de casarse con Julio Esquivel fué novia de Mario...

Y la mujer acabó ahogando un refrán grosero en una carcajada cínica y ruidosa. El héroe de salones y clubs murmuró algo con voz imperceptible, y vió después á los demás viajeros, como temeroso y avergonzado de que hubiesen oído las palabras de su compañera de viaje.

Alberto, al oirlas, volvió los ojos como asombrados

é interrogadores al rostro del hermano, el cual se limitó á responder con una sonrisa de significación incierta. Aunque no era amigo de ninguna de ellas, Alberto conocía á los personas cuyos nombres acababa de escuchar, y tal vez por eso le impresionaron hondamente las palabras malévolas de la errante vendedora de caricias. Después de llenarle de asombro mezclado con un poco de indignación, esas palabras desviaron el rumbo de sus pensamientos. Desviaron sus pensamientos hacia el país lejano, hacia la distante ciudad europea de donde él venía.

Abstraído en la rememoración de cosas lejanas, para él desaparecieron las cosas al través de las cuales iba el tren, puesto en marcha de nuevo; no vió cómo el paisaje cambiaba poco á poco, sucediendo á las altas cumbres colinas humildes, y á los enormes despeñaderos quiebras nada profundas. Por último, á la derecha de la vía surgió una hilera de sauces, de follaje amarillento y pobre, y á poco se divisaron á lo lejos, como avanzada de la ciudad, ya muy próxima, algunas casas caprichosamente esparcidas. Como tantos viajeros que, al llegar al término, se complacen en recordar su punto de partida, Alberto evocaba con lucidez maravillosa la ciudad europea abandonada por él quizás para siempre. Los recuerdos de los últimos días vividos en esta ciudad fueron pasando por su memoria deslumbrada; pero uno solo de esos recuerdos triunfó al cabo de la esplendidez y la fuerza de los otros. En los largos mediodías y en las tristes noches de á bordo, en alta mar, le había perseguido sin tregua. Y ahora, cuando tal vez iba á extinguirse completamente, se lo representaba doloroso y bello como nunca. Era el recuerdo de un adiós todo besos y lágrimas. Era la visión de un cuerpo de mujer, lleno de temblores, enlazado á su

cuerpo; la visión de un rostro de mujer inclinado sobre su rostro; la visión de unos ojos rebosantes de lágrimas, inclinados sobre sus ojos, húmedos de llorar; la visión de unos labios tendidos hacia sus labios en demanda del último beso; la visión radiante de una hermosa cabellera rubia, llamarada de sol cuajada en finísimas hebras áureas, caída, durante los espasmos del dolor, en cascadas de trenzas y lluvia de rizos alrededor de dos frentes, hasta vestir de suave seda y perfume las mejillas de dos rostros, hasta ocultar á la vez dos cabezas, cubriéndolas y amparándolas con toda su magia de luz y de oro, como una tienda real, perfumada y rica, protectora del amor de dos novios augustos.

II

Alberto Soria recordaba siempre con disgusto los días de incertidumbre y dolor que siguieron al término de sus estudios filosóficos. Necesitaba en esos días elegir carrera, según los deseos de su padre; y ante lo difícil de acertar en su elección, mantúvose un buen espacio de tiempo irresoluto. Adivinaba, merced á su inteligencia clarísima, lo decisivo y grave del momento. Otros de su misma edad, compañeros suyos en los bancos de la escuela, tranquilos é indiferentes por incapaces de reflexión, descuidados del porvenir, se disponían á tomar, al menor impulso extraño, por el atajo más próximo, así como tropel de sufridos corderos obedientes á la voz y al cayado de un pastor ignorante. Víctimas de un sistema de enseñanza, todo rapidez, con el que se pretende madurar cerebros y pulir inteligencias, como se mueven máquinas por fuerza de electricidad ó vapor, en casi todos, precozmente amanerados, era ya imposible un desarrollo natural harmónico y sereno. Condenados á la fatiga prematura, en ellos el germen primordial, producto de la herencia y el medio, germen en cuyo regazo van las aptitudes y energías de cada individuo, había muerto ya bajo un fárrago de influencias contradictorias, ó en balde trataba de crecer, permitiéndose de cuando en cuando alguna protesta efímera. Unos, los más, escuchaban y

seguían resignados un consejo cualquiera; otros, los menos, y de estos pocos era Alberto, caían en confusión y duda, sin atinar, casi ninguno de ellos, la carrera mejor avenida con sus gustos é inclinaciones.

En el seno de la familia Soria se discutían con frecuencia las probabilidades de éxito feliz de cada profesión en particular, pero nadie tomaba en cuenta las aficiones mismas de Alberto. Su padre estaba por la Medicina ó las Matemáticas; su tía materna, la tía Dolores, estaba sólo por las Matemáticas y hacía ascos á la Medicina, como á un oficio por demás plebeyo. Entretanto Alberto, el único interesado, no mostraba amor decidido por ninguno de esos estudios y profesiones. Sentíase más bien atraído hacia el estudio del Derecho, en parte por ser la ciencia del Derecho la preferida de su tío paterno, el político de la familia, llamado Alberto como él y á quien él adoraba, en parte porque en la profesión misma del abogado algo le seducía. No le seducía el estudio mismo del Derecho ni el de sus fuentes históricas. Lo seducía la faz menos científica y más brillante de la profesión de abogado, idealizada por la figura del abogado triunfador en causas célebres.

Nada le parecía tan glorioso como encadenar á los adversarios, leyes y jueces, con la cadena de oro de la palabra bella y el gesto noble y persuasivo. Este parecer iba en su alma ligado á la emoción más profunda y turbadora de su adolescencia: emoción experimentada cuando fué á un teatro por la primera vez de su vida y pudo ver desarrollarse en la escena, majestuoso y deslumbrador, un drama perfecto. Los períodos harmoniosos y correctamente declamados, el ademán sobrio y feliz de algunos actores, los gritos dolorosos de los personajes tomados de la vida real,

el centelleo de las luces y las joyas y los aplausos de la multitud le turbaron hasta dar á su fantasía la exaltación de una embriaguez violenta. Aquella noche le fué imposible dormir: los oídos llenos con las palpitaciones de todas sus arterias, los ojos abiertos en la sombra y empañados todavía en representarse los episodios más notables del drama, pensando unas veces en los actores como en entes casi divinos, considerando otras veces al autor oculto de aquella urdimbre de verdad y poesía, desarrollada en la escena, como una cima insuperable de grandeza y de gloria. Mil sentimientos nebulosos despertó esa emoción en su alma cerrada aún de adolescente. Pero Alberto no supo leer, ni siquiera adivinar en su emoción, el secreto de su destino. Y por mucho tiempo después, al recordar su tumultuoso estado de alma de aquella noche, lo atribuía á veleidad pasajera de su temperamento impresionable.

Deseando por una parte acabar con sus vacilaciones infinitas; queriendo por otra parte huir de las estériles disputas provocadas por esas mismas vacilaciones en el seno de su familia, decidió, en uno de esos arranques peculiares de los caracteres incompletos, débiles ó enfermizos, abrazar la profesión del ingeuiero. Sin darse cuenta exacta de lo que había pasado por él se encontró irremediablemente engolfado en el estudio monótono y frío de las matemáticas. No faltó quien le infundiese esperanzas y aliento: mnchas voces optimistas le hablaron de un porvenir muy próximo, lleno de cosecha abundante, reservada á la ingeniería. En efecto: por el país en calma pasaba un soplo regenerador cargado de bendiciones y promesas. Nadie guardaba miedo al espantajo de la guerra civil, como si ésta no pudiese volver de nuevo á transformar campi-

ñas prósperas en desiertos, y ciudades florecientes y ricas en asilos de mendicidad y montones de escombros. Muchos se creían en el principio de una larga era de bienandanzas, y esperaban, como fruto de orden y de paz, el nacimiento de nuevas indurtrias y nuevas riquezas, á cuya formación y adelanto contribuiría, más que ningún otro, el ingeniero con sus luces.

A pesar de todo, en el curso del primer año, su esfuerzo de voluntad se rompió más de una vez, y á cada ruptura vivió momentos de dolor y días pálidos llenos de tristeza. Su manera rigurosa de concebir el deber, ayudada luego por la costumbre, venía á ser el solo aguijón de sus bríos. Trabajaba sin entusiasmo ni amor, no considerando sus estudios como destinados á embellecer y fecundar su vida, sino como simple tarea, indispensable y enojosa, al fin de la cual emprendería otra diferente. Sin embargo, estudiaba con tenacidad heroica, dejando pasar la juventud, grave y rígida, como una virgen privada de risas, cantos y besos. Sin ligerezas amables, ni calaveradas ingenuas, su vida se deslizaba como austera vida de monje en la estrechez de los claustros. Sus labios, resueltos á conservarse puros, rechazaban el bebedizo de los amores fáciles. Y fuera de dos ó tres amigos, con los cuales de tarde en tarde gozaba de grato esparcimiento, nada le distraía de su empeño en terminar pronto y bien sus estudios.

La tensión de su voluntad la sostenía el señuelo de una promesa. Su padre le había ofrecido enviarle á Europa á coronar su carrera científica, ganando en los grandes centros del viejo mundo mayor suma de ciencia, y preparándose, por el solo hecho de cruzar el océano, un éxito más feliz, como creía y aseguraba candorosamente el viejo Soria.

Por fin llegaron los últimos exámenes, y con ellos aproximóse el momento de la partida. Soria, pasados los exámenes, experimentó nn bienestar infinito, como quien se ve libre de una obsesión ó de una gran pesadumbre. Su voluntad, como después de largo encogimiento, se desperezaba fuerte y gozosa. Y sentíase tan ágil, desembarazado y lleno de confianza, como si se hallara en el verdadero instante oportuno para dar un objeto á su vida. Su diligencia anterior se le aparecía como simple deseo de llegar pronto al descanso y su austeridad como treta de refinado para mejor saborear todas las delicias y blanduras. Durante muchos meses, desde antes de emprender viaje hasta después de su llegada á París, la primera ciudad en la cual había de fijarse á completar sus estudios, vivió en el más profundo reposo. Desaparecida la tensión de su voluntad, la alegría de vivir, qne hasta entonces había pasado cerca de él como un torrente mudo, empezó á conquistarle. El torrente murmuraba, cantaba, convidándole en sus cantos y murmurios á beber de la onda tersa y fugitiva. Y sus labios, llenos de juventud, se inclinaron sobre la onda como una flor sedienta.

Mientras la vida se le insinuaba amable y risueña en su alma despertó, á favor del reposo y del medio parisiense, un germen dormido. Y del germen brotó, derramándose como savia invisible por todo el ser incontaminado de Alberto, una fuerza nueva que cada vez más afinaba sus ojos, afinaba su piel, afinaba sus nervios, y le hacía buscar, casi á pesar suyo, en los seres y las cosas, la gracia y la harmonía. Aquella su emoción turbadora, experimentada de niño cuando fué por la primera vez á un teatro, se renovó más clara y á menudo, revelándose al fin como un instinto, como un sentimiento irresistible, nacido con él, indis-

pensable para él, sentimiento vivo y delicado de la Belleza harmoniosa.

Conocía de antes algunos de sus compatriotas residentes en París y dedicados al estudio: médicos en su mayor parte, raros ingenieros y unos pocos artistas. Entre sus compatriotas no cultivó y sostuvo amistad verdadera sino con Emazábel, médico, é Iglesias, artista, pintor y escultor á la vez, condenado á sucumbir dos años más tarde en plena esperanza de triunfos. Iglesias, y un joven argentino amigo de Iglesias llamado Calles, pintor y discípulo de Laurens, fueron los camaradas predilectos de Soria. Con ellos visitó los sitios más frecuentados de los artistas, los talleres escuelas, los grandes museos y las exposiciones ocasionales de escultura y pintura.

Semejantes excursiones, en los primeros tiempos, las hizo, ó creyó hacerlas, con igual placer con que hacía excursiones á los alrededores de París ó visitaba las casas de curiosidades, regalo y diversión de la ociosa gente bulevardera. Pero poco á poco se marcó su predilección por las excursiones artísticas, y en éstas creció de un modo casi palpable el caudal de sus ideas y gustos estéticos. El grano de oro de su amor al arte, primero apenas perceptible como diminuta chispa de luz, muy ligero alcanzó las proporciones de filón rico y profundo. Soria saboreó pronto una alegría nueva, la alegría de conocer, con sólo echar una ojeada sobre un mármol ó una pintura, los primores y excelencias de la obra, y se ejercitaba en adivinar, así la escuela á que pertenecía la obra, como también el nombre del artífice cuyas manos movieron el pincel ó encerraron en la piedra de la estatua la llama de la vida.

Cuando quiso reanudar la interrumpida labor de sus estudios de matemáticas, advirtió y pudo medir en

toda su magnitud el cambio asombroso realizado en él por el hecho de vivir en una atmósfera de arte. Conoció tristezas é incertidumbres análogas á las que había probado en los penosos principios de su carrera. Y en ese estado de alma consideró como una fortuna los obstáculos que se opusieron á su admisión en la Escuela Central. Todo extranjero se tropezaba con esos obstáculos, y para vencerlos debía dirigirse al ministro de Instrucción Pública francés y reclamar la intercesión del representante diplomático de su país en Francia. Pero Soria, en vez de combatir las dificultades y vencerlas, más bien las exageró, asiéndose de ellas como de un áncora, valiéndose de ellas como de un pretexto, para no turbar su vida cómoda y feliz de curioso de arte.

Al cabo de un año, apenas había oído en la Sorbona las conferencias de un profesor de álgebra; y si estaba muy atento á las explicaciones del profesor, al dejar el anfiteatro las echaba en olvido, para no recordar sino las obras recién admiradas en museos y talleres: cuadros hermosos y nobles esculturas.

Sin embargo, bajo su calma en apariencia dichosa, nacía de cuando en cuando un vago remordimiento: ya se representaba con tristeza lo inútil del esfuerzo continuo de sus largos años de estudio; ya pensaba en lo que su padre, confiado y bondadoso, estaba esperando tal vez del hijo ausente.

En la compañía de Iglesias y Calles, y por su género de existencia, hubo de conocer á muchos artistas, entre ellos á uno que sobre él ejerció una influencia indiscutible. Se llamaba José Magriñat. Era uno de esos hombres de talento no muy grande, pero de voluntad prodigiosa, que van dejando por donde pasan una impresión de fuerza y de salud, con la cual dominan y

subyugan. Pintor, joven como de unos treinta años, nacido en Cuba de padres españoles, estrecho de frente, cejijunto y bastante seco de carnes, desdeñaba muchas cosas: desdeñaba el oro, desdeñaba la mujer, desdeñaba las letras, desdeñaba la política. En él no cabían sino dos ideas, dos pasiones, dos fanatismos: la independencia de su país y la gloria de su arte. Su amistad fué para Soria como un baño de energía, y en Soria completó la obra de mucho antes iniciada por el medio. A poco de conocerse, ya eran verdaderos amigos. Y como José Magriñat se hallaba en vísperas de realizar uno de sus mejores sueños de artista, el viaje de Italia, cuando llegó el momento de partir, nada le fue tan fácil como llevarse de compañero á su nuevo amigo Alberto Soria.

Seis meses duró el viaje, la peregrinación artística de ciudad en ciudad, como de santuario en santuario; seis meses llenos de luz, vividos en la sagrada comunión de un mismo ideal de belleza. A la curiosidad noble de los dos romeros no se escondió un solo punto en donde hubiese florecido una escuela de arte, ni la menor aldea en donde un alma de artista hubiese dejado alguna de sus vibracioees más puras palpitando eternamente en el fresco ó en la tela, en el bajorrelieve ó en la estatua. Pero sobre todo, Florencia los turbó, los mareó con el océano de esplendores de sus infinitas obras maestras, con sus mármoles y bronces alzados entre caricias de sol bajo los pórticos, en las plazas púbiicas, en las *loggias* anchurosas y claras, con sus mayólicas suspendidas de los frontones de edificios vetustos, como sonrisas de ángeles extraviadas en un rostro severo, con sus palacios llenos de majestad, cuya gracia y armonía se funde en una atmósfera alegre y sutil, en un cielo azul, delicado y vibrante.

Florencia despertó las últimas rebeldías del alma de Soria y determinó el cambio de éste. El punto de partida de su transformación fué un pensamiento sacrílego acariciado algunas veces por él bajo la cúpula de la Sagrestía Nuova entre los ricos mausoleos de los Médicis, mientras admiraba como en éxtasis la célebre Noche de Miguel Angel. Ante aquellas figuras no acabadas, tales como un tesoro apenas presentido de formas bellas y líneas poderosas, dióse una ver á pensar si nadie podría desentrañar la idea y completar la obra inconclusa del maestro incomparable. Después de relampaguear en su alma, ese pensamiento no se extinguió de improviso como el relámpago. Lo asaltó varias veces, lo persiguió, lo dominó, lo poseyó, como una imagen de voluptuosidad á un débil cerebro de eremita.

Años más tarde, al recordar esas reflexiones que le sugerían las obras no acabadas del maestro, las consideraba, avergonzándose de ellas un poco, sacrilegio y locura. Sacrilegio y locura le parecía tocar, siquiera con la imaginación, aquellas formas. «Mejor están así, pensaba. Mejor están así, en su crepúsculo doloroso; quizás más bellas, seguramente más puras. Semejantes á flores entreabiertas, viviendo en parte la vida gloriosa de la obra acabada, en parte escondidas aún en el misterio impenetrable del trozo de mármol sin pulir, parece como si esas creaciones del mayor de los artistas hubiesen tenido, por un momento, conciencia de su perfección futura, y en el supremo orgullo de su belleza, se hubieran quedado en los umbrales de la vida, temerosas de ser profanadas, y desdeñosas de mezclarse con la fealdad inquieta y vana de los hombres.»

A su vuelta á París, Alberto Soria tenía ya formado

un propósito muy firme, para cuya realización contaba con Iglesias y un artista notable, maestro de Iglesias.

Y en cuanto pudo se dió al trabajo, velando su vida, ocultando sus proyectos á la curiosidad impertinente y maligna. Sólo Iglesias y Magriñat estaban en el secreto, y muy bien lo guardaban. Soria tenía un miedo, rayano en pavor, al ridículo, y si alguien llegaba á enterarse de sus planes, y éstos fracasaran por una razón cualquiera, la menor sonrisa irónica sorprendida en unos labios hubiera sido para él como un tósigo de muerte. Además, él hallaba un soberbio placer de orgulloso en rodear de misterio su vida. Su trabajo, oculto á los ojos de las gentes, le atraía con especial encanto. Y precisamente ese misterio de su vida no se lo perdonaban los otros. No halló clemencia ni perdón ante la malévola curiosidad burlada de algunos de sus compatriotas desocupados, propaladores de malas noticias y amigos de chismes y calumnias. Comprendiendo cómo le era hostil esa curiosidad, Soria huía de ella. Pero cuando no la podía evitar, porque lo atacaba de frente, él respondía á sus ataques de modo seco y breve, ó, si estaba de humor, con evasivas burlonas. Uno de esos importunos, deseoso de conocer lo más íntimo de la vida ajena, conversaba una tarde con Soria, y conducía la conversación lo más diestra y disimuladamente posible, á fin de sorprender las ocultas ocupaciones de su conterráneo. De repente, variando de táctica, decidió irse á fondo.

—¿Y cómo está esa Escuela Central?

—¿La Escuela Central? No sé. Supongo que estará bien... Como siempre.

—¡Ah! ¿Pero usted no sigue los cursos de la Escuela Central?

—No, señor.

—¿Asistirá á la Escuela de Puentes y Calzadas?

—Tampoco.

—¿Pero usted, si no me engaño, es ingeniero?

—Sí, señor.

—¡Ah! ¿Estudiará alguna otra cosa?...

—Sí: estudio *humanidades.*

Y Soria, al hablar así, sonrió maliciosamente. El otro, interpretando á su modo la sonrisa de Soria, se permitió sonreir más maliciosamente aún y al mismo tiempo agregó:

—«Sobre todo la humanidad femenina.» Y mientras decía esto miraba de soslayo, con bastante socarronería, á la rubia Julieta sentada cerca de Soria, para alejarse después con expresión de triunfo, muy convencido y orgulloso de haber dado en el blanco. «¡Si él estaba seguro! Bien se lo había dicho poco antes á Emazábel, aquel estudiante de medicina serio y trabajador que tenía debilidad por Alberto Soria. Tan evidente era el caso, que Emazábel se limitó á recurrir á bobas frases de escéptico, para excusar la conducta de su amigo.» Y una por una evocó las palabras de su conversación con Emazábel y el ademán de éste, unas veces vivo, otras lento y resignado, como ademán de trabajador sin esperanzas ni fe. Bajo los árboles del boulevard, del lado afuera de un café, conversaban, en tanto que la luz de un día de primavera agonizaba en el cielo con lentitudes voluptuosas. Y cerca de ellos, bajo los árboles del boulevard y por las calles vecinas, empezaban á correr los perfumes, el rumor y los innumerables apetitos desbocados de las claras noches de París en fiesta. Hablaban de sí mismos, de sus propios trabajos y proyectos, y de los trabajos y proyectos de los otros, amigos ó camaradas, nacidos en el mismo pedazo de tierra humilde y obscuro de más

allá del océano, casi todos llegados á París con el ansia candorosa de recoger, cuál más, cuál menos, ideas, luz y energías, que más tarde irían á sembrar como simiente de bendición en el suelo de la patria.

—Cuanto á ese pobre muchacho de Soria, me parece perdido, perdido sin remedio...

—¿Por qué?

—¿Me preguntas por qué? Soria tiene más de dos años aquí, sin ocuparse en nada. En nada, en nada se ocupa. Es decir, no se ocupa sino en venir al café, en vagar sin objeto, en visitar museos, en hacerse de relaciones vagas en el fondo de todos los cuchitriles de clientela dudosa de Montparnasse y Montmartre. Y todo eso en la compañía de Julieta, de esa rubia para quien debe ser como grano de anís una escasa pensión de estudiante. Nunca le he visto sin ella. ¿No crees perdido al que cae en las garras del monstruo? El monstruo es la mujer. Ella es la perdición de muchos de los nuestros, y va á ser la de Soria. ¡Cuántos pobres tontos de por allá, recién llegados aquí, no sucumben al eterno hechizo amoroso y van á la mujer como iban los jóvenes de Atenas á la boca del Minotauro! Soria me parece uno de esos. Sin temor de errar, podría yo decir que esa mujer le ha arruinado ya, física, intelectual y moralmente. Muchas deudas le habrá hecho contraer á estas horas. Julieta, sin duda ninguna, es el tipo acabado de la parisiense de hoy, producto de una gran civilización enferma y podrida. Fina, delgada, nerviosa, parece que un sorbo de rocío y un rayo de sol pudieran satisfacerla, y sin embargo, nada la satisface. Es fácil adivinar, con ver su boca, una infinita curiosidad perversa. Perfidia están diciendo sus ojos claros, azules, punteados de oro, que deben de brillar en la sombra como ojos de felino. Y tiene el

cuello redondo y firme de la dominadora y la insaciable.

—Creo que exageras. Soria no me parece perdido, como dices, perdido sin remedio. Me hace la impresión de un hombre algo tímido, vacilante, no muy seguro de sus fuerzas, que no ha encontrado aún su verdadera vía, pero que al fin la encontrará, guiado hacia ella por su inteligencia muy clara.

—Puede ser... pero entre tanto malgasta su juventud, y con su juventud el ahorro, la sangre y el sudor de quién sabe cuántas generaciones. Además... que Soria esté buscando aún su verdadera vía, no deja de ser una simple hipótesis piadosa. Para mí, es una nueva víctima agregada á las innumerables víctimas de París y de la imprevisión paterna. Lo he dicho muchas veces: yo, padre de familia, necesitaría confiar mucho, mucho, en la lucidez de criterio y en la bondad y firmeza de índole de un hijo mío, para dejarle venir á llevar la vida libre y halagadora de este París, que es lo infinito de la seducción, sobre lo infinito del desastre. ¡Cuántos padres, creyendo hacer un bien, no hacen á cada paso un mal enorme!

—El mal es el mismo para todos—replicó Emazábel—. Para todos, téngase buena ó mala índole, intención firme ó flaca, juicio claro ó turbio. El mal es el mismo para quien se entrega á la vida ociosa, plenamente, en cuerpo y alma, como para quien trabaja y lucha y vive de lucha y de trabajo. ¡Y cuidado si para este último es mayor ese mal!

—No comprendo lo que quieres decir, pero entre el que lucha y trabaja, como tú, cumpliendo como bueno consigo mismo y con los otros, y el que sólo se ocupa en divertirse y gozar, hay bastante diferencia.

—Hoy por hoy, sí: existe una diferencia. Mas para

el mal á que yo me refiero, en el porvenir, esa diferencia no existe. De vuelta á la patria, unos y otros, así los que hoy viven en la ociosidad como los que vivimos en el trabajo, iremos á dar tal vez en una misma encrucijada obscura.

Y Emazábel, renunciando á más explicaciones, cortó el diálogo inútil con su ademán triste y solemne de trabajador sin entusiasmos ni fe, cansado de aquel largo día de Junio que todavia agonizaba en el aire, sobre la claridad naciente de la luz eléctrica recién aparecida en lo alto de los fanales públicos, intensa y blanca, muy blanca, en figura de albos copos de nieve esplendorosa.

Mientras provocaba las murmuraciones malévolas de los otros, exhibiéndose en todas partes como perfecto holgazán, y siempre en compañía de Julieta, Soria trabajaba con ahinco y ardor de fanático. Al principio, bajo la vigilancia del maestro y amigo de Iglesias; más tarde, libremente, al aire los brazos y revestido de blusa en el taller de Iglesias, se adiestraba en imprimir las líneas y las formas del modelo desnudo en el barro á un tiempo esquivo y dócil.

Conocimientos, en su ocasión adquiridos, de anatomía plástica y dibujo, le facilitaron, reduciéndolas un poco, sus enojosas tareas de principiante. Y el exceso de trabajo no le daba, como en el curso de sus estudios de ingeniero, la sensación del vacío, la sensación del desierto desolado y monótono, que le ponía de humor áspero y triste. Al contrario, hallaba en la fatiga como un desmayo delicioso, y á veces verdadero júbilo. A este fin contribuía Julieta, sirviéndole de auxiliar inteligente aunque humilde. Desde los comienzos de sus amores, ella había sido para él toda abnegación y

ternura. Los menores escrúpulos y caprichos del amante los respetaba ella, de modo que nadie hubiera podido, por causa de ella, conocer la vida ni adivinar los proyectos de Soria. Removiendo, ejercitando y afinando la sensibilidad más recóndita y obscura del amante, contribuía, sin ella saberlo, á despertar en el amante la fuerza creadora del artista.

Sintiéndose iniciado por el Amor en los misterios de la Belleza, en sus amores buscó y halló Alberto el germen de su primera obra de arte. La concepción original de su obra pasó á través de muchas metamorfosis amables antes de hacerse definitiva. Su primera idea fué la de representar, en una ó más figuras bellas, el ideal confusamente delineado de un amor futuro, libre y feliz, nacido lejos de toda sospecha, superior á toda liviandad y pequeñez, exento de mancha. De esa idea pasó á otra, que le pareció análoga, si no idéntica en el fondo: la de representar el amor antiguo, sano y alegre. Y así fué, imaginando y cavilando, hasta que del bloque informe de sus imaginaciones confusas brotó la riente figura del *Fauno robador de Ninfas.* Y el *Fauno robador de Ninfas,* admitido al ser presentado en el concurso anual de escultura, triunfó de sus con currentes, de sus muchos rivales de mármol y bronce.

La noticia de haber obtenino Soria una medalla cayó como una bomba entre sus compatriotas estudiantes, causándoles indecible sorpresa.

—¡Soria escultor! ¡Y sobre escultor, premiado!

—¡Quién lo hubiera dicho!

—¿Pero á qué horas trabajaba? ¡Si yo le creía la pereza en persona!

Tales y otras muchas exclamaciones de sorpresa fueron el bautismo de gloria del novel estatuario. Luego, notables críticos de arte exaltaron en la prensa de

París, con el talento del nuevo artista, el mérito de su obra, milagro de juventud y fuerza. Entonces, muchas manos aplaudieron, y muchos labios murmuraron palabras de lisonja. La abigarrada multitud parisiense desfiló delante del *Fauno robador de Ninfas*. Cada uno, hombre ó mujer, conocedor ó ignorante, dejó con sus aplausos algo de su alma sobre las tersas carnes de mármol de aquellas dos figuras, predilectas de la gloria: el Fauno, en cuya actitud y expresión cantaba la vida de toda una selva llena de palpitaciones de savia y de renuevos robustos, y la Ninfa, por cuyas formas de rara candidez y belleza se veía pasar el temblor pudoroso de la castidad vencida. Más tarde, los periódicos del país de Alberto reproducían, exagerándolos un tanto, los elogios de sus colegas franceses, y con el homenaje de la prensa patria llegaron á las manos de Soria muchas felicitaciones, muchos aplausos de parientes y amigos olvidados, y aun de personas desconocidas.

Sin embargo, el aplauso mejor, el que debía coronar el triunfo del artista, ese no llegó al alma de Soria, sino destilando amargura. La carta que recibió entonces de su padre, esperada con ansiedad muy viva, rebosaba en cariñosas palabras y ternezas. Pero Alberto creyó leer entre líneas algo que era á la vez protesta y súplica, y vislumbró á través de la prosa amable el gesto de un reproche. Eso lo mantuvo desconsolado y melancólico por algunos días, hasta que el tumulto de la vida parisiense y la continua sugestión poderosa del ambiente artístico le devolvieron al trabajo y al arte.

En medio á grandiosos proyectos de nuevas esculturas lo sorprendió el aviso de la enfermedad súbita del padre, y ante el angustioso llamamiento de los her-

manos apercibióse á la partida. Sin gran tristeza dejó tras de sí una obra no acabada, muchas esperanzas, muchos sueños de artista y el amor y los labios de Julieta. Le seducía la idea de volver á la patria. Y al pensar en la patria, no pensaba en realidad sino en la imagen que de ella se había formado durante su austera vida estudiantil, imagen hermoseada y engrandecida más tarde por los recuerdos y la ausencia.

Al despertar, el día siguiente de su llegada, en la casa paterna, recordó de nuevo los últimos años de su vida como se recuerda un sueño largo. Su ilusión, en ese instante, fué completa. El sol, penetrando á través de las rendijas de puertas y ventanas, caía sobre los objetos familiares colocados en los mismos sitios y de igual modo que cinco años atrás. Ya vestido, Soria abrió la puerta que comunicaba su alcoba con la salita en donde antes él y Pedro recibían á sus compañeros de estudio. Una ola de frescura y fragancia fué á su encuentro, como dándole los buenos días. En el centro de la sala, sobre una mesa redonda, había una cesta de cristal llena de rosas frescas. Y como el caminante que, abrumado de fatiga, calor y sed, sumerge los labios en un arroyo frío y transparente, así Alberto hundió su rostro en el manojo de rosas recién cogidas. Los pétalos de las rosas le hicieron cosquillas en la barba, la nariz y los labios; le mojaron la frente y las mejillas. Y Soria, en un grito de sorpresa infantil, exclamó casi ebrio:

—¡Cuántas rosas! ¡Cuántas rosas!

III

El resentimiento de Soria se deshizo ante aquellas claras muestras de ternura. Lo conmovió el hallar sus libros y muebles en el mismo orden en que cinco años atrás los dejó su capricho de estudiante. Previsión amorosa de la hermana era ese respeto á sus caprichos estudiantiles, é indudablemente obra de esa misma previsión era la bienvenida que la casa paterna parecía dar al recién llegado con el fragante y fresco lenguaje de sus flores.

Y las miradas de Alberto, al ver á la hermana, la abrazaron como caricias de reconciliación y gratitud. «¿Cómo pudo guardar ni sospechas de un rencor á la que había sido con él buena hermana, buena amiga y perenne mediadora feliz entre él y su padre?»

—Gracias por tus flores, Rosa Amelia, porque supongo las cortaste para mí.

—Por supuesto. Pero no me des las gracias, porque tengo muchas, muchas y muy bellas. En toda la ciudad no hay rosas tan lindas como mis rosas. Ya verás. Te preparo una sorpresa. Espérame aquí un segundo, y yo misma te mostraré mis rosales.

Y Rosa Amelia dejó con su paso leve y gracioso el saloncito; apareció después al otro lado del patio; entró en la alcoba de su marido; llevó una medicina á su padre, y no tardó en volver adonde estaba Alberto

—¿Recuerdas cómo estaba el corral de casa cuando te fuiste? Pues ya verás cómo se encuentra ahora.

Juntos, los dos hermanos, atravesaron de prisa el comedor, el segundo patio de la casa y penetraron en el vasto corral, cercado de paredes. A pesar del anuncio de Rosa, la sorpresa del recién llegado fué muy grande. El corral, de espacio mucho mayor que el ocupado por las habitaciones de la casa, se hallaba convertido en un solo jardín opulento. En algunas partes del jardín, árboles ya bastante fuertes y crecidos formaban deliciosos rincones de sombra. Los árboles más raquíticos, los de follaje más pobre, lucían como oprimidos bajo el peso de numerosas parásitas, arrancadas á los más viejos árboles del bosque ó las más húmedas rocas de la sierra. Y por todas partes, en casi todos los cuadros que dividían el jardín, se alzaban rosales en flor. Sobre rosales de todas las especies descollaban rosas de todos los matices. Pero las más abundantes eran las rosas blancas y las rosas rojas, las cándidas como flores de nieve y las purpúreas como llamas. Rosales faltos de hojas, casi únicamente vestidos de su flor, semejaban arbustos de ensueño.

—Aquéllos son mis predilectos, porque son los más bonitos. ¿Los ves?... Aquellos de la pila—. Y Rosa Amelia señalaba tres rosales de flores carmesíes y uno de rosas blancas, plantados alrededor de una fuente.

En el tazón de mármol de la fuente, lleno de agua, nadaban peces de púrpura, manchados los más pequeños de oro y plata; y en el centro de la fuente, sobre un pedestal diminuto, se alzaba un amorcillo tosco y gordiflón, también de mármol, inclinado á verse, muy risueño, en el espejo del agua, entre las imágenes trémulas de los rosales vecinos.

Sorprendido de aquella transformación, Alberto

pensaba en una como vieja quinta ceñida de vergeles que la ciudad, al crecer, hubiese forzado á entrar en la monótona fila de sus casas vulgares y feas. Y de tiempo en tiempo lanzaba exclamaciones de sorpresa que regocijaban y enorgullecían á Rosa.

—Pues todo eso lo hice yo, yo misma. Naturalmente, los trabajos más duros son obra de un jardinero que por aquí viene de vez en cuando. Pero todo lo demás es obra mía... Todo. Hasta en construir ese kiosco puse mis manos. ¿No es verdad que es muy coquetón ese kiosco, así pequeñín como es y todo verde? Las enredaderas que lo cubren son de bellísima y flor de pascua. Ya verás en Diciembre y Enero cómo las campanillas azules lo hermosean que es una gloria. ¡Ah! se me olvidaba. ¡Pero qué cabeza la mía! ¡Y lo tenía tan presente cuando entramos en el jardín! Se me olvidaba decirte que las camelias, aunque seguí muy fielmente las instrucciones que me dabas en tus cartas á papá, se malograron. Logré sólo una mata, y esa ha dado una flor, tan feúca y tan ruin, que me dan tentaciones de romperla. Ven y la verás. Por aquí... De este lado... ¿La ves? Es una limosna de planta con una lástima de flor. La flor no es sino la caricatura de como son en Europa, según dicen.

—Son flores muy bellas, grandes y vistosas.

—Pero sin fragancia.

—Sí. Son recreo de los ojos, y nada más, porque no tienen aroma, semejantes en eso á muchas mujeres bonitas.

—Pst. Se prohibe decir mal de las mujeres en mi presencia.

—¡Si no digo mal de las mujeres! Ni siquiera he hablado de todas las mujeres. Digo que hay algunas como camelias: muy bellas y sin fragancia. Pero tam-

bién las hay fragantes como rosas. Y tú eres Rosa entre las rosas.

—¡Tonto! ¿Vas á adularme para que te consiga algo de papá, como antes hacías? ¡Adulador!

—Sólo que al lado de la Rosa grande pensaba yo encontrar, si no una rosa chiquitina, por lo menos un capullo.

—¿Qué quieres decir?... No, no quiero que digas eso. No quiero.

—Pero, ¿por qué?

—No quiero.

Y tan pálida se puso, y con tal firmeza habló Rosa, que Alberto enmudeció, todo perplejo, y se quedó mirando, lleno de curiosidad y extrañeza, á la hermana, en el rostro de la cual, pasada la gran palidez repentina, persistió una ligera expresión de enfado y susto. Alberto creyó estar viendo entonces por primera vez á la hermana. Su talle, sus líneas y contornos, los rasgos de su fisonomía, Rosa los conservaba, después de tres años de matrimonio, tales como en sus tiempos de muchacha soltera. Nada revelaba en las formas de su cuerpo, ni en las líneas del rostro, la obra casi maravillosa del amor, que arranca á las entrañas y trae afuera, esparciéndolas como luz, la gracia y la belleza ocultas en el seno de las vírgenes. Algo de infantil había aún en sus facciones, como si por ella hubiesen pasado inútilmente el amor y los años.

Rosa Amelia rompió al fin el silencio, que empezaba á hacerse penoso:

—María me ha ayudado mucho en mis labores de jardinera.

—¿María?

—¡Sí, hombre! María... María Almeida. Como ahora somos vecinas... Porque el señor Almeida está vivien-

do ahora muy cerca, á dos pasos de aquí. Es muy simpática María, y para mí ha sido una amiga excelente. Su amistad me ha servido á menudo de consuelo en mi vida un poco triste y solitaria.

—¿Y Pepito Vázquez?

—¡Ah! ¿te acuerdas de eso todavía? Pues eso se acabó hace mucho tiempo. Antes de yo casarme, ya se había acabado.

—Es lástima.

—¿Lástima? ¿Por qué? Al contrario: mejor fué así. Él no es nada bueno. María se engañó, como se engañan muchas, como tal vez la mayor parte se engañan. Pero tuvo la suerte de comprender su error y de corregirlo á tiempo.

—A tiempo, ¿después de algunos años de amores?

—Sí, muy á tiempo, si se piensa en lo que á tantas otras les pasa, que no caen en la cuenta de su error sino cuando ya no tienen más remedio que arrastrarlo, llamándolo su deber, y como una cadena, á través de la vida, hasta el fin obscura y devastada.

Alberto hablaba indiferentemente de esos amores como de cualesquiera otros amores, olvidado en absoluto de su antigua admiración de niño por la belleza de María. Esta fué la primera belleza de mujer que Alberto admiró y adoró en el silencio de sus timideces infantiles. Pero, ya hombre, se burlaba, como hacen casi todos los hombres, de ese culto ingenuo de la infancia. Sobre todo, después de viajar mucho y de ver los más excelsos tipos de belleza de todos los países y todas las razas, se consideraba alejado por más de un siglo de la dulce época inocente en que, para él, María Almeida poseía la belleza irreprochable de las Diosas. Débil ensueño de amor, no había hecho sino rozarle con su ala azul y huir muy lejos. Y ni un rastro de

fragancia quedó en él de la frágil flor de idilio, muerta en botón en su alma adolescente.

—Es lástima—repitió Alberto como distraído.

Y en el mismo tono agregó Rosa:

—Vas á hallar muchos cambios, y muchas cosas nuevas. ¡Cómo no! ¡Después de tanto tiempo! Cinco años ¿no es verdad? Cinco años... Y decir que en todo ese tiempo apenas me has escrito...

Alberto, algo turbado, sin dejar de caminar junto á Rosa Amelia, hacia el fondo del jardín, pasó el brazo derecho sobre los hombros de la hermana y murmuró á manera de excusa:

—Tampoco tú me escribías gran cosa.

—¡Qué diferencia! Tú no pasabas las angustias que yo pasaba, ni tenías iguales deberes. ¿Qué podía yo escribirte, sino tristezas y bobadas?

—Razón de más para escribirme, si vivías entre angustias y tristezas. Para deshacernos de ellas, ningún medio tan eficaz como el escribirlas. Es como si llorásemos.

—Sí, pero hay algunas que no deben escribirse, ó cuesta mucho trabajo hacerlo.

—Esas, ¿cuáles pueden ser? ¿Cuáles pueden ser las tuyas? Comprendo que los cuidados de la casa y los achaques de papá...

—No, no es nada de eso. Es otra cosa, y muy triste. Ya verás... ya verás...

Luego, deteniéndose, y con la expresión de susto de poco antes, clavó sus ojos en los ojos de Alberto, y agregó:

—Oye... ¿Papá no te ha dicho nada, absolutamente nada de Uribe?

—No. Es cierto que todavía no hemos hablado á solas ni un instante... Si apenas he llegado.

—Es cierto. Pero te dirá muy pronto. Sí, te dirá... Estoy segura... Pues bien, papá no puede ver á mi marido. No le quiere. Sí, no hagas así con la cabeza, como dudando. Esa es la verdad, la triste verdad. Ahora, figúrate mi vida, que no es tal vida, obligada á estar continuamente entre ellos dos, tratando de esconder al uno la inquina del otro, evitando que á la visible aversión del uno el otro responda con un gesto de vinagre, esforzándome por deshacer entre los dos una nube cada vez más densa, por allanar entre los dos un abismo cada vez más hondo. Esto no puede ser vida... no es vida... Y todo ¿por qué? Porque Uribe está siempre enfermo, porque su familia no es muy simpática ni muy correcta... ¡qué sé yo!... Como si él tuviera la culpa de su enfermedad ni de los defectos de su familia. A veces creo que la enfermedad de papá es la culpable de todo, porque le ha agriado poco á poco el carácter, hasta convertirlo en otro hombre. El no era así al principio. Si acaso le tenía mala voluntad á Uribe, no lo manifestaba nunca. No sé... No comprendo... El tampoco se opuso á mi matrimonio. Es verdad que me hizo algunas objeciones, pero nada serias. Al menos, entonces, no me parecieron nada serias. Fué al regreso de Bolívar cuando empezó mi martirio. En Bolívar pasamos cuatro meses, como tú sabrás: el clima nos maltrató mucho, y Uribe estuvo á punto de morir de la fiebre, lo que nos obligó á volver. Desde entonces goza rara vez de salud, y desde entonces también la antipatía que le inspira á papá es clara y violenta. Uribe advierte esa antipatía injusta y, como es natural, paga, si no en la misma moneda, en una moneda semejante. Imagínate, pues, cómo vivo, obligada á estar entre los dos. Los desagrados de ellos vienen á dar indefectiblemente en

mí, á sumarse en mí, entristeciéndome y martirizándome hasta acabar con mis fuerzas. Porque ya me quedan muy pocas fuerzas, Alberto. Mi alegría y mi consuelo han sido este rincón de jardín y mis flores. Medio cultivando la tierra, haciéndola dar flores, cuidando de esas matas, he aprendido á ser paciente, á esperar... Pero ya hasta eso comenzaba á no servirme de mucho... No sabes cómo respiré y me alegré cuando estuve segura de tu vuelta. Ese día, á pesar de todo, fuí dichosa, y la esperanza volvió á mí como una música olvidada.

—¡Rosa! ¡Rosa Amelia! ¡Hermanita!

—Desde hace quice días yo no pensaba en otra cosa... No pensaba sino en tu vuelta. «Alberto va á venir», me decía. Y también me decía: «Alberto será conmigo como era antes, y yo seré con él como era antes.» En esos pensamientos encontraba alivio. Y desde que estás aquí me siento llena de confianza, y creo que vendrán para mí días mejores.

—Sí, sí, Rosa. Sí, hermanita. Vendrán días mejores. Te lo aseguro. Te lo prometo.

Y Alberto no dijo ni una palabra más, conmovido y embargado de sorpresa ante aquel doloroso fragmento de confesión, ante el improviso estallar de aquella pena contenida, amarga y profunda. De nuevo pasó el brazo por sobre los hombros de la hermana, y al atraerla á sí, la sintió bajo su abrazo estremecerse.

La vió, y al verla, sin saber por qué, pensó en la madre muerta, y evocó la imagen de la madre, tal como la guardaba en sus borrosos recuerdos de niño. Eran las mismas facciones no muy bellas, pero agradables, finas, tal vez demasiado menudas. Los mismos ojos negros, la misma boca, y la misma expresión y casi

igual frescura infantil por toda la cara. Pero el rostro de la madre no estaba como el de Rosa coronado de una cabellera obscura, sino de cabellos blancos precozmente blancos, tanto, que sobre lo fresquísimo de las mejillas, lucían como nieve sobre flores.

IV

El médico de la familia, un doctor Fuentes, que á su redondez de figura y á su gravedad sentenciosa de voz debía cerca de las cuatro quintas partes de su repu-ción y clientela, había dicho con tono solemne y afectado:

—Me parece caso concluído... caso concluído. Sólo un milagro puede hacer que ese corazón triunfe. Sus fibras débiles, degeneradas, no reaccionan ya sino muy difícilmente á los tónicos más poderosos. Cafeína, esparteína, trinitrina y demás remedios análogos, administrados al enfermo, obran como si los tirásemos al aire. Para mí, el desenlace fatal es inminente.

Y como sucede, cuando todos yerran, los médicos estuvieron acordes. Emazábel mismo, aún con su prestigio de médico y recién llegado de París, halló justas las palabras de Fuentes, y agregó que, á lo sumo, podría establecerse un estado de asistolía crónica, de ningún modo perdurable.

Pero, contra los pesimistas pronósticos de los médicos, la disnea angustiosa de don Pancho comenzó á desaparecer poco á poco, su pulso á readquirir su antigua regularidad y firmeza, y todo su cuerpo á deshincharse, con tanta rapidez, que en donde estaba distendida con exceso, como en las piernas lo estaba,

la piel quedó formando arrugas enormes. De la posición molesta que en la cama tenía, la cabeza y el tronco sobre un alto rimero de almohadas, pasó don Pancho á sentarse de tiempo en tiempo en una silla del dormitorio, y luego á pasear por éste, charlando á la vez con los que iban á visitarle y entreteniéndose al principio en animar su charla con desahogos de buen humor, el fácil buen humor de quien después de verse á dos dedos de la tumba, se ve con salud más ó menos perfecta, y saborea la vida, golosamente, como un regalo.

Un tanto sorprendidos, los médicos no dejaron de sostener su pronóstico. Emazábel aconsejó á Alberto no fiarse mucho de aquella inesperada mejoría.

—Nada tan común en los enfermos del corazón como os golpes traicioneros. Sobre todo en las enfermedades aórticas, aun entre las mejores apariencias, puede sobrevenir la muerte súbita, aventando con un soplo todas las esperanzas.

Pero Alberto, si bien oía con mucha atención y aparentaba acatar los prudentes avisos de Emazábel, en realidad no hacía de ellos caso ninguno. No quería indagar si era fundado ó no el temor de los médicos: bastábale ver la mejoría indiscutible de su padre. Y ésta, para él, era como un acto de clemencia para el alma de un condenado á la tortura. Lo libertaba de una preocupación fija y dolorosa. Varias veces en el curso de su viaje, al regreso de París, pensó con espanto si no hallaría al padre muerto ó moribundo. Y al pensar de ese modo, se consideraba como reo de un crimen inútil, de un crimen sin remisión, el crimen de estar ausente, muy lejos, en la paz y la dicha, mientras el padre agonizaba. A la mano tenía mil excusas fáciles, atenuadoras de su crimen, pero á pesar de ellas le

quedaba siempre en el alma algo así como la anticipada amargura de un remordimiento.

La mejoría del padre, además de adormecer y disipar sus escrúpulos, permitióle dejar el encierro, ya muy largo, y recorrer la ciudad, ansioso de ver los cambios efectuados en el aspecto de la población, en los rostros de conocidos y de amigos, y en la belleza de mujeres antiguamente admiradas. Quería también verificar las malas predicciones de algunos amigos. Estos, desde que él llegó, no cesaban de anunciarle decepciones, enojos, desagrados de toda especie. El mismo día de su llegada, en la estación del ferrocarril, dos o tres de los que fueron sus camaradas en Europa y habían regresado antes que él, dieron principio á sus malos anuncios, diciéndole cosas disparatadas, dejándole adivinar contrariedades y tristezas, alegrándose de su vuelta con palabras y frases ambiguas, entre serias y burlonas, que desconcertaron á Alberto por el tono zumbón y maleante.

Alberto se dió á saborear las dulzuras de la vuelta. Recordó entonces, comprendiendo por vez primera su hondo sentido, las palabras de un autor admirado: *Se parte únicamente para volver. Mucho del goce de un viaje está en el regreso.* Y se explicaba la inquietud de ciertas almas que, en un ir y venir alternado y continuo, se procuran á cada paso el dolor de la partida y el placer del retorno, hasta hacer de la propia existencia una sola voluptuosidad triste.

Su primera salida la hizo una mañana, pero no más caminó doscientos metros, cuando volvió atrás los pasos. Al verlo tan pronto de vuelta, su hermana le preguntó si había olvidado alguna cosa.

—No, no he olvidado nada. Es que... Por la tarde saldré.

Pero no dijo la causa de su retroceso brusco. Sólo interiormente pensaba: «Parece una artimaña diabólica. Un pormenor tan baladí ¿cómo ha podido causarme una impresión tan viva, un desagrado tan profundo? Si Emazábel llegara á saberlo, ya tendría para un buen rato de broma. Y no sólo Emazábel: cualquiera otro hallaría mi desagrado muy ridículo.» Y pensando así, Alberto se representaba su breve paseo. A lo sumo unos doscientos pasos: la calle angosta, sucia, á un lado casi desierta y abrasada de sol; al otro lado, en sombra, algunos transeuntes; por la calzada, á trechos limpia, á trechos inmunda, un coche á todo correr y un carro lento, saltante y chillón. En el trayecto, el recién llegado se complace en darse cuenta de que está pisando la calle que, de lejos, con la imaginación, había recorrido á menudo, y, aunque no desagradablemente, lo marea y lo turba cierto contraste repentino entre lo que ve y lo que él esperaba ver, porque la ausencia había en él poco á poco borrado la memoria de las proporciones: en su recuerdo no eran las calles tan estrechas, ni tan bajos los edificios. Por último, al término del corto paseo, otra calle, la calle del Carnaval, aun más desaseada: en las aceras, transeuntes más numerosos, y calle abajo, al flemático y torpe avanzar de dos jamelgos flaquísimos, un tranvía de ruedas grandes y caja diminuta, como caja de muñecos ó de soldados de plomo. El tranvía, adelante, el cochero con un pie en el estribo, el otro pie en la plataforma, y las riendas, como al descuido, en las manos; dentro del carro, una mujer y tres hombres; en la plataforma trasera, el conductor, con la gorra tirada sobre la nuca, los labios dispuestos al silbido, esti-

ra el brazo derecho negligentemente por entre dos de los pasajeros á presentar á uno de éstos el billete del tranvía. Y sin cuidarse de si el pasajero ve ó no el ademán y toma ó no la boleta, como si para él nada de eso tuviera importancia ninguna, silba muy orondo y clava los ojos en el rítmico andar provocador de una chicuela que pasa.

Fuera de eso, nada recordaba de su corto paseo, nada por lo menos bastante á justificar su desagrado, su tristeza, aquel dolor abierto de súbito en su alma como la rosa de una herida.

Pero pronto olvidó su disgusto, ocupándose en abrir y vaciar dos cajas enormes de su equipaje, todavía cerradas, llenas la una de libros, la otra de objetos de arte, casi todos regalos de sus camaradas artistas. Pedro le ayudaba, riendo y parloteando, muy contento con satisfacer al fin su curiosidad imperiosa. Con porfía pueril, su curiosidad no había hecho sino rondar alrededor de aquellas dos cajas, midiéndolas con los ojos, calculando su peso, contemplándolas, acariciándolas tenazmente como á dos mudas esfinges á las cuales pretendiese arrancar un secreto delicioso y extraño. Mientras desclavaban las maderas, rompían el zinc y echaban á un lado en desorden la paja y los papeles de rellenar, el buen humor y la charla de Pedro aumentaban, desbordándose en exclamaciones de asombro ingenuo y exagerado, como asombro de niño. De los libros, llamaron la atención de Pedro algunos ya célebres que él no conocía aún, y otros, conocidos ó no de él, pero de edición atrayente, lujosa y rara.

—Mira esta preciosidad—exclamó una vez Alberto comprendiendo el gusto de su hermano por las ediciones peregrinas y tendiéndole un libro diminuto—. Es un librito deliciosamente ilustrado por un artista ver-

dadero; un primor de libro, bueno para un presente de novia. Diminuto como un breviario, puede caber en el hueco de una mano chiquitina. Y con toda su belleza, en la belleza de la mano, sería como una gota de agua con todos los esplendores del Azul posada sobre un pétalo.

—A ver... Exquisito, exquisito de veras. ¡Ah! ¡Pero son cuentos de Daudet!

—Sí, cuentos de Daudet; algunos algo bobos, muy delicados los más.

—¡Es lástima! No me sirve. Si fueran cuentos de Mendés, por ejemplo...

—Pero así no lo querrías para dárselo á ta novia, supongo.

—No precisamente á una novia.

Y Pedro, evadiendo la mirada interrogadora del hermano, volvió los ojos á curiosear otros volúmenes. Luego siguió hablando como hasta ahí, dando su opinión sobre autores y libros, juzgando de talentos y de obras, con la voluble gracia de ese dilettantismo ligero que, por sólo conocer la fragancia y la flor, se aventura á decir cómo está hecha la medula del árbol.

Después de los libros fueron los demás objetos, los regalos qne traía Alberto á los de su casa y los que le habían hecho á él sus amigos en Europa: el *bibelot* raro, las curiosidades de pueblos y países remotos, y cuanto exornaba su taller y su habitación parisienses. De cada una de esas cosas parecía fluir una ola de remembranzas. Alberto, ebrio de memorias, hablaba, hablaba, hablaba, y el rumor de su voz acrecía la dulce embriaguez de sus recuerdos. A cada paso decía un nombre, y al nombre seguía un retrato ó una caricatura, y la historia alegre ó triste de una noche, de una tarde ó de una hora de su vida de estudiante y

artista, de paseante vagabundo y trabajador, perseguido y torturado por la obsesión de la obra. Y el entusiasmo de Alberto se comunicaba fácilmente al hermano, porque se trataba de París, el fascinador señuelo de todas las almas jóvenes, y Pedro creía adivinar, alcanzar y poseer la luz, el amor y el perfume de París á través de los labios fraternos. Lo que Pedro no entendió muy bien fué la alegría y casi exaltación del hermano ante dos objetos, apreciados en mucho al parecer, según lo cuidadosamente enfardelados que estaban: el uno era una cabeza de yeso, cabeza deliciosa de muchacha de veinte años, cabeza leonardina, la boca sensual y doliente, los ojos impregnados de ideal; el otro, una acuarela pequeñita, simple manojo de crisantemos áureos.

La cabeza era obra de Alberto, la acuarela obra de Calles, aquel pintor de la Argentina amigo suyo.

—Un tipo curioso Calles. Quería ser de todo y era cómico, y poeta, y pintor, y hasta elegante. Verdadero desbaratado, la fortuna, periódicamente, en forma de pensión, iba á él; pero él no la acompañaba nunca más de una semana. Antes de concluir ésta, se fundía á manera de nieve su fortuna, y jamás pudo él mismo averiguar cómo ni por qué. Debía á la patrona, debía al restaurant, debía al café, y, sin embargo, estaba siempre muy correcto y pulcro: las botas charoladas como un espejo; ni una tilde en su levita, negra y larga, y el sombrero perfecto de lustre, limpidez y forma. Aunque presumía de hacer muchas cosas distintas, únicamente en la pintura se revelaba la fuerza de su ingenio. Y con todo eso, un buen muchacho, caballero de raza y de estirpe. ¡Un tipo curioso, curioso en verdad, ese Calles: refinado hasta la neuropatía, se mostraba en ocasiones como un salvaje perfecto! Una noche de

invierno, entre blancos torbellinos de nieve, lo encontré paseando con majestuosa lentitud por un bulevar, como en una tibia noche de Mayo. Andaba, según él, en busca de un verso orgulloso que se le había ido volando, y dejarlo que se extraviara en medio de aquella noche era condenarlo á perecer, ¡el pobre verso!, como un gorrión entumecido. Al mismo tiempo, su querida—una muchacha que llamaban *Mamzelle Sourire* ó *Souris*, sonrisa ó ratón, no sé si por la semejanza de esas palabras en francés, ó si porque en todo su cuerpo había de ambas cosas, del ratón y la sonrisa, por lo menuda, frágil, juguetona y risueña—su querida contaba que...

Alberto, creyendo oir pasos que se acercaban, siguió hablando en voz muy baja, casi en el oído de Pedro. Y Pedro, después de escuchar atentamente, se rió á carcajadas. Luego dijo:

—Como los gatos.

—Eso decían, entre otras cosas, los vecinos. Y ellos, para no seguir siendo la diversión de los vecinos, se vieron en el caso de entapizar con mucha abundancia la alcoba, sobre todo en los resquicios de ventanas y puertas. Pero la acuarela es deliciosa, ¿no es verdad?

Y Alberto se deshizo en alabanzas de la obra y del acuarelista, alabanzas cuyo hálito fervoroso no entusiasmó el alma del oyente. Pedro no miraba en la tela sino un manojo de flores, en tanto que en Alberto, á la sola vista del cuadro, despertaban, con la fina crítica del conocedor, alegre de entrar en ejercicio, los más amables recuerdos, claros y confusos, de su vida parisiense. La cabeza leonardina, su primera obra, y la acuarela de Calles, eran para Alberto dos ricos veneros de sensaciones, como si ambas obras guardasen, testigos fieles y mudos, todo lo que habían pre-

4

senciado de la vida de Alberto, de su vida más íntima, hecha de amor y de arte. De ambos objetos, en más tenía al segundo, pues además de cofre de recuerdos, era como el símbolo de su vida amorosa. El crisantemo rubio le representaba la amante y le sugería la imagen de ésta, ó más bien la imagen de lo mejor y más bello de ésta, de su cabellera blonda — llamarada de sol cuajada y partida en finísimas hebras áureas—trayendo á la vez á sus labios, como un beso, la palabra ingenua que embellecía y coronaba el dulce ardor de sus deliquios: «¡Mi crisantemo de oro!»

Alberto, largo rato guardó silencio, mientras acariciaba sucesivamente la acuarela de Calles y la cabeza leonardina, la primera con los ojos, la última con los ojos y las manos. De pronto se volvió hacia Pedro, diciéndole:

—Estoy pensando que en estos días debo darme á buscar un rinconcito adecuado para taller, aunque sea provisorio. Dentro de un mes, á más tardar, quiero ocuparme en algo.

—Si aquí mismo, en casa...

—No, no. Ha de ser en otra parte; en donde pueda trabajar con toda independencia.

—En ese caso te ayudaré á buscar... No, está buscado. Por lo menos puedo mostrarte, cuando quieras, un sitio muy tranquilo y á propósito.

Cuando Alberto, hacia la tarde, salió de nuevo, nada persistía en su espíritu de su inexplicable disgusto de la mañana. Pisando la acera con más gozo y agilidad, se puso á recorrer las calles con la impaciencia del extraño que desea verlo todo y aprisa. De vez en cuando reconocía, ó bien se imaginaba reconocer el rostro de un transeunte, y entonces vacilaba entre

saludar ó no, siguiendo después, cuando no lo hacía, perseguido por la duda de si la persona en cuestión sería un amigo de poco tiempo, ya olvidado. A veces parábase á observar un cambio entrevisto. Pero los cambios realizados durante su ausencia no eran muchos: ya una casa recién construída, ya un hotel ó, sobre todo, un café nuevo con pretensiones de lujoso, en donde antes existió una covacha infecta ó un figón miserable. En esa primera salida lo llenaban de regocijo pueril ciertos pormenores. Así, de un lado de la plaza Bolívar, se detuvo ante un árbol en flor á contemplarlo, como si fuese un modelo soñado con todas las gracias y primores, ó un bronce de Rodin, ó un mármol perfecto.

En esta guisa, reconociendo rostros de viejos conocidos, deteniéndose á observar los cambios, experimentando vagos deleites á la vista de nonadas fútiles, cuando más graciosas, Alberto recorrió muchas calles, atravesó algunas plazas y, por último, ya muy tarde, se dirigió á lo más alto de «El Calvario», deseoso de abrazar con la mirada, como en un solo abrazo de luz y de amor, á la ciudad entera. Dejó atrás la empinada y fatigosa gradería de cimento que lleva á lo alto de la colina, y tomó por la senda de suave pendiente por donde van los coches, para subir con más descanso y ver desarrollarse más lentamente el claro paisaje nativo. Ascendiendo la colina, antes estéril, hoy sembrada de flores y árboles, lo asaltaron, por analogía de impresiones, dos recuerdos: el de una tarde romana en el Pincio y el de una luminosa tarde florentina en el Viale dei Colli, donde un veneciano, proscrito en Florencia, hablaba de sus verdes canales remotos; de sus verdes canales dormidos en un perpetuo sueño de belleza, con acento quejumbroso y nostálgico.

Llegado á la cumbre del paseo, buscó los mejores puntos de vista, y desde ahí se entretenía en descubrir con la mirada, nombrándolos á un mismo tiempo, los edificios más notables: el teatro Municipal; cerca del teatro, una iglesia á la manera de Bizancio, coronada de cúpulas; la Plaza de Toros, la Catedral, la iglesia de la Pastora y demás templos, casi todos de arquitectura mediocre. Y las torres de los templos, idealizadas por la distancia, proyectadas sobre el Avila unas, sobre el cielo las otras, adquirían á los ojos de Alberto gracia y esbeltez indecibles. Hacia el Noroeste le pareció ver todo un barrio nuevo, como si la ciudad, en ese punto, se hubiera ensanchado bruscamente: casas construídas y casas á medio construir sobre una tierra color de ocre, algunos dispersos manchones de arboleda y muchas calles, apenas en esbozo, rompidas de barrancos.

Cuando Alberto se dispuso á bajar del Calvario hacía tiempo que las rosas del largo crepúsculo de Septiembre se deshojaban en el cielo occíduo. Mientras él bajaba, aproximándose á la ciudad, seguían deshojándose las rosas de luz, ya no solamente en el cielo occíduo, sino en todos los puntos del cielo. Y las rosas deshojadas caían sobre el Avila, sobre los techos de las casas, sobre las torres de los templos, en las calles de la ciudad, é inflamaban la atmósfera. Alberto veía asombrado el suave incendio fantasmagórico, preguntándose por qué, tiempo atrás, antes de su partida, no observó nunca esas rosas de los crepúsculos de Septiembre. Y á esa pregunta, confusamente se respondía que tal vez sus ojos, deshabituados por la ausencia, hechos á contemplar y descubrir muchas bellezas exóticas, habían aprendido á ver mejor la belleza de las cosas familiares.

De vuelta al centro, á su llegada á la plaza Bolívar, vió muchas mujeres que bajaban hacia la plaza por la calle Norte, y se fué por ésta, llevado por su curiosidad, calle arriba. Eran devotas que salían de la Santa Capilla, unas, de velo, otras, de pañolón, casi todas con libros de rezos en las manos. La Santa Capilla, antes ligera y diminuta como un joyel, unida tan sólo hacia atrás al caserón de la Academia de Bellas Artes, libre á los lados y al frente, en medio de una plaza en armonía con su magnitud, había sido, á expensas de la plaza, convertida en pesado laberinto, feo y lúgubre, merced á la imaginación churrigueresca de ciertos curas y beatas. Muchas devotas quedaban aún estacionadas y en grupos, conversando en las puertas de la capilla fronteras al Parque, vasto cuartel coronado de almenas. El frente del cuartel no está separado de la capilla de hoy sino por la sola anchura de la calle. Y tanto la capilla de un lado, como del lado opuesto el cuartel, situados como están en la intersección de dos calles, forman esquina. En la esquina misma, del lado de la capilla, había un grupo de devotas; y otros grupos había en la plazuela del lado Norte, único fragmento respetado de la antigua plaza. Al pasar Alberto cerca del grupo estacionado en la esquina, una del grupo, vestida de negro, como de luto riguroso, y con un velo negro también y muy tupido, como el de cualquiera turca de Estambul, con un solo y vivo movimiento alzó y dejó caer el velo impenetrable. Y Alberto pudo ver, como en un relámpago, una cara desconocida y preciosa. Luego, á la vista de una mujer del grupo de la plazuela, le asaltó la duda que, á la vista de otras personas, le habia asaltado más de una vez aquella tarde. Creyó reconocerla; y más le turbó la duda cuando notó que ella se fijaba en él con

la misma tenacidad que él en ella. Después de seguir adelante por algún tiempo, ocupado en un soliloquio mudo: "debe de ser ella... no, si no puede ser...", volvió de improviso la cara. Y los ojos de la mujer habían seguido sus pasos. Entonces, no sin antes disimular su intento, sacando el reloj á ver la hora, regresó por donde había ido.

A lo lejos, en Occidente, morían las últimas rosas diáfanas. Las devotas del grupo de la esquina no se habían dispersado aún, y la misma muchacha del grupo, con el mismo ademán rápido y gracioso, alzó y dejó caer el velo impenetrable.

—Coquetuela—se dijo para sí Alberto, y siguió entonces camino de su casa, agitado por las mil sensaciones confusas de aquel día. Pensaba en el barrio nuevo, desde la altura del Calvario entrevisto, construído sobre tierra árida color de ocre; pensaba en el desaseo de las calles; veía de nuevo, sobre el desaseo de las calles, deshojarse las infinitas rosas del crepúsculo. Y dentro de él relampagueó la visión de la ciudad nativa como una visión de ciudad oriental, inmunda y bella.

V

—¿No se conocen ustedes? ¡Qué raro! Será que no se recuerdan. Teresa Farías, la señora de Julio Esquivel... Mi hermano Alberto—dijo Rosa Amelia, presentándolos.

Y los dos presentados se saludaron con reserva fría y cortés, como si hasta aquel instante ninguno de ellos tuviese noticias de la existencia del otro, como si apenas dos días atrás no se hubiesen visto y escudriñado con mirada larga y profunda. «Lo que yo suponía», dijo para sí Alberto, sentándose, después de saludar á todos, cerca de Emazábel. Junto á éste, en un extremo del sofá rojo obscuro, estaba Rosa Amelia; María Almeida ocupaba el otro extremo del sofá; y frente á Emazábel y Alberto, en sendas mecedoras, estaban Uribe y Teresa Farías. A la entrada de Alberto, la señora Farías de Esquivel hablaba del mayor de sus dos chicos, de Augusto, cuya bronquitis, acompañada de fiebre muy alta, la encerró por algún tiempo en el cuarto del hijo, impidiéndole poner los pies fuera de casa, ni aun para visitar á Rosa cuando estuvo don Pancho á la muerte.

—Después de mucho tiempo, sólo anteayer pude ir á mi hora á la Santa Capilla. ¡Figúrate!

Y Teresa, al dar fin de este modo á sus excusas, asumió una actitud de sincera aflicción, y tuvo un gesto desolado. En seguida vió de soslayo y con rapidez

hacia donde estaban Alberto y Emazábel, bajó los ojos, y pasó y repasó la mano izquierda, una mano blanca, fina y sutil por las faldas, como si las limpiase de polvo ó de pelusas. Vestía, como Alberto la vió dos días atrás en la plazuela de la Capilla, un traje serio y elegante á la vez, de un gris casi negro, discretamente salpicado de motas azules.

—¿Has paseado mucho?—preguntó Emazábal á su amigo.

—Algo.

—¿Y no empiezas todavía á fastidiarte?

—Todavía no.

—¡Pero qué empeño tiene usted en que Alberto se aburra! ¡Como si todos echaran tan de menos á París como usted!—intercedió Rosa.

—¿Como yo? Alberto lo echará de menos infinitamente más que yo—repuso Emazábel.

—¿Y por qué?

—Porque no es lo mismo ser un medicucho que un artista y... por tantas otras razones.

—Muy duro debe de ser en verdad vivir aquí, después de largos años de vida europea, en particular si se dejó algo en Europa—insinuó Teresa Farías.

Alberto empezaba á protestar con un gesto, cuando Emazábel lo interrumpió, exclamando:

—Indudablemente es muy duro, aun cuando no se deje nada en Europa, y aunque se preparen ustedes á decirme la palabra que hace tiempo les retoza en los labios.

—¿Qué palabra? «¿Inconforme?»

Y las bocas de Teresa y de María desgranaron una risa alegre.

—Pero si esa palabra no va con usted... Usted no pertenece al círculo de «inconformes».

—Bien sé que esa palabra no la emplean ahora aquí sino para designar á los que van á vivir durante algunos meses la vida de los bulevares y vuelven siguiendo escrupulosamente la moda, con la levita según el último patrón salido de Londres, con la corbata de David, el sombrero de Delion, el bastón cogido á la manera de los elegantes en la avenida del Bois de Boulogne ó bajo las Acacias, algunas palabras francesas en los labios, y sobre todo, un continuo echar menos la superficialidad rica, dorada y boba de la vida parisiense. Pero ustedes, generalizando, me aplican en mientes la palabreja, y la merezco tal vez como nadie, aunque en otro sentido más doloroso.

Uribe escuchaba á los otros, y sonreía como á la fuerza. Sus mejores amigos estaban entre esos «inconformes» de que hablaba con desdén Emazábel. Pero Rosa Amelia, á favor de un silencio con maestría y flexibilidad amable de mujer, hizo cambiar de rumbo á la conversación, preguntando al hermano si no se había encontrado con Oliveros, como simplemente llamaban ellos al marido de la tía Dolores.

—Pues estuvo aquí hace rato. Entraba el doctor Emazábel cuando él salía. Iba muy contento con una lechuza que acaban de regalarle.

—¡Jesús! ¡Una lechuza! Pero ¿la llevaba para su casa?—preguntó muy alarmada Teresa.

—¡Ya lo creo! Si su casa la tiene llena de toda especie de bichos, de pájaros, de jaulas... Esa es toda su pasión: coleccionar bichos.

—¿Y usted vió la lechuza?—preguntó María á Emazábel.

—Sí, señorita. Por cierto que es el vivo retrato de ese periodista llamado Amorós y amigo de Pedro.

—Amorós... Amorós... Me parece haber leído algo de él...

—Es probable. Es el biógrafo de Galindo, el general Galindo, el actual ministro de Fomento.

Y como Alberto se quedara con el aire confuso de quien no ha comprendido aún, Rosa, que oyó la respuesta de Emazábel, vino en auxilio del hermano:

—¡Si tú debes conocer á Galindo! ¿No recuerdas la temporada que pasaste en la hacienda de los Madriz? Pues Galindo era entonces el mayordomo de la hacienda.

—¿Ese hombre? Pero si era un pobre diablo de campesino sin desbastar, ignorante del todo.

—¿Era?—replicó Emazábel—; no, señor: es.

Alberto había oído ya varias veces hablar de Galindo el general, de Galindo el ministro, sin sospechar ni siquiera una vez que se tratase del mismo Galindo que él conoció de mayordomo burdo. Y mientras Alberto, que de lejos no siguió el modo peculiar de evolución de la democracia en su tierra, ni sabía por tanto de los nuevos nombres y personajes alzados por la onda turbia de las vicisitudes políticas, empezaba, al ser iniciado casi brutalmente en la verdad, á llenarse de asombro y tristeza, las damas, y como ninguna la Farías, continuaban lanzando exclamaciones y haciendo visajes á propósito del calumniado bicho agorero, de la pobre lechuza.

—Por nada del mundo consentiría yo uno de esos animales en casa – declaraba Teresa con un gesto de repugnancia y grima.

—¡La cara que habrá puesto tía Dolores al ver la lechuza.

—Y con razón. ¡Figúrate! Yo de sólo ver un animal de esos me impresionaría bastante; y si lo oyera can-

tar de noche y en mi casa, me moriría de miedo, de seguro.

Entretanto la sonrisa de Uribe había dejado de setenue y forzada como al hablarse de los «inconformes»: algo irónica, espontánea y más intensa, reavivaba el casi muerto fulgor de sus ojos y ponía la ilusión de la frescura en sus labios marchitos. Uribe, dándose aires desdeñosos de *espíritu fuerte*, se permitió decir:

—Supersticiones, boberías de mujeres que tienen miedo de las cucarachas...

—Sin embargo, suceden cosas tan raras que por lo menos excusan al que abriga tales supersticiones. Ustedes todos sabrán que el padre Flórez cayó hace días enfermo: sin habla y con todo un lado paralítico. Pues una semana antes de caer sin movimiento y sin voz, había sido invitado á una comida que dió el señor Wilson, ese señor que hace muchas buenas obras, con el fin de festejar el aniversario de una sociedad benéfica. Los invitados eran catorce; pero á última hora uno de ellos, pretextando no sé qué, se excusó de asistir á la comida. Y sucedió entonces que los invitados, todos personas de edad, formales y muy serias, hasta hombres de ciencia algunos como el mismo doctor Fuentes, empezaron á mirarse de reojo, á vacilar, á esperar cada uno que el vecino se encargase de infundir ánimo á los otros, aventurándose á ser el primero en sentarse á la mesa...

—¡Qué imbéciles!—dijo por lo bajo Alberto en el oído de Emazábel.

—... Hasta que—prosiguió Teresa—el padre Flórez, en su grave carácter de sacerdote, se vió obligado á dar ejemplo, sentándose á la mesa, y á condenar el miedo al número trece como ridícula superstición y vana herejía. Ya saben ustedes lo que sucedió poco

después al padre Flórez. Y estoy segura que ninguno de los invitados, todos hombres, teme á las cucarachas, como dice usted, Uribe. Además, las supersticiones han existido siempre y en todas las clases, ¿no es así, doctor?

—Sí, señora. Y aun en los no supersticiosos, ó que no se creen tales, hay á menudo algo equivalente á la superstición vulgar.

Y Emazábel, médico, y sabio en rarezas y extravagancias nerviosas, empezó á contar historias de manías y tics muy singulares, descubiertos por él en clientes, en amigos y camaradas de estudios. Después, cada uno, imitando á Emazábel, contó alguna historia análoga. Uribe, silencioso, volvía á sonreir como forzadamente. De vez en cuando, Rosa Amelia parecía turbarse, inquieta del giro que la conversación había tomado por su culpa. Alberto, mientras atendía á las palabras de los otros, y aun cuando él decía algo, se entregaba en lo posible á espiar los movimientos, las actitudes, la gracia y las formas de Teresa. Su práctica de los modelos le permitía adivinar, con cierta lucidez, á favor de las exterioridades visibles, la perfección y belleza de las formas ocultas. Mas no era su intención adivinar los velados primores del cuerpo. El recuerdo de las frases casualmente oídas en el tren el día de su llegada y el recuerdo de la sonrisa malévola de Pedro al oir esas frases, despertaron su curiosidad, fácil de entrar en vibración y de exaltarse hasta una manía dolorosa. Alberto hubiera deseado oir allí mismo las voces interiores de Teresa, leer sus preocupaciones é instintos detrás de la frente limpia y sobria, debajo del pelo abundante y castaño, de reflejos rubios, que ella se alisaba á cada minuto por detrás, con un movimiento continuo de la mano izquierda, sutil y blanca,

ó ver en el fondo de los ojos de tinta rara, medio verdes, medio azules, como violetas, toda el alma recogida en un punto; gota de rocío en la corola de un lirio azul, ó chispa de barro bajo el cerúleo y terso cristal de la onda. E incapaz de satisfacer semejante deseo, Alberto desviaba su curiosidad á ver la caída sobre la nuca de Teresa de sedeños rizos locos y á ver su piel, sembrada en las mejillas, hacia atrás, de vello muy tenue, muy blanca en el cuello y las mejillas, con ese blancor cálido y mate de las carnaciones del Ticiano—Magdalena del Pitti ó Venus de la Tribuna—que daba á los ojos la ilusión de suavidades de raso y de tibias blanduras de terciopelo.

—¿Te vas ya?—preguntó Rosa Amelia al ver á Teresa levantarse.

—¿Cómo ya? Si te he hecho una visita muy larga. Ya Julio debe de estar impaciente. Y cuidado si anda buscándome por ahí...

—¿Es muy celoso?

—No, niña. ¡Dios me libre! Pero es natural que se impaciente si al llegar á casa no me ve, ni sabe en dónde estoy.

Y volviéndose á Alberto:

—Julio y usted se conocen, ¿no es verdad? Son colegas.

—En efecto. Estaba recordándolo ahora. Cuando él terminaba sus estudios de ingeniero, empezaba yo los míos, y entonces nos tratamos algo.

—El es, además, un buen admirador de usted. El fué quien me mostró, en un periódico ilustrado, la fotografía de su escultura expuesta en París. Es deliciosa su Ninfa.

Alberto se inclinó. Y en ese mismo instante María Almeida exclamaba riéndose:

—Vamos á ver quiénes son aquí los supersticiosos. Y señaló con la vista una mariposa negra posada en el cielo del corredor, muy extendidas las grandes alas velludas.

—¡Jesús, niña! ¡Qué ocurrencia!

—¡Loca! Vámonos. Adiós, adiós...

Uribe, sin dejar de sonreir, estaba intensamente pálido. Y Alberto, como absorto, saboreaba aún la inesperada lisonja de Teresa, la primera lisonja oída en los labios de una mujer de su país, lisonja de sabor picante y herético en aquellos labios devotos, hechos á deshojar letanías y plegarias.

SEGUNDA PARTE

I

Don Pancho se paseaba, trémulo de ira, por su alcoba. Alberto no sabía qué decir ante aquel mal humor inexplicable. La causa de la furia paterna era un pormenor tan baladí, que Alberto no se detuvo á considerarla como la causa real de aquella furia, sino como la gota imperceptible, pero suficiente á desbordar el agua del vaso henchido hasta los bordes. Rosa Amelia había llevado una medicina á don Pancho unos cuantos minutos después de la hora indicada por los médicos, y la breve tardanza de Rosa era el solo motivo aparente de la furia. Desconcertado, sin decir palabra, Alberto veía ya la cama anchísima, fuerte y severa, antiguo lecho nupcial, regazo de amores mullidos de esperanzas y sueños, entonces refugio de la viudez con la enfermedad y la tristeza por almohadas; ya sobre la cabecera de la cama la estampa de una Virgen pendiente de la pared; ya con progresiva inquietud el descompasado andar del padre furioso. Éste, de pronto, las manos en los bolsillos del pantalón, los ojos como llamas, los labios lívidos, paróse delante de Alberto.

—¿Lo ves? ¿Lo ves?—dijo apretando los dientes,

como si quisiera vencer el nervioso y repentino temblor de labios y barba—. Eso es toda mi vida hace tiempo. Ya va para dos años que vivo en mi propia casa como un intruso, como un huésped incómodo.

—No digas así... No digas así. ¡No te exaltes, por Dios! Tú sabes que los médicos te recomiendan serenidad, reposo y nada de emociones.

Alberto se puso en pie, y con suavidad y mimos como á un chicuelo, suavemente, poco á poco, tan bien como pudo, tranquilizó al padre y lo llevó á ocupar un sillón frontero de la silla en que él estaba.

—Sí, nada de emociones. Eso lo dicen los médicos y es muy fácil decirlo. Como si las emociones pudieran impedirse conservando la memoria, teniendo corazón, sin arrancarse los nervios, todos los nervios. Y luego... Quién sabe... Quizás mi muerte sería un bien para todos. Sí, sí: sería un bien para todos. Anoche lo estaba pensando. Lo pensé toda la noche, sintiéndome solo, solo y como abandonado en una cárcel desierta. Los sirvientes no más me acompañaban, porque todos ustedes habían ido á esas bodas, á las bodas de ese amigo de Uribe. Y al sentirme solo, por la primera vez después de mi gravedad, pensé en la muerte, deseándola. Bien pude morirme anoche. Mi muerte habría sido justa coronación de la vida que llevo hace años, porque me habría muerto casi de mengua en mi propia casa.

Alberto, al oir estas palabras y comprender lo que escondían de reproche y verdad, tuvo la sensación vertiginosa de un gran peligro que acabase de rozarlo con su ala de tinieblas.

—No digas eso. No debes decir eso. Tú te empeñaste en que fuéramos á esas bodas. Rosa Amelia no quería ir, y fué por complacerte.

Así, en efecto, había sucedido. Pero á don Pancho le pareció haber obtenido muy pronto la obediencia de Rosa, y esta obediencia fácil lo entristeció mucho.

— Es verdad. Es verdad. Ella fué por exigencias mías. Pero, ¿cómo no exigírselo, si de no hacerlo yo así, hubiera sido peor para ella? Hubiera sido peor. ¡Ah! tú no sabes... Si no digo ni una palabra, ó expreso el deseo, vivo, angustioso como era mi deseo, de guardarla anoche á mi lado, la habría puesto en un conflicto cruel é inútil. Su marido la habría obligado á ir con él. Bastaba que yo desease lo contrario. ¡Ah! tú no sabes... La voluntad de ese hombre nunca es mi voluntad; su deseo es lo contrario del mio; entre los dos hay una lucha sorda, obstinada y perpetua. Así no pasaba antes... Antes, es decir, cuando yo no le conocía como ahora le conozco, cuando yo no estaba enfermo y nada temía y nadie me era necesario, porque mis brazos eran fuertes, mi cuerpo de bronce y un poco de juventud calentaba todavía mis venas. Entonces yo era el amo, el único amo, y él, Uribe, me adulaba hasta la bajeza, hasta darme náuseas. Pero hoy las cosas han cambiado mucho, muchísimo. Hoy le conozco muy bien, y él lo sabe; hoy veo claro en el fondo de su alma con la misma aversión de quien inclina su rostro sobre un estercolero profundo, y él lo sabe. A pesar mio, él siente y ve mi desprecio. Y como él sabe, además, cuánto necesito hoy, enfermo, sin esperanzas, de la solicitud y el amor de mi hija, se venga. Se venga, descontando sus antiguas adulaciones con crueldades finas de mujer, y su venganza tiene blanco fácil y puntería justa. Desde que estoy enfermo no hago sino temblar, creyendo leer en sus ojos y en sus labios una amenaza horrible: la de quitarme á Rosa y llevársela muy lejos, no se adónde, no importa adón-

de. El todo es hacerme el mayor daño, vengándose bien de mi desprecio. Y con esa amenaza obscura vivo entre las inquietudes y congojas de un avaro... ¿Y es esto justicia? ¿Es esto la recompensa de mi vida de esfuerzos, trabajo y honradez? ¡Buena recompensa! ¡Buena justicia!... Lucha, trabaja, no descanses. No disipes la herencia de un padre laborioso, antes bien acrécela y utilízala noblemente. Vas por un camino sin atajos, recto, siempre muy recto. Encuentras por un azar feliz á una mujer bella, fuerte y pura como un diamante raro, y la adoras. Creas un hogar, tienes hijos y los educas lo mejor que puedes. Llegas á estar satisfecho de ti, porque has realizado algo difícil, obra magna: hacer honradamente una fortuna y alzar honradamente una familia, lo que en nuestro país, donde todo es instable, requiere más voluntad, amor y virtud que en ningún otro país de la tierra. Un día, en medio de la satisfacción de haber sido bueno, cuando saboreas una felicidad ganada á pulso, te visita un gran dolor: pierdes á la mujer que amas aún más que á ti mismo. Padeces, gimes, te desesperas. Y la muerta no sólo se lleva consigo un pedazo de tu alma; te deja, además, una nueva tortura, un nuevo dolor, un remordimiento: el remordimiento de no haber sido con ella bastante bueno y generoso, el remordimiento de lágrimas cuya fuente has podido sellar y no sellaste, de palabras injustas que han debido morir en tus labios y no murieron, de dolores que no evitaste, de caricias que no diste. A fin de hacerte digno del perdón de tu culpa, imaginaria ó no, te entregas á tus hijos, á la educación, la felicidad y el porvenir de tus hijos, dando á ellos las caricias, todas las caricias que no diste á la madre. Sobre todo te entregas á tu hija, á tu única hija, cuando empieza á transformarse en mujer, porque en su

belleza, en su dulzura, en su bondad, se reproduce cada vez mejor, viva y palpitante, el alma de la muerta. Y como esa hija única es á la vez tu primogénita, pronto llega á ser alma de tu casa, principio y fin de tu hogar, á un tiempo hija y hermana, madre y esposa. Todos los grandes afectos llegan á resumirse en ella como en una flor todas las fragancias. Pero apenas te das cuenta de esa maravilla de amor que está á dos pasos de ti, y te rodea y abraza como un cerco de luz, y te protege y sigue como una bendición caída del cielo, apenas te das cuenta de ese tesoro de prendas vivas que sin saberlo acumulaste, cuando llega uno, el primero que pasa, un cualquiera, un Uribe, y te despoja... te despoja...

Alberto oía esos gritos de dolor del padre, ya atónito como ante algo inesperado, ya sin asombro ninguno como ante algo muy conocido, como si todos aquellos gritos los hubiera escuchado otra vez dentro de sí, en el fondo de su alma, inevitables ecos de un gran dolor esparcido en la quietud angustiosa de la casa paterna. Los labios de su padre le decían al fin claramente el drama íntimo y obscuro, entrevisto primero en los labios de Rosa, casi adivinado más tarde al través de las palabras y gestos de Uribe y al través de las reticencias más ó menos significativas del hermano.

Distraídamente, como si hablara consigo mismo, Alberto exclamó:

—¿Pero cómo pudo ser? ¿Cómo pudo ser?—Y de este modo expresaba su vano esfuerzo por concebir algo inverosímil, como la unión de dos términos de todo punto contrarios: la unión de cuanto ya podía conocer de Uribe, por sus palabras y acciones, con lo que él siempre creyó de la hermana, representado en

su espíritu por una figura ideal, fuerte y noble, extraña al fondo frágil é instintivo de la hembra.

—¿Que cómo pudo ser? ¡Qué sé yo! Fué lo inevitable... Como todos esos males que se advierten cuando ya no tienen cura. Entonces, además, yo no tenía sino escrúpulos vagos, vagas presunciones de lo que podría suceder en un porvenir más ó menos remoto. Pero nada considerable que objetar, nada que me permitiera asumir la actitud, muy expuesta á un ridículo inútil, de padre inflexible y tirano. Entonces él, Uribe, no era tal como se reveló después, como es ahora. Era, ni más ni menos, como tantos otros jóvenes de «buena familia», de esos que no faltan á los bailes ni demás fiestas rumbosas de la llamada «buena sociedad», que visten bien y bailan mejor, que pasean en coche por la tarde y van al club por la noche, que tienen, cuando no son ricos, un empleo en cualquiera casa mercantil y tal vez gastan algo ó mucho más de lo que puede darles el empleo. Si de él podía decirse algo más, yo no lo supe, ni nadie fué para decírmelo. Breve tiempo duró el engaño, porque todo, ¿oyes? todo llegó de improviso, como suele llegar la inundación, como suele venir la avalancha. El matrimonio fué como la piedra de toque de Uribe; á poco de casado, su miseria física y moral saltó afuera, salió á la luz, á propagarse, manchándolo y corrompiéndolo todo como un llaga progresiva. ¡Ah! tú no sabes... tú no sabes...

Y don Pancho, con voz ya airada, ya lastimosa, empezó á decir la historia de aquel mal sin remedio, la historia de los abusos, incorrecciones y vicios de Uribe. Con los más negros colores pintó su rubor y tristeza de cuándo y cómo supo que el yerno era un tahur desenfrenado. Una gran pérdida en el juego impulsó

á Uribe á distraer, de la casa de comercio en donde estaba, cierta suma, atenido sólo á una vaga probabilidad de reponerla en breve plazo; pero como esa vaga probabilidad no llegó á certidumbre, muy pronto quedó Uribe al descubierto, y á duras penas la respetabilidad y la fortuna del viejo Soria extinguieron el escándalo en sus principios.

Entonces, como es de regla en casos tales, llovieron revelaciones, revelaciones tardías que inútilmente exasperaban á don Pancho. Y don Pancho, de una parte con el fin de hacer olvidar al público el suceso bochornoso y cruel, de otra parte con la esperanza de corregir los turbios hábitos de Uribe, consiguió para éste, por medio de sus relaciones personales y las de su amigo y compañero de negocios Almeida, un empleo en Bolívar, en donde el yerno, como en país extraño, lejos de sus amistades de club y otras influencias perniciosas, cambiaría tal vez de conducta. Don Pancho sacrificó á su esperanza lo mejor de su alegría: la presencia de Rosa. Y el sacrificio fué vano. Muy pronto empezaron á llegarle, firmados con el nombre de la hija, telegramas rebosantes de angustia que demandaban dinero. Al primer telegrama, creyendo en reales apuros de Rosa, don Pancho expidió la suma requerida; pero á la segunda vez entró en sospecha, y puéstose á indagar, dió con el engaño. Convencido así de lo estéril de su gran sacrificio, llamó á su lado á los ausentes, y desde ese instante comenzó aquella vida de lucha más ó menos encubierta, lucha de cada hora, encarnizada lucha de dos voluntades débiles, una de ellas toda desprecio templado alguna vez de generosidad, la otra toda odio templado siempre de cobardía. Y entre esas dos voluntades, el alma de Rosa en continua ansia de muerte.

En don Pancho, á medida que él penetraba la índole de Uribe, germinó y creció poco á poco un pensamiento que, de vez en cuando, se enseñoreaba de él y tenía la siniestra virtud de sumirlo en accesos de rabia. Era el pensamiento de haber sido víctima fácil de una comedia vulgar, el pensamiento de que Uribe, al casarse, no tuvo en cuenta las excelencias y gracias de su hija, sino la hucha bastante bien proveída del padre, del señor Soria, del «bueno del señor Soria».

—¡Ah! ¡Cuando lo pienso!... Y ahora me parece muy natural haberlo pensado antes, al principio, con sólo saber quién era el padre de Uribe: uno de esos políticos, hábiles improvisadores de fortuna, incrustados en casi todos los gobiernos. Ese hombre, distintas veces improvisó fortunas, y la fortuna, así adquirida, se disipó alegremente en sedas, música y joyas... ¿Cuáles podían ser los hábitos é ideas de sus hijos criados en ese medio? Así, cuando lo sorprendió la muerte, caído y arruinado, no pudo dejar sino *eso:* una familia de pobres, con hábitos y arrogancias de marqueses ricos. Pobres así, con hábitos de lujo, y hechos á la riqueza fácil, no pueden ser buenos. Y no lo son. Tú debes conocerlos ya. Es una familia de parásitos... una familia de parásitos...

Y el viejo Soria, implacable, enumeró los defectos de la familia.

—Uribe no podía ser, no podía ser sino lo que es... Y para colmo de miseria, ha perdido hasta lo único bueno que poseía: cierto lustre superficial de la persona. No le queda ni la sombra de su antiguo exterior de lindo petimetre. Lo habrás visto demasiado. No más le apunta la jaqueca, ya está pegándose hojas medicinales en las sienes, como una vieja campesina. No sé de enfermedad como la suya, tan rara y capricho-

sa. Tu amigo Emazábel ha dado en llamarla neurastenia, pero tengo para mí que su verdadero nombre es el de «sinvergüenzura».

Después de un minuto de silencio y de reposo, don Pancho exclamó de nuevo, como pensando en algo que dejara por decir:

—¡Ah! tú no sabes... tú no sabes... La misma Rosa Amelia no sabe todo lo que es Uribe. Ella, sin embargo, es natural, sabe de muchas de las miserias de Uribe, y las esconde, pretende esconderlas á mis propios ojos, como se esconde una lepra. Es incapaz de confesarme la menor flaqueza de su marido.

—Eso, yo lo comprendo—observó Alberto—. Si ella es así con todos, lo comprendo y lo aplaudo. Un orgullo natural nos impulsa á esconder la lepra que nos roe la vida, y ese orgullo, en ella, es quizás para el porvenir el mejor salvaguardia de su virtud y su honra. Sin ese orgullo ¿qué sería de ella? ¿hasta dónde iría ella cuando tú faltes?

—No entiendo lo que dices... ¿Que hasta dónde iría? Pues hasta donde exige el deber, hastà donde puede ir quien tiene de Soria en las venas.

Alberto no replicó. Pensaba en lo infinito del desencanto de Rosa y en lo irremediable de su tristeza; y al pensar así recordó, comprendiéndola entonces, la expresión de susto que tuvieron los ojos de la hermana cuando él, recién llegado, en el jardín, le habló cándidamente, en broma, de su esperanza fallida de hallar junto á ella, como junto á la rosa el botón, un renuevo de su hermosura y de su alma.

A poco, don Pancho rompió en nuevas lamentaciones; pero ya no eran Rosa ni Uribe quienes las causaban, sino Pedro.

—Un mala cabeza... un mala cabeza—repetía el

viejo á cada paso. Y ni su voz ni su furia tenían, al hablar de Pedro, la acerbidad y aspereza que tenían cuando hablaba de los otros—. Un mala cabeza. Está perdiendo su tiempo de un modo lamentable. A veces me figuro que los años bastarán á corregirlo, porque él es bueno y suave en el fondo. Otras veces me mortifican mucho sus cosas, y aun me desesperan.

Y las cosas de Pedro que más le disgustaban eran sus veleidades políticas y amorosas. Las primeras le disgustaban por los amigos de que empezaba á rodearse Pedro, so pretexto de política, hombres casi todos de mala reputación y costumbres.

—¡La política! ¡Para lo que ha llegado á ser la política! Una feria, una triste feria, la feria de las almas feas y monstruosas. ¡Si, al menos, Pedro pudiera ser como su tío Alberto! Pero ni él tiene su carácter, ni hoy pueden darse hombres como Alberto, como tu tío Alberto y otros más de su época y su partido, verdaderos liberales puros. Busca hoy uno que haya sido en política la tercera parte de lo que él fué y que sin ser vicioso, como él, muera sin dejar un céntimo. No lo hallarás, como tampoco hallarás entre esos políticos de hoy dos manos limpias de enjuagues. No sé lo que ha pasado. No sé lo que ha pasado por el país. Parece como si hoy no se pudiera ser político sin suscribir antes á un pacto por el cual se enajena la honra. Ese es mi miedo.

Cuanto á las veleidades amorosas de Pedro, no le dolían sino por quien era entonces el objeto de esas veleidades.

—¡La hermana menor de Uribe, Matildita, nada menos! ¡Cuando yo no deseo sino alejar á esa gente de nosotros lo más posible! Pedro sabe muy bien que esa

es mi voluntad, y sin embargo se divierte en atarnos á la familia de Uribe con nuevas ligaduras.

—Eso no puede ser nada serio...

—Serio es de todos modos, porque de todos modos es una mala acción. Él debe tener en cuenta que esa muchacha, aunque la crea digna de burla, es la hermana de Uribe, la cuñada de Rosa. Y por lo que respecta á uno de mis temores, para mí es lo mismo en todo caso. Por poco serios que sean los amores de Pedro y Matildita, siempre serán un pretexto admirable para los embrollos de misia Matilde. No sabes cómo es la misia Matilde de entrometida y trapacera. Me gustaría que hablases á Pedro, á ver si logras disuadirlo de esos amores.

Después de tomar aliento en una pausa más larga que las anteriores, don Pancho prosiguió:

—Y decir, tal vez á dos pasos de la muerte, después de una vida llena de trabajo, consagrada al deber, que no he visto cuajar una sola esperanza, ni una sola. Eso es muy triste, muy triste. Tú mismo... No, no... Si no voy á reprocharte nada, porque tú no mereces reproche ninguno. Sé demasiado que siempre te condujiste bien: lo sé demasiado. Pero...

Alberto esperaba ansioso lo que el padre iba á decir.

—Pero has dejado de hacer algo que me hubiera complacido mucho: en tres meses que llevas aquí no has ni intentado ejercer tu profesión de ingeniero. Y como dice Almeida, esa profesión es un capital que tienes entre las manos, pero inactivo, estéril, como el capital guardado en el fondo de la hucha. Al hablarte así, no te dirijo ningún reproche: te expreso el deseo de que no abandones tu profesión, porque mañana, cuando yo muera, si acaso dejaré á ustedes lo suficiente para vivir, y eso no basta.

Mientras escuchaba con atención á su padre, Alberto sentía en sus adentros como un hervidero de tristezas, despechos y dolores, uno como hervidero de muchas cosas feas y muchas cosas malas que pretendieran salir en una sola vez, y de improviso. Alberto, sin embargo, se contuvo.

Lo contuvo el pensamiento de la vida precaria del padre, el pensamiento de la muerte inevitable y próxima, suspendida sobre la frente del padre como un gesto de amenaza invisible, y á ese pensamiento, la indulgencia y la piedad aplacaron su hervidero interior de muchas cosas feas y muchas cosas malas.

—Trataré de hacer como tú quieres.

Pero, apenas dijo así, cuando ya estaba arrepentido y se avergonzaba de haberlo dicho, como de una cobardía sin perdón. La promesa que envolvía sus palabras le recordó la que hizo, recién llegado, á Rosa. «Ahora, ¿cómo cumplir esta promesa, después de haber oído á su padre? ¿A él no le tocaba ser, entre el dolor del padre y el de la hermana, á cual más profundo, entre esos dos egoísmos, á cual más terco, tal como la doliente figura de Rosa entre su padre y Uribe?»

«Con todo eso, ni una palabra buena ó indiferente sobre su arte, sobre su gloria y su porvenir de artista.» Y este dolor del artista, mezclado á los demás mezquinos dolores palpitantes en el silencio de angustia de la casa, vino á los labios de Alberto, cuando Alberto se vió lejos de la presencia del padre y rompió á gritar en medio de un sollozo:

—¿Adónde he venido? ¿Para qué he venido?

II

Viendo morir las últimas luces del día, desaparecer en el ocaso la última llamarada roja, despedazarse por las ásperas cuestas del cerro el último jirón violeta del crepúsculo, sentíase más y más estrechamente cercado por un círculo de sombra. A las primeras sombras nocturnas que invadían poco á poco el taller como una marea sin rumor, se agregaba la de los más obscuros pensamientos del artista cabizbajo. Éste, de tiempo en tiempo, veía hacia el Sur, hacia la parte más baja de la ciudad, ó bien se fijaba, enfrente de la casita del taller, en una casucha aislada, muy vieja, de apariencia miserable, contigua á un gran espacio de tierra cercado de medio derruídas paredes, por sobre las que agitaban al aire sus follajes llorones cuatro sauces gigantescos. Y muy á menudo, el solo aspecto de la casucha con el cercado contiguo lo volvía soñador, haciéndole pensar en una villa de Roma plantada de sauces en vez de cipreses y palmeras.

Después de considerar un tanto la casa vetusta, de aire un si es no es señorial, ó el paisaje, á lo lejos velado ligeramente de azul, continuaba su paseo nervioso. En la obscuridad creciente, las figuras de tres bajorrelieves, copias de dos bajorrelieves del Donatello y de uno de Juan de Bolonia, fingían expresiones y actitudes fantásticas. A un lado, por el suelo, se extendía una gran

mancha de yeso. Al otro lado, en un rincón, sobre una especie de tarima, alta, se alzaba misteriosa en medio de la penumbra del taller y bajo su envoltorio de lienzos húmedos, diariamente renovados, la obra interrumpida. Era la estatua de una chicuela criolla.

Alberto, después de conseguir un sitio á propósito para su taller, y deseoso de trabajar mientras llegaba la ocasión de poner sus manos en obra de más fuerza, quiso reproducir en barro de la tierruca la belleza del tipo de raza más común en el pueblo de su país, belleza original, mezcla de oro y canela, obscura y fragante. Con muchas dificultades halló al fin modelo y empezó con entusiasmo la obra; pero apenas la empezó, cuando se vió forzado á abandonarla. Después de las tristes y largas lamentaciones paternas, influencias extrañas y desconsoladoras lo distrajeron, hasta dejar de existir entre la actividad de su pensamiento y la de sus manos la necesaria armonía, el acuerdo necesario á la obra de arte. Desde entonces, es decir, durante más de una semana, no había hecho sino pasearse con andar meditativo, gacha la cabeza, las manos cruzadas por detrás en la cintura, ó reconocer calle por calle el arrabal pintoresco y gracioso en donde estaba el taller, sin otra ocupación que la de, á ciertas horas, rociar con agua la obra y los lienzos que la cubrían, á fin de conservar indefinidamente la terneza del barro. El resto de su tiempo lo pasaba tendido á leer, y sobre todo á soñar, en una *chaise-longue* puesta en la habitación inmediata al taller propiamente dicho. En esa habitación estaban los bronces, mármoles y yesos diminutos: entre raras obras originales de artistas amigos, finas copias de la Venus de Milo, del Apolo del Belvedere y del Antinoo. Grandes abanicos multicolores y esteras vaporosas de China exornaban las paredes. Entre

un abanico del Japón y una esterilla chinesca lucía la acuarela de Calles, en tanto que la cabeza leonardina, primera obra y talismán de Alberto, montada sobre un pie de madera forrado de felpa roja, resaltaba dentro de un marco de tela también roja, artísticamente dispuesto en la pared; y en la cabeza leonardina, la expresión voluptuosa de los labios y de la parte inferior de la cara crecía, haciéndose más violenta y brutal, gracias tal vez á los reflejos de sangre que el marco de púrpura vertía en los labios de yeso.

De cuando en cuando, en vez de esperar la noche en el taller, la esperaba en su casa, en el kiosco del jardín, cuando el jardín estaba solo. Evitaba las conversaciones con el padre, con Rosa Amelia, con Uribe. La sola presencia de éste le era tan insoportable como su jerigonza esmaltada de términos y refranes corrientes en la jerga de los jugadores, jerigonza no particular de Uribe, sino, como Alberto lo observó después, común á casi todos los más emperifollados lechuguinos, reyes y dioses de la crema. Con el mismo Pedro se reunía ya muy poco. En los primeros tiempos andaban siempre juntos los dos hermanos: juntos iban de visita, juntos al teatro, al club, á todas partes, y sólo á ratos, no á menudo, Pedro evitaba la compañía de Alberto. Como Pedro conocía á todos y de todos era conocido, Alberto, al andar con él, se hallaba naturalmente forzado á sufrir infinitas presentaciones de gentes de todas las clases: desde presentaciones de «notables» de la mayor influencia, hasta las de gomosos los más vacíos; presentaciones útiles varias de ellas, algunas mortificantes, enojosas las más; y tanto fastidiaban á Alberto cuanto complacían á Pedro, halagado en su orgullo por el prestigio de belleza y gloria que evocaba, al pronunciarse, el nombre del her-

mano, célebre en su país al menos. A Alberto no sólo causaban hastío semejantes presentaciones: además despertaban en él un sentimiento indefinible de tristeza y disgusto, al ofrecerle ocasión de ver en Pedro una peligrosa flexibilidad inaudita de ánimo, según la cual se acomodaba á las ideas y opiniones de su interlocutor, aunque éstas fuesen perfectamente contrarias á las suyas. Y Pedro, sintiéndose observado, solía decir algunas veces:

—¡Qué quieres! Es necesario hacer de ese modo para subir y ser alguien en mi tierra.

Pero semejante excusa ó explicación que Alberto no pedía, lograba hacerle aún más sospechosa la actitud falsa de Pedro. Esto de una parte, y de otra parte las primeras crueles punzadas de alfiler del medio, revelado de pronto como enemigo, le obligaron á recogerse, casi á aislarse, en un círculo estrecho de pocas personas, de muy pocas, las más conformes con su alma. La primera punzada de alfiler fué para su vanidad naciente de artista. Alberto se imaginaba al principio, cuando muchos ojos curiosos le seguían por la calle, ó con igual curiosa insistencia lo asediaban en el teatro, que esos ojos decían con su mirar importuno: «ése es Alberto Soria, el escultor, nuestro célebre escultor», ó algo así admirante y lisonjero. De tal modo, casi inconscientemente se preparaba un dolor, enardeciendo y cosquilleando su vanidad, esa vanidad á veces desbordante de los artistas que hace aun á los más altos creadores de belleza comparables á fatuas mujerzuelas engreídas de la efímera gracia de sus formas. Muy pronto empezó á probar ese dolor, cuando supo de varias maneras y por los mismos labios de Pedro, que muchas de las miradas curiosas, idas tras él por la calle, no veían al artífice, al estatuario noble

y creador, como saludando su nombre y aplaudiendo su triunfo, subyugadas y vencidas del divino sortilegio de la gloria, sino se fijaban en lo superficial del hombre, en lo exótico del traje y las maneras, en todo lo que en la persona de Alberto decía de proveniencia remota y desentonaba con el medio, quebrantando la tradición estulta del hábito, como una herejía. La curiosidad, no de admiración, estaba hecha de protesta, desdén y un poco de burla. El mayor número estaba acostumbrado al género de elegancia traído en el vestir y las maneras por mujeres y hombres, á los cuales pertenecían los en esa época llamados «inconformes»; pero ignoraba ciertos matices raros que en las grandes ciudades europeas, y á fin de distinguirse de la multitud, adoptan algunos artistas vanos ú orgullosos, alejados, como en un refugio ó cenáculo impenetrable, en un rincón de taller ó en los bajos de una taberna. Tal vez uno de esos matices, cuya disonancia con el medio no advertía el propio Alberto, dominaba en su vestir y le atraía la instintiva animadversión de las almas. Preocupaba á muchas cabezas pulcras de elegantes el que Alberto llevase á menudo con la levita larga y negra, en vez del alto sombrero de copa, en esos casos de ley, uno bajo, de tela muy fina, leve y blando, fácil de arrollarse como un ovillo entre los dedos. De los más preocupados con ese pormenor en el vestir de Alberto era Antonio del Basto, joven elegante de profesión, pequeño de estatura, siempre muy pulido, en extremo cuidadoso del peinar, con el pelo partido en dos por una raya perfecta que acababa en la nuca, y cuya partícula de nobleza originaba, según rumores, de la humilde trastienda de un modesto negocio de mercería. Antoñito del Basto pensaba y decía (en estilo editorialesco á lo Amorós)

de la extraña combinación de Alberto, que era insólita, como una monstruosidad, en los anales de la elegancia caraqueña. Y tanto se preocupó Del Basto, que, en compañía de otros como él, fué á consultar con aire grave y solemne á Mario Burgos, *arbiter elegantiarum*, si no sería lo correcto y merecido negar los honores del saludo al extravagante de Soria. Mario Burgos halló muy naturales y dignos los escrúpulos de Del Basto; pero decidió que bien podía continuarse dispensándosele á Soria el honor del saludo, no por consideraciones á él, cuyo único mérito se reducía á «fabricar muñecos» más ó menos curiosos, trabajados con más ó menos arte, sino por consideraciones á algunos miembros de la familia Soria, á Pedro, y sobre todo á Uribe, miembro también del círculo de Del Basto, asiduo como pocos á la corte de Mario Burgos y admirador fidelísimo de éste.

Así, Alberto Soria, sin él saberlo, estuvo en un tris de perder la amistad y las atenciones de lo más bizarro de la juventud, á no ser el prudente dictamen de Mario Burgos, cuya voz era acogida de aquel círculo de gomosos como la voz del Papa lo es de los católicos buenos. Y quizás no sea muy justo el comparar á Mario Burgos entre los de su corte con el Papa entre los católicos buenos, porque Mario Burgos era entre los suyos casi un dios: tanto le adoraban y temían.

Entre las muchas razones del prestigio de Mario Burgos, hallábase en primer término su riqueza, una de las más redondas y brillantes de la ciudad, cuando los de su corte eran en su mayor parte de la especie de Uribe: simples parásitos; con eso, un fuerte barniz de ilustración, ni sospechado siquiera de sus admiradores, casi todos de cerebros lisos en los cuales nunca se extravió el grano de una idea, y en donde, á extra-

viarse, no hubiera prendido, falto de asidero; luego, cierta desfachatez y audacia en el hablar, en el rostro de rasgos viriles y en toda su bizarra persona corpulenta y robusta; y por fin, sus triunfos de amor, exagerados en importancia y número, llevados y traídos entre faldas de seda y negros smockings. De todo eso, y de su tono firme y dogmático al juzgar de toda suerte de asuntos, pues de todos era juez, emanaba la seducción dentro de cuyo halo diabólico gemían, como en blanda cárcel de flores, lechuguinos y mujeres. Los del círculo de Del Basto y demás admiradores de Mario Burgos imitaban sus gestos, repetían sus palabras, celebraban sus victorias de amor, copiaban sus vestidos é iban á él, en casos dudosos, á requerir su dictamen infalible en cosas de buen tono. Á él se le consultaba, por ejemplo, sobre cómo había de ser, para no pecar de incorrecto, el traje del cazador, ó sobre si la bota de caza había de llegar hasta la choquezuela y no detenerse á mitad de la tibia, y sobre otras cuestiones, de igual manera trascendentales y peliagudas.

Entre las mujeres, la seducción de Mario Burgos tenía quizá más fuerza y ejercía mayor estrago. Deslumbraba á las unas con su oro, cautivaba á las otras con su fuerte belleza varonil: tanto éstas como aquéllas veían en su amistad una honra, en la mirada de sus ojos un presente, en el saludo de sus labios una consagración, y, para todas, el abandonarse entre los brazos de él, en medio de la concertada y harmoniosa baraúnda del baile, era como estar en la cima de la beatitud suprema. El poder hechizante de Mario se comunicaba á sus amigos como una gracia, y bastaba la ejecutoria de «amigo de Mario Burgos» para gozar, sobre todo entre las damas, de especiales favores. De este modo, fuera de algunos que materialmente vivían

de él, sus amigos todos vivían del reflejo de su gloria galante. Con el reflejo de su gloria cada uno de ellos tejíase un manto de rey. Y todos, en su gratitud y admiración, cantaban su nombre á cada instante, como Alberto pudo observarlo en boca de Uribe. Lo cantaban delicadamente, religiosamente, con unción de plegaria, como si entre sus labios el nombre fuese un pétalo que temieran ajar, algo muy rico y frágil que temieran romper, y cantando así, delicadamente, religiosamente, era como precioso talismán á cuya virtud cedían puertas y corazones.

A la vulgar inquina contra los modos de ser y de vestir de Alberto, diferentes de los estilados por la mayoría, se agregó muy pronto la inquina aún más profunda de envidiosos é incapaces contra lo que en él había de superioridad absoluta ó de absoluta diferencia: el artista y su gloria. A sus oídos no tardaron en llegar palabras, dichos y fragmentos de conversación destinados á desconocer al artista y su gloria, ó á representarle de un modo antipático, haciéndole aparecer como un hombre muy vanidoso, exageradamente engreído en relación con lo mezquino de su triunfo.

Mario Burgos, en un almuerzo al que asistían, entre otros elegantes, Juan O'Connor y Antoñito del Basto, se permitió decir al hablar de Alberto Soria: «Apenas ha obtenido una medallita como escultor, y ya se cree un genio, según parece por sus presuntuosos aires de hombre muy pagado de sí mismo.» Y todos los invitados fueron del mismo parecer de Mario Burgos. Pero si esas palabras mortificaron á Alberto, menos le mortificaron que las malignas pullas de Diéguez Torres, un inteligente. Una noche, en un corrillo de la plaza Bolívar, haciendo referencia á la llegada de Alberto, insinuaba Diéguez Torres: «¡El pobre Alberto Soria! Él se

figuraba que iríamos á la estación á recibirle con músicas, flores y cohetes.» Y en ese mismo corro, que aplaudió con sonrisas adulonas la malvada pulla de Diéguez Torres, y aquella noche misma se habló como de algo muy natural del suntuoso recibimiento hecho, días después de la llegada del escultor, á una tropa de malos cómicos de zarzuela por tandas.

En el primer instante, Alberto no creyó á Diéguez Torres capaz de aquella majadería. Le era duro creer que tan boba especie viniera del mismo que deseó serle presentado, y al serle presentado le abrumó á protestas de admiración cariñosa. Por esas muestras de admiración y cariño, Alberto le guardaba gratitud, y sólo cuando hubo de convencerse de la doblez de Diéguez Torres, la gratitud se le convirtió en recelo amargo. La doblez era en aquél espontánea, como un gesto habitual de su espíritu. Según él, hijo y conocedor del medio, todos los intelectuales, hombres de arte ó de ciencia, iban tarde ó temprano á dar en la política, y como á favor de la política pensaba él subir á una posición excelsa en donde satisfacer sus deseos de fortuna y de mando, veía en todo intelectual de mérito un probable concurrente futuro. Y en Alberto, á la primera ojeada, vió, junto al artista, un verdadero intelectual peligroso. Con su talento claro y perspicaz reconocía y hasta loaba el mérito; mas, para los fines de su ambición, trataba de obscurecerlo y de ridiculizarlo, sin retroceder ante la misma calumnia. Engaño. dolo, perfidia, eran por él considerados, en su lucha por subir, vocablos hueros, ó armas legales. Escritor, capaz de pulcras, nobles concepciones de arte, su pluma la tenía pronta al servicio de mezquindades y vilezas. De él podía decirse que mientras una de sus manos cultivaba y cogía flores de arte, la otra se em-

peñaba en remover y esparcir infectos lodos. Esta dualidad, no muy rara, existía en toda su persona, hasta el punto de hacer de Diéguez Torres uno como ser ambiguo en cuya formación hubiesen entrado por igual una paloma y un ave de presa.

Pero nada impresionó al artista como una invención calumniosa partida del círculo de hombres de importancia al que pertenecían el célebre crítico Ramos y el académico Rincones, círculo de hombres casi todos viejos, de sedicentes literatos, cuya influencia alcanzaba á muchas personas de lo más encopetado y rico de la ciudad avileña. Según esa invención, la obra de Alberto, premiada en París, elogiada de buenos críticos, no había en realidad salido de las manos de Alberto, poco hábiles. Estas, abandonadas á sí solas, habrían cuando más creado una escultura mediocre, si el oro de Alberto no hubiese tentado y seducido las manos maestras de un escultor notable, desdeñoso de la fama, complaciente y sin escrúpulos. La imbécil calumnia fué acogida con placer, y con igual placer divulgada por aquellos á quienes Alberto parecía presuntuoso, á quienes Alberto era antipático y por los que ya habituados á verle diariamente no sabían divisar, al través de su apariencia de hombre como cualquiera hombre, el alma del artista.

La primera sensación de Alberto, al conocer la calumnia, fué de vértigo y estupor sin límites, como de quien es de improviso precipitado de una cima alta, luminosa y coronada de azul, á lo más hondo y negro de un barranco. En su tristeza profunda se sintió como abandonado de los hombres, como perdido sin esperanza en un desierto, y la queja hasta aquel día reprimida en su alma comenzó á desbordar de su boca. «Para eso había él trabajado bravamente, como un

héroe; para eso había él sufrido innúmeros d olores vencido nostalgias, apurado amarguras, hasta conquistar, después de infinitos esfuerzos, una humilde migaja de gloria; para que, de regreso á la tierruca, sus compatriotas, en vez de aumentarle en simpatía y amor esa humilde migaja de gloria penosamente adquirida, se la desconocieran y negaran, exhibiéndole como un farsante vulgar disfrazado de artista, orgulloso de trofeos que no eran suyos. Lo que no hizo el odio al extranjero, de artistas envidiosos menos afortunados, en una ciudad como París, en donde la lucha por la vida es cruel y sin piedad, en donde un triunfo de artista representa fortuna y bienestar venideros, pan y oro, lo hacían sus compatriotas en una ciudad pequeña, en donde el culto de la belleza y del arte es promesa de dolor, desamparo y olvido.» Alberto, por la primera vez, enumeró sus decepciones sufridas desde el día de su llegada, y encontró su alma llena de muchas cosas muertas, como de innumerables pétalos marchitos, despojos de una antigua y blanca ilusión casi enteramente deshojada. Su imagen de la patria no era ya la misma que guardaba en el corazón cuando arribó á sus costas, cuando todavía en la cubierta del buque abrazó á Pedro, cuando á través de las ventanillas del tren vió surgir la belleza del paisaje nativo, original y soberbio, desconocido ú olvidado, cuando en la estación del ferrocarril á su llegaba á Caracas, hallóse rodeado de amigos y parientes, y cuando bajo el techo de la casa paterna los labios de su padre y de su hermana ciñeron á su frente una corona que él creyó más pura y envidiable que sus coronas de artista. Para él, entonces, la patria era como dos grandes brazos ávidos de estrecharle tiernos y amorosos y dos labios tendidos á besar su boca y su frente con amor

inflamado de orgullo. Pero los brazos empezaban á ceñir su garganta como un dogal de hierro, y los labios á besarle humedecidos en un brebaje venenoso. «¿Por qué? ¿por qué? ¿Acaso no era él de los buenos, de los buenos hijos de su país?» A la queja sucedió el reproche, y al reproche sucedieron los gritos de orgullo. «Desharía fácilmente la calumnia, confundiría á los calumniadores, demostrándoles que sus manos eran manos de artista, manos de creador capaces de animar y embellecer el barro; los confundiría demostrándoles cómo fué bajo sus manos que florecieron las carnes deliciosas de su Ninfa, cómo fueron sus manos las que infundieron en las formas y en la expresión del Fauno bestial toda el alma de la selva.»

Como nunca se dió entonces á trabajar con empeño en su tipo de belleza criolla. Sólo con su obra y para su obra vivió días llenos de ardor activo y fecundo, en los que su imaginación anduvo siempre de concierto con sus manos. Pedro sostuvo esa actividad con el glorioso espejismo de una esperanza que le hizo ver al escultor como realidad próxima y segura. Se trataba de una gran noticia recogida en los propios labios del poderoso ministro del Interior, don Julián Suárez: el gobierno proyectaba, para el año siguiente, la erección de una estatua á Sucre, el héroe de la leyenda trágica y el alma idílica.

Suárez tenía sus amabilidades y confianzas con Pedro y otros jóvenes de la misma edad y condición de Pedro. Ventrudo, campechano, dado á los placeres de la mesa y del juego, vivía, no muy recatadamente, la vida de los clubs, y se hallaba así en contacto con lo más dorado y vacío de la juventud caraqueña. Según se murmuraba, y era la verdad, Suárez pasaba de claro en claro las noches junto á una mesa vestida de verde,

en el más ruidoso de los clubs, pero en un salón en donde sólo penetraban los iniciados íntimos del ministro. Sin embargo de esos hábitos, don Julián Suárez no desatendía nunca el ministerio: todas las mañanas, al golpe de las ocho, entraba en su oficina á despachar asuntos pendientes y resolver problemas políticos, ni muy numerosos, ni, mucho menos, complicados.

Sin gran talento ni ilustración, su larga práctica de la cosa pública y de los llamados políticos en el país le había llevado á poseer una malicia inteligente y batalladora que, sumada á cierta perspicacia natural, daba á él y á sus amigos la ilusión del talento y aun á veces del genio. Entre los jóvenes que frecuentaba por sus hábitos de club, distinguía á los simples lechuguinos de aquellos que sólo de lechuguinos cargaban el disfraz y eran capaces de más altas empresas. De estos últimos, con razón, consideraba á Pedro, por el cual tenía preferencias no dudosas. Don Julián Suárez afirmó á Pedro que de un momento á otro el gobierno decretaría alzar una estatua á Sucre, y le dejó entrever por sus respuestas á las preguntas de Pedro y al deseo claramente expresado en esas preguntas, que casi con seguridad á Alberto le encomendarían la obra. «Nadie—dijo Suárez—, nadie como un artista verdadero, que fuese á la vez compatriota de Sucre, mejor llamado á reproducir en bronce la figura, y con el bronce interpretar la vida de virtud, belleza y heroísmo del cumanés intachable.»

Pero, á pesar de esos estímulos, muy pronto la voluntad vacilante del artista, falta de estímulos nuevos, como resorte cansado, se aflojó. Trabajaba poco y sin bríos. Tristezas, temores, dudas, entraron en su alma y turbaron su atención, hasta reducirle casi á la impotencia. De repente le asaltaba el miedo de morir antes

de ver acabada su obra, ó el miedo aún más angustioso de una muerte parcial, la muerte de su espíritu creador de belleza, mientras continuaría viviendo la vida común á todos los seres, con la obra sin concluir presente á sus ojos como un reproche, presente á sus ojos y á los ojos de los demás como el irrecusable testimonio de estar en él exhausto el puro manantial de la inspiración artística y de ser su alma como un Sahara funesto en donde los gérmenes de arte mueren abrasados al caer, sin que uno solo arraigue y eche flores. A veces, movidas de ese mismo miedo, sus manos cobraban agilidad morbosa, presas de un verdadero frenesí de la acción, durante el cual atormentaban, martirizaban y deformaban inútilmente el barro. Pero al cabo de breves minutos, las manos, libres de su embriaguez loca y fugaz, volvían á la inercia; los brazos, como de súbita parálisis enfermos, volvían á colgar inmóviles; y el artista, en su desolada actitud, ante la obra difícil, era en su taller, entre las diversas copias de esculturas célebres, una escultura más: la escultura de la suprema desesperanza. En la época de sus primeros trabajos artísticos, el alma de Alberto había atravesado por crisis análogas; pero ninguna alcanzó á tener la extraordinaria agudeza de la crisis de entonces. La más curiosa y tal vez la más irremediable manifestación de su estado de alma era el disgusto de conocer para entonces en la ciudad á muchas gentes y el ser de muchas gentes conocido. La vida casi en común de las ciudades pequeñas, con su inevitable y continuo saludar á cada paso, con su inevitable y continuo participar de conversaciones indiferentes ú odiosas, y con sus otras muchas é iguales pequeñeces, le procuraban un martirio constante, como si cada una de esas pequeñeces le arrancase algo de lo mejor de su talento, de lo más

bello de su alma y esencial á su vida. Le parecía como si todas esas pequeñeces anularan su personalidad, esparciendo su atención, fraccionando y dividiendo sus fuerzas, que necesitaban más bien de condensarse y fundirse en ese hogar interno rodeado de silencio, rodeado de meditaciones, foco de luz y calor, de donde surge perfecta la obra de arte. En París, cuando un disgusto parecido empezaba á dominarle, tenía á la mano el remedio: bastábale irse lejos de su calle, lejos de su barrio, hacia un barrio distante y populoso, ó mejor, hacia cualquier boulevard lleno de tumulto, en donde se complacía largas horas viendo pasar millares y millares de mujeres y hombres, verdadero raudal humano que arrastraba, como flores el torrente, expresiones y actitudes bellas y fugitivas. Y mientras tanto saboreaba la orgullosa alegría de no conocer á ninguno de aquellos seres que pasaban y de no ser conocido de ninguno, la voluptuosidad intensa y rara de sentirse solo, muy solo en medio de la multitud, alegría y voluptuosidad bajo las cuales llegaban á extinguirse las vibraciones y asperezas dolorosas de su alma, como bajo una lluvia de pétalos cargados de esencia adormecedora, ó bajo la presión de dos manos queridas cargadas de amor, de caricias, de perfume y de sueño. Ya tranquilo, al pensar que ninguno de entre aquellos innumerables pasantes ni siquiera sospechaba que él escondía el germen de una gran belleza, una obra de arte aún en esbozo, le parecía como si en realidad su obra dejara de ser simple esbozo ó germen, para convertirse en obra fuerte y grande, y la consideraba entonces, oculta en el misterio de su ser, como un tesoro oculto bajo el polvo, á la vera de un camino, por el cual discurriesen muchos viajeros indiferentes y apresurados. Pero esa alegría voluptuosa de sentirse solo

en medio de la multitud, no estaba á su alcance en la ciudad natal, ciudad pequeña, en donde conocía á casi todos y era de todos conocido.

Aun en el más absoluto aislamiento, el medio le rodeaba por todas partes con su fealdad y tristeza. La política afeaba y entristecía el medio, como un veneno sutil que penetrase los hombres y las cosas. Nada lograba sostenerse desligado de la política: ella era la gran preocupación, la causa primera y profunda; estaba en todos los labios, en el fondo de todos los sucesos; y á ella convergían y de ella emanaban todas las grandes manifestaciones de la vida, signo seguro del más hondo malestar, y presagio de muerte de los pueblos. Al principio, la política y sus hombres y sus maquinaciones turbias le causaron asombro; después, repugnancia. El ambiente, nada artístico, le obligó á retraerse. Apenas frecuentaba, al fin, la casa de las Almeida y un grupo de amigos de él y de Emazábel que se reunían raras veces en su taller, más á menudo por la noche al pie de un árbol de la plaza Bolívar, ó alrededor de una misma mesa en un café vecino de la plaza. Entre esos amigos, Alberto empezó á desahogarse de cuanto pensaba y sentía de los hombres y cosas de la tierruca, y de cómo los hallaba á su regreso. Formado por selección tal vez inconsciente, ese grupo de amigos representaba una parte, cuando menos, de esa minoría intelectual que en todas partes existe, superior al medio en que se mueve é incapaz de aceptar el medio, adaptándose á él; núcleo de almas selectas, nobles, de ordinario temerosas de la acción, que rechazadas de todas maneras acaban por separarse en actitud como de resignación altiva, á ver desfilar camino de la victoria la muchedumbre de los mediocres y el interminable ejército de los nulos.

Pero el medio, ó lo que él más temía del medio, le persiguió hasta el seno de aquel grupo de amigos y del hogar de las Almeida. En realidad, ya se había insinuado en sus venas, contaminándolo, el veneno sutil esparcido en la atmósfera. Y la presencia del veneno en su propia sangre se le reveló en sus charlas con los amigos, y en las mismas conversaciones triviales con María Almeida. De improviso, al hablar, se encontraba tomando en serio la gran farsa, aquella gran farsa de la política, y entonces rompía en furores y protestas inútiles. Fué en uno de esos casos cuando sobrevino el incidente que, durante los últimos días, le alejó de casa de las Almeida y le traía triste y caviloso.

Alberto hablaba de los hombres públicos del día. En el orden en que los había ido conociendo, los iba enumerando, con los achaques y vergüenzas de cada uno: hombres que, sin luces ni ley, ni honra, ejercían de legisladores; ministros enriquecidos á la manera de ladrones vulgares que, en vez de estar condenados, como Alberto se lo figuró una vez, á vivir en la gehena del desprecio y el odio de las gentes, vivían, si no gozando del mismo aprecio antiguo, protegidos cuando menos de una benevolencia general, muy parecida á una complicidad anticipada y previsora; y en medio de esos hombres otros muchos, malos, ineptos, nulos, pálidos, incoloros, triunfales pavesas flotantes después de las tormentas revolucionarias, ó criaturas del todopoderoso nepotismo. Y hablando, hablando, Alberto habló de su presentación al ministro de Fomento, el general Galindo. Todavía la vergüenza le llameaba en el rostro. Pedro se había empeñado en presentarle á Galindo en el mismo ministerio, así por creer que su presentación fuese útil á los planes artísticos del her-

mano, como por dar un rato de júbilo á su vanidad, haciendo ver al hermano sus relaciones íntimas con el ministro más influyente después de Suárez. Tras de algunas frases mal zurcidas que revelaban toda su cultura de sargentón grosero y basto, Galindo, en el tono un si es no es guasón de su voz avinada, se despidió de Alberto, diciéndole: «Siempre á sus órdenes en el Gran Partío Liberal.»

Al oír esa frase estúpida y al ver la expresión risueña y radiante con que los empleados presentes la acogían como á una rica flor de ingenio, sentí inflamárseme de vergüenza la cara. Aquel hombre hablaba de su partido político, del partido liberal, como si estuviera hablando de su casa, de su hacienda, de un hotel ó de una hostería.

—Y tiene razón—interrumpió María Almeida—. Lo que llaman partido liberal es ni más ni menos como una posada de reputación dudosa, á la cual se acogen los pícaros de todas las clases, todos los pícaros.

—Tanto no... Tanto no... Usted exagera. El buen éxito y el triunfo han dado al partido liberal muchos de esos elementos perniciosos. Créalo: si en vez de este partido, el contrario estuviese en el poder, en el contrario habría quizás igual número de pícaros. El partido liberal cuenta en sus filas muchos canallas; pero ha contado y no debe dejar de contar todavía muchos hombres de honor.

—No, no. Los liberales son todos ladrones y pícaros—prorrumpió María con la pasión contenida y profunda de su familia conservadora.

—No lo creo—replicó Alberto, y su seriedad y palidez aumentaron de modo visible—. Además—agregó sonriendo como á fin de ocultar la desastrosa impresión de las crueles palabras de María—me veo forzado

á recoger para mí sus palabras y su ofensa, porque mi familia es toda de liberales.

Y María, al escuchar y comprender, se turbó tanto, que no acertó ni á balbucear una excusa.

Alberto no volvió á casa de las Almeida desde entonces. Y al principio hallaba justo y natural su retraimiento. Se creía con derecho á estar hondamente resentido con María, como si María lo hubiese maltratado á sabiendas, hiriéndole en uno de los más secretos amores de su alma, en el amor y culto á la memoria de aquel tío cuyo nombre llevaba, el único de su familia consagrado por completo y desde muy joven á las luchas de la política, á la defensa y lustre de las ideas liberales, á las que ofrendó saber, fortuna y juventud, para legar á los suyos, después de servir á su país en los cargos más honrosos y eminentes, en vez de riquezas mal habidas como hacen otros, un renombre muy puro y una historia sin mancha.

Pero esa como sombra de rencor fué disipándose en Alberto poco á poco, hasta no quedar en él sino la pena del brusco interrumpirse de un hábito amable. Acostumbrado á ir diariamente á casa de las Almeida, romper con la costumbre le costaba un esfuerzo doloroso. Echaba menos la serenidad y alegría de aquella atmósfera suave, en la cual sus nervios reposaban de la tensión adquirida en el taller, al pie del barro informe, y exagerada hasta el paroxismo en el sordo malestar de la casa paterna.

De modo insensible, echando menos la atmósfera en que las Almeida respiraban, Alberto empezó á encontrar excusas á las airadas frases de María. «¿No era insensato exigir que ésta supiese lo que sus hermanos mismos ignoraban? ¿No supondría ella que á él, artista, y después de una ausencia muy larga, nada

importaban la política, sus hombres y sus luchas? ¿No era natural suponerle indiferente á esas luchas y á esos hombres? Además, él mismo, con su crítica acerba de Galindo, de todos los Galindo, había de antes preparado la injuria. Y quizás ella, María, abundaba en razón. ¿Qué sabía él, ausente, muy lejos, olvidado en un éxtasis divino de belleza? ¿Qué sabía él si todo lo que él aprendió á respetar de niño y amar de joven había muerto? ¿Los partidos, como los hombres, como los árboles, no mueren? La rama seca, por entre cuyas fibras no suben los húmedos besos de la savia, no vuelve á dar hojas ni flores. Así de los partidos: cuando un partido, realizado lo que fué su ideal, en un momento de su historia no se forja un nuevo ideal, perece falto de savia, como la rama perece.» A medida que con esas y otras razones excusaba á María, Alberto consideraba más y más ridículo y bobo aquel su rencor que lo había atormentado inútilmente. Y al convencerse de lo injusto y vano de su rencor, una alegría impetuosa entró cantando en su alma, como fresco soplo de brisa en una corola moribunda. Pero Alberto no se abandonaba jamás á una alegría: antes de entregarse á ella en absoluto, pretendía saborearla mejor, exprimiéndola, desdoblándola, analizándola. «¿Las razones que á su juicio excusaban á María, valían en realidad, ó porque él deseaba que valiesen? Si esto último, ¿por qué lo deseaba?» Alberto, á esa pregunta, se turbó, como si de pronto lo acusaran de un crimen que él dudase haber cometido en sueños. «¿Cómo podía ser? ¿Por qué no lo sospechó de antes?» Y su alegría dejó de ser franca alegría, templada como fué por la duda y el recelo.

III

—Llegas muy tarde.

—Como no pienso bailar, no me interesaba mucho llegar temprano.

—Pero no se trata de bailar; se trata de Suárez, que, como te dije, debía venir, y es probable que se vaya pronto.

—¿Suárez?

—¡Hombre! sí, Suárez, el ministro. Como te repugna ir al Ministerio y hacer antesala... Y será difícil otra oportunidad como la de esta noche. Hace un instante le dejé en el salón conversando con Amorós, el periodista aquel de quien te he hablado. Vamos allá: quizás los encontremos en el salón todavía.

—Pero si no he saludado á los de la casa... No he visto á ninguno.

—¿Qué importa? Además, en el camino los veremos.

A ese baile dado por el más viejo ministro diplomático extranjero, en obsequio de lo más granado y culto de la ciudad, Alberto no fué movido del deseo de conocer á Suárez, el cuasi todopoderoso ministro de la República, sino del deseo mezclado de temor de encontrarse con María Almeida. Creía humillante el ir de propósito en busca de una reconciliación, como á caza de una limosna, y esperaba que la reconciliación se la deparase la casualidad sin menoscabo de su orgullo.

A su llegada á la puerta de la casa del baile, moría, rugiendo y quejándose de pasión, la música llena de languideces de un valse criollo. Alberto deseaba no ser advertido al entrar, y se quedó afuera, confundido entre los grupos formados contra las dos más bajas de las grandes ventanas abiertas á la calle, á esperar que rompiese de nuevo la música y entrar entonces, cuando ninguno de los entregados á la inquieta alegría de la danza pusiera atención en el convidado tardío. Durante ese intervalo se complació en recordar sus primeras escapatorias juveniles, sus primeras y quizás únicas travesuras, cuando en compañía de otros como él formó parte de antiguas «barras», como suelen llamar en el país á esos grupos de curiosos reunidos del lado afuera de la casa de un baile, ya indiferentes, ya bullangueros y hostiles, las más de las veces deslenguados y criticones. Esa noche, entre los grupos de la «barra», muy raros hombres del pueblo: casi todos de la misma condición social de los danzantes, cuando no del mismo círculo. La llegada al salón de las personas más conocidas la celebraban los de afuera, según los casos, con sonrisas, cuchicheos, sobrenombres ofensivos ó de simple intención caricaturesca, ó bien con alguna frase picante que, sin tener vislumbres de ingeniosa, bastaba á despertar en los oyentes el buen humor y las risas. Políticos, elegantes y los más encopetados personajes lugareños eran el blanco mejor de las burlas, más ó menos ponzoñosas. Ni las mujeres escapaban á la crueldad burlona de ese buen humor pendenciero y crítico. Así, al entrar en el salón una señora desconocida de Alberto, ya madura, muy rica de formas, de rostro bastante bello y fatigado, alguien, estudiante en apariencia, dijo en alta voz, como hablando con todos en la «barra», un dístico delicioso de un

viejo poeta latino. Con ese viejo dístico—explicaron cerca de Alberto—había saludado en memorable ocasión á esa dama ya madura y aún bella, cierto poeta á quien la dama consagraba, según decían, el crepúsculo postrero de su belleza, no menos tibio y radiante que el alba en las mujeres voluptuosas. Pero entonces, aun en el peor caso, la malignidad cambiaba de forma: no tenía sino flechas perfumadas: las perfumaba el deseo. Y cuando ya los labios hipócritas habían satisfecho el placer de murmurar, los curiosos empeñábanse en perseguir con los ojos los movimientos de la dama, como á fin de sorprender el ritmo de esos movimientos; empeñábanse en escudriñar el rostro de la dama, como á fin de sorprender en su rostro las huellas profundas de un incendio apenas extinto; y algunos—tanto se insinuaban por entre los barrotes de la ventana—más bien parecían atentos á percibir el rico olor de la carne muy blanca, del seno turgente, de los brazos desnudos, dejando de ser simples espectadores curiosos, para ser los vencidos de esa fuerza de seducción terrible y obscura que tiene sobre muchos hombres la carne amasada con los besos de muchos labios. De ese modo, entre las pullas, los comentarios y las risas de la «barra», Alberto vió desfilar por la sala y el comedor un gran número de invitados, ya solos, ya en parejas. Empezaba á fatigarse de oír á los de afuera y ver desfilar á los de adentro, cuando acertó á pasar por la sala Teresa Farías, la mujer de Julio Esquivel, haciendo romper en la «barra», en ojos y labios de curiosos, un coro unánime de alabanzas y deseos, al cual siguió inmediatamente un largo silencio hondo, como el silencio del espasmo. De ese homenaje á Teresa, Alberto se enorgulleció, como si lo rindieran á él mismo, recordando la dulce alabanza que para él tuvieron los labios

de aquella extraña devota. A poco de atravesar Teresa Farías la sala, pasaba por el corredor, al brazo de Antoñito del Basto, María Almeida. María escuchaba con atención profunda cuanto Del Basto decía con mal disimulada viveza, tendido el busto hacia adelante, bajos los ojos, en tal actitud como si dejase caer adrede sus palabras en el seno entreabierto de la joven. Tan trivial espectáculo que muchas otras parejas presentaban á su vista, sin causarle asombro, le produjo entonces extrañeza. Un dolor sordo, muy sordo, y una amargura indefinible llenaron su alma. El amable departir de una pareja que, entre un valse y otro, descansa paseando, le turbó grandemente, como si ese espectáculo, en sí muy trivial, celase un grave significado recóndito, ó le sugiriese una visión parecida á las visiones locas de voluptuosidad y pecado que torturan el alma de un amante ó de un esposo al germinar de la sospecha. Y como suele en casos tales, tras el vago dolor y la amargura indefinible, sintió removerse y gritar juntos en su alma el deseo y el odio. Deseo, ¿de qué? Odio, ¿á quién?...

Al encontrar á Pedro en lo interior de la casa, Alberto experimentó un gran disgusto, disgusto que había de aumentarse á la fuerza con la inevitable presentación al ministro. Quería ser libre, ser dueño de moverse y de curiosearlo todo, pensaba él; pero en realidad no quería sino entregarse al raro placer angustioso que empezaba á saborear siguiendo los pasos de María Almeida. Desde su entrada en la casa, buscó entre los danzantes la pareja de María y Del Basto. Y adonde iba la pareja iban sus ojos.

La casa, de por sí muy capaz, había sido últimamente desembarazada en lo posible, á fin de ofrecer

á los numerosos concurrentes más espacio y holgura. Se bailaba en el salón; se bailaba en las habitaciones de la derecha, convertidas en larga prolongación de la sala; se bailaba en el corredor principal, nada angosto, entre los músicos en un extremo y un grupo de mamás, de «veteranos» canosos y de señoras maduras que, sin bailar, hastiados y rendidos, conversando entre sí, ó sonriendo sin saber por qué, beatamente, llenaban, en el otro extremo, el espacio comprendido entre la puerta del salón y la puerta de la antesala; y si en el patio mismo, por estar plantado de arbustos y flores, no podía bailarse, no dejaban algunos, huyendo tal vez de donde era más grande el tumulto y confusión de la fiesta, de ir á bailar en el exiguo corredor, frontero del principal, que daba acceso al buffet, bien y abundantemente proveído. Primero en el corredor principal, en seguida en la sala, y de nuevo en el corredor, Alberto siguió con los ojos la pareja de María y Del Basto. Por dos veces, María y Del Basto dejaron de bailar, y por dos veces el ademán y la no interrumpida conversación de Del Basto llenaron á Alberto de zozobra, como el anuncio de un peligro. En la actitud natural del «inconforme» veía la imagen grosera del deseo. Le inquietaba aquella cabeza con el pelo partido en dos por una sola raya de la frente á la nuca; y en las palabras que de los labios del galán parecían caer en el seno de la joven, vislumbraba caricias diabólicas, ó caricias de sátiro, ávidas de ajar la virgen flor entreabierta del seno. María escuchaba sonriendo las palabras de su compañero de baile. De pronto, á una vuelta, en medio al harmonioso vaivén de la danza, quedó mirando á Alberto, reclinado en la puerta del salón, y al verle dejó de sonreir, como turbada. Alberto se sintió lleno

de regocijo ante esa brusca turbación, y á la vez, gracias al breve desconcierto que sigue á las últimas notas de un valse, desconcierto formado por el desenlazarse de las parejas, el romperse de los abrazos permitidos, el abrirse de los abanicos rumorosos y el dispersarse en desorden de la turba danzante cansada de moverse en cadencia, perdió de vista á María y Del Basto. Fué entonces cuando, refugiado en las habitaciones de la derecha, á fin de evitar violencias y apreturas, se tropezó con Pedro.

Mientras hablaba, instantes después, con la señora de la casa, á quien halló departiendo amablemente con un secretario de legación y su mujer, y más tarde mientras escuchaba las finas frases de lisonja y saludo con que galantemente le acogió Suárez, el gesto de Del Basto le perseguía con la obsesión de una imagen voluptuosa. El ministro, con habilidad suma y suma complacencia, ensartaba frases y frases, algunas incoloras, algunas bellas, todas fáciles, casi todas vacías, hasta el punto de no poderse extraer de ellas ni un adarme de substancia. Esa táctica, elogiada sin reserva de sus amigos, de hablar mucho y no decir nada, la seguía con todos, desde el más encopetado hasta el postulante más tímido y sin hieles, y no la abandonaba sino en presencia de dos ó tres políticos, entre ellos el presidente, con quienes el juego aquel de maquiavelismo barato era, sobre inútil, peligroso.

—¡Si es usted para mí como un viejo conocido!—aseguraba Suárez—. Muchas veces con su hermano Pedro he hablado largamente, largamente, á propósito de usted y á propósito de su talento y de su gloria. Su nombre, su solo nombre bastaría para que se le abriesen á usted las puertas y los brazos. Es un nombre ilustre, honra de la nación, y orgullo y bande-

ra de nuestro partido. Mejor, naturalmente, cuando á ese nombre se agregan, como en usted, méritos propios. Usted empieza á conocer las dulzuras del renombre y la gloria, y nosotros nos permitimos considerar su renombre y su gloria como cosa nuestra. Usted, como ninguno, está llamado á auxiliarnos en una obra que es nuestro ideal, el ideal más caro al gobierno en que sirvo: tomar punto de apoyo en la juventud inteligente, asimilándose—é ilustrándose con ellos—á los jóvenes de talento y de buena voluntad; porque la juventud...

Y el ministro se engolfó en el socorrido generalizar sobre la juventud, en el socorrido é indispensable discurso, millones de veces editado, sobre la juventud, repitiendo la vieja monserga, la vieja canción de la juventud-esperanza, de la juventud-porvenir, de la juventud ornato del presente y fiel garantía del mañana. Canción que, á pesar de su vejez, no pierde su virtud; pues con ella siguen, explotando arriba los lobos viejos, explotados abajo una turba de cándidos é infinitos monigotes. Después de sobre ese tema esgrimir toda su elocuencia, pasó el ministro á disertar de cosas de arte con bastante ignorancia y descuido, hasta referirse al fin especialmente al arte de Soria.

—... el arte que... el arte cuya...

Y Suárez, después de balbucear algún tanto, mientras buscaba con esfuerzo visible una imagen de relumbrón y efecto, se decidió, con una frase dos veces lugar común, á rematar el período.

A ese punto, Amorós, diestramente, como á fin de esconder el balbuceo ministerial, intervino, proclamando que, «según su modo de ver, la escultura parecía condenada á morir, como estaba condenado el verso».

—¡Imposible! ¡Imposible, señor! Ninguna forma de

arte perece. Se suceden, cambian, se multiplican: no perecen las formas de arte. Sería necesario que la vida misma se extinguiese. Decir que un arte perece es como decir que la vida concluye. ¡La vida! Un infinito de alma en lo infinito del movimiento. Para ser interpretada la vida, ese vasto complexo ideal, necesita de todas las formas de arte. Porque la vida todos la vivimos, pero no todos la comprendemos ni menos la abarcamos. Los artistas, los grandes artistas mejor dicho, son los encargados de interpretarla, comentándola bellamente. Podemos vivir cien existencias sin entrever jamás lo que un solo verso ó una estatua puede revelarnos, en un instante fugitivo, del alma de las cosas.

—Pero no puede negarse que la escultura viene casi estacionaria desde los días de Grecia.

—Ese es un error fácilmente propalado y por desventura fácilmente creído. ¡Cuánto progreso no hay entre los días de Grecia y nuestros días! ¡Cuán lejos no está la imperturbable ataraxia helénica de la escultura de hoy, de los mármoles y bronces rebosantes de expresión intensa, honda, cuasi enfermiza de Rodin! El error viene de apariencias engañosas. Hanse observado en la escultura, como en la poesía, como en todas las artes, largos eclipses, ó más bien silencios prolongados, y de ahí viene el error. Se ha creído el silencio prolongado síntoma seguro de ruina. Pero los silencios en arte son como en la naturaleza: los llena el canto de los gérmenes. Durante el solemne silencio periódico del exidio invernal, no sabe la naturaleza de muerte ni de ocios: trabaja, trabaja, y de antes acendra, al través de la promesa de la hoja y la sonrisa de la flor, toda la miel de los frutos.

—Se conoce que usted es artista, y no sólo en es-

cultura—dijo amablemente Suárez—. ¡Explica usted de un modo!

—Sin embargo, sigo creyendo—añadió Amorós—que el punto es bastante discutible. Por lo que á mí toca, me parece un hecho que la escultura no ha progresado un ápice de Grecia acá. ¿Qué hizo el Renacimiento? Lo que se ha hecho después: copiar á los antiguos. El prejuicio en cosas de arte, florece de modo maravilloso. Viene un crítico y dice de una estatua, ó de un libro, ó de un lienzo, que es una obra maestra, y eso basta: los demás lo repiten. Así el juicio ligero de uno se convierte en prejuicio de todos. Sobre esta verdad, como punto de apoyo, he venido reuniendo datos y coleccionando notas para un libro de crítica que tal vez muy pronto daré á la estampa. ¡Sobre Miguel Angel, por ejemplo! En mi opinión Miguel Angel no fué sino un gran mamarrachista.

—¿Miguel Angel?...

Alberto no dijo más, y abrió grandemente los ojos. Y como su boca, cerró su alma. Tuvo para sus adentros un arrebato loco y fugaz de indignación contra sí mismo. Se sintió humillado, triste, ridículo, por su candidez de haberse abierto el alma ante aquellos extraños, en particular ante aquel periodista amigo de Pedro, ante aquel buen señor de anteojos, redondo de vientre, redondo de cara, redondo de ideas y autor distinguido—como dicen los gacetilleros del país á todos los escritores buenos ó malos—de «Rasgos biográficos del gran demócrata general Nicomedes Galindo».

—No haga usted caso de Amorós—dijo sonriendo finamente Suárez—. Él está en vena de discutir, y es un discutidor terrible; pero ni el momento ni el lugar se me antojan adecuados á discusiones de ningún gé-

nero. Usted es joven, querrá bailar, y tal vez le esperen por ahí algunas damas bellas y algunas horas dulces. No se detenga por mí. Viejo como soy, nada de provecho hago en estos bailes, y dentro de poco me escabulliré de la fiesta. Así, pues, desde ahora le digo adiós y de nuevo le aseguro, como ya le aseguré, que estoy á sus órdenes y dispuesto á servirle en sus nobles empeños de arte. Déjese ver pronto: ya en mi casa, ya en el ministerio, será usted siempre el bienvenido.

Alberto reanudó su paseo. Aquí saludaba á éste, más allá cruzaba algunas frases con aquél, sin detenerse gran cosa; yendo de grupo en grupo, de la sala al corredor, del corredor al buffet, del buffet á las habitaciones de la derecha, y de nuevo á la sala. En un grupo, Mario Burgos hablaba y reía, y los del grupo—dos amigos de Burgos y dos muchachas que éstos llevaban del brazo —celebraban ruidosamente sus donaires y reían al compás de sus risas.

Cuando pasó Alberto, Mario Burgos decía hallarse «en la úbrica» y «en la guama», expresiones cuyo significado no alcanzaba Alberto. Los amigos de Mario sonrieron complacientes, como halagados, y con su actitud parecían decir: «¡Este Mario! ¡este Mario! ¡las cosas que tiene!», mientras los ojos de sus compañeras gritaban al *arbiter elegantiarum:* «¡Tómanos! ¡tómanos! ¡haznos tuyas, oh nuestro ideal hecho hombre!» Pero el ideal hecho carne y huesos no hubiera podido recoger galantemente la súplica de aquellos ojos, tan apurado se veía ya con tener dos novias á la vista del mundo y dos ó más á sus espaldas. En las habitaciones de la derecha, en discreto coloquio, sentados en un canapé de reps verde con discretos ramajes color de oro pálido, halló á Pedro y Matildita: él se expli-

caba con cierta viveza de gestos y de voz; ella oía sin hacer gran caso de las palabras de Pedro, impaciente, los labios recogidos en un mohín coquetón, avanzando y retrayendo sobre la alfombra, con movimiento nervioso y rítmico, sus pies calzados de raso blanco. Vestida de muselina de seda blanca, apenas le faltaban los azahares y un velo para semejar, en su pequeñez de estatura, una linda muñeca trajeada de novia en un juego de niños. Pero, siguiendo la orla del escote, en vez de azahares, corría una guirnalda de rosas menudas, y las rosas, abiertas á la riba del escote, eran como bocas en suplicio de Tántalo sobre el cristal fugitivo del torrente. «Un *bibelot* japonés», pensó Alberto, fijándose entonces por la primera vez en los ojos de Matildita, de línea oblicua y graciosa. Al paso de Alberto, ella bajó la vista, mientras Pedro guiñó los ojos al hermano, para seguir después el diálogo interrumpido, asumiendo sin igual compostura. En el corredor, de donde se pasaba al buffet, el paseante se detuvo á ver con mucha curiosidad una de las pocas parejas refugiadas ahí, como huyendo del tropel y confusión del baile en el resto de la casa: en el hombre, Alberto reconoció á O'Connor, uno de los más íntimos de Mario Burgos; á la mujer no la conocía.

Cuando la pareja dejó de bailar, Alberto se fijó en la mujer, admirándola. Grácil de formas, rubia de un rubio suave, raro, exquisito, difundido como luz áurea por cabellos y tez, lucía, surgiendo del traje, como surge del cáliz un lirio de oro y enfermo. Con esa como luz blonda parecía extenderse por todo su rostro una expresión de ingenuidad imponderable, como la expresión que tomaba de vez en cuando el rostro de Enriqueta, la mayor de las Uribe. Semejante expresión formaba con la belleza rubia, y con el traje mismo, tal

conjunto armonioso, que hizo exclamar á Alberto, como si hablase con alguien: «¡Un Botticelli!» Más tarde, Alberto oía á O'Connor contar, á dos de sus amigos congregados en un rincón del buffet, cómo eran los senos de Elisita Riguera: – Los tiene lindos y duros, «requeteduros». —Pero ¿cómo has podido averiguarlo? —¡Hombre! Pues bailando es lo más fácil averiguar esas cosas. —Depende de con quien se baila. Por mi parte, yo sé de unas piernas divinas.—Esta conversación, proseguida en el mismo tono, produjo en Alberto igual inquietud que poco antes le causó Del Basto medio inclinado sobre el seno de María, como á decir un secreto precioso, y movido de esa inquietud se volvió á entregar á su persecución sin objeto. Cruzóse á los pocos pasos con María. Los ojos de él se encontraron con los de ella, y Alberto vió los ojos de ella, al fijarse en él, dilatados por una gran sorpresa triste. De lejos, él se inclinó, y cuando siguió su camino iba más desembarazado y ligero, como quien, después de caminar bajo la pesadumbre de un fardo, abandona fardo y pesadumbre. La expresión de tristeza de los ojos de María lo libertó de su propia inquietud y tristeza. Se sintió alegre, y quiso comunicar su contento á los otros. Su ráfaga de buen humor la deshizo en burlas. Para cada ridiculez halló una palabra de ironía, rara en sus labios. Su buen humor llegó á escandalizar á Teresa Farías, la mujer de Julio Esquivel.

—¡Y yo que le creía tan serio! Personas bien informadas me habian dicho que era usted un monstruo de seriedad, algo así como la seriedad perfecta.

—Así se escribe la historia. Hay biógrafos muy malos. Ningún oficio como el de biógrafo para calumniar impunemente. Y á propósito de biógrafos: si usted hu-

biera oído lo que yo hace poco oí, no estuviera usted conversando como si tal cosa.

—¿Y qué oyó?

—Cantar un buho.

—¿Un buho?

—Sí, señor: Amorós hablaba de arte.

—¡Cuidado! ¡Cuidado si le escucha! Mírelo en dónde está conversando con la señora Riguera.

—Seguirá hablando de arte.

—¿Y por qué? Bien puede hablar de otra cosa.

—Como la señora Riguera es tan aficionada á la poesía...

—¿También eso? Pero usted está inaguantable. ¿Y cómo sabe usted...?

—¿Qué?

—Eso.

—¡Ah! ¿eso? Pues de un modo muy sencillo. Por un pájaro azul que me cuenta muchas cosas, infinitas cosas. Y ese pájaro azul viene todas las tardes á decirme cosas picarescas allá arriba, más allá de la Merced, algo más allá de la Pastora, casi al pie del Avila, en el patio de una casucha fea que yo llamo pomposamente «el taller» ó «mi taller», algo más allá de la Pastora, en donde hay un barranco sembrado de tártagos y maíz, y sobre el barranco un puente á medio hacer, y más al Norte un caserón viejo y en ruinas con apariencias de villa romana plantada de sauces en vez de cipreses...

Alberto no pudo concluir. En ese momento, adonde estaban él y Teresa, llegaron María Almeida y Uribe á informarse ambos de por qué Alberto no bailaba. Este comprendió: Uribe, su cuñado, sirviendo de galán á María, no era en suma sino un pretexto, un buen pretexto de ella; y al comprenderlo así, Alberto

se llenó de orgullo, como si recibiera el homenaje que se rinde únicamente á los genios y á los dioses.

Después, eliminado Uribe, el pretexto, de la manera mejor, cuando Alberto y María empezaron á pasear juntos por la casa llena de luz, de música, de flores y bellezas, María se dió á sermonear graciosamente á su nuevo acompañante.

—No sabía yo que usted fuera tan rencoroso, y hasta el extremo de no quererme saludar... Sí, no me lo niegue: ha estado huyéndome toda la noche. ¿Ó cree que era bastante saludarme de lejos como si pasara en coche por la calle? No creí que mis palabras del otro día pudieran lastimarle mucho. Confieso que no pensé ni supe lo que me dije. Tampoco se me ocurrió que usted, con lo que dije, fuera á mortificarse tanto. Como yo creía, y creo habérselo oído decir á usted, que para usted no hay nada sobre el arte, sobre la pasión del arte y la belleza, estaba yo muy lejos de suponer que le ofendieran mis palabras, porque estaba lejos de suponer que usted no despreciase la política y los políticos.

Así, en ese tono, ya serio, ya zumbón, siguió hablándole María: unas veces como si le diera excusas, otras como si le afeara el rencor y la suspicacia, clavándole entre sonrisa y sonrisa los más donosos alfilerazos de su ingenio. Pero cuando Alberto le respondió, diciéndole, con su voz más limpia y clara, sus angustias de aquellos días, diciéndole abiertamente, sinceramente, como si se confesase con una hermana, como se confesaba en otros tiempos con Rosa Amelia, todo cuanto había pasado por su alma en aquellos días hasta el momento en que empezaron juntos á pasearse y hablar, sin esconder siquiera sus incomprensibles impulsos de rabia y desdén al verla esa noche

en el baile del brazo de un necio, María dejó de sonreir, y no sonrió más en toda la noche.

Más tarde, á la salida del baile, Alberto acompañaba á las Almeida. El iba adelante con María; detrás de ellos iban el señor Almeida y Carmen, la menor de las Almeida, simpatiquísima y burlona. Alberto y María, en todo el trayecto, ni una palabra cruzaron. Las palabras no sólo hubieran sido inútiles: brutales hubieran sido, como las guijas con que un chico vagabundo rompe el claro sueño de una fuente. Los dos lo comprendían y callaban. Sus almas, hasta esa noche oprimidas, necesitaban del silencio En el silencio parecían dilatarse, como en la espesura de las frondas la garganta del ave antes de romper en trinos. Y así, dilatadas, aquellas dos almas llegaron á rozarse, besándose y acariciándose, al través de los brazos trémulos, como deben de acariciarse dos rubíes, dos llamas, dos rosas, si de mal de amores padecen alguna vez las rosas, los rubíes y las llamas.

TERCERA PARTE

I

Dos meses habían huido como un sueño delicioso; y Alberto los había disfrutado, como en un dulce cuento rancio un príncipe magnánimo disfruta del presente que, en homenaje á su virtud, le hizo un hada buena y viejecita. El creía estarse iniciando entonces en el amor, en el verdadero amor tranquilo y puro, y cada vez más impropio se le figuraba dar el mismo nombre de amor á los abrazos, los besos y las lágrimas de Julieta. Ese escrúpulo mezquino provenía de su estrecha concepción católica del amor de los sexos, tan diestramente inculcada en su espíritu de niño, que, sin él saberlo, continuaba como años atrás predominando en su alma, bajo todas sus rebeldías de intelectual y de artista orgulloso. De Julieta conservaba un recuerdo melancólico y vago. De tiempo en tiempo la veía con la memoria en el momento de los largos adioses, de la separación definitiva y eterna: el cuerpo sacudido de sollozos y, bajo el monte de oro del cabello, los ojos como dos fuentes desbordadas. En otra época al través de ese recuerdo melancólico, Alberto habría entrevisto un alma que él abandonó después

de ponerla en cruz y de abrevarla de amargura. Ahora, en la melancolía del recuerdo, no vislumbraba sino la tristeza del pecado. En su egoísmo inconsciente, consideraba ahora la intimidad y el cariño de Julieta como un brebaje impuro, calmante de sus tormentos de creador de obras bellas, ó como un éter al que su nostalgia demandó la embriaguez y el olvido. Los crisantemos, en la acuarela de Calles, guardaban intacto el esplendor de su tinta rubia, pero las memorias que antes evocaban esas flores eran ya como flores muertas. «Su nuevo amor no era almohada de reposo, ni éter disipador de nostalgias.» Era un mundo nuevo y desconocido, por donde él empezaba á caminar como por un vasto jardín después de una lluvia: de todas partes venían á él, acariciando sus manos, acariciando su frente, un vaho de frescura y una ola de fragancias.

El amor lo reconciliaba con los seres y las cosas. La belleza de la tierruca, al través de su propia serenidad, encantaba sus ojos como la belleza de una estatua blanca y serena, de contornos limpios. De esta suerte se le aparecía la belleza de la tierruca, sobre todo al ver los cerros que del lado Norte limitaban el valle natal, cerros altos, de líneas precisas, netas, como cinceladuras, bastantes á dar á veces, por los días claros, la divina ilusión de un claro paisaje helénico. Pero de todo el valle, de la ciudad con sus calles sucias, con sus jardines lujuriantes, con sus arrabales pobres, partidos de zanjas, no acabados de construir, y quizás por eso mismo pintorescos; de los plantíos lejanos; de los verdes cafetales vecinos, ya salpicados de rojo gracias á la madurez de los frutos; de los montes; del cielo azul, pocas veces pálido; de todo el valle parecía fluir, buscando el alma de Alberto, una como agua muy pura. Al mismo tiempo, de modo insensible, el amor

le ponía en paz con las almas: compadecía, con emoción llena de llanto, la vejez del padre, torturada y enferma; lamentaba la juventud marchita y estéril de Rosa, y, en su indulgencia más y más grande, no hallaba tan ridículo á Uribe. Le perdonaba sus terminachos grotescos, y apenas le oía cuando hablaba, delante de cualquiera, de las "cosas" de Mario, de las opiniones de Mario, del ingenio profundo y de los proyectos enormes de Mario, como si todos estuviesen obligados á saber de qué Mario se trataba. No sentía ya, como otras veces, tentaciones de preguntarle, afectando simpleza ó distracción: "¿Qué Mario? ¿El de Roma?" Excusaba su ridiculez y sus defectos con la pésima educación de su madre, que, caída de la fortuna en la escasez, no aprendió á ser pobre ni lo enseñó á sus hijos. "Pero su madre misma no era responsable única. Ella y él eran productos de una larga serie de prejuicios y errores acumulados en el alma de los abuelos. Culpable era toda una familia encastillada, á través de las generaciones, en una tradición muerta y sin brillo, toda una familia hipnotizada, al través de los años y los reveses, por un pobre sueño de gloria y un mísero pingajo de nobleza rancia; empeñada en vivir del pasado, cuando á su alrededor se ensayaba el himno del porvenir; inmóvil, como fuera del tiempo y del espacio, en medio de un pueblo hecho á vibrar con todas las inquietudes nobles y malas de una democracia turbulenta."

Rosa fué la primera en advertir el cambio de Alberto y conocer la causa del cambio. Regocijada por el cambio mismo, su regocijo llegó á júbilo cuando penetró sus razones. Lo perdido lo recobraba con creces. Reconquistaba al hermano cuando éste era dueño del amor de María. La vida le presentaba con

sencillez, como una cosa ordinaria, lo que su deseo no se hubiera atrevido á soñar nunca: la unión del hermano con la amiga predilecta. Mejor no podía él empezarle á cumplir las promesas que le hizo recién llegado de Europa. Cifra de sus deseos y esperanzas, esa unión le prometía conservarle en el porvenir, de otro modo inclemente, dos grandes amores. Rosa y María se profesaban un cariño profundo. Sus vidas parecían obedecer á un destino idéntico. Un lazo muy sutil y muy fuerte ligaba sus almas. Rosas gemelas, nacidas en el mismo gajo, abiertas al mismo soplo, casi á la vez un mismo insecto nauseabundo manchó de baba sus pétalos. Casi á la vez, Rosa y María conocieron el desencanto amoroso; pero si la última lo probó á tiempo, la otra lo probó demasiado tarde, cuando ya no podía sino llevarlo, cadena ó cruz, á través de la vida, sin descansar un punto, siempre. En ese común desencanto, en ese dolor común, estaba, sin ellas comprenderlo muy bien, toda la fuerza de su mutuo cariño. La alegría de Rosa, cuando Alberto le hizo la primera confidencia de su amor, fué grande. Feliz con la noticia y con la intimidad y confianza renaciente del hermano, trataba de tiempo en tiempo de renovar su alegría, provocando las confidencias. Rosa las acogía como un regalo, cuando no las provocaba como un juego, pues le procuraban ratos de buen humor y hasta de risas, gracias á la vieja timidez de Alberto, exagerada por sus naturales timideces nuevas de novicio en amores. Las confidencias del hermano, en razón de su timidez, eran en realidad semiconfidencias. Las frases venían á sus labios lentas, rotas, cortadas de balbuceos, y Rosa Amelia se complacía en diestramente ayudarle, diciendo la palabra que él no osaba decir, dando con el término justo cuando él todavía lo bus-

caba adivinando á veces, para asombro de él y por alguna de sus frases rotas ó confusas, las circunstancias mismas causa ó fin de su confidencia. Al asombro de Alberto ella contestaba riéndose de muy buena gana, ó bien decía:

—Nosotras, las mujeres, tenemos dón de adivinas, al menos en esas cosas.

Además de su alegría de las confidencias del hermano, Rosa conoció una alegría nueva: la de hacer, con las más bellas flores de su jardín, los ramilletes con que el hermano regalaba á su novia. En esta dulce tarea, Rosa ponía tal complacencia y ternura que, en realidad, las flores llevaban en sus pétalos el homenaje y el perfume de dos almas. Los ramilletes dominicales, como él mismo decía, aunque no fueran siempre dominicales, confundían á veces al enamorado como ramilletes de reproches: «¡Y yo que hallaba tan ridícula—solía pensar la costumbre que los enamorados tienen de ofrecer flores á sus novias, los domingos! Hasta me indignaba á veces al ver alguno de ellos atravesar las calles con su mazo de violetas ó su manojo de claveles y rosas en las manos. Y heme aquí sacrificando á esa costumbre como cualquiera dependientillo bobo. Pero es lo peor del caso que en la tal ridiculez encuentro gusto.»

Alberto vivía entonces, algo tarde, un fragmento de su juventud, aún no vivido de él, y con ese fragmento de su juventud conservaba en su alma un rincón intacto, casi virgen. De ahí, propiamente, de ese rincón de su alma, que no del jardín, venían los manojos de jazmines y rosas, y con esos ramilletes, otros ramilletes mejores, más frescos, más puros, hechos con ternezas de amante y ensueños de artista.

A esas flores, así las cultivadas en el jardín de Rosa,

como á las flores ideales nacidas en el alma de Alberto, María abrió su alma, y en su alma entró de improviso el amor, todo el amor, como entra de improviso una fiesta en un palacio lleno de cosas ricas y de cosas bellas, pero desde hace tiempo cerrado, silencioso y mustio. Desde su primero y único desencanto, María pareció empeñada en rehuir el amor de los hombres.

Su conocimiento de los hombres y de las mujeres que la rodeaban, la obligó á concebir una idea nada noble del amor masculino. Casi todos, así los más como los menos instruídos, así los más como los menos cultos, no se enderezaban al amor sino por los caminos de la sensualidad y la violencia. De ahí su repugnancia. Pero el raro amor de Alberto, á la vez tímido é impetuoso, burló su reserva y repugnancia. También había para ella en ese amor algo nuevo é incógnito. Las frases de Alberto, ingenuas, tímidas, espontáneas, como su amor mismo, la enternecían, la arrullaban, y al fin la vencieron. Al través de esas frases, á menudo incoherentes y deliciosas, vislumbraba una misión cuasi divina. Y nunca la vislumbró tan bien como el día quizás el más feliz de sus amores, en que Alberto pareció venir de muy lejos, de muy alto, como de un ensueño remoto, diciéndole:

—Tu amor es azul, María.

Ella, al oirle, fijó en él sus ojos como preguntándole: «¿Divagas?» Luego, tras de hacer con los labios una mueca burlona, riendo de felicidad con los ojos negrísimos, repuso, acusando sorpresa:

—No sabía yo que el amor tuviese color ninguno.

Pero él, sin hacer caso de la burla ni de la sorpresa, continuó:

—Hay gentes que no ven el color sino en las cosas. No lo alcanzan á ver en las almas. También en las

almas hay color, María. Y tu amor es azul... Hay mujeres cuyo amor descolora. El amor de ésas es como un ácido sutil, como un ácido perverso, enemigo de colores: no mata las almas, pero las anula y vulgariza, despojándolas del color: su originalidad y su belleza. Es un amor egoísta y malo. Hay otras mujeres cuyo amor es fuego y púrpura: tiñe de rojo las almas. Las almas encendidas en ese amor ven el mundo como á través de un velo de sangre; adquieren por un momento sobrehumana esplendidez, y pronto se consumen como aristas en la hoguera. Es pérfido ese amor: da á las almas una gran belleza efímera, y las destruye en cambio. Hay otras cuyo amor es azul, y ése no descolora ni destruye: antes pone el infinito en un alma. El azul ama lo infinito, y el infinito ama lo azul y se complace en tomar apariencias azules. El cielo es azul, María.

II

—Te haría mucho bien pasar dos meses en La Quinta...

La Quinta era la única posesión agrícola que el viejo Soria conservaba. Desde muy joven, éste desconfió de la agricultura y su porvenir, y fué poco á poco deshaciéndose, no sin ganar mucho, de las fincas heredadas, hasta convertirse de un todo con vida y bienes al comercio. De la herencia de su padre no conservó sino La Quinta, por haber sido en ella donde empezó á crecer, bajo las recias manos del abuelo, la fortuna de los Soria. La guardaba sin utilidad, y por simple orgullo y satisfacción de casta, como prueba de su origen claro y fuerte, como un recuerdo de familia, de igual modo como otros guardan un mueble apolillado y sin color, ó un libro muy viejo, ó una joya sin brillo ni uso. El mueble y el libro y la joya no tienen para los demás hombres gran valor, mientras sus dueños les atribuyen un gran precio de significación oculta, un gran precio fantástico, y no menos real que el menosprecio de los otros. Eso, para don Pancho, era La Quinta, compuesta de un pedazo de tierra de labrantío, dos cafetales de arbustos viejos, plagados de nudos, mezquinamente productivos, bastantes árboles de fruta y una casa de campo adonde la familia solía ir de temporada por los meses calurosos.

—Te haría mucho bien pasar dos meses en La Quinta. De ese modo te sería fácil romper sin escándalo ninguno ciertos lazos. A tu vuelta, si haces como debes, por interés todos fingirían no ver el cambio, y las cosas volverían á su rumbo natural, como si nada hubiera sucedido. Así me complacerías, y sobre todo complacerías «al viejo», á cuya vejez enferma y suspicaz debemos empeñarnos en mullir uno como lecho de algodones. Además, dos meses de campo y soledad te serían benéficos. Necesitas corregir tus hábitos y poner un poco de orden en tu vida. Te lo he dicho á menudo, y convienes en ello.

—Es verdad. Necesito poner un poco de orden en mi vida... Aunque no tanto como tú crees. Mis hábitos malos—y serán malos desde un punto de vista filosófico—no son del todo execrables desde el punto de vista práctico. No sé si me entiendes, Alberto... Quiero decir que esos hábitos yo no los tengo por instinto vicioso. No me complazco en ellos con deleite: los sufro porque me sirven. A favor de esos hábitos he conseguido amistades y relaciones considerables y me he hecho cierta aureola de la que puedo sacar, en un próximo porvenir, algo ó mucho bueno. No puedo estar mano sobre mano sin hacer nada provechoso, mientras pasa la vida. Pienso en el porvenir; necesito desde ahora trabajar por hacerme de una posición como yo la pretendo, para no ser mañana un viejo cualquiera, un cretino cualquiera de cabellos blancos. Y para conseguir el triunfo es preciso valerse de las fuerzas que nos rodean, acomodarse al medio, como dice Diéguez Torres, empleando las armas que el medio suministra.

—No te comprendo, Pedro. Unas veces hablas de luchas y te dices luchador, y ahora hablas de acomodarse al medio. Son dos términos contrarios. Quien se

acomoda al medio es un ser pasivo: no lucha. Acomodarse al medio es deponer las armas, ó el arma por excelencia: el carácter. Y el carácter es todo el hombre. La lucha no es amoldarse al medio, sino combatirlo, modificándolo, haciéndolo á nuestras aspiraciones, á nuestras virtudes, á nuestro ideal.

Pedro, en vez de contestar directamente á las palabras del hermano, respondió explicando sus propias palabras:

—Cuando te digo «acomodarse al medio» quiero decir aprovechar su espíritu, sus tendencias, tomar de él cuanto me ofrece de más seguro para alcanzar mi objeto, para «subir» lo mejor y más pronto posible. Y para eso, lo más seguro aquí es la política, y no la de oposición, que á ninguna parte lleva. Comprendo que hubiera sido más digno y menos aventurado, como otras veces me has dicho, seguir las huellas del «viejo», imponerme de sus negocios, sirviéndole de compañero y auxiliar, y por último sustituirle. Así sus negocios é intereses no hubieran caído en poder de un extraño, en donde no pueden andar muy prósperos, por más que ese extraño sea un modelo de honestidad como es Almeida. Pero yo no tengo la más pequeña afición á las cosas mercantiles: nunca les tuve sino repugnancia y odio. Teneduría de libros, facturas, bajas, alzas, comisiones, cambios, todo, todo eso para mí es música wagneriana. Tampoco me atrae decididamente ninguna otra profesión ni oficio. Rompí los estudios universitarios, y no me arrepiento. Hubiera llegado con el tiempo á ser un pobre diablo de levita, y lo que es peor, á convencerme demasiado tarde de que el mejor camino por el cual puede irse lejos é irse bien es el que sigo ahora. No soy como tú un artista. Comprendo la belleza y el arte. Sobre todo,

respeto y admiro tu obra. Me enorgullece oir hablar de ti como de un famoso artista, como del primer escultor de por estas tierras. Así dicen Romero y Alfonzo, y cuando les oigo hablar así me corre por detrás, por toda la médula, un frío delicioso de satisfacción y orgullo. Pero nuestros caminos son diferentes. Tú vives en pleno ideal, soñando con la gloria, mientras mi temperamento es más bien enemigo del sueño, y deseo vivir la vida, toda la vida, saboreando sus goces dulces y ásperos. Mientras tú sueñas con algo que está lejos y es como un espejismo, yo quiero poseer algo que está cerca y puede tocarse con las manos. Por todo eso mi elección la tengo hecha desde hace tiempo: la política. En nuestro país, tan sólo en política se puede ser alguien, hacer figura y allegar dinero.

—Si fuera posible honradamente... El ejemplo de tío Alberto lo está negando. Fundador del partido liberal, y muchas veces ministro, murió pobre.

—Otros tiempos, chico. A ti mismo te he oído decir muchas veces que en el origen de los partidos, como en la cuna de las religiones, hay mucho de idealismo, y ese idealismo se condensa en algunos hombres. Uno de esos hombres, en el partido liberal, fué tío Alberto: era un poeta de su causa. Pero cuando un partido triunfa é impone su triunfo, la política se reduce al medro. En rigor, aun honradamente puede hacerse mucho en política. Además, eso de la honradez es muy relativo, sobre todo en política y en nuestros tiempos. Conozco muchos con fama y nombre de honrados que, con bastante sigilo, repletaron la bolsa. Otros, menos astutos ó más cínicos, dejan ver su juego, y á pesar de su cinismo no pierden nada. Si acaso desatan una tormenta de maldiciones é injurias, pasan la tormenta... pasando el mar, camino de Europa. Du-

rante algún tiempo, ya en París, ya en otra ciudad, comen el pan del ostracismo, un pan, según dicen, muy sabroso y rociado de champagne; y cuando vuelven del «ostracismo», no sé si es la brisa del mar ó París quien los lustra, pero ya nadie les ve las manos puercas. Cuando regresan, vuelven á su ser antiguo, y aun suben en dignidad y merecimentos, como si el pasado les hubiera servido de escalón, y no de lápida.

—Me da tristeza oirte hablar de ese modo.

—¿Por qué? si estoy diciendo la verdad. Nuestra moral se ha simplificado tanto, que es apenas un gesto, una actitud, y eso no sólo en política. Entre los que gritan «al ladrón» cuando un político roba, hay muchos que en secreto desean estar en su lugar, y no faltan, entre los más gritones, mercachifles que hacen gala de ser la quintaesencia de la pulcritud y han quebrado fraudulentamente. Que lo diga el hermano del señor Almeida, el irreprochable don Marcos.

—¡Pedro!

—¡Si me consta! ¡Si es la verdad!... Eso, por otra parte, nada tiene que ver con los demás de su familia.

Y Pedro, diciendo asi, se arrepentia ya de sus palabras, temeroso de haber lastimado con ellas á Alberto. Mientras duró el silencio, aumentaron su descontento de sí mismo y su angustia.

—¿Pero, en fin, sigues ó no mi consejo? ¿te vas ó no á La Quinta?

—Oye, Alberto: cree que me gustaría con toda el alma complacerte; pero no puedo. Al menos ahora, no puedo. Estoy esperando algo que me han ofrecido Suárez y Galindo—ya sabrás algún día lo que es—, algo para mí considerable, como si dijera mi entrada triunfal en política. De irme ahora, perdería el fruto de un trabajo largo y sordo, porque he venido traba-

jando sordamente, sin que nadie sospeche mi esfuerzo ni mis planes. Con excepción de muy pocos, para todos continúo siendo un despreocupado, un vividor, hasta un lechuguino como O'Connor ó cualquiera otro de su laya. Sin embargo, mi proyecto puede fracasar todavía. Los buenos deseos de Suárez y Galindo no bastan. A pesar de ser ellos ministros y yo un muchacho sin ninguna significación, algo me deben. Los creo buenos amigos, capaces de hacer algo en mi favor, pero su buena voluntad no basta. Es necesario prever los caprichos de la Voluntad Suprema, conseguir la aquiescencia de quien está por encima de ellos, la aquiescencia del César todopoderoso, y es muy difícil entenderse con el César cuando éste es un estúpido. Además de los planes míos, pienso en tus proyectos de arte. Por ellos haría yo muy mal en irme. Tú solo, estoy seguro, no harías nada. ¿Crees muy sencillo realizar esos proyectos? Pues no lo es. Piénsase en glorificar á un héroe del país, erigiéndole una estatua; y como tú eres el solo buen escultor del país, te encomiendan la obra. Eso crees tú, y sería natural, pero la cosa no es como parece. ¿Que te dió seguridades el ministro? Él las da á todos. Para alcanzar lo más mínimo de esos hombres es necesario estar encima de ellos, y tú no sirves para el caso. No sabes hacer antesala: no tienes paciencia y te ruborizas, como de un crimen, de hacer como los otros. Porque seas el solo escultor, no te creas libre de concurrentes. Si la erección de la estatua se resuelve los tendrás, y poderosos. Por eso es bueno desde ahora apercibirse. Mucho temo, en particular de cierto individuo de la familia del César, un tal Guanipe, negociante y contrabandista por más señas.

—Pero si no es estatuario...

—¿Y eso qué importa? Lo que importa es el negocio: lo que el gobierno pague. La estatua es un pretexto. Ni en ella ni en su erección habrá una sola sospecha de apoteosis del héroe. Será ni más ni menos un negocio, uno de tantos negocios con su lado ideal que deslumbre y distraiga á los pobres de espíritu. No te hagas ilusiones, Alberto. Has estado ausente muchos años y no tienes idea cabal de las cosas. Si te complazco yéndome á La Quinta, no podré hacer nada por mi bien ni por el tuyo. Ahora, si dentro de dos meses nada he conseguido, porque Galindo y Suárez no me cumplen sus promesas, ó si por cualquiera otra causa desespero de salvar mis proyectos y los tuyos, entonces te doy mi palabra de irme á La Quinta y de quedarme cuantos meses quieras en el campo.

—Y mientras tanto seguirán tus amores con Matildita Uribe...

—¡Acabáramos! ¿Es eso lo que más te preocupa? Creo que no debieras preocuparte. Ya conoces bastante á esa gente. Mis amores no son ni pueden ser sino un juego, niñerías. ¿Que la pesada de misia Matilde anda diciendo por ahí que yo voy á llevarme en matrimonio á su joya «número dos», porque á Enriqueta, su joya «número uno», la reserva para un marqués ó un conde? ¿Qué importa, si no es verdad? ¿Que se lo vienen á contar «al viejo» y «el viejo» rabia y se mortifica? Bien puedes tú convencerle de lo contrario. La táctica de la buena señora es demasiado vieja y conocida: cogerá de sorpresa á los tontos. En cuanto á Matildita, la más interesada, ella, acá entre nos, no toma ni puede tomar las cosas en serio: ella se divierte, yo también, y santas pascuas.

—La cuestión, Pedro, no es que te diviertas ó no, ni que te quiera ó no pescar misia Matilde con su tác-

tica. La cuestión es otra muy distinta. En esos amores hay algo á que debes respeto, un punto delicado y sensible que puede algún día doler y arrancar lágrimas á quien es inocente: las relaciones de Matilde con Rosa. Esa muchacha es hermana del marido de Rosa.

—Rosa no será por mis tales amores ni menos honrada ni menos feliz, si de ella puede decirse que es feliz. También yo, en ocasiones, he pensado en lo que tú dices y he tenido escrúpulos, que momentos después desechaba. Créeme: esa gente no merece tus escrúpulos, ni aun los míos. Con el tiempo que llevas frecuentándola, debieras conocerla mejor, ó tal vez tu seriedad se ha interpuesto á manera de pantalla entre esa familia y tus ojos. Es muy probable. ¿Sabes por qué? Porque sabiéndote serio, y sospechándote más serio, mucho más de lo que eres en verdad, revisten para ti el recato, los remilgos y reservas que con los otros no usan. Sin embargo, desconfiando un poco, observando con malicia, hubieras podido ver algo é imaginarte el resto. Así no te preocuparías de Matildita, ni de las consecuencias que mis amores con ella puedan tener para nadie. Amores con Matildita no tienen consecuencias. Puedo traerte ya, si quieres, la prueba de mis palabras, aunque la cosa no parezca ni sea de muy noble estilo.

Y Pedro, diciendo así, tomó hacia el interior de la casa.

Alberto, solo, se quedó pensando en cuál podía ser aquella prueba. A la vez, como distraídamente, recorría el jardín con los ojos. Primero, su atención fué atraída á lo lejos por un grupo de begonias en flor que detrás de unos rosales enclenques, faltos de hojas y flores, fingían en el suelo una charca purpúrea. Luego, á poca distancia de donde él estaba, su atención

vino á fijarse en el kiosco revestido de hojas, cuando sobre la verde vestidura del kiosco, un golpe de brisa balanceaba y movía las primeras campánulas abiertas. Los pronósticos de Rosa Amelia se empezaban á cumplir: sobre el espeso follaje del kiosco, las flores de pascua lucían como sonrisas de ángeles. De un azul muy suave, teñido de oro en lo hondo de la campana, esas flores antojábansele á Alberto flores de ensueño, por su belleza grande y efímera. Abiertas á la aurora, la noche las encontraba moribundas. «Debían de ser en su frágil belleza, dorada y azul, como los deseos imposibles y los vanos sueños de la planta.»

Alberto, no sin pena, volvió de sus fantasías á la vida real; pensó en las palabras del hermano, y lo abrumó la tristeza. Al través de esas palabras, ya Pedro hablase de sus amores, ya de política, Alberto columbraba una verdad, y temía verla en plena luz. Inútil achacar á fanfarronadas todo el discurso de Pedro: detrás de las fanfarronadas aparentes había algo razonable y firme. En realidad, no le preocupaban mucho sus hábitos de político en cierne. Más le preocupaban en Pedro sus hábitos de club, sus numerosos amigos pertenecientes á todos los bandos y colores—núcleo y origen de su popularidad, como él decía, y primer escalón para elevarse—sus modos de ser pendenciero y manirroto, y por sobre todo sus amores, tal vez porque estos amores y el modo de ser de Pedro demasiado manirroto y liberal eran la continua lamentación y pesadumbre de don Pancho. Alberto, por aquellos días confiado, sereno y dichoso, quería ver las almas de la hermana y del padre, si no disfrutando de la dicha perfecta, al menos de un reflejo de dicha. De aquí su empeño en disuadir de sus amores al hermano, y en

alejar á éste, cegando así un manantial de reproches y torturas. Pedro le contestaba con evasivas y reticencias, y esas reticencias le enojaban, no por lo que ellas valían, sino como evocadoras de una sospecha que ya otra vez lo había rozado, aunque vaga y sin forma. «Él no estimaba mucho á las Uribe, pero en su estimación no las ponía tan abajo como Pedro en sus frases y palabras ambiguas. Las juzgaba iguales á tantas otras de entendimiento limitado y huero. Vanas, frívolas, en sus cabezas de pájaros llenas de aire hacían veces de ideas unas cuantas preocupaciones. Mas debajo de las preocupaciones y de la superficialidad del carácter suelen esconderse, como joyas, excelencias y bondades del alma. No le constaba si esas bondades y excelencias existían en las Uribe: hubiérale sido necesario haber ido al fondo de sus conciencias, como en el fondo de los mares va á las perlas el buzo. Y él jamás deseó entrar en sus conciencias como buzo de almas.

No sabía cómo ni cuándo empezó á ir á casa de ellas: empezó visitándolas rara vez, de tiempo en tiempo, quizás por estar la casa de ellas en su camino al taller, y luego menudeó sus visitas. La verdad fué que las Uribe se valieron de todas las artimañas para atraerlo, y él se dejó atraer, convencido de ser tildado, si resistía, de arrogante y orgulloso. Sus visitas le daban ocasión de observar de muy cerca y bien los manejos del hermano. Pero muy pronto las Uribe se olvidaron de haber sido ellas quienes con hábil y disimulada maniobra le atrajeron, y miraban en sus visitas inequívocas muestras de estimación, afectuosas y espontáneas. Misia Matilde no sólo miraba señales de amistad, sino claras promesas. Para ella, y lo pensaba y decía á propios y extraños, las visitas de Alberto y

sus demás afectuosas demostraciones eran sin asomos de duda, paladino consentimiento de los amores de Pedro y Matildita. Y Alberto, en la circunstancia, interpretaba de seguro con su buena voluntad y buenos deseos la voluntad y los deseos de la familia Soria.

Las conjeturas y predicciones de la madre parecían como de perlas á Matildita. Las hallaba naturales, dignas de su confianza y crédito, si bien templaba esa confianza con su poquito de temor é incertidumbre. «De todos modos, ¿por qué no habrían de realizarse esas predicciones?—pensaba Matildita—. Que Pedro fuese rico no era obstáculo ninguno. Y con otra razón no podía oponerse al matrimonio de Pedro su padre, avaro y esquivo. ¿Un hermano de ella no estaba casado con una hermana de Pedro? Además, éste podía ser muy rico, riquísimo, si se comparaba la fortuna de los Soria con la pobreza apenas bien vestida y casi vergonzante de los Uribe, pero no era mejor que ella, al contrario...» Enriqueta, aunque de un modo muy débil, venía á ser en su casa como la cuerda de un globo cautivo, ó el lastre de un globo lanzado á la merced y furia de los vientos. En tanto que en el meollo de sus hermanos, de su madre y Matildita no había sino preocupaciones y simplezas, en el de ella había siquiera una sombra de razón. Entre los demás representaba el papel de regulador y correctivo, atenuando en ciertos casos el desorden, corrigiendo algunas ligerezas y moderando los entusiasmos y locuras. Así, cuando su madre y Matildita empezaron á forjar sobre las visitas de Alberto multitud de ilusiones y á darlas á los otros como realidades, ella les observó que no era bueno hacer pronósticos intempestivos, y menos proclamarlos como seguros, agregando que en tales asuntos lo mejor es callar y seguir la marcha de

las cosas con discreción y reserva.—Tú siempre desconfías y piensas lo peor—replicaron á dúo la hermana y la madre.—Pienso lo más natural. Para mí nada significan las visitas de Alberto: nos visita porque puede visitarnos, porque lleva gusto en ello, como nos visita cualquiera otro. Nunca hace franca alusión á los amores de Pedro, como rehuyendo echarse encima ajenas responsabilidades. Y si ustedes me apuran, les diré que desde su primera venida aquí, sospecho y aun creo que él, en vez de apadrinar esos amores, con toda su fuerza los contraría.—¡Qué cosas las tuyas! ¿Y por qué lo crees? No será porque Pedro pueda hallar alguna mejor que Matildita. Podrá hallarlas iguales á ustedes, pero no mejores. - No sé decirles por qué lo creo: se me ocurrió una vez, no sé cómo, de repente, y lo creo desde ese día. - Si fuera verdad, y Pedro me dejara por los consejos de él, ya sabría yo cómo vengarme fácilmente—dijo á ese punto Matildita, poniendo en blanco los ojos.—No digas bobadas, Matildita. Aunque Alberto se oponga á tus amores, Pedro tampoco necesita de sus consejos para dejarte el día menos pensado.—¿Y por qué?—¿Por qué? Parece como si ustedes vivieran en otro mundo: todo les parece muy sencillo y muy llano. Aun lo más difícil quieren de un momento á otro verlo andar como sobre rieles. Pero una cosa es tener amores y otra es casarse, en particular si el sujeto es como Pedro, quien, así como es de alegre y simpático, es de enamoradizo y resbaloso. Demasiado lo saben ustedes. Bien le conocen. Es un tipo muy difícil de retener, y si Matildita no lo consigue, no lo extraño, y también en gran parte culpa será de Matildita, porque no ha sido con él como debiera.—¿Y cómo es Matildita con Pedro?—preguntó misia Matilde un poco alarmada.—¿Que cómo es?

Pues... pues... muy tonta.—Y misia Matilde se quedó muy oronda y tranquila, sin alcanzar la significación que esa palabra adquiría en los labios de Enriqueta. En cuanto á Matildita, ya porque se reconociera culpable, ya temerosa de oir algo más, no replicó sino acurrucándose cuanto pudo en el extremo del canapé en donde estaba.

Alberto presentía, si bien de manera confusa, algo de cómo las Uribe comentaban sus visitas. Lo presentía en vagas actitudes de las muchachas y en transparentes alusiones de la vieja. Estas alusiones, por lo mal traídas y claras, le parecían jocosas, pero alguna vez lo estrechaban, poniéndole en grave apuro, cuando no hallaba pronto una respuesta fácil, cortés y evasiva. En realidad, misia Matilde y las muchachas lo divertían: la primera con sus vanidades y preocupaciones, con sus monadas las últimas. Al través de todo eso, él adivinaba una sola ocupación y un solo empeño: la caza al marido. Y como en la tal caza no vió nunca á las Uribe emplear tratos ni artificios de mala ley, consideraba sus escaramuzas con mirada irónica y benévola. La tal caza jamás la vedaron legisladores ni pontífices, antes la favorecieron, y, al fin y al cabo, todas, así las más honestas como las menos puras, así las más humildes como las más altas, podían entregarse á ella, valiéndose de iguales armas, ó de armas poco diferentes unas de otras. Lo que él observaba en ellas no era más de lo que en la mayor parte veía: exponer en la ventana sus palmitos á la hora del paseo; pensar en trajes y confeccionarlos bien propicios á poner de relieve sus gracias y perfecciones; ensayar sonrisas, miradas y lánguidas posturas, buenas para estrenarlas después en el teatro ó la iglesia; ir á la misa de once, porque á la puerta de la iglesia, al acabarse la misa

de esa hora, asisten al desfile de las damas todos los jóvenes de la ciudad, cursis ó no; pasar en compañía de otras como ellas por frente al café adonde los más elegantes y repulidos de los jóvenes van, so pretexto de paladear un aperitivo, á repletarse el estómago de brandy; y, por último, siempre acompañadas de amigas, pasear calle arriba y calle abajo, llenando, con sus gayas muselinas de color y las plumas y cintas de sus sombreros, y las risas y discreteos de sus labios, el desairado y feísimo cajón del tranvía que va por la calle más central y bulliciosa. A decir verdad, Alberto hallaba muy de superficie la coquetería de aquellas muchachas, demasiado ingenua y boba para servir de redes y armadijos, y suponiéndola así, no recelaba debajo de ella nada repugnante y turbio. Eso hubiera podido jurarlo refiriéndose por lo menos á Matildita, pues Enriqueta, con su reservada seriedad y sus melancólicas languideces, despertaba en él recelos fugaces, como si la sospechara de esconder, bajo sus apariencias de seriedad y bajo sus lánguidas actitudes, cavilaciones de un cálculo sabihondo.

Misia Matilde le infundía aún menos temor y sospecha, porque los procederes con que tendía á corroborar la obra de las hijas eran ineficaces, cuando no contraproducentes, por lo zurdos. La «psicología» de la buena señora alcanzaba á caber en una sola palabreja, cifra de sus deseos y prejuicios. Sus hijos eran los «mejores», sus hijas las «mejores», ó cuando menos iguales á las mejores. La palabra «mejor» la tenía siempre en la punta de la lengua y á cada paso la sacaba á relucir, viniera ó no á cuento, pero sobre todo á propósito de bodas ó de anuncios de bodas. «El era mejor que ella, ó ella era mejor que él.» Y al decir «mejor», nadie agregaba sílaba, como ante un dictamen sin ré-

plica. La palabreja expresaba en los labios de misia Matilde sus preocupaciones de familia y de raza, única herencia que guardaba de sus abuelos todavía intacta ó horra; y como era natural, disfrutaba á su gusto de la herencia. De tal modo pronunciaba ella «mejor», y de tal respeto y prestigio rodeaba la palabra, que ésta era á la postre en sus labios como un talismán, cuya virtud quitaba ó concedía, según el capricho de su dueño, nobleza, título y honores. Aparte esa pequeñez, no exclusiva de ella, á misia Matilde, según Alberto, sólo podía hacerse el reproche de tener en sus hijas exagerada confianza; y tal vez era un reproche sin fundamento, porque bien conocería ella en qué grado eran sus hijas recatadas y virtuosas. Sin embargo, á veces no podía menos de reprocharle esa confianza rayana en descuido, sobre todo cuando al entrar por la noche en casa de las Uribe, sorprendía á Pedro en amoroso «aparte» con Matildita en el corredor: ella en un extremo del canapé, él en una silla al lado del canapé, mientras la buena señora dormitaba ó leía en un rincón de la sala, y Enriqueta sollozaba en el piano romanzas y quejumbres. Tal vez misia Matilde ponía en Pedro, á título de cuasi pariente ó allegado, igual confianza que en las hijas. Cuanto á los hombres de la casa, muy rara vez Alberto se encontró con alguno de ellos. Uno de los tres era empleado de un banco; los otros campaban por sus respetos, esperando que les cayeran del cielo prebendas ministeriales ó muchachas ricas; y ninguno de ellos sabía de su propia casa, en la cual no se estaban nunca sino el tiempo necesario al dormir y al comer, empleando el resto del tiempo en el club, en el café, en el paseo en coche ganado al juego, y en ir con otros de visitas, ó de bureo y parranda. Además de ese des-

cuido en que los Uribe tenían su casa, y del descuido aparente ó real en que la madre tenía á Matildita y Enriqueta, algo despertaba la más viva suspicacia de Alberto, y era el modo de ser y hablar un tanto desenfadado y libre de los visitantes, hombres y mujeres, con Enriqueta y Matildita. Unas veces eran palabras y frases obscuras, olvidadas ó nunca oídas de él, probablemente palabras y frases de sentido pasajero y arbitrario, de esas que la moda lleva y trae, como suele hacer con refranes y canciones. Pero otras veces eran palabras y frases de sentido libérrimo, si no libertino, y muy claro.

Muy mal efecto le había hecho la conversación oída en casa de las Uribe el último domingo en la tarde, aunque no estaba muy seguro de si el mal efecto provenía de las palabras libérrimas que entonces escuchó, ó de una palabra trivial, quién sabe si inocente y sin malicia, enderezada á él en persona. La palabra, como saeta que al dar en el blanco desliza, le rasguñó, y tal vez el resquemar de la herida hacía que el eco de aquella conversación le resonara aún en la cabeza, fastidiándole como trompetear de zancudos cuando Pedro le hablaba, y después, mientras duró la ausencia de Pedro. Aquel domingo en la tarde, Alberto halló en la salita de las Uribe á la señora Solórzano, tía de las Uribe, y á Elisa Riguera, el Botticelli admirado por él en el baile del ministro diplomático. A su entrada en la salita, aun antes de que Alberto abriera la boca, ya estaba misia Matilde abrumándole á felicitaciones y plácemes: —No sabía yo que usted fuese tan reservado hasta con nosotras. Pero todo al fin llega á saberse, y ya sabemos todo lo de usted. Le felicito, sí, señor, con mucho gusto por su elección muy atinada. Es una muchacha muy buena por todos respectos. —Y muy sim-

pática y bonita—agregaron las hijas á dúo.—¡Hombre! Bonita...—empezó á decir Alberto. —Sí es bonita—interrumpió Elisa Riguera —. Es verdad que ha desmejorado un poco... Es bonita, pero no lo está ahora como cuando tenía amores con Vázquez. —¡Niña!—dijo Matildita lanzando una mirada reprobadora y háciendo visajes de disgusto á Elisa. —¡Si no he dicho nada de particular!—dijo ésta asumiendo los aires más ingenuos del mundo —. ¿No es verdad, señor Soria? —Nada de particular—asintió Soria; agregando para sus adentros: envidiosilla. Luego Elisa continuó, como si tal cosa, haciendo comentarios del último recibo de la señora Urrutia, íntima de la madre de Elisa, comentarios interrumpidos á lo mejor con la llegada de Alberto. Cuando los picantes comentarios del recibo de la Urrutia concluyeron, se pasó á hablar de si el primero del año habría baile como de costumbre, ó no habría baile en la Casa Amarilla. Según Elisa, habría baile, porque así lo aseguraban Mario Burgos, Del Basto y O'Connor. —Pues con mi gusto mis hijas no irán á ese baile—dijo misia Matilde. Y encarándose con su hermana la señora de Solórzano: —No puedo acostumbrarme, niña, á la idea de ir á un baile dado por un generalote liberal y hasta grosero, aunque sea presidente de la República. —Pues nosotras, caso de haber baile, tal vez iremos: tanto es lo que nos están entusiasmando con ese baile Mario Burgos y O'Connor. Hace mucha falta un baile de tiempo en tiempo. No es lo mismo dar vueltas con música de piano solo, como en los recibos de Mercedes Urrutia, que un baile en forma.

Alberto, sentado junto á la mesa del centro de la sala, después de dar su opinión, porque se la pidieron, sobre el delicadísimo asunto del baile oficial de Año

Nuevo, se puso á hojear como distraído, leyendo aquí y allá, un libro que halló sobre la mesa. Era un libro de versos de un poeta mejicano, todo miel de amores. Las mujeres, viéndole ocupado en leer, parecieron olvidarse al fin de su presencia, y continuaron entre sí, como si estuvieran solas, hablando cada vez con más libertad y bríos. —¡Tanto que me gusta bailar! —manifestaba Matildita—. Apenas oigo música de baile, ya me están temblando con temblor sabrosísimo las piernas. —¿Y á quién no le gusta el baile?—replicaba la señora Solórzano—. No concibo un joven ni una joven á quien no le guste el baile. Cuando oigo decir á alguno que no le gusta bailar, le juzgo pazguato ó presuntuoso. —Eso no, Tití—protestaba Enriqueta—. A mí me gusta bailar, es cierto; pero lo que me gusta más en los bailes es oir la música y ver los trajes y las joyas. —¡Como tú eres tan rara!—explicó misia Matilde. —Pues á mí—saltó la Riguera—lo que me divierte y gusta más de los bailes es la facilidad para el *flirt*, y nunca bailo sino con quien *flirtee* conmigo. —¡Jesús, niña! ¡Qué cosas tienes!—clamaron las demás en coro, como si hicieran entonces reparo en Alberto y lo significasen á la aturdida.

Alberto, como si no hubiera escuchado una palabra, siguió pasando las páginas del libro; pero un instante después, cuando las mujeres, como deseosas de sofocar bajo un fárrago de palabras las de Elisa, reanudaron la conversación con más ímpetus y abundancia, alzó disimuladamente los ojos á la cara del Botticelli, cuya expresión parecía de ordinario exhalar de sí una quintaesencia de ingenuidad y candidez, y las mejillas del Botticelli, en ese instante, eran como dos pensiles de rosas.

Cuando Pedro volvió, traia en las manos un libro. Llegado cerca de Alberto, alargó á éste el libro sin decir palabra. Alberto leyó el título: *Demi-Vierges;* y, como si no quisiese entender, viendo al hermano en los ojos, preguntó:

—¿Qué significa?

—Recordarás que á tu llegada busqué entre tus libros uno que prestar á una muchacha, á Matildita. En vez de un libro, cogí varios, y ése es uno de ellos.

—¿Y cómo te atreviste á dar á una muchacha ese libro, que, sobre no valer grandemente como obra de arte, es con exceso escabroso?

—La *experiencia* me autorizaba; de otro modo, nunca se me hubiera ocurrido. De los libros que presté á Matildita, ninguno mereció tantos honores como éste: fué el más leído, el más gustado, y recibió en su lomo, en su cubierta amarilla y en sus páginas blancas los apretones, halagos y caricias de muchas, pero de muchas manos bellas. De manos de las Uribe pasó á manos de las Riguera, de las Solórzano, y luego á manos de la señora de Urrutia, de Teresa Farías... ¡qué sé yo!... y así anduvo por entre las manos de mucha señorita y de muchas damas jóvenes. Matildita me contó la historia de esa peregrinación envidiable. Entre paréntesis, Matildita encuentra muy feo el asunto del libro y al autor inmoral, reservándose, cuando se le antoja, hacer como la perversa de Maud. Así, ese libro, que cuando lo tomé de entre los demás libros valdría á lo sumo tres pesetas, hoy es inestimable. Como documento vale un tesoro. El texto, como lo puedes ver, se ha enriquecido y aumentado con notas llenas de fineza y donaire, escritas al margen de las páginas, y de puño y letra de Elisa Riguera y Enriqueta Uribe. Las de Elisa Riguera son las escritas en inglés y

francés: ella no pierde ocasión de mostrar que estropea esas lenguas, hablándolas y encribiéndolas, porque vivió en Nueva York y en París; las de Enrique Uribe están en claro español pedestre, por lo cual no dejan de ser graciosísimas y agudas. Cuando quieras pasar un momento divertido, lee esas notas. Por causa de ellas estuve en un tris de perder el volumen. Hubiera sido una pérdida irreparable. Matildita no quería devolvérmelo, y sólo después de yo exigírselo mucho me lo dió, bajo la condición expresa de no mostrárselo á nadie, y á ti mucho menos. No creas que el libro ha emponzoñado el alma de ninguna de sus lectoras. Éstas, en la historia impresa á lo largo de las páginas del libro, han visto una glosa pálida, inexacta, más ó menos imperfecta, de la historia de su propia juventud, de la historia de su propia virginidad, que, como diría tu amigo Romero con su lenguaje primoroso, voló bajo muchas bocas y de entre muchas manos como un gran deshojamiento de lirios. Por supuesto, no hablo de las lectoras casadas: de éstas no conozco la historia de su juventud ni la historia de sus doncellleces.

—¿Tú dices que ese libro estuvo en las manos de Teresa Farías?

—Sí.

—Las Uribe, ¿no llevan relaciones de amistad con las Almeida?

—¿Y con quién no llevan relaciones de amistad las Uribe? Cuñadas de Rosa, ¡con quién no llevan relaciones! Sí creo que las Almeida y las Uribe no se tratan ahora como antes. ¿Temes algo... de las Uribe? Pues si por ellas te pones á temer, te la pasarás temiendo. Cuando no son las Uribe, son las Solórzano, ó las Riguera, ó tantas otras que no conoces, ni tengo para qué

nombrártelas. Son muchos los vergeles en donde se están continuamente deshojando los lirios. Si de alguna debes temer es de Teresa, aunque no como tú puedes imaginarte: no la creo capaz de dar á sus primas lo que es pasto de sus nervios. No lo ha hecho con el libro de Prevost. Si lo hubiese hecho, yo lo sabría: Matildita me habría nombrado á las Almeida primero que á las otras, de seguro. Debes temerla de otro modo. Te lo digo por algo que supe, y no sé de dónde proviene, si de las Uribe, de las Riguera ó de Teresa misma. Lo más difícil te lo he dicho, ó más bien se ha encargado de decírtelo por mí el libro de Prevost. Nada me estorba, pues, para decirte el resto de la verdad, sin reticencias. En casa de las Uribe, como en casa de las Riguera, no hacen únicamente lo que ya sabes: también urden y preparan intrigas. Las Uribe dicen que las Riguera; éstas, como es probable, dirán que las Uribe; pero es lo cierto que dicen que tú no tienes amores con María sino para acercarte más y enamorar mejor á Teresa.

—¡Eso es una calumnia! ¡Calumnia monstruosa!

—Así dije, porque así lo creía, aun antes de afirmármelo tú. Pero lo peor del caso es que la calumnia tiene visos de verdad. Adonde tú vas con mayor frecuencia, la mujer de Esquivel va con frecuencia no menos grande; y además, ella, en donde te nombran, siempre tiene pronto en los labios un canto lisonjero para tu gloria de artista.

—¿Y por qué sospechas de la misma Teresa?

—He sospechado de la Farías, como he sospechado de tantas cosas, sin estar cierto de ninguna. En nada me baso. Cumplo mi deber diciéndote de esos rumores y de lo que me figuro de ellos, para que estés prevenido. Después de todo esto—agregó Pedro al cabo

de una pausa—comprenderás cuánta razón tiene el buen señor Almeida, al decir con el tono firme y seguro de un oráculo, achacando la culpa á la política: «Todo, todo se ha corrompido; sólo, afortunadamente, en medio á la corrupción general, nuestra mujer se ha salvado.» Y eso lo dice á veces en presencia de la Farías.

Como Alberto no respondiese nada, Pedro continuó:

—En tanto que yo haré por escaparme, del modo más discreto, de manos de Matildita, no dejes, cuando vuelvas á casa de las Uribe, de observar el canapé del corredor y el biombo de la sala. Son dos muebles cómodos y muy interesantes que podrían servir de maestros á más de uno de esos escritores de hoy llamados feministas.

Pedro no se dió cuenta del mal que hizo al hermano con sus discursos irónicos. Al quedarse de nuevo solo, Alberto se sintió aún más abrumado de perplejidad y tristeza. Y en la tristeza halló uno como sabor nostálgico probado otras veces, hacia tiempo, lejos, primero en su cuartucho de estudiante del barrio Latino, luego en su taller de escultor, en las alturas de Montparnasse. Llevado de la similitud de sensaciones, vióse atrás, en el pasado, en su cuartucho de estudiante y en su taller de artista. Y no sabía decir si entonces, en aquella época lejana, fué ridiculo ó más bien candoroso. Entonces no tenía sino evocar cierta imagen de la Patria, y esa evocación era esperanza, y consuelo, y alegría. A veces, evocando esa imagen se vengaba de todo el mal que le hacían en aquella gran ciudad extraña, amiga y pérfida; se vengaba de la ojeriza que le mostraban á cada paso, como extranjero, en sus luchas por el arte y la gloria. Para eso le basta-

ba oponer á esa imagen de la patria la que él se formaba de París, la gran ciudad llena de bellezas y de horrores, capital de los Vicios. En ésta el adulterio, la prostituta y la *demi-vierge* eran la moneda admitida de salones y calles, el argumento único de dramas y comedias, el asunto indispensable de cuentos y de libros, como si la infamia sexual fuese la sola expresión y el solo fin del hombre. Al contrario, la imagen que él evocaba de la patria fingía la de un rincón primitivo y sano, en cuyo suelo abrían las virtudes espontáneamente como flores, y en donde las vírgenes eran almas cándidas, como brillar de linos, en cuerpos impolutos de ninfas montañesas.

III

Cuando Alberto vió acabada la obra, no fué extrema su alegría. La obra no realizaba á sus ojos la plenitud absoluta y feliz de la idea que fué en su espíritu germen y atmósfera de la estatua. No la realizaba á sus ojos, porque ya en su mente esa plenitud no existía. Sin él advertirlo, mientras daba á la obra la última mano, comenzaba sin causa aparente el divorcio de sus ensueños de arte y de amor, hasta ese punto unidos en un solo ensueño confuso y vago. De aquí su júbilo incompleto. La obra, y eso era todo, por el esfuerzo de arte cumplido, halagaba su orgullo. El artista se hallaba satisfecho del esfuerzo, y satisfecho ante sí mismo, sin que esta satisfacción la menguase la duda de cómo los demás hombres juzgarían de su esfuerzo y de su obra. El futuro juicio de los hombres le dejaba casi indiferente. El juicio futuro de los hombres, cualquiera que él fuese, no podía privar al artista de sentirse, ante la obra acabada, capaz de muchos otros nobles esfuerzos, análogos á aquel de que la estatua era símbolo, privándole á un tiempo de la fe en su virtud creadora, fe necesaria á los artistas, gracias á la cual éstos oyen, aun en los días áridos, brotar cantando en su alma la belleza como un manantial de aguas vivas. Pero no por tener contento su orgullo se desdeñaba, en lo íntimo de su espíritu, de exigir más tar-

de para la vanidad, siempre descontentadiza y medio loca, la fiesta y el grato rumor de los aplausos. Antes bien, necesitaba de ese rumor y de esa fiesta, á fin de amordazar la calumnia. Esta huiría como el mastín gruñón á que se impone silencio, ó bajo un disfraz cualquiera vendría á los pies de su antigua víctima á deshacerse en hipócritas himnos de admiración y alabanza. Morderlo otra vez no podría la calumnia: muy lejos estaban de aquella ciudad los generosos maestros cuyas manos hubieran podido guiar sus manos tímidas de escultor novel en su empeño de imprimir al barro dócil formas y líneas de belleza perdurable.

A su taller, uno tras otro, vinieron á admirar la obra sus amigos del "círculo de intelectuales inconformes", como decía Emazábel, ó del "ghetto de intelectuales", como decía con mayor propiedad Romero. Alfonzo, Emazábel, Sandoval, Romero y los otros hallaron perfecta la estatua, y no escatimaron plácemes ni lisonjas al artista. Al verla, Romero exclamó: —¡Admirable! —Agregando poco después: —Y no podrán decirte exótico y descastado como tantas veces me han dicho á mí, porque escribo de literaturas extranjeras, y en mi prosa llana aseguro no entender lo que quieren significar hasta hoy en literatura con criollismo, americanismo y otros ismos semejantes. No podrán decírtelo, porque has magnificado con barro de la tierruca la belleza criolla.

En efecto, el escultor había buscado de propósito un tipo criollo de gran belleza, y tuvo la suerte de conseguirlo sin tardanza, aunque no sin vencer no pocas dificultades y resistencias, en una muchacha del Tuy, venida á la capital hacía tres años. La estatua la representaba desnuda, en ademán de pudoroso encogimiento, y con tan hábil artificio, que sin ver la sen-

sualidad en sus labios pudiese percibirse el alma sensual de sus formas. El barro, entre los dedos de Soria, se impregnó de la suave languidez y gracia de movimientos de las formas vivas, como el barro de un ánfora se impregna de perfume, y con su tinta natural contribuyó al mejor éxito de la estatua, reproduciendo hasta donde era posible, con su áureo y mate color de canela, el color de la piel de aquella mulatica nacida á la sombra de los cafetales del Tuy, bajo los apamates vestidos de rosadas campánulas vaporosas.

Luego de alabarla en todos los tonos, Sandoval dijo melancólicamente:

—Así me gustaría trabajar. Te envidio. Sí, no digas que no. Te envidio. Me consolaré pensando que no tengo la culpa de no trabajar como yo quisiera, así como trabajas tú, con toda libertad y reposo. A la fuerza he de hacer como quieren y me imponen los filisteos, no como exige mi gusto.

Sandoval había estudiado pintura en París; había hecho un viaje de estudio en Italia, y no era un vulgar pintamonas. Un día, la benevolencia oficial se extravió, cosa rara y feliz, sobre un muchacho de talento con alma de artista y sin protectores ni parientes de fuste. Y Sandoval marchó á Europa á estudiar pintura, pensionado del gobierno. Sin pérdida de tiempo, á su llegada á París dióse en cuerpo y alma al trabajo en un taller famoso, donde ensayó sus vuelos y tuvo principio la gloria de algunos de los más notables pintores contemporáneos. Con tales bríos, con tamaña furia se aplicó al trabajo, que, á fines del primer semestre, comenzó á padecer de vahidos, de vértigos y de algo así como bruscas fatigas abrumadoras. Afortunadamente, la enfermedad no le molestó largo tiempo: triunfó de la enfermedad, y se repuso. Oyó entonces, alertado ya

por la propia experiencia, los consejos de quienes le hacían ver los peligros del mucho atarearse en una gran ciudad como París y en un clima diferente del suave clima de su patria, y volvió al estudio, si no con igual ahinco rabioso, aplicadísimo siempre. Empeñado en aquilatar, á fin de hacerlo valer un día, el oro de su ingenio, no hacía como otros que se pasaban las horas muertas entretenidos con el vano tumulto caleidoscópico de los bulevares, ó corriendo detrás de perendengues y talles mujeriles. Aunque su magra pensión le hubiese permitido malgastar los días en holgorios, no los habría malgastado: tan irresistible é impetuoso era su deseo de poseer, como de un vuelo, como en un beso, todo su arte. Con pena y valor de héroe se impuso economizar cada mes algo de su pensión, y con estas economías llegó á ofrecerse con el tiempo el dulce regalo de una jira artística por la Italia del Norte y del Centro. Así, estudiando en el taller, estudiando en los museos, trabajando mucho, le llegó el momento de emprender un obra personal, seria y difícil, y de presentarse á concurso con esperanzas de victoria. Pero, entonces, un golpe rudo é improviso, una puñalada traicionera, mató en flor sus esperanzas. El gobierno de su pais, sin dar aviso ninguno y sin paliar de ningún modo tan extrema y cruel determinación, acababa de suspender el pago de las escasas pensiones concedidas, la de Sandoval entre ellas. El gobierno se veía obligado á enfrentársele á una revolución poderosa; y su más ilustre hacendista, entre muchas otras medidas, á cual mejor, de sufragar para los gastos de la guerra, halló el de suprimir sueldos de insignificantes y obscuros empleados y pensiones de artistas. En realidad, así aquellos sueldos como estas pensiones eran migajas minúsculas ante el enorme gasto de una

guerra; pero así, migajas y ridículas, no las perdonaban, pues en algo contribuían á realizar el ideal de todo buen ministro de Hacienda en casos parecidos: satisfacer las necesidades del ejército, defensor de las instituciones, guardián de la Ley y otras zarandajas de igual fondo y magnitud, sin causar por eso al diario reparto y festín del César y sus ministros el más leve menoscabo. Además, ni para el César de entonces, ni para ninguno de sus ministros, podía tener importancia el quitar el pan de la boca á un pobre diablo de pintor, abandonándole á su destino, á la miseria, tal vez al hambre, á miles de leguas de su país, del otro lado del océano. «Y luego... luego... la política tiene sus exigencias», como habría dicho, repitiendo el imbécil refrán, cualquiera director de ministerio, ó cualquiera de los ministros. Entretanto, Sandoval no sabía de exigencias de la política, pero sí de exigencias del estómago. Y tuvo hambre. Vió de cerca en toda su desnudez, en toda su crueldad implacable y doliente, la miseria de las grandes ciudades populosas. Por lo menos al principio, no se quejó de quienes le abandonaron sin escrúpulo. No se quejó, ó por nobleza de alma, ó por falta de ocasión: tan ocupado estuvo desde muy pronto en conseguir el pedazo de pan de todos los días y en mantener contenta y esperanzada á la patrona. Sucedieron los días á los días, los meses á los meses; el gobierno, según dijo el telégrafo, «triunfó de la revuelta, pudo á tiempo ahogar este crimen de lesa patria»; pero ni el ministro de Relaciones Exteriores, ni mucho menos el de Hacienda, volvieron á pensar en el artista. Sobre él cayó el olvido, un olvido absoluto lleno de silencio y abandono, como cae sobre los muertos. Pero en su olvido no había paz, como hay paz en el sereno olvi-

do de las tumbas: estaba lleno de silencio y abandono, pero también de inquietudes y tristezas, de dolor y hambre. Sus parientes más cercanos eran paupérrimos: no podían socorrerle. Cuanto á sus parientes ricos, jamás le recordaban mucho, y entonces menos. Tampoco le estimaban gran cosa: eran «hombres de su trabajo», como ellos decían, incapaces de entender cómo puede nadie vivir sin otro oficio ni beneficio que el de embadurnar telas y combinar colores. Este como negro paréntesis de su vida sirvió de algo á Sandoval: le enseñó á ver claro en muchas almas de compatriotas: en unas, muy cerca de él, en París mismo; en otras, al través de cartas y á través de los mares. En casi todas no halló sino ruindades, frío y pequeñeces. Conoció, en cambio, dos almas buenas: un rico estudiante de su país y un artista español, camarada suyo, que rivalizaban, para él, en bondad y largueza; el primero no sin la oculta pena de ver á un extraño haciendo de un modo encantador y sencillo lo que de ningún modo hacían sus compatriotas. Más tarde, cuando Sandoval pudo, gracias á unas manos piadosas, volver del olvido, como quien vuelve de entre los muertos, para de nuevo entrar en su país, no hablaba de aquellos dos amigos, el estudiante y el artista, sin estremecérsele de ternura la voz y llenársele á veces los ojos de verdaderas lágrimas. En cuanto á las aventuras dolorosas de ese negro paréntesis de su vida, hablaba de ellas con la sonrisa en los labios, ó riendo como si recordara un sainete, no su propio vía crucis. De vuelta á la patria, para él no volvió á soplar ni la más leve ráfaga de fortuna. En balde se empeñó en hacer que el gobierno continuara la obra emprendida, cuando le envió pensionado á Europa. Creía natural, muy fácil, conseguir que el gobierno, después de pen-

sionarle para estudiar pintura, tratara de aprovecharse de sus conocimientos artísticos adquiridos en talleres y museos, para su bien y para bien de todos. Utilísimo podía ser en la llamada Escuela de Bellas Artes, en donde un grupo de jóvenes, todos de buena voluntad, con talento algunos, pretendían hacerse pintores trabajando al azar, apenas con vagos rudimentos de dibujo, sin más lección ni vigilancia que la de un pintamonas cualquiera. Acostumbrado á la estrechez, le bastaba el sueldo mezquino del empleo, y en cambio de esa mezquindad, él ofrecía el casi intacto caudal de su experiencia, de sus luces, de sus ideas estéticas, ajenas y personales, originalísimas todas. Pero á los empleos, aun á los menos políticos, así como los atribuídos á la enseñanza de ciencias y de artes, no se iba por las propias aptitudes, sino por la amistad y el favor del César. Desde el primero de los ministros hasta el último comisario, ningún empleado de la República podía vanagloriarse de merecer por sus facultades y aptitudes el puesto que ocupaba ni la dignidad con que el puesto lo revestía. Entonces acabó de comprender Sandoval cuánto le faltaba por comprender después de sus siniestras malandanzas en Paris. Cayó de su más alto sueño, de su aspiración más alta; pero cayó como artista, esforzándose por conservar en su caída un poco de arte y belleza. Para ganarse el pan, y vivir, siguió pintando. Sacrificó sus proyectos de gloriosas obras de arte, y se volvió retratista.

Así le halló Alberto á su llegada de Europa, ejerciendo de retratista unas veces, otras ilustrando abigarrados anuncios de carreras y corridas. «Vivía de retratar—acostumbraba decir á sus íntimos—beocios y filisteos. Y aun ilustrando anuncios de corridas y carreras, retrataba á sus compatriotas.» Hablando de

ese modo entre sus amigos, vengaba sus pobres sueños de arte idos para siempre, sus fallidas esperanzas de gloria, su vida entera de artista frustrado. En su oficio de retratar beocios y filisteos había descubierto y desarrollado en él, según él decía, un talento raro de pintor psicólogo. En sus retratos ponía el alma de las personas retratadas, valiéndose de un hábil toque de pincel que descubría con discreción el más recóndito pliegue del carácter, sin turbar la semejanza absoluta de hocicos y pelambreras. Como prueba de esa rara habilidad citaba ejemplos y nombres muy conocidos: ya era el retrato de un viejo avaro á quien puso en labios y ojos toda la negra sordidez de su alma; ya era uno de esos retoños del eterno Tartufo, una de esas «universales reputaciones» de honradez perfecta y rectitud inatacable, un hombre que hacía gala de religiosidad escrupulosa y rígida, á quien el artista había puesto en las cejas y en las comisuras de la boca el principio de una mueca de sátiro; ya, por último, era otra «universal reputación», pero no de austeridad y virtud, sino de sabio hondo y literato ilustre, á quien Sandoval con un toque en las alas de la nariz y otro en la frente sacó á la luz todo lo que por dentro del personaje había, vanidad é ignorancia.

Sin embargo, merced á la munificencia de un cliente caprichoso, el pintor, siquiera por algún tiempo, descansó de retratos y de anuncios. El cliente, poco ducho en cosas de arte, si no sabía estimar al pintor, como artista, habíale cobrado inclinación y afecto como hombre. Le encargó una Madona, ofreciéndole, si la Madona resultaba de su agrado, una larga recompensa. Y aunque la obra fuese de encargo y el asunto de la obra no fuese de toda su predilección y gusto, Sandoval se dió á ella hasta acabarla, con entusiasmo tan

brioso, como si en su espíritu, ya desencantado y mustio, reflorecieran todos los sueños y las esperanzas locas del pintor adolescente. En un paisaje desolado, estéril, de rocas y arenas grises, la Madona, sentada sobre una roca, tenía entre los risueños y glotones labios del Niño el pezón de uno de sus pechos rebosantes. La originalidad sutilísima de la obra estaba en el contraste, querido y marcado sin violencias por el pincel, entre el paisaje y las figuras del Niño y la Madona. De ese contraste provenía, envolviendo como en una atmósfera de gracia la obra entera, un simbolismo encantador, á la vez claro y profundo.

El cuadro había de exponerse al público en el mismo lugar y en la misma ocasión que la estatua de Alberto. Así lo tenían concertado los dos artistas, mientras cada uno de ellos trabajaba en su obra. Llegado el instante de exponer las obras, Alberto opuso resistencia y algunas objeciones á la idea de exponer, como quería Sandoval, en un café de los mejor concurridos, cuyo dueño cedía graciosamente un rincón á propósito para el caso. Temía tal vez el escultor que las obras, en semejante sitio expuestas, vieran menguada su dignidad y prestigio de obras de arte. Pero Sandoval desechó sus escrúpulos y le persuadió de que era más ventajoso para ellos y para sus obras el exponerlas donde y cómo él decía:

—Al feo caserón de la Escuela de Bellas Artes, si ahí, como tú pretendes, nos dieran espacio y refugio para nuestras obras, nadie iría á verlas, en tanto que, expuestas en el café, á la fuerza las ven todos. *Aquí* nadie se mueve por ver una estatua ni un lienzo. No basta exponer el lienzo y la estatua: es necesario imponerlos. Es necesario obligar á los ojos á posarse en la escultura y el cuadro; es necesario obligar, siquiera

un día, á los dignos habitantes de nuestra muy culta ciudad, á ennoblecerse los ojos, antes de cerrarlos para el sueño, con la visión de una obra de arte. Por lo tanto, el sitio más á propósito es el café. Ahí van todos: los hombres á beber la indispensable copa de brandy, el brebaje más embrutecedor y venenoso y uno de los principales factores de nuestra «grandeza» material y política; y las mujeres, por la noche, después de escuchar música en la plaza, ó después de salir del teatro, si no á beber malos menjurjes, al igual de los hombres, como suele verse en los discretos rincones de algún buffet de baile, sí á refrescarse y á continuar muy á menudo el *flirt* emprendido esa misma noche en la plaza ó en el teatro.

Esas y otras muchas razones alegó Sandoval hasta convencer á Alberto.

La Madona y la estatua aparecieron una mañana expuestas en el café, así como Sandoval quería. Desde entonces, Alberto, ya por desocupado, ya atraído por el sitio, ya por juntarse con Romero ó por el secreto deseo de saber cuanto pudiera decirse de su obra, ó por todo eso á la vez, iba todas las tardes á la Plaza. Allí, al pie del monumento erigido al Libertador, en el centro de la plaza, encontraba siempre á Romero y los dos amigos empezaban, uno al lado de otro, á caminar arriba y abajo por el ancho camino de baldosas que, dividiendo en dos la plaza y pasando al pie de la estatua de Bolívar, corre de la calle en donde están, al Sur, los edificios del Palacio Arzobispal, de la Gobernación y los Tribunales, hasta el principio de la gradería de cimento que sube á la calle del Norte, levantada sobre el nivel de la plaza. El remate de esa gradería de cimento lo forma el espacio de donde la Banda Mar-

cial, jueves y domingos por la noche, acompaña el paseo y la conversación de los concurrentes á la plaza, con fragmentos de óperas, alternados con valses y trozos de música charanguera. En esas noches la concurrencia es numerosa y mezclada y no tiene el sello característico, peculiar de la concurrencia más reducida de todas las tardes. Pero así en la tarde como en la noche la plaza ofrece un aspecto de salón difícil de hallarse en otra plaza pública. Las apariencias de salón, en parte provienen de su pavimento de mosaico; y tanto del pavimento como de los aires señoriles que él da á toda la plaza andan ufanos y orgullosos muchos hijos de la ciudad, como si poseyeran algo único en el mundo. El embaldosado de color cubre el espacio que rodea la estatua, reviste las ocho vías cortas y anchas que de ese espacio libre se desprenden: cuatro de ellas á desembocar en las esquinas, las otras á partir en dos partes iguales cada lado del trivial y armonioso cuadrilátero de la plaza; y por último, orilleando ésta, el embaldosado forma entre el barandaje que separa la calle de la plaza y los espacios cubiertos de árboles de sombra una franja capaz, por donde se puede pasear tan holgadamente como por el centro y por las vías cortas que del centro parten hacia lados y esquinas. Entre cada dos caminos de baldosas hay un pedazo de tierra vestido de césped y plantado de grandes árboles. El césped en algunas partes no existe: apenas quedan rastros de haber existido en el borde de anchas peladuras que son como una calvicie de la tierra. En otras partes, la calvicie comienza y no se la estorba, ó por incuria del Municipio, ó por la escasez de sus rentas, á lo sumo bastantes para cubrir las necesidades y exigencias del gobernador, el cual debe de tenerlas considerables y cuantiosas á juzgar por lo enorme de

su vientre y el número de sus queridas, elevado al decir de la fama. Tal vez por iguales motivos, algunos árboles, y de los más hermosos, languidecen y mueren: implacablemente abandonados á luchar solos con una multitud de parásitos de la peor especie, estos parásitos los han vencido, invadiendo sus troncos y ramas, abrazándose de su corteza, robándoles la savia, hasta impedirles dar nuevas hojas y flores. Por fortuna, la fea y cruel invasión no se ha extendido á todas las plantas: aun hay algunas ilesas. En cierto lugar predominan los jabillos, en otro las marias; cerca de éstas, enfrente del Ministerio de Relaciones Exteriores y de la Casa Presidencial, abundan las acacias. Según Romero, todo ese lado Oeste de la plaza es por Abril un espectáculo digno de admiración cuando las acacias florecen y las flores en apretados racimos fingen sobre las copas de los árboles mantos de púrpura ó coronas de fuego. Otras plantas existen sólo en ejemplares únicos. Así, al borde del caminito de baldosas que va de la estatua hacia el mamarracho arquitectónico llamado pomposamente La Catedral—edificio imposible de distinguir de un caserón cualquiera, á no ser sus grandes puertas venerables y su torre pesada y ridícula, que sería la más odiosa de las torres si á dos pasos de ella no se alzara la torre funambulesca de la Santa Capilla—hay un apamate sin hojas, de brazos raquíticos, enfermo de murrias. No lejos del apamate, un lechozo endeble, abrumado por la exuberancia de dos árboles vecinos, fijaba á menudo la atención de Romero. Este creía adivinar una harmonía profunda entre la salud y suerte de su patria y la salud y suerte de aquella planta enfermiza, delicada, como una hebra, de altura inferior á la de sus iguales del bosque, de hojas raras, amarillas, y de frutos esca-

sos, pequeñitos, que caían muy antes de llegar á la madurez perfecta. Y cada vez el lechozo enclenque despertaba en Romero innumerables reflexiones, á cual más irónicas y pesimistas.

El pesimismo de Romero tenía raíces hondas y reales, era la expresión de una vida llena de labor, llena de esfuerzos, algunos dignos de gloria, pero condenada, á pesar de esa labor y de esos esfuerzos, á ser vana y estéril como una tierra maldita donde los gérmenes enferman y se pudren. Perteneciente á una familia para la cual hacía veces de segunda religión el culto rendido á Bolívar, él halló en ese culto el más alto ideal de su existencia. Consideró como el fin más noble y justo que pudiera dar á su vida el ser útil con toda su fuerza y entusiasmo á la patria, convirtiéndose para ésta en humilde arcaduz de bienestar y fortuna, y de ese modo contribuir á la grandeza y gloria de la herencia moral de aquel hombre, objeto de adoración en el seno de su familia y en el seno de su alma, y á cuyo lado veía á los demás héroes como pigmeos obscuros. Y su ideal, como una estrella, le siguió al través de su juventud laboriosa, durante la cual su espíritu inquieto é insaciable no se contentó con beber en un solo vaso ni de un solo vino. Conoció de varios vinos y de sus distintas embriagueces, pero no fué de un vaso á otro, ligero y aturdido como un dilettante, sino con sabia deliberación y método. Mientras estudiaba derecho, ya su inclinación natural le llevaba á ciertos estudios puramente literarios, y sobre todo al estudio de ciertas cuestiones sociales, en cuya solución próxima creía reconocer un progreso, una grande utilidad inmediata y positiva para su país y sus compatriotas. Fué á Europa al terminar su carrera de abogado, y entonces pudo consagrarse á los estudios que

habían sido siempre de su devoción y preferencia. Ahondó más de una literatura europea y reveló, además de su talento claro, un agudo y original modo de ver literaturas y arte en trabajos de crítica, aceptados y aplaudidos con júbilo en toda la América española. Entre las cuestiones sociales más de su agrado estaban los problemas de la educación en general, y especialmente de la educación de las masas. A ellos dedicó Romero la mejor parte de sus vigilias y trabajos. De muy cerca observó cómo estaban organizados y servidos los diversos ramos de la educación en las tres ó cuatro más prósperas y avanzadas naciones de Europa. Y tanto los conocimientos adquiridos así, como los adquiridos en las páginas de muchos tratados especiales, Romero los fué aplicando de una manera ideal y teórica á las costumbres y á la organización casi embrionaria de su país incipiente. En ese trabajo concibió grandes proyectos y reformas realizables en su país, y con la exposición de esos proyectos y reformas y de sus ideas personales escribió un libro fuerte y bello. Su libro decía cómo era casi primitiva la educación en su patria. Según él, de educación moral y física no existía ni un esbozo, y en cuanto á la educación intelectual existente, como era entendida y practicada, tenía tantos vicios y defectos, que al lado de un poco de bien, causaba males innúmeros. Uno de estos males era la creación de toda una clase de hombres inútiles, *declassés*, parias y parásitos que, después de seguir la carrera del médico, del abogado ó del ingeniero, no por secreta vocación ni aptitud, sino por la facilidad pasmosa y lamentable con que se ganan los títulos, remate y fin de las carreras, llegan á cruzarse de brazos ante una concurrencia enorme y en un teatro ya de por sí muy exiguo. Con cifras y documentos

irrefutables reveló, además, cómo la instrucción obligatoria y gratuita era simplemente una farsa, y á la vez proponía los medios de convertir la entonces risible farsa en realidad seria y fecunda.

A la aparición del libro, un cronista grave y sesudo escribió en su periódico, entre un suelto consagrado á la última corrida y otro suelto consagrado á decir las glorias de una tiple de zarzuela, que el libro representaba un esfuerzo loable y sano. Los demás cronistas, incapaces de examen ni juicio, reprodujeron las mismas palabras de su colega, muy orondos. Y eso fué todo el éxito del libro. Ni el libro de por sí ni la humilde alabanza del periódico hallaron eco en las esferas oficiales; y si acaso lo hallaron sólo fué de protesta y censura. «¿Cómo se podía dudar de la eficacia de una ley como la de instrucción gratuita y obligatoria sin ir contra el bando político dominante, para el cual esa ley significaba honor, triunfo y bandera?» Es lo cierto que, cuando el escritor, publicada su obra, deseó abrirse paso hasta donde más directa y provechosamente pudiera trabajar por sus ideas y sus proyectos de reformas, tropezó con infinitos obstáculos, y al fin y al cabo fué á dar en el desaliento, cuna de su pesimismo. En el respetabilísimo y colosal engranaje de la Administración pública no podía caber un hombre con ideas, aún menos en el ministerio encargado de impartir al pueblo doctrina y luces. El ministro de la Instrucción Pública se hallaba muy bien con sus dos ó tres directores y sus demás empleados subalternos, prácticos oficinistas y aptos á negociar, como sus jefes, no sin buen olfato y buenos instintos mercantiles, con las piltrafas de sueldos de pobres diablos de preceptores venidos en demanda de un mendrugo desde las más apartadas y recónditas aldeas. «Nada tan natural

y típico, según Amazábel, como el caso de Romero. Este representaba al hombre de méritos, inaccesibles al vulgo de los más, vencido á fuerza de oprobio y de vejámenes en una democracia organizada para los peores. ¡Ay de aquel que revelase de algún modo poseer una facultad sobresaliente!: la democracia lo excluía, sometiéndole á cuarentena como á un apestado, ó aislándole para siempre como á un leproso.» Expresar ideas propias, tener un ideal de justicia, aptitudes, orgullo del propio valer, sobrepujar siquiera en unas pocas líneas el nivel de los otros, eso bastaba á ser inmediatamente sospechado por lo menos de oligarca. Había llegado á entenderse por verdadero demócrata un hombre desnudo de méritos, desprovisto de luces, un semibárbaro atado á groseros vínculos zoológicos, falto de pulimento, recién venido de la hez para honra y glorificación de la canalla. Así Romero, más bien socialista, sobre todo al ventilar problemas de educación, no podía ser un buen demócrata, en tanto que Amorós, en sus famosos «Rasgos biográficos», proclamaba al general Nicomedes Galindo gran demócrata unas veces, y otras veces demócrata ilustre.

Romero, obligado á ser humilde corrector de pruebas en una incolora revista oficial, á escribir, en cambio de una mezquina recompensa, en dos periódicos pusilánimes, escribiendo á veces, por su placer, de arte y literatura, sin fe en su estrella, sin ninguna esperanza, descaecida la voluntad, no consideraba, sin embargo, con iguales negros colores la vida de los otros, cuando en los otros abundaba precisamente lo que en él fué causa de ruina. Le parecía evidente el buen éxito absoluto de la estatua expuesta de Soria, y con igual confianza, desconocida de él cuando se trataba de sus

propios asuntos, esperaba que el gobierno encomendase al artista, al único estatuario de su país, la estatua de Sucre, como lo esperaban y se complacían en decirlo muy quedo algunos otros más, amigos de Soria. Sin embargo, á los pocos días de pasearse con Alberto en la plaza, Romero no disimuló su extrañeza ante la mudez impenetrable de diarios, cronistas y público sobre un espectáculo tan raro y exótico en la ciudad, como lo era el de una exposición de obras de arte, si reducidísima en número hasta donde era posible, grande en valor y excelencia.

Por fin, después de pasar algún tiempo, comenzaron á llegar hasta los dos paseantes, en la plaza misma, el rumor de los juicios que las dos obras merecían al criterio del público.

Más que de su mosaico, la plaza tomaba aspecto de salón, de la manera como en ella se reunían á departir y charlar hacia la tarde, sentados en sillas de alquiler y esparcidos en diferentes grupos, hombres de los más notables y algunos que, si no eran notables todavía, estaban en camino de serlo pronto. Cada grupo, formado, excepto en extraordinarias ocasiones, de los mismos individuos, tenía en la plaza un lugar de reunión, si no fijo, preferente; siendo por lo común lugar preferido de los diversos grupos el pie de algunos fanales de gas, ó el pie de ciertos árboles. Y como en un salón que fuese el primero y el más importante de la capital, hasta la plaza llegaban y de ella partían, propagándose á todos los vientos, las crónicas de la vida ciudadana: crónicas negras, crónicas de amor, y sobre todo crónicas políticas, del mismo color de las negras, ó cuando menos muy turbias. Las crónicas políticas predominaban siempre, y entonces prevalecían como nunca, porque el ambiente político, á

inferir de más de un síntoma, comenzaba á estar bastante embrollado y borrascoso. Dos graves rumores, en esa época, apasionaban y conmovían, sirviéndoles de solaz y esparcimiento, á los distintos grupos de la plaza. Uno de esos rumores era el de un salto sobre la Constitución que el entonces presidente de la República, á fin de perpetuarse en las dulzuras del poder, había meditado y resuelto por sí y ante sí, y no esperaba sino la ocasión oportuna para darlo con voltereta y gracia, y en buena compañía. La ocasión oportuna era á fines de Febrero ó á comienzos de Marzo, al reunirse las Cámaras, y la buena compañía la de casi todos los diputados y senadores, en su mayor parte ágiles y consumados volatineros. Los unos, amigos y empleados del gobierno, acogían el anuncio de la voltereta presidencial, justificando y celebrando los planes de su jefe; y á quienes objetaban temores de una guerra probable sabían responder en medio de una sonrisa, entre maliciosa y plácida: «Gobierno es gobierno... y las revoluciones triunfan, cuando el gobierno las hace, como ahora.» Los otros, es decir, los adversarios declarados ó no del gobierno y muchos indiferentes, nada optimistas, veían ya romper y enseñorearse de llanuras y montes, empobreciendo y sangrando al país, una nueva revolución, tan fecunda en bondades y gloria como las precedentes. Y como razón de estos pronósticos, hablaban de los tejemanejes de cierto general, senador de la República, asilado en una de las Antillas próximas, apercibido á caer bien provisto de municiones de guerra en un punto de la costa, cuando algunos de sus más valientes amigos le diesen la señal gritando muy alto y en son de protesta en las Cámaras. Con ese grito y su nombre de militar y enarbolando como bandera la

dignidad de la ley y la inviolabilidad y respeto de la Constitución, bien podía el jefe revolucionario exponerse á la azarosa aventura y alcanzar el triunfo á la postre, prometiéndose en este último caso, ya asegurada la victoria, llevar á buen fin el proyecto causa de la guerra, el malvado proyecto de los vencidos, tal vez para no quebrantar de ningún modo las buenas tradiciones militares. El segundo rumor alarmante era el de una operación bancaria audaz y felicísima concebida por el ministro de Hacienda contra el creciente malestar económico del país, ya muy cerca de su período álgido. Se trataba de un empréstito colosal hecho en un rico país extraño y en tales condiciones que permitiría al malestar económico seguir, al presidente redondear su fortuna, al ministro y á sus dos ó tres compañeros en los trabajos de la felicísima operación guarnecer con lustre sus cajas y, además de esos resultados comunes á otros empréstitos memorandos, traería, como adehala y consecuencia inminente, comprometido el territorio de la República y la misma nacionalidad en bancarrota.

La operación bancaria concebida del ministro y la evolución política del presidente, como se expresaban los áulicos, fueron por esos días el tema obligado de las conversaciones en los corros de la plaza y en la ciudad entera. En los corros de la plaza, aparte uno que otro ímpetu insospechable, cada cual discutía y comentaba la presunta maniobra del ministro y la evolución del presidente, según se hallase lejos ó no del único resultado positivo del empréstito, ó según compartiese ó no la omnímoda gracia del César mastodonte.

Algunos abogados jueces y otros colegas del Foro venían, al salir de los tribunales, á descansar del monó-

tono hastío del indispensable procedimiento, sentados en círculo al pie de una maria escuálida y larguirucha; y disertando sobre el nuevo cariz de los sucesos públicos, no cesaban de hacerse la melancólica ilusión de constituir un poder en el Estado, cuando en realidad no eran sino un estado del Poder. Más lejos, á la sombra de unos árboles y al pie de un fanal de gas, reuníanse unos cuantos miembros de la Academia de la Lengua—inusitado lujo de una democracia andrajosa—y otros hombres no académicos, si bien academizables, literatos á medias y á medias políticos. Enfrente del grupo académico, el de personajes exclusivamente consagrados á la política: ahí se congregaban éstos, trayendo cada quien el reflejo y el perfume de su particular adoración, pues los unos vivían de hacerle corte al ministro Suárez, otros á Galindo, otros al ministro de la Guerra, casi tan prestigioso y culto como Galindo, vanagloriándose todos de ser los cortesanos más ó menos favorecidos del César. En su mayor parte pertenecían á la clase denunciada, en el libro de Romero sobre la educación, como una clase peligrosa de parásitos y de parias, doctores que, después de esperar inútilmente una clientela, se resignan á deponer su título y su honra ante el último general triunfador y semibárbaro, desecho y fruto de las guerras civiles. Desviados de su profesión, vienen á dar, como en un refugio, en la política; y en la política suben y medran, si se acogen á tiempo al resplandor de una espada. Detrás de los vivos laureles de un guerrillero afortunado, van ellos arrastrando sus pálidos laureles de doctores nulos ó indignos; y sucede á veces que los doctores, con su lastre pesado ó ligero de cultura, vencen en apetito feroz—tal vez por deseo de vengar su vida estéril—al desalmado jayán de que hicieron su ídolo.

Sobresalían entre los personajes políticos, realizando los tipos extremos de su clase, dos hombres: uno que en sus mocedades fué médico, de majestuosa figura, de afectos nobles, pero mal servidos ó traicionados por una indolencia infinita, y de talento claro y grande, pero vano y ocioso, como tierra propicia á las mieses, pero abandonada á si misma, bajo la lluvia y el sol, yerma y desnuda, mientras le roe las entrañas un gran sueño de espigas, de racimos y flores; y otro, un tal Perdomo, entonces diputado por el Zulia, que en su perfil durísimo, en su mandíbula saliente, en sus labios gruesos y procaces, en todos sus movimientos y en toda su persona revelaba los instintos de una alimaña carnicera.

La primera expresión del juicio público sobre las dos obras de arte expuestas, les vino á Soria y Romero del diputado Perdomo. Delante de Perdomo, alguien habló de la Madona y la estatua, y el diputado por el Zulia, con el aplauso de su auditorio y con aires de suficiencia y lástima, dijo no concebir cómo, en el momento en que se discutían los más trascendentales problemas, hubiese quienes malgastaran el tiempo haciendo mujercitas de barro y pintando Vírgenes.

Fuera de los mencionados grupos, esmaltaban la plaza otros de formación caprichosa.

De entre los académicos, de un modo invariable, todas las tardes á la misma hora partía á juntarse con el señor Fabricio Ramos, al pie de un jabillo enfermo, el académico don Miguel Rincones. Aislados, en aislamiento olímpico, del resto de los mortales, el espaldar de la silla de uno de ellos contra el exangüe tronco del jabillo, reanudaban ahí su perpetuo diálogo, interrumpido sólo durante las horas de trabajo y de sueño.

Don Miguel Rincones, el académico, andaba como á saltitos, la cabeza inclinada sobre un hombro, los ojos al suelo, y en su rostro y ademanes la repugnante expresión de las modestias fingidas. Bajo sus apariencias apacibles, calmosas, ocultaba las torturas de una ambición y una vanidad no satisfechas. Desde los treinta años, y ya frisaba con los cincuenta y seis, perseguía como ideal una cartera de ministro, y en dos efímeras ocasiones tuvo el ideal en sus manos, para después vivir echándolo menos, y acumulando envidia, bilis y amarguras que él desahogaba sobre cualquiera pergeñador de versos ó de prosa.

Fabricio Ramos era tenido en la ciudad por crítico eminente. En su juventud recorrió, en viaje de placer, los principales museos españoles, franceses é italianos, y de entonces databa su autoridad y competencia de crítico. Así juzgaba de esculturas y cuadros como de músicas, y no se desdeñaba á veces de bajar de su Olimpo á discutir los méritos del último comiquillo de la legua ó del más humilde comprimario de ópera. Muy raras cosas escapaban á su crítica universal de zahori infalible. Ramos y Rincones venían desde su juventud unidos estrechamente, si no por igual ambición, por la misma vanidad literaria, igual envidia é igual modo cobarde y anónimo de ejercerla. Toda novedad literaria y artística les causaba insomnios, y cada nueva reputación en arte y literatura, nacional ó extranjera, les ponía fuera de sí, como un robo hecho á su propia reputación y fama. Entre los dos, maridando sus luces é ingenios, perpetraban prosas desabridas é hirientes, y las firmaban después con iniciales que no eran las de sus nombres. Ambos, además, diciéndose liberales en política, pertenecían al «Centro Católico» y profesaban públicamente la

ortodoxia más dura, estrecha y áspera, merced á la cual gozaban de la estima y los honores de beatas y clérigos. Ni una vez, en todos los años que tenían viniendo á la plaza á sentarse juntos al pie del mismo árbol y á la misma hora, olvidaron, al resonar en la más próxima iglesia la primera campanada del *Angelus*, descubrirse, luciendo el crítico una tersa calva cuasi luminosa, y el académico una gran frente fugitiva.

Alberto conocía á Fabricio Ramos por haberle visto y encontrado muchas veces en compañía de Julio Esquivel; á don Miguel Rincones le conoció al empezar sus paseos en la plaza. En cambio, Romero conocía mucho á los dos y era de los dos muy conocido. El académico y el crítico le miraban con ojeriza implacable, no del todo injusta. No le perdonaban un epigrama fino y delicioso en que Romero aludía á ellos dos, y cruelmente. Con el título «Muerte de la Hamadriada», el epigrama contaba, en su breve forma perfecta, las tristezas, la enfermedad y la agonía de una encina transplantada de sus bosques á una plaza pública. Ahí, á la sombra de la encina, acostumbraron acogerse á dialogar dos académicos, y bajo la canción de las hojas, todos los días, esparcieron el vano rumor de sus palabras. La encina desde entonces comenzó á desmejorar, languidecer y morir poco á poco, no porque una turba de parásitos dañinos, como el jabillo tiñoso predilecto de Rincones y Ramos, la invadiera, sino porque la hamadriada, la semidiosa oculta en la cárcel de su corteza, enfermaba y moría. Moría de oir los discretos diálogos académicos. El hastío, un hastío insondable y mortal llegó á la semidiosa, al través de la corteza de la encina, llevado en esos diálogos. Estos, pálidos, muy sosos, muy tristes, no encerraban la menor belleza, ni fragancia, ni mú-

sica. Aquellos hombres habían, si acaso, visto alguna vez del dios Pan la cabeza bicorne y las pezuñas caprípedes, pero jamás oído el son melodioso de su flauta. Prisionera del árbol, no pudo la semidiosa arrojar lejos de sí á sus vecinos incómodos, y la desesperación y la rabia acabaron la obra del hastío. Poco á poco la hamadriada vió ajarse la húmeda y verde flor de su belleza, y á no habérsele apagado á tiempo las esmeraldas de sus ojos, habría visto colgar sus pechos inútiles, como exprimidos frutos glaucos. Muerta la hamadriada, murió el árbol, y de la encina quedó la forma seca, el ruin esqueleto cuyos brazos extendidos y obscuros parecían, en su desnudez lamentable, clamar inútilmente por su antiguo verdor y la antigua canción de sus hojas al cielo azul é impasible.

Como lazo de unión entre los grupos de la plaza, andaban de uno á otro, sin respetar á veces los íntimos coloquios de Rincones y Ramos, é interrumpiendo otras veces el ir y venir de los paseantes, Perdomo el diputado, y Diéguez Torres. Perdomo practicaba así la que él tenía por una de las más indispensables condiciones del político perfecto: la de hablar con el mayor número de gentes, en el espacio de tiempo más corto, sobre asuntos de la más diversa índole. Hablar mucho significaba para él pensar abundantemente. A su juicio, taciturno é imbécil representaban una misma cosa. Y como siempre tenía en los labios un riquísimo sartal de frases, vivía feliz, figurándose poseer bajo el cráneo vastas minas de ideas. Diéguez Torres, más inteligente, y por lo tanto menos charlatán, iba de grupo en gupo recogiendo especies y palabras útiles á sus fines, adulando á unos, bromeando con otros, esparciendo cizañas, armando enredos, buscándose auxiliares y amigos, esgrimiendo, en fin, en defensa

de su obra de luchador, como decía él, sus mejores armas, entre ellas la calumnia. Su habilidad indiscutible consistía en recoger las alabanzas hechas á terceros y llevarlas, convertidas en ofensas ó en algo peor, á oídos de los interesados. A pesar de eso, ó más bien á causa de eso, le acataban mucho. Al acercarse á él, se le tendían las manos, y palabras y frases cariñosas volaban á su encuentro. Entre los más apresurados en acatarle había algunos públicamente escarnecidos por él en artículos de periódico. Le temían, y como esta fué la ambición de sus comienzos, él saboreaba la gloria de saberse temido. Los políticos, aun los más viejos, no dejaban de respetar al político principiante: demasiado conocían su falta de escrúpulos. Diéguez Torres, á quien ayer le dió limosna, le dispensó aplausos ó le probó cariño, hoy, si convenía á su interés, le vapuleaba sin piedad en su burda prosa canallesca. La noticia de los planes del presidente cayó como inesperada bendición del cielo sobre Diéguez Torres. Este llevó su actividad á la plenitud, y conoció la intensa y áspera alegría de quienes luchan con fe ciega en la victoria. Su trajinar en la plaza de corro en corro aumentó, y aumentaron sus cuchicheos y signos misteriosos con sus amigos y admiradores; pues Diéguez tenía admiradores, y bien podía oponer á la de cualquiera general-ministro su tropa de cortesanos. En los planes del Presidente, á fin de perpetuarse en el poder, entraba el dividir la República, volviendo á una división antigua, en Estados más numerosos. Los nuevos Estados exigirían diputados y senadores, y Diéguez Torres contaba con ser uno de los nuevos diputados. Alguien lo esperanzó desde un principio, prometiéndole ayudarle en realizar sus propósitos, y esa era la secreta causa de su mayor actividad y alegría.

Para hacer más rápida y fácil su obra, ó más bien la coronación de su obra, ocurriósele á Diéguez Torres una idea brillante: dentro de poco se cumpliría el aniversario de la elección del Presidente, y ningún pretexto mejor para halagar al César, manteniéndole propicio. Bastaba enderezarle, con motivo del aniversario de su elección y de modo público, en hoja impresa, felicitaciones y plácemes calurosos, firmados por cuantos distinguidos liberales jóvenes quisieran, figurando él, Diéguez Torres, como el primero de los firmantes. Ya sabría él, más tarde, monopolizar los méritos de aquellas felicitaciones públicas. Por de pronto buscaba sus víctimas. Una tarde se cruzó con Soria y Romero en la plaza, y acercóse á ellos, saludándoles con afectada amabilidad zalamera. Mientras les daba la mano se dirigió á Soria, diciéndole: «Mis felicitaciones... Muy bonita su estatuica.» Luego, sin otra palabra, se alejó Diéguez Torres, y los dos paseantes prosiguieron su interrumpido paseo. Al marcharse el politicastro, Romero vió con ojos tristes á su amigo: —No te extrañe, ni te importe eso de la estatuica. La envidia es así. Así es Diéguez Torres. Me parece estarle oyendo, cuando publiqué mi libro y cometí la bobada de enviarle un ejemplar, decirme con tono y aires protectores: «Muy bueno tu folletico.» Y el folletico tiene trescientas páginas escritas en no muy mala prosa. La envidia es así: en un matiz de expresión, en una palabra, en una sombra halla asidero.

Dos días después, Diéguez Torres volvió á saludarles, y entonces les invitó á firmar la hoja de felicitaciones dirigidas al Presidente. Romero negó su firma, sin ambages. Alberto se limitó á decir á manera de excusa: —No soy político, señor Diéguez. Soy un simple escultor. Usted lo sabe. No soy político. —¿Eso qué

importa? Usted sabe que *aquí* todo tiene que hacer con la política. Imagínese usted que mañana el gobierno decida erigir, á no importa quién, una estatua. A usted le gustaría sin duda le encargasen de la obra, ¿no es verdad? Pues el gobierno, en vez de encomendársela á usted, se la encomendaría á un extranjero, si no lo cree á usted su amigo. —El no firmar esa hoja no creo que equivalga á ser enemigo de nadie. —Sin duda. Yo tampoco lo creo; pero no todos piensan como usted y yo. En fin, usted verá... Si se resuelve á dar su valiosa firma, puede hacerlo hasta pasado mañana. Aquí mismo, en la plaza, mañana y pasado mañana podemos vernos. —Es inútil, Diéguez Torres. —Será como usted quiera.

Partido el politicastro, Romero empezó á dolerse, á lamentarse, á contagiar de su pesimismo á Alberto Soria. Después de haber negado su firma con irrecusable firmeza, pensaba en voz alta, hablando con Soria, en las consecuencias posibles de su negativa rotunda. —Ese hombre es un miserable. Todo puede temerse de él. Y por los dos le temo. Lo peor es que vivimos entre innumerables Diéguez Torres. Son legión, y de ellos es la tierruca. ¡La patria! eso no existe para nosotros.»

Y Romero continuó hablando de cómo nadie parecía haberse fijado en la Madona y la estatua, expuestas hacía tiempo. Apenas un periódico, reputado el más serio, acababa de publicar sobre las dos obras de arte un mezquino suelto de crónica, zurcido con tan maquiavélica destreza, que según la disposición de ánimo del lector, éste podía leer en el suelto elogios ó censuras. —Perdomo estuvo muy cerca de la verdad al decir cómo es malgastar el tiempo emplearlo pintando Vírgenes y esculpiendo Venus criollas. Tiene razón.

En una atmósfera llena de miseria y fealdad política no cabe una chispa de arte, ni un fulgor de belleza.»

Y hablando, hablando, con igual amargura desesperada, Romero terminó por desear que el Bolívar del monumento de la plaza y su caballo de bronce desaparecieran de improviso, una tarde, entre la lluvia de rosas del crepúsculo, en un relámpago, para que no honrasen más con su gloriosa pesadumbre aquel pedazo de tierra maldito, como un pudridero de conciencias.

Al fin, las crónicas políticas empezaron á discutirse menos. Una tarde, fueron completamente olvidadas En cambio, no se habló esa tarde sino de un suceso muy reciente que no dejaba de tener sus puntos de semejanza con las crónicas políticas. Tratábase de un robo hecho á la caja de una grande empresa mercantil por dos jóvenes, miembros de dos familias de las más notables. De corro en corro, con el polvo y las hojas caídas, rodaron sobre el mosaico de la plaza los nombres de esos jóvenes. Y los mismos que días antes hablaban del proyectado empréstito, ó mejor, del proyectado robo de varios millones, como de algo muy justo, se mostraban escandalizados ante la ratería de los dandys, como ante un crimen descomunal y monstruoso que desquiciara el universo.

Precisamente en la noche de ese día, Sandoval llegó al «ghetto», al círculo de intelectuales reunido un rato, como de costumbre por la noche, alrededor de una mesa de un café vecino de la plaza, agitando en los aires, con la mano derecha, un periódico. Este era el único periódico religioso de la ciudad, y en él había un artículo lleno de alusiones insultantes para Sandoval y Soria. El artículo no mencionaba á ninguno de

los dos artistas é iba firmado por una equis. Mas lo insulso de su prosa y la cobardía del ataque denunciaban claramente el alma y la pluma de Fabricio Ramos y don Miguel Rincones. El artículo hablaba de ciertos jóvenes que por haber pasado los mares y haber vivido en París creíanse autorizados á pintar y esculpir indecencias; maldecía del arte con que esos jóvenes medio locos pretendían corromper una sociedad culta, muy honrada y católica, arte sensual, voluptuoso, pagano, todo impudicia y desnudeces; y el anónimo, dejando brotar la mala fe entre vaciedad y vaciedad como un negro chorro de fango, terminaba por aconsejar á los padres y madres de familia, buenos católicos, evitasen á la inocente mirada de sus renuevos el espectáculo de obras que no eran sino frutos de aquel arte podrido.

Cuando uno de ellos acabó de leer en voz alta el artículo anónimo, Emazábel dijo:

—El presidente y los ministros proyectan y consumarán un robo en grande; dos de nuestros dandys consuman un robo en pequeño; y ustedes pagan. Si nosotros dejamos hacer, nunca reinará aquí otra justicia: justos por pecadores: justicia de sacristía que no se atreve con los bandidos del Poder, ni con los rateros de salón, y cierra con el arte y el artista, indefensos por nobles.

—Todo eso dan ganas de llorar—exclamó Romero.

—¿Y por qué no de reir?—gritó Alfonzo.

Soria no dijo ni una palabra; pero en sus ojos había toda la tristeza del mundo. Y cuando muy tarde, esa noche, volvía á su casa, hallóse viendo y considerando, si no con verdadero odio, con algo muy parecido al odio verdadero, los hombres, las cosas, todo lo de aquella ciudad estrecha y mezquina, de conciencia, como sus calles, angosta y sucia.

IV

Los últimos rumores políticos y el estado de alma de sus camaradas de «ghetto» en aquellos días acabaron por decidir á Emazábel á tratar de poner en práctica los planes que él, de muy atrás, venía ampliando y hermoseando en su mente. El estado de alma de sus camaradas era, según él, fácil de convertirse en estímulo provechoso, en áspero deseo de combate, derivado luego en acciones fecundas. El despecho y la ira de Soria y sus amigos, ante el esfuerzo de arte burlado, podía cambiarse en energía salvadora y durable, capaz de sustituir en el escultor y en los otros una voluntad que no tenían, ó la tenían descalabrada y enferma. Así, el primero á quien manifestó sus planes, ganándolo á ellos, fué Soria. Como había previsto, en él no halló resistencia ninguna.

Soria acogió las ideas y los proyectos de Emazábel como necesidad imprescindible, y sin la más mínima sorpresa, como algo que él esperase, hasta parecerle, mientras el amigo exponía sus pensamientos, estar escuchando en otros labios algo que él había concebido, como si las palabras de Emazábel no hicieran sino desvanecer las brumas de un rincón de su alma, ó evocar en su alma las figuras dudosas y los contornos indecisos, vagos, confusos, de un antiguo sueño. Él, como la mayor parte de sus camaradas, había entre-

visto aquella obra, pero la había entrevisto muy lejos, en una época distante, en un siglo futuro, trabajada de otras manos, cuando de las suyas no quedaría polvo ni recuerdo. Ahora, al través de los labios de su amigo, la veía claramente, libre de nieblas y vaguedades, como un bloque de mármol traído á sus pies y en cuyo centro duro sus ojos de escultor adivinasen, prisionera del mármol, una estatua prodigiosa. Con humildad reconoció no haber soñado la obra tan grande ni tan bella como surgía de las palabras y del alma de Emazábel, médico, no artista. En efecto, en el alma de éste y en las palabras con que él decía la magnitud ó delineaba los grandes lineamentos de la obra, la obra aparecía derramando, como perfume de vida, como hálitos de selvas primaverales, tesoros de una belleza nueva, belleza militante, belleza heroica: la belleza de la acción, quizás más grande y seductora que la belleza de las obras de arte y la belleza de los sueños hondos é impasibles como lagos profundos en cuyo cristal inmóvil beben los árboles frescura y silencio.

Cuando Emazábel creyó haber comunicado á Soria el ardor y el entusiasmo de su causa, deseó dar parte de sus proyectos á los demás amigos, cuya disposición de ánimo debía de ser, si no idéntica, parecida á la de Soria. Este se brindó á convocarlos á todos en su taller, y en su taller los congregó cierta noche de Enero, alrededor de una lámpara, de luz pobre y mustia. Sentado junto á esa lámpara puesta sobre un velador, Emazábel discurría. Los demás escuchaban, sentados los unos en la *chaise-longue*, otros en sillas de paja, otros en fragmentos de mármol á medio pulir y en escaños de madera. Fuera del reducido círculo de luz, en la penumbra de las paredes, dos bajorrelieves celebraban gigantescas batallas mitológicas, y sonreía el

Fauno violador de ninfas en su copia de yeso. De vez en cuando, maquinalmente, Emazábel movía la lámpara, y entonces, en una pared, la silueta del Fauno disminuía ó se agrandaba, disminuyendo ó exagerándose á la vez la sonrisa de sus labios irónicos.

De todos los del «ghetto», Emazábel era quizás el único de voluntad sana. Se lamentaba como los otros, pero sin perder nunca los bríos. Todo mal daba á su espíritu ocasión de trabajo, de análisis y de irse en busca de remedios. Las circunstancias más difíciles no le turbaban y salía de ellas airoso. Los obstáculos más bien servían de gimnástica á su ingenio: tales y tantos recursos creaba él para sobrepujarlos. Pero además de esos recursos nacidos bajo el imperioso aguijón de la necesidad, andaba él siempre con uno ó varios proyectos, condenados casi todos á no pasar nunca de proyectos. «Caja de sorpresas» le llamaban con cierta zumba amable sus amigos, así por su manía de forjar vanos proyectos como por su abundancia de recursos en los momentos difíciles. Su padre, hombre práctico y sereno como pocos, había hecho de él, por una educación liberal sin hipocresías, un alma libre y fuerte. Le enseñó á conservar en todo la calma reflexiva del sabio, á sufrir decepciones, y á no dejarse entristecer más de lo justo por contratiempos y reveses. Con pocos bienes de fortuna, legó á su hijo al morir una gran riqueza de palabras y consejos útiles guardados después en la memoria filial como preciosos amuletos en un relicario inviolable. Alguna de esas palabras le evitó dolores y tristezas. Así, el fácil triunfo de los mediocres favorecidos ni quebrantaba su confianza en su propio valer, ni le ocasionaba pesadumbres. A cada golpe de la injusticia, ya estaba la voz paterna cantán-

dole en la memoria como en los días de su juventud: «Sé honrado. Y cuenta contigo mismo, que tú no eres hijo de prócer.» Su padre conoció una generación de hijos de próceres: la de los hijos de próceres de la Independencia; él conocía la de los hijos de próceres liberales. El favor había pasado de unas frentes á otras frentes, de una generación á otra, pero continuaba siendo favor, y por tanto injusticia. Ciertos nombres iban rodeados de aureola, y quienes los llevaban obtenían, mereciéndolo ó no, acceso á las más envidiables alturas y derecho á una buena porción de prebendas y regalo. La palabra del padre, aplicada á otros nombres y á otra época seguía siendo oportuna, pues tampoco entre los próceres federales contaba Emazábel con abuelos. Con esos dichos felices y de otros varios modos, la educación paterna había dado temple á su carácter y fortalecido su piel para toda suerte de luchas. El único error de su padre consistía, al decir de Emazábel, en haberle enviado á rematar sus estudios médicos á Europa. Sin embargo, ese error lo atenuaron mil consejos rebosantes de cordura, al través de los cuales aquel hombre de instrucción escasa, no hecho á finezas y disquisiciones de psicólogo, parecía adivinar con lucidez incomparable todos los males, tristezas y desdichas á que está expuesto quien de su tierra natal, asiento de una vaga sombra ó remedo de civilización, pasa á vivir en una ciudad lejana, trono de la civilización más floreciente, los mejores años juveniles.

Esos males, y otros de igual provenieucia, frutos del contacto de almas nacidas en pueblos jóvenes, casi rudimentarios, con la civilización de pueblos modernos y prósperos, los estudió Emazábel en sus conterráneos mismos, y bajo sus múltiples formas, desde las inofensivas por superficiales hasta las más graves y

crueles. «Con los daños cada vez mayores del cosmopolitismo en su país, y quizás en todos los pueblos de la tierra latino-americana, era posible hacer un gran volumen, al cual se diese por solo título «París», porque si otra ciudad europea y alguna de la América sajona ejercen, al igual de París, grande influencia nociva en el desarrollo y costumbres de aquellos pueblos, París, que en el mal, en los vicios y en la seducción compendia á todas las ciudades, había de compendiarlas, así como en la culpa, en el reproche. Broza desdeñable era la que Paris derramaba de vez en cuando en forma de lechuguinos y damiselas «inconformes», en los cuales el amor á la ciudad extraña y el desamor á la propia reconocían entre otras causas de igual fuste, ya el perpetuo bochorno de los mediodías en la ciudad patria, ya el polvo de sus calles, olvidadas de una municipalidad empobrecida, polvo tenaz, abundante y perverso que, á la hora de los paseos en coche, hacia la tarde, mientras el cielo vuelca sobre la ciudad indiferente sus púrpuras y sus rosas, se alza bajo las ruedas de los coches, y al pisar de los caballos, flota en los aires como nube, cuelga como un velo diáfano de los techos, refleja, suspendido así, la gloria purpúrea del crepúsculo muriente, cae y se pega de las paredes, afeándolas, penetra en los salones y deslustra los muebles primorosos, no respeta joyas ni trajes é impide lucir, á quienes pueden lucirlos, joyas inmaculadas y trajes frescos. Pero entre esos como títeres de una feria elegante, y con sus vanidades é insulseces, deslizábanse los adulterios medio ocultos, como en la hojarasca las víboras. El punto de partida de muchos adulterios en el seno de Cosmópolis estaba, según Emazábel, en un error muy análogo al error de todo estudiante de América recién llegado á Paris, cuando

se cree en la presencia de una gran dama al divisar la primera pindonga vestida de gemas, encajes y tules. A la observación errónea, ó más bien á la ninguna observación, correspondía un concepto falso del alma parisiense y un nuevo modo personal de ver los hombres y las cosas. A esto se agregaba el roce con aventureras de todos linajes y países, la sugestión grosera del bulevar, el café y los teatros, y la sugestión más fina de novelas y cuentos, velada con los primores y donaires del estilo, como ponzoña bajo mieles.

Almas de simples, casi bastas é inocentes, París las devolvía monstruosas, como si la gran ciudad, merced á un maleficio, despertase bajo la corteza del hombre medio civilizado al hombre-bestia de las cavernas palustres. Hombres públicos honestos, libres de mácula hasta el instante de embriagarse con la espléndida visión de París, regresaban con ásperos apetitos de lobos. En vez de traer á la patria las mejoras en sus viajes entrevistas, procuraban á su vuelta engrandecer y perpetuar el crimen de una administración que de muy atrás venía siendo el abuso y el robo organizados; y en sus aventuras y manejos torpes no tenían otro sueño ni otro fin que el de volver más tarde, con más descanso y más dineros á saborear con sibarítica beatitud el espectáculo esplendoroso de París en fiesta, derramando, las noches claras, alegrías, perfumes y deseos locos á las orillas de su río, sobre los arcos de sus puentes, por el cauce rumoroso de sus bulevares amplios, entre cuyas ringlas de fanales inmóviles rebulle como hervidero de policromos gusanos de luz la inquieta muchedumbre de fanales de color de las carrozas en marcha.

Pero tal vez el mayor de los daños de Cosmópolis, ó de París, como Emazábel decía, era el daño hecho

á los intelectuales, hombres de ciencia y artistas. En ellos, casi fatalmente, con el nivel intelectual crecía el desapego al terruño. Hijos, en su mayor parte, de europeos transplantados á América en los días de la colonia, ó en los albores de la República, predispuestos, además, por la educación y los libros, hallaban en Europa un ambiente no extraño del todo, en el cual vivían hombres de su misma raza, cuyos abuelos habían sido hermanos de sus abuelos, como hijos de remotos antepasados comunes. El medio, con facilidad, poco á poco, ó rápidamente, los poseía. Se les insinuaba con sus bellezas, con sus virtudes y sus vicios; les daba sus ideas, gustos é ideales; hacía al cabo desaparecer de sus nervios, á modo de rastro fugaz, la memoria de las últimas generaciones que les habían precedido, hasta dejarles como si en realidad continuaran á sus distantes abuelos de Europa, sin venir al través de varias generaciones de colonos, libertadores y republicanos de América. El conflicto moral de ese estado de alma proveniente se revelaba á muchos de ellos, á poco de volver á su país, en la ausencia absoluta de harmonía entre el nuevo medio y sus almas. El nuevo ambiente era hostil á sus ideas, gustos é ideales. Y por toda su vida interior venían á ser al fin, en medio de sus compatriotas, como extranjeros que hablasen una lengua incomprensible. Perplejos, desalentados ante la empresa formidable de luchar con el medio, corrigiéndolo, depurándolo, haciéndolo á sus almas, cambiándolo de adversario en amigo, caían en la más cobarde inacción, enfermaban en su país de la triste y acerba nostalgia de otros países, mientras pasaba melancólica y estéril su juventud, y sentían agonizar, consumida de atrofia incurable, su voluntad sin empleo. Tal era, con algunas diferencias de matices, la historia de casi todos aque-

llos jóvenes, artistas y hombres de ciencia, amigos de Emazábel. Rechazados por el medio hostil, se retraían á su propia timidez, y quedaban recluídos, aislados como en un ghetto, ó como en un hospital de leprosos.

«A veces nuestro orgullo, decía Emazábel, nos aconseja ver en esa reclusión de apestados una honra, y en nuestro ghetto un Olimpo. Mas de cualquier modo que designemos el rincón en donde míseramente vegetamos, ghetto ú Olimpo, ahí nos vencen y nos burlan. Quejándonos por lo bajo, en realidad asistimos como espectadores indiferentes al triunfo de los mediocres y los perversos, al triunfo de los Diéguez Torres y los Galindo, á la dignificación de los crímenes, á la apoteosis del robo, al desmoronamiento de la patria. Somos, en nuestra democracia, un agregado inerte, perjudicial como inútil, cuando en nosotros podría tener principios dichosos la regeneración del país, la patria nueva. La obra de los libertadores, incompleta por fuerza de las cosas, apenas habrá sido aumentada en un ápice. Ellos nos legaron cuanto podían legarnos: un territorio libre, habitado de hombres también libres. Pero hombres libres en territorio libre, por sí solos no forman pueblo ó nación, en el sentido filosófico de estas palabras. Es preciso que entre esos hombres, con tradiciones comunes, aparezcan, se desarrollen y entrelacen, á manera de red sutilísima, instintos, odios, amores y tendencias comunes, cuyo conjunto viene á constituir el alma de un pueblo. Por la creación de esa alma nacional, poco ó nada se ha hecho de efectivo entre nosotros. Los partidos políticos, en su lucha por la dominación y el poder, han olvidado completar la obra de nuestros padres. Tal vez uno de ellos puede reivindicar en su favor una efímera florescencia de

principios é ideales nobles, abierta en la conciencia del pueblo como un alba gloriosa y fugitiva. Pero ese partido, llegado al poder, se corrompió en el estancamiento y el reposo: después de realizar á medias algunos de sus más nobles ideales, no se tomó el trabajo de crear ideales nuevos; se olvidó de sus ideas y doctrinas; como antes el partido contrario, cayó de hinojos ante un hombre transformado en fetiche; y hoy, todavía en el poder, se está muriendo. Lo que de él queda sano, podría salvarse con el rápido ingerto de una rama vigorosa. ¿Por qué no habríamos nosotros de ser esa rama? No hablo de llegar á la política por las tortuosas veredas por donde van los Diéguez Torres, ni por las de sangre y lágrimas por donde llegan los Galindo. Nosotros iríamos á la política, procurando precisamente por la creación de aquella alma, de aquella conciencia nacional en el duro bronce de las masas. ¿Por qué no hemos de ser, nosotros los intelectuales, capaces y dignos de tan alta empresa? De realizarla, haríamos el bien de la patria y nuestro bien; saldríamos del ghetto en donde ahora nos recluyen, y periodistas venales y generalotes ministros dejarían de humillarnos con la insolencia de sus fáciles victorias. Esa obra, toda está por hacer, y por lo mismo es fácil á cada uno emplear en ella con fruto sus habilidades y fuerzas. ¿Carecemos de voluntad? Bien lo sé, pero la voluntad puede crearse. En vez de ir esparciendo lamentaciones, recojámoslas en un grito; hagamos de nuestras iras un esfuerzo, y empecemos la lucha. Eso basta: las exigencias de la lucha crean y fortifican la voluntad, como el constante ejercicio de la función crea y fortifica el órgano. Tenemos de frente, es verdad, un poderoso ejército de adversarios: cada mosaico de la plaza, cada

piedra de nuestras calles de la capital y de otros pueblos cría un Diéguez Torres; y en cada terrón de nuestros campos duerme un Galindo. Pero, de nuestra parte, no somos tan pocos cual creemos en nuestro orgullo. Buscando bien, hallaríamos numerosos compañeros: cerca y lejos de nosotros, en las aldeas más remotas y escondidas, viven hombres en cuyas almas arde la misma aspiración y el mismo ideal de las nuestras, como un perfume ó incienso inútil, porque los dioses á quienes va consagrado no tienen templos todavía. Además nosotros conocemos las armas de los adversarios y sabemos prever sus golpes, porque no es difícil preverlos, en tanto que es de toda imposibilidad prever los alcances de nuestros medios de lucha. Una palabra bella y luminosa de ciencia ó arte, pronunciada en ocasión propicia, tiene un alcance incalculable aun para quien la pronuncia y la siembra como simiente de oro. El arte y la ciencia, en nuestros pueblos jóvenes, en nuestras democracias recién nacidas, no pueden ser sino lujo superfluo ó armas útiles. Guardemos el lujo como ornato personal, como gala y sonrisa de nuestra vida interior; pero esgrimamos las armas para el bien del país, y en nuestra propia defensa. De ningún modo sigamos como hasta ahora: el escritor escribiendo su libro, el escultor esculpiendo su estatua, el estudioso hundido en sus meditaciones y problemas, encerrados todos en un individualismo salvaje, cada cual sobre su propio surco, sin importársele nada del vecino. Sin duda la obra realizada así vale más que todas las políticas de los Suárez, como dice Romero, pero su acción es tardía: no se manifiesta sino muy lejos, en el porvenir, en las generaciones futuras, y además de tardía es problemática. Es necesario que la acción de nuestra obra se reve-

le pronto, y podamos encauzarla, sacando beneficios de ella. Para eso debemos realizarla, no como hasta hoy en las vagas regiones de la quimera, sino valiéndonos de las cosas, vida y costumbres de nuestro país, procurando por la creación de un alma nacional y marchando, en esa tarea de próceres, de concierto unidos. Entonces, en vez de raros gestos inacordados y monótonos de sembradores desconocidos entre sí, bajo el sol rutilante, sobre la tierra partida en surcos, podrá desarrollarse una vasta y simbólica harmonía de gestos de virtud milagrosa, como en las hieráticas figuras de un exvoto consagrado á la gloria de Ceres. *Algo hay de podrido en el reino de Dinamarca.* Pero la podredumbre que hoy infesta la atmósfera y nos la hace irrespirable, puede á nuestra semilla servir de estiércol, y quizás veamos algún día, al través de la podredumbre, levantarse la patria nueva como una floresta virgen, de troncos robustos, de ramas eminentes, llena de cantos, vestida de follajes, coronada de flores.»

Emazábal, después de exponer con más ó menos vaguedad los motivos de sus planes, dióse á explicar con precisión y abundancia de pormenores la manera de realizarlos. Él había previsto algunas objeciones, y á medida se las fueron presentando, las fué rebatiendo. Al menos en sus principios, la obra sería de pura propaganda. Esta podría hacerse por medio del periódico, de folletos y de conferencias públicas. El primer núcleo de «obreros» lo formarían los congregados en el taller de Soria y algunos más, y todos debían ser capaces de escribir en los diarios, ó de preparar conferencias públicas, ó de ambas cosas. Aparte las conferencias y publicaciones hechas en un orden establecido de acuerdo con el vasto plan de la obra, apenas esbozada, los demás escritos y conferencias

versarían, según lo requiriese el día y la hora, sobre este ó aquel asunto. De la más perfecta libertad de acción gozarían los miembros de aquella especie de liga, sin las trabas engorrosas de los estatutos y reglamentos inútiles de otras ligas vulgares. Dos ó tres obligaciones morales podían bastar muy bien como lazo de unión y disciplina. Cada uno sería libre de escoger el campo de estudio de sus preferencias, obedeciendo á sus propias inclinaciones y aptitudes, con tal no perdiese nunca de vista la obra común y el fin de esa obra. Así, mientras los unos lucharan por la próxima resurrección de la justicia y el derecho, trabajarían otros por el próximo advenimiento de la belleza y el arte. Creado el primer centro, foco de energía ú oasis moral, se crearían en las demás ciudades del país nuevos focos ú oasis, unidos al primero por corrientes invisibles de fuerzas ó frescura. «Con el tiempo, esforzándonos mucho, borraríamos—añadió Emazábel—hasta la memoria del desierto moral que es hoy nuestro país, y quedaríamos en poder de una vasta organización de propaganda, en apariencia platónica, fácil de convertir en la sólida organización de un partido político, el cual presentase á los de arriba obstáculo y barrera, y sirviese á los de abajo de salvaguardia y apoyo.

Todos los reunidos en el taller aplaudieron la idea generosa de Emazábal, y muchos la aclamaron con alegría. Romero, tan escéptico de suyo, manifestó su aprobación, y se dijo dispuesto á empezar la tarea que le tocase en la obra. Según Romero, una de las condiciones para el éxito feliz era empezar pronto, abreviando las pláticas y disputas preliminares, ante las cuales muchas veces vió proyectos análogos al de su amigo desvanecerse como el humo. Alberto Soria pro-

metía conferencias de arte. Alfonzo fué el más reservado: después de protestar su adhesión á la idea y de prometer su concurso á la obra, declaró ver mucho de utopía en aquellos nobles proyectos. «Estos—aseguraba Alfonzo—podrían realizarse hasta lograr, como Emazábel predecía, la organización de un verdadero partido político, apto á vencer á los otros partidos, pero no hasta conseguir la formación de un alma nacional en donde había tres razas ó entidades étnicas diferentes y los varios productos de la caprichosa mezcla de esas razas. Para la creación de un alma nacional, tenía él por indispensable fundamento ó raíz la existencia de una sola raza, ó de un producto uniforme de la fusión perfecta de razas distintas.»

—Y en nuestro país—concluyó Alfonso—estamos aún bastante lejos de ese tipo uniforme.

Pero los demás protestaron. «Las diferencias étnicas desaparecen bajo tradiciones é intereses comunes», dijeron. «Suponiendo justas las observaciones de Alfonzo, se podría de todas maneras obtener un simulacro de nacionalidad, en el cual rompiese un día la nacionalidad futura, como en capullo renuente y sin aroma una flor de esplendidez y fragancia.»

—En último caso, ya sería muchísimo si realizáramos lo que Alfonzo dice realizable.

—¡Y qué gloria la nuestra si llevamos á buen fin esa obra!

—En el porvenir seríamos lo que son para nosotros los próceres de la Independencia.

—O algo más...

A ese punto, Romero, que había estado siguiendo las idas y venidas de la silueta del Fauno en la pared, observó:

—El Fauno se ríe de nosotros.

Todos volvieron la vista, divertidos por la inesperada exclamación, á la sombra oscilante del Fauno. En la sombra de la pared como en la copia de yeso, el Fauno se reía, se reía, con su eterna risa burlona. Emazábel, entonces, propuso para el siguiente día otra reunión, en la cual se decidiese cuanto fuera preciso á los comienzos de la obra, y al ser aprobado por todos y cada uno, mató la luz, á fin—explicó él—de que la risa del Fauno, irónica y maleante, no los distrajese de los pensamientos nobles.

Al dejar el taller de Soria, siguieron un buen espacio conversando y unidos por la calle desierta.

—Somos doce—dijo uno—. Como los apóstoles. Buen presagio, si no hay un Judas entre nosotros.

En la fresca noche de Enero, bajo el cielo estrellado había sobre la ciudad, extendida en lo más hondo del valle, una gasa luminosa como hecha de luz eléctrica y de bruma.

—¿Y por qué no hemos de ser en verdad los apóstoles de la patria nueva, de la patria redimida, si hemos de ir sembrando la semilla de la redención entre las gentes?

Por todos, aun por aquellos que reían al oir esas palabras, como burlándose de sí mismos, corrió el calofrío sagrado de los entusiasmos heroicos, y todos entrevieron, en el porvenir, la obra acabada: la patria nueva, la patria redimida, hermosa y feliz, digna de aquella sombra de nación que fué de triunfo en triunfo por la América, y digna del evocador de esa gran sombra, de aquel héroe que fué pasmo de las cumbres y maravilla de volcanes.

V

—¿En qué piensas? —En nada. —¿Y por qué estás así? ¿Qué tienes? —¿Qué tengo? Nada. —No puede ser. Algo estás pensando. ¿Qué? —Boberías que no valen la pena.

Este diálogo seco y breve, siempre el mismo, interrumpió, como otras veces en aquellos días, el silencio cada vez más frecuente, más largo, más lleno de cavilaciones y de angustias. Pero esa vez, María insistió:

—No importa. Si son bobadas, quiero saberlas: dímelas.

Ella deseaba saber la causa de aquella sombra caída en la riente mañana de su idilio, sombra surcada de sospechas y dudas, como de espectros la noche. Los dos habían penetrado, sin ella explicarse cómo, en un callejón interminable y obscuro, y sus almas, en ese callejón tenebroso, eran como dos aves inquietas, atolondradas por la obscuridad, que se rompían las alas en revoloteos inútiles y no hallaban salida.

El cambio de Alberto fué brusco. En todo él se revelaba, á los ojos de María, otro hombre. Sus palabras ya no eran la música del corazón venida á cantar en los labios, como un enjambre loco y harmonioso de esperanzas y de sueños. Olvidados de esa música, sus labios parecían como fijos en un pliegue duro, y sus

palabras, difíciles, casi violentas, resonaban de vez en cuando con son de reproche. «¿Por qué?», se preguntaba María, y buscaba las razones del cambio de Alberto. «Bien podía éste andar preocupado con sus trabajos y sus cosas de arte... Pero también podía ser ella misma la culpa de todo.» «Si le habrán dicho algo malo de mí, se preguntaba una vez. Hay almas que se deleitan en decir mal de los otros. Pero si alguien ha ido á él con invenciones malas, debió decírmelas, no creerlas.» Y mientras iba de esta en aquella solución más ó menos razonable del enigma, el malestar se ahondaba entre los dos, visiblemente. Hallándose todas las noches juntos, cada noche se sentían más lejos uno de otro, y su diario coloquio de enamorados andaba convirtiéndose en perenne tortura. Mientras la señora de Almeida, arrellanada en su poltrona y rendida de sueño, cabeceaba; mientras pasaba Carmen delante de ellos, riendo y bromeando, por atribuir sus actitudes forzadas y encogidas y su larga mudez á pasajeras riñas de novios, ellos, en sus dos sillas inmediatas, padecían como en un potro de tormento. A veces el malestar cesaba sin motivo ninguno, pero noches después, también sin motivo ninguno en apariencia, reaparecía condensándose entre ellos dos como nube cargada de presagios tristes. María, desesperanzada de hallar por sí misma el origen de esa nube que amenazaba servir de mortaja á su amor, espiaba de continuo los más pálidos indicios que Soria le dejase entrever en sus gestos y palabras.

—No importa. Si son bobadas, quiero saberlas: dímelas—insistía ella esa noche—. ¿Qué piensas?

—Pienso que sería lo mejor no pensar, sobre todo no recordar. ¡Si al menos pudiesen borrarse los recuerdos, la memoria, el pasado, con un esfuerzo del

querer, como el chiquillo de la escuela borra con la esponja las grotescas imágenes que trazó con tiza en la pizarra ó en el muro! De ese modo tendríamos como en las manos la felicidad perfecta.

A esas palabras, María contestó murmurando «es cierto», y no dijo más, como si esas palabras le bastasen para comprender las no dichas y temiese despertar con nuevas preguntas, en los labios queridos, las palabras más crueles y odiosas que para ella podían salir de esos labios. Ella esperó, sin embargo, que él continuara diciendo el porqué de su aversión á la memoria, y de frase en frase, poco á poco, se abriera el alma, dejando exhalar su pena oculta, como un sollozo largo tiempo reprimido. Ella entonces habría dejado caer las caricias de su voz, como un bálsamo, sobre ese mal secreto. Ella le habría dicho cómo su preocupación más dolorosa fué siempre que él no pensara nunca, nunca, lo que ya en él no era tímido y fugaz pensamiento malo, sino desesperante idea fija. Y al través de las caricias de la voz, él habría columbrado el alma de ella, diáfana y pura como la onda, y como la onda irreprochable. ¿Podía reprocharse á la onda el haber copiado en su cristal un vuelo de aves negras? Las aves pasan, y el más leve rastro no mancilla la pureza de la onda. El habría quedado entonces como libre de un íncubo molesto, y habría tal vez considerado su inútil dolor como una falta, como una ofensa que clamaba reparación y castigo. La nube condensada entre él y María se habría disipado como se disipan las nubes: entre lágrimas, precursoras de sonrisas de sol en un cielo más claro.

Pero Alberto no habló. Quedóse pensando: «¿Me habrá comprendido? Y si ha comprendido, ¿por qué dijo simplemente «es cierto», y no otra cosa?»

Ninguno de ellos percibió la flagrante contradicción de sus almas con lo que algún tiempo atrás pensaban y sentían. En ese tiempo hubieran tenido por blasfemia y pecado maldecir de la memoria, porque en ella veían una deidad benéfica, repartidora de gracias, inagotable de bondad, en cuyas arcas, abiertas á los codiciosos deseos, podían cargarse las manos de estupendos tesoros invisibles. Recuerdos de sensaciones vividas, de horas apagadas, de días y años idos para siempre; los recuerdos de toda una existencia, gloriosa ó humilde, en la memoria duermen, prontos á despertar, dóciles al verbo de la evocación, como duermen las vibraciones, con sueño ligerísimo de pájaros, en el hueco de las campanas sonoras. Como el instrumento, al ágil toque de la mano, reproduce la misma nota indefinidamente, así el recuerdo reproduce la sensación pasada é indefinidamente la multiplica. Todo hombre puede revivir su vida, una vez, muchas veces, infinitas veces, multiplicándola por medio de la virtud inestimable de la memoria. Y esa virtud, Alberto y María, en sus diálogos de amor, la exprimieron hasta saciarse. Los dos, por espontáneo impulso de sus almas, y como si obrasen de concierto, se fueron, remontando el curso de las horas felices y curiosos de llegar hasta la hora en que empezaron á quererse, como se remonta el curso de un río hasta el paraje fresco en donde el río brota como discreto manantial escaso, ó en forma de raudales tumultuosos, ávidos de correr cantando bajo el cielo, en plena luz, libres y muy lejos de la estrechez tenebrosa de la tierra profunda. Uno tras otro, ó los dos á un tiempo, contaban y recontaban sus tristezas y angustias, sus esperanzas y alegrías, todo lo que habían sufrido y lo que habían gozado, cómo unas veces una palabra sola abrió en sus pechos abismos de dolor,

y otras veces, quizás la misma palabra, descorrió á sus ojos horizontes ilimitados de ventura; y así, hermosamente, divinamente, de confidencia en confidencia, reconstruían la vida, desde el instante en que el amor entró en ellos, y en sus corazones floreció como un gran lirio de luz alba. Cogidos de la mano, iban de recuerdo en recuerdo, como dos amantes niños, de corazones puros, en sendero bordado de margaritas, van de margarita en margarita, deshojando las estrelladas flores cándidas, entre dulces balbuceos deliciosos. Pero una vez, mientras deshojaban un recuerdo, de éste, como á improviso conjuro, surgió una sombra. Y ni esa noche, ni después, volvieron á deshojar, entre dulces balbuceos, pálidas margaritas ideales.

Alberto hablaba de aquel baile donde se encontró con María, y de su extraña reconciliación con ésta, después de su enojo aún más extraño; y confesaba cómo lo asaltaron esa vez, y hubo de hacer esfuerzos colosales para vencerlos, vehementísimos deseos de romper á Del Basto, pareja de María, cualquier cosa: un brazo, la nariz, una oreja, ó deslucirle cuando menos la facha deslumbrante de Apolo cursi, ajándole y estrujándole sus ropas, ofensa tal vez la mayor que podía hacerse á aquel bobo presumido. Entretanto, María le escuchaba sonriendo, con un haz de sonrisas en los ojos y un ímpetu de risa en la boca fresca y grande, entreabierta sobre el albor de los dientes, como la herida de una granada enferma que tuviese la piel muy roja y exangües, blancos más bien, como de leche, los rubíes de la pulpa.

—Y Del Basto parecía hablarte con tal animación y abundancia, como si emplear, haciéndolos valer, los milagros y hechizos de su elocuencia. ¿Qué te decía?—

Necedades... Sus necedades de siempre.—Sin embargo, en la expresión de su rostro y en su ademán, ya vivo como si exigiera, ya desolado y humilde como una súplica, se adivinaba el empeño de persuadirte á no sé qué. —Es verdad. Se empeñó en que yo accediera á bailar con uno de sus amigos. Ese amigo suyo no se atrevía, con sobrada razón, á invitarme á bailar, y como, además, tampoco debía acercárseme sin mi previo consentimiento, me envió un emisario en Del Basto. —¿Y quién era ése?—Vázquez.

Al caer esta palabra, como á improviso conjuro surgió la sombra que desde esa noche les impidió seguir, entre balbuceos dulces, deshojando las ideales margaritas del recuerdo. Alberto recordó el nombre de Vázquez en aquella frase de Elisa Riguera, cuya malignidad la exageraron las Uribe fingiendo la discreción más escrupulosa con sus aires remilgados y contritos. Entonces, de entre los labios de Elisa, habituados á no arrojar de su vivo arco de púrpura sino la purpúrea saeta del beso, partió aquel nombre como un dardo portador de ponzoñas y muerte; pero ese dardo en el espíritu de Alberto no hizo mella ninguna, resbalando sobre él, sin turbar la impetuosa harmonía del fondo, como la hoja seca sobre el agua. Y pronunciado ahora sencillamente, ingenuamente, sin temblar de la voz, el mismo nombre en los labios de María, recobraba con más violencia mortífera el maleficio que antes le comunicaron los labios perversos de la virgen loca. Tuvo para Alberto una significación inesperada y terrible, y esta significación se la daba el instante ideal á que María lo asoció al pronunciarlo. En ese instante ideal que ellos consideraban como el principio de su vida amorosa, porque en él se encontraron y unieron sus dos almas, aquel nombre surgía

como un límite ó un obstáculo, oponiéndose á la unión absoluta, soñada de Alberto, con la que había de ser alma de su alma y vida de su vida. Por la primera vez, el amante reconocía que algo intangible escapaba á esa unión, haciéndola imperfecta é ilusoria, algo vasto y hondo, lleno de cosas muertas y de cosas moribundas por cuya agonía pasaban, como tentadores espejismos, deseos locos de revivir y perpetuarse. Ese algo vasto y hondo, extendido, como detrás de un límite, más allá del instante ideal de la primera conjunción de sus almas, era el pasado, á la vez lejano y próximo, irremisiblemente muerto y siempre vivo.

En cada uno de ellos, el pasado era casi desconocido del otro; pero mientras ella no podía figurarse bajo ningún aspecto el pasado de él, él vió la representación más precisa y dolorosa del pasado de ella en la palabra que María pronunció inocentemente y en la sombra que evocó al sonar esa palabra. Como celoso guardián en el lindero invisible de un dominio sagrado, cerrando el paso á Alberto, surgió la sombra. Era una sombra muda y elocuente. Su elocuencia, poderosa y amarga, estaba hecha de ironía. Y la ironía de la sombra, como una voz, dijo al intruso: «No pases. Aquí empiezan mis dominios. Más allá de esta linde, nada hay tuyo. Más allá de esta linde, no hay de ti ni de tu amor el más obscuro presentimiento. En mis dominios reino sola. Hasta aquí has podido venir deshojando margaritas, perfumándote los dedos y los labios con la tenue é imperceptible fragancia de sus pétalos menudos. De aquí en adelante no florecen para ti los recuerdos. Si á pesar de mi consejo amonestador no retrocedes y pasas, en vano buscarás, á la orilla de rutas y veredas, ideales margaritas: en un tiempo hubo

muchas y las deshojaron manos que no eran tus manos. En vez de margaritas hallarás asfodelos, un gran campo de asfodelos, un interminable campo de asfodelos, de cuyas flores irá á ti, como un perfume, á turbar tu razón, á emponzoñar tu vida, á corroer tus entrañas, la más mortal de las tristezas. ¿La conoces? Es una tristeza abrumadora, porque su causa es invencible. Su causa es *vida vivida*, hecho que se cumplió fatalmente, algo que no puede quitarse de en medio con las manos, que toda la voluntad no puede suprimir, y es incorpóreo, fantástico, indeciso, como yo, como una sombra. Es una tristeza abrumadora, porque es ó parece humillante: desencadena en el alma un tumulto, y sobre ese tumulto pone un sello en los labios, como haría una humillación indeleble. ¿Oyes? ¡Una humillación indeleble! Habías de venir: yo lo sabía, y te esperaba. Ahora, si puedes, vuelve atrás los pasos. ¿Te es imposible? ¿Verdad que te es imposible? Pues entonces, bien venido seas. Yo, señor de estos reinos, te doy la bienvenida, y he de acompañarte. No me rechaces, porque es inútil; he de acompañarte aunque no quieras. Me verás por todos los caminos, detrás de todas las rocas, al pie de todos los árboles; me escucharás en la música de las aguas y los vientos; me sentirás en la malsana esencia de las flores. Adonde vayas te seguiré: al mismo tiempo iré á tu lado, como tu propia sombra, y dentro de ti, como un íncubo.»

Y la sombra, vestida de ironía, se movió como si se aprestara á seguirlo á todas partes... A veces parecía disiparse como un fleco de bruma; pero no tardaba en reaparecer con toda su ironía intacta, siempre igual y siempre diversa; ya insostenible como hecha de finos alfilerazos múltiples, ya penetrante como la hoja de una daga, ya brutal como el golpe de una maza de

hierro. Fechas, nombres de lugares y personas, traídos por el azar de la conversación, evocaban la sombra, alzándola entre los dos amantes como un huésped mudo. Al empezar un gesto, ó al decir la primera palabra de una frase venida como espontánea exhalación á sus labios, Alberto se arrepentía del gesto iniciado ó de la frase no dicha, como si leyese, en la actitud irónica de la sombra, que el otro hizo el mismo gesto ó profirió la misma frase. Al mirarle ó sonreirle María con la más cándida luz de los ojos, ó el más amoroso mohín de los labios, por su imaginación, turbada como la de un febricitante, pasaba entre vivos relámpagos la pregunta siniestra: «¿Miraría así *al otro?* ¿Sonreiría así *al otro?*» Y á la probable respuesta afirmativa, seguía la representación lúcida de aquella mirada ó sonrisa que no fué para él, y esa representación inmediata con su lucidez maravillosa lo atormentaba, como si no fuera obra suya, sino realidad patente. Su espíritu se abandonaba después de una de esas representaciones, como después de un esfuerzo intelectual sostenido é inútil, á una gran laxitud melancólica, y buscaba en el silencio un refugio. A veces una ansiedad tremenda lo sobrecogía, oprimiéndole como entre un rígido cerco metálico: lo asaltaba el temor de que la sombra se hiciera visible á María, de que ésta viera en el amor de él una copia del amor pasado; de que María, al través de él, como al través de un cristal, estuviese contemplando la imagen del *otro*, y asaltado de esas imaginaciones locas, empeñábase en imprimir á su amor un sello originalísimo y raro, con el mismo empeño con que trataba de imprimir su personal estilo de escultor en la obra de arte. Llevado de ese empeño de distinguirse de los demás hombres, haciéndose único en su amor como en su arte, daba en

xtraños caprichos y futilezas que eran la inquietud ó admiración de María

—¿Tú te llamas María, propiamente María?—¡Hombre! ¡Está bueno! Me parece que sí. ¿Y cómo voy á llamarme?—replicó María, considerando á Alberto y su pregunta con sorpresa jovial, cuasi burlona.—Quiero decir si te llamas María solamente, María á secas... Como se acostumbra poner varios nombres en vez de uno...—Mi nombre, en realidad, es María Luisa; pero nadie me llama sino María.—¿Nadie?—Nadie.—¿Nunca te ha llamado nadie María Luisa?—Nunca.—Pues desde ahora seguirás llamándote para los otros María. y para mí, para mí solo, María Luisa. ¿Entiendes?.. Es un capricho.

Y Alberto, pensando poder en lo adelante nombrarla como el *otro* nunca la nombró, sintióse lleno de alegría triunfal, como si sus manos de creador hubieran sorprendido y fijado, en el sereno ritmo de una estatua, una nueva imagen portentosa de la multiforme Belleza.

Otras veces, al contrario, lo torturaba el deseo de hacer visible á María aquella sombra alzada entre los dos como un huésped mudo. Mil preguntas, á cual más cruel, se le atropellaban en los labios. Por medio de ellas quería aplacar el ansía vertiginosa de conocer, como en los cadáveres el disector, el más recóndito pliegue, el más íntimo secreto de lo que fué la vida de aquel pasado, muerto irrevocablemente, que ahora salía de la tumba á sentarse entre los dos como una sombra. Y las preguntas, así como llegaban atropellándose, atropellándose retrocedían de los labios, dejando en éstos un poco de su corrosiva acerbidad, como en las playas deja la onda algo de su amargura indestructible.

Combatido de este deseo y de aquel temor poco á

poco, valiéndose de representaciones falsas, de indicios no evidentes, Alberto reconstruía la imagen del pasado, á imagen y semejanza de una gran Quimera inmóvil. Por fin, un día, la Quimera se animó, despertó, y de sus fauces ardorosas y profundas vomitó un río de llamas. Alberto sintió dentro de él encenderse y palpitar sus ficciones con la vida terrible y soberana del incendio, inflamadas tal vez por un hálito de impureza, por un hálito voluptuoso, misteriosamente engendrado en el seno de su propia castidad, intacta cuando la obra lo absorbía.

Alberto vió las rosas, hasta entonces blancas de su idilio, comenzar á teñirse de púrpura.

Las más ideales representaciones de sonrisas y miradas rebosaban en voluptuosidad cruel é ignominiosa, como las representaciones que espontáneamente surgen de las almas de amantes y esposos burlados ante las pruebas de la traición irremisible. Su espíritu después de esas representaciones, no se abandonaba ya á una gran laxitud melancólica, sino se debatía y crispaba como la carne viva tocada del fuego. En vano buscaba en el silencio un refugio. Hasta allí lo perseguían, repitiéndose, como un estribillo satánico, las palabras de la sombra: "Es una tristeza humillante: desencadena en el alma un tumulto, y sobre ese tumulto pone un sello en los labios, como haría una humillación indeleble." Todas las infamias y vulgaridades del medio se le aparecían como penetradas de una luz reveladora y precisa, como hablándole con voz unánime y tremenda, aconsejándole, amenazándole, exasperando sus temores, multiplicando sus dudas, alimentando el incendio prendido en el vientre de la Quimera inmóvil en el centro de su alma. En todas veía comentarios, glosas de su amor y celos, con

la irritante suspicacia del contrahecho, que en todas las miradas y sonrisas va de continuo vislumbrando una sarcástica alusión á su joroba. Las palabras de Elisa Riguera volvían frecuentemente á brillar dentro de él, más claras y más vivas. El tiempo, en vez de extinguirlas, parecía avivarlas. Y Alberto cada vez les hallaba una significación nueva, como quien examinando una gema entre los dedos descubre en la gema, á cada movimiento de la mano, una nueva faz luminosa. Gracias á un rápido proceso obscuro las palabras de Elisa Riguera llegaron á representársele unidas, por multitud de lazos invisibles y fuertes, á las palabras que él oyó el mismo día de su llegada al país, yendo hacia la capital, en boca de una errante cultivadora de lujurias. Jamás olvidó aquellas frases referentes á la Farías, la mujer de Esquivel, ni la impresión que le hicieron en los labios de una cortesana. Ahora, estas frases aparecían en su ánimo guardando con las palabras de Elisa una relación estrecha, semejante á la estrecha relación que guardan, al través de la sólida traba de las paredes, los fundamentos y el ápice de un mismo edificio. Entre las frases de la cultivadora de lujurias y las palabras de Elisa estaban las historias de vírgenes locas, narradas de Pedro, se alzaba la imagen de Teresa Farías con su ambigüedad turbadora, se hallaban las conversaciones de los Mario Burgos, O'Connor y Del Basto — cuando éstos no discutían sobre el color de sus camisas ó el chic de sus corbatas, sino discurrían sobre sus manejos libertinos, practicados en la penumbra de ciertas salas, detrás de cortinajes espesos, al amparo de celosías impenetrables y de prudentes biombos, vanagloriándose de abonar así el alma de la mujer como un campo donde sus manos recogerían en el porvenir flores de

adulterio—y por último se ordenaban en batallón impuro todas las perfidias y miserias de amor que, ante los ojos bien apercibidos, corrían por aquella ciudad contaminada. Con todo eso, los celos exacerbados de Alberto se forjaban su propia historia. La sola imagen de Teresa Farías bastaba á mantenerlos en vibración perpetua. La intimidad obligada, por el parentesco próximo, de Teresa con las Almeida le inspiraba desconfianza y disgusto. Y como Teresa frecuentaba constantemente á sus primas, el disgusto fué poco á poco transformándose en manía dolorosa. Al llegar Teresa, Alberto se preparaba, como un enfermo advertido de la crisis futura. Cuando Teresa daba la mano á María él sentía como si toda la sangre se le agolpase en el corazón y lo rompiese. «¿No llevaba aquella mujer en sus manos, en sus ropas, en toda ella, un contagio, el más terrible y odioso de los contagios?» Así como Teresa era ambigua en su persona, por sus aires devotos y el prestigio fluente de las aventuras de amor que le atribuían, asi era de ambigua la sensación que en Alberto despertaba. Parecía hecha de atracción y grima. Teresa le inspiraba la repugnancia que inspiran las culebras y al mismo tiempo le atraía, como el vaso colmo atrae al labio sitibundo. «¿No le saludaba ella de una manera muy diferente de como saludaba á los otros? ¿No había en el saludo para él como un esbozo del gesto de quien brinda una copa rebosante?» Pero cuando la mano de Teresa tocaba la mano de María, y en otros casos la sensación de repugnancia triunfaba de la simpatía misteriosa; y entonces la imagen de la Farías era dentro de él como el anuncio de una traición inminente. A veces, al solo recuerdo de Teresa, mientras él deambulaba por las calles desiertas de la ciudad en

el silencio de la noche, caía en una de sus locas crisis de celos; parecíale verse ya delante de la traición consumada, bajo el golpe de un destino irrevocable y ciego, y todo, todo su orgullo, desde el simple y brutal orgullo del macho, hasta su más noble orgullo de artista, se rebelaba en él, tendiéndole como un arco, fijándole como en un espasmo, durante el cual sentía Alberto llenársele de obscuridad los ojos, escapársele la conciencia y detenérsele el corazón, como en una pausa de la vida.

Después de alguna de esas crisis, como la voz de la paz infinita sobre el océano después de la borrasca, una buena voz interior se alzaba en Alberto. Y la voz decía: «Te asustas de tus propias ficciones. Las creas tú mismo, son obra tuya y puedes arrojarlas de ti cuando quieras. ¿Por qué no las arrojas de ti, si te dañan y atormentan, siendo tu obra? Porque son obra tuya. Vives en plena ficción: has hecho de apariencias realidades; de un grano de arena, montes; de un tallo de flor, florestas; de una sombra de mal, infiernos de ignominia. En la miseria de los otros has tallado el molde de tu propia miseria. Con las miserias é infamias de los demás, tus celos viven tejiendo y destejiendo sobre tu amor moribundo una tela emponzoñada. ¿Por qué en la miseria é infamia de los otros miras tu miseria y tu infamia futuras? La sola idea de estar celoso de un Vázquez te horroriza. Tu orgullo de artista y de hombre se rebela. Pero no, me engaño: no es tu orgullo, sino tu vanidad quien se rebela. Vanidad son tus celos. Todos los celos esconden un sentimiento de inferioridad incompatible con el orgullo. El orgullo, el verdadero orgullo del artista y del hombre ve desde muy alto, jamás desconfía, y jamás desespera. Sé orgulloso como debe serlo un artista, y los

celos huirán como fantasmas. Por un exceso de orgullo puede llegarse adonde llegan por un exceso de humildad las almas simples: á coger el bien donde se encuentre, no para destruirlo, analizarlo, so pretexto de borrarle una mancha benéfica, sino para gozar de él y saborearlo sin el menor dejo de amargura. Con tu vanidad y tus ficciones te has encerrado en un presidio donde tu alma y tu amor se mueren. Abre esa prisión, y vuelve á ser libre. Castiga tu vanidad con un acto generoso, y de ese acto saldrá tu amor como revestido de nueva pureza y gritando de júbilo. Abrasa tus labios con los carbones ardientes de la confesión: desnuda tu miseria ante quien debes, di tu dolor á quien debes decirlo: si lo haces, yo sé de una caricia que, sobre el tumulto de tu alma, caerá como el aceite cae en el tumulto de las ondas. Será una caricia de María, pura como de ella, porque ella es pura; en lo hondo de la cisterna, el espejo del agua reprodujo una vez una imagen de cuervo, pero la imagen del cuervo no manchó su cristal incorruptible».

Sin embargo, Alberto apenas empezaba á decir la verdad á María, vagamente, cuando ya estaba retrocediendo, confundido y temeroso. Desconfiaba de la virtud purificadora de las confesiones, y su confesión le parecía el más vano sacrificio del orgullo. La creía inútil, incapaz de arrancarle del flanco la dentellada fija y dolorosa. «Después de la confesión —pensaba él— continuaría padeciendo como antes. ¿Su amor, al nacer, no estaba ya enfermo, como si trajese en las entrañas un germen impuro? ¿Su amor, no se le había revelado entre un ímpetu de celos? Estos ¿no serían en él necesarios á su manera de amar, esencia y carácter de su amor, algo asi como hijos de una fatali-

dad orgánica?» Y al interrogarse de este modo, por su memoria pasaba, entre vagos fragmentos de conversación con su tía Dolores, el recuerdo mejor de su infancia, la figura dulce, melancólica y triste de la madre muerta, con su rostro fresco y joven debajo del cabello blanquísimo, como un rosal que, todavía en flor, fué sorprendido de la nieve; por su memoria pasaba la silueta de la misma tía Dolores, inaccesible y huraña, pendiente de un reloj, contando y recontando las horas y los minutos, dándose por engañada sin remedio á la más mínima tardanza, inquietándose, desesperándose á la menor sospecha como á la más horrible certidumbre, y en su desesperación convirtiéndose, contra su natural bondadoso, en espía, fantasma y verdugo del pobre diablo de su marido, del bueno de Oliveros, hombre apacible y de conciencia como un sol, sin otras pasiones ni otros esparcimientos, cuando no le abrumaba la tarea sobre la mesa de su escritorio, que el coleccionar pajarracos y leer sus dos ó tres autores predilectos, por los días festivos, encaramado en una acacia del corral, sobre una especie de silla construída y acolchada por él hábilmente en la unión de dos ramas vigorosas, como en un refugio en donde al menos gozaba de la ilusión de sobreponerse á todas las tristezas y disputas conyugales; y detrás de la figura adorable y deliciosa de la muerta, detrás de la figura grotesca de la viva, pasaban, repitiéndose como un estribillo satánico, las palabras de la sombra: «Adonde vayas te seguiré: al mismo tiempo iré á tu lado, como tu propia sombra, y dentro de ti, como un íncubo.»

Y Alberto se miraba en el porvenir arrastrando su cadena, perpetuamente esclavo de una sombra. Se miraba en el porvenir como llegando á una playa de-

sierta y obscura, recogido y lanzado de roca en roca por el vaivén del océano, semejante á vil despojo de naufragio. «¿Qué sería, entonces, de su arte, de su nombre y de su gloria?» A esa pregunta, los celos de Alberto se armaban de las más poderosas armas que los celos pueden esgrimir en un artista: se armaban de todos los prejuicios, preocupaciones y calumnias que artistas é intelectuales han acumulado sobre la mujer indefensa. Los celos dejaban entonces el rosario de las torpezas del amor, y se ponían á desgranar otros rosarios. «¿Habrá alguna mujer capaz de la comprensión clara y absoluta de una vida y alma de artista?—comenzaba por preguntarse Alberto —. Y esa mujer, si existe, ¿vivirá en María?» Muchas veces había creído ver la luz de aquella comprensión clara y absoluta en los ojos de ella, cuando él, con irresistible entusiasmo, le hablaba de su obra, de sus ideales artísticos, de su única religión de belleza y de gloria, y en esos momentos, dentro de él, su alma jubilosa gritaba: ¡Salud, oh elegida! Creyéndola capaz de aquella comprensión clara y absoluta, fuente de la abnegación y la fidelidad supremas, indispensables en la compañera de un artista; él, entonces, la adoraba, no tan sólo como novia ó amante, sino como una fuerza más, necesaria á la fuerza creadora de su genio, como un harmonía más, necesaria á la perfecta barmonía de su glorioso mundo de estatuas. Pero lo que duraba aquella luz fugaz en los ojos de María, duraba la divina ilusión en Alberto. Pronto, mil pequeñeces de la vida real venían como á decirle: te engañas. No de otra suerte le hablaba la actitud asumida por María, después de la exposición de su última obra. Á Alberto le chocó su aparente indiferencia y despego. María afectaba ignorar la exposición de la obra, y cuanto sobre

ésta se había hablado ó estrito. Su actitud, á veces forzada, era, sin embargo, la misma de todos los de la familia Almeida y de su propia hermana Rosa: todos, como obedeciendo á una consigna, visiblemente evitaban hablar de la estatua. Y alberto llegó á imaginarse y luego á creer que la actitud esa de los Almeida provenía del anónimo de Rincones y Ramos publicado en el diario del cura Flórez. El anónimo, á pesar de su infamia y estupidez, merecía el respeto de las gentes, porque vestía sotana de cura. Ese hecho baladí le puso enfrente de un infinito presentido é ignorado de él, el infinito de dolor y obscuridad impenetrable con que de una parte la herencia, la educación de otra parte, separaban su alma del alma de María; le puso enfrente del alto valladar, hecho de hipocresía y disimulo con que la educación católica, sobre todo en ciudades como aquella, pequeña y de origen español, separa la mujer del hombre. «Mientras para la mujer ese vallado constituye las más de las veces una fortaleza diabólica, para el hombre es una perpetua asechanza», pensaba Alberto. Y pensaba también si de aquel infinito, de él presentido é ignorado, si de la valla hecha de hipocresía y disimulo no saldría para él, más tarde, la hembra instintiva, la eterna esclava y dominadora eterna. «¿No veía él por todas partes á la hembra instintiva? ¿No la veía á su lado, en su misma hermana? ¿Cómo, si no, explicar la unión de ésta con Uribe, hombre ignorante, depravado, inútil, casi idiota?» Y de nuevo se miraba en el porvenir como llegando á una playa desierta, recogido y lanzado de roca en roca por la eterna furia del océano, semejante á un vil despojo de naufragio. «¿Qué sería de su arte, de su nombre y de su gloria, si él llegaba á caer en las traicioneras garras de la

hembra instintiva? «Un recuerdo, entonces, lo llenaba de espanto, fulgurando en su memoria como un ojo luminoso abierto de improviso en las tinieblas. Y no sabía decir cuándo, ni cómo, ni por qué se grabó tal recuerdo en su espíritu con la fijeza y la esplendidez de un diamante. Era un recuerdo de la vida fabulosa del Giorgione. La fábula representa al cuasi mítico pintor veneciano, después de la doble traición de la querida y el discípulo, muriéndose de amor y de celos. Ante el espectáculo de esa muerte, ante ese espectáculo del genio, el arte y la gloria vencidos, humillados por las artimañas de una hembra y la seducción vulgar de un barbilindo, Alberto sentía al mismo tiempo crecer su inmensa admiración piadosa por el gran artista burlado y exaltarse á lo indecible su propio orgullo. «¡Jamás, jamás caería él en los brazos de la Pérfida! ¡Jamás, jamás confiaría él su nombre á una mujer; su nombre, que él venía trabajando, con pertinacia y paciencia, como una medalla florentina; su nombre, que él venía y seguiría esculpiendo como una estatua en la memoria de las gentes! Siquiera en Giorgione, como en Beethoven, la querida, rasgando el corazón, dejaba el nombre ileso y puro. Pero no sucedería lo mismo cuando se tratase de la mujer, de la esposa. Y en ésta, como en la querida, bien podía estar en acecho la hembra, la eterna esclava... Jamás, jamás confiaría él su nombre á una mujer, porque el nombre es todo el artista: es el sello de su obra, la cifra de su gloria, de su dignidad y su orgullo; y ha de ir esplendiendo como una joya límpida, debe estar sin mancilla como una hostia, ha de ser inviolable como un tabernáculo.»

Con esas luchas de treguas raras: lucha de su amor con su arte, lucha de su amor con los celos y de éstos con su orgullo, Alberto vivía en vacilaciones perennes.

Incapaz de un esfuerzo de voluntad salvador, se fiaba del destino, y sorprendíase á veces esperando y creyendo en algo imprevisto como una catástrofe que vendría á deshacer de un golpe su angustia y sus cadenas. Entretanto, los celos continuaban, sobre su amor moribundo, tejiendo y destejiendo una tela emponzoñada. Entretanto, las flores que Rosa Amelia cortaba todos los domingos para su hermana futura languidecían, como olvidadas é inútiles, en el cuarto de Alberto. Una vez Alberto pensó que el *otro* pudo haber llevado á María iguales flores. Desde entonces las flores de todos los domingos empezaron todos los domingos á languidecer en un florero azul, y ahí, olvidadas é inútiles, á través de la semana languidecían, hasta que sus pétalos mustios, rotos de sequedad, volaban con el viento.

Y las rosas, antes blancas, del idilio, eran ya, más que purpúreas, casi negras, como rosas de Calvario.

VI

Un día, al amanecer, Alberto despertó á los golpes y voces que una sirvienta daba en la ventana de su cuarto:

—¡Niño Alberto! ¡Niño Alberto! Que se levante y venga ligero, le manda decir la niña Rosa.

Alberto saltó de la cama, y todavía á medio vestir echó á correr, entrando por el comedor, hacia la habitación paterna. «De seguro un nuevo acceso de angina precordial, como siempre sucede, sobresalta y llena de susto á Rosa. Y hacía más de un mes que el maldito acceso no crucificaba al pobre viejo. ¿No habrá manera, ninguna manera de prevenirlo y evitarlo?»

Las dos alas de habitaciones de la casa, hacia adelante separadas por el patio principal, se unían hacia atrás en el comedor espacioso. Las habitaciones ocupadas por Alberto y Pedro, las cuales constituían el ala izquierda con relación á la entrada, terminaban adelante en una puerta frontera á la puerta de la calle, en tanto que las habitaciones del lado opuesto se continuaban con el salón, al través de la antesala, ordinario lugar de recibo. A la antesala seguía el aposento de don Pancho, y entre ese aposento y el comedor se hallaban las dos habitaciones de Uribe y Rosa. Por estas habitaciones llegó Alberto: en la primera vió á Uribe, apenas vestido como él, tendido boca abajo

sobre una cama en desorden, hundiendo el rostro en el medio de una almohada, alzando los extremos de ésta con las manos y apretándolos contra sus oídos, convulsivamente, como deseoso de no ver ni escuchar lo que á su alrededor acontecía; en la segunda, vino á su encuentro la misma Rosa, con un grito que le llenó de espanto y lo inmovilizó de sorpresa. La desesperación hasta entonces refrenada y taciturna de Rosa parecía romper, exhalándose en un grito. Alberto se sintió á la vez rodeado por los brazos de la hermana; y los brazos endebles lo oprimían, lo magullaban, como si quisieran deshacerlo, impidiéndole casi respirar, sujetándole y sacudiéndole con una fuerza que Alberto nunca habría sospechado en ellos, escondida bajo apariencias de fragilidad primorosa.

—¡Rosa! ¡Rosa!

Pero Alberto no oía ni su propia voz: el grito de la hermana le llenaba los oídos, rompiéndolos, dislacerándolos. Al fin los brazos que, como tenazas crueles, le oprimían, cedieron, y el mismo grito vaciló, se quebró, deshaciéndose en sollozos y lágrimas:

—¡Muerto! Muerto, sin que ninguno de nosotros estuviera al lado de él.

—¿Muerto? ¿Cómo? ¿Qué dices? ¿Pero no era un acceso? ¿No será un síncope, Rosa?

Y Alberto corrió á la cama donde su padre yacía, el rostro á la pared, ojos y labios entreabiertos, uno de los brazos fuera de la cama péndulo y rígido, y en el extremo del brazo la mano durísima y cerrada, como si la hubiera sorprendido la rigidez en un supremo esfuerzo de lucha. En los labios, en los ojos, en todas las facciones quedaba la expresión de la angustia asfíxica, evidente precursora del trance final, pero ya muy atenuada, muy débil, hasta poderse confundir

con la expresión de una melancolía dulce. La muerte había templado la violencia y dulcificado la amargura con la suavidad irresistible de sus manos piadosas. Pero si en el rostro se adivinaban apenas, la acerbidad y la aspereza del último combate persistían en el extremo del brazo péndulo y en aquella mano dura, cerrada, tendida fuera del lecho, en el aire, como desafiando con su actitud amenazadora á un enemigo invisible. Alberto cogió esa mano, fría como hielo, entre las suyas: trató de abrirla, venciendo la flexión de los dedos, y después de varias tentativas inútiles, decidió ocultarla entre las ropas del lecho, forcejeando sin brusquedad por extender el brazo rígido á lo largo del cuermo exánime. Luego, enderezó la cabeza del cadáver, vuelta hacia el muro. Enderezada ya, la besó en la frente y se aprestó á cerrarle ojos y labios. La mandíbula, reácia, resistió; y los labios quedaron entreabiertos. No pudo cerrar sino un ojo: los párpados del otro no podían ya obedecer al acto benigno de los dedos filiales. En los labios, y sobre todo en la fijeza de aquel ojo sin luz, Alberto leyó repentinamente un reproche. Acababa de recordar una de las frases crueles que su padre le había dicho tiempo atrás paseándose por aquella misma alcoba, airado y triste: «¿Sabes? Voy á morirme de mengua en mi propia casa.» Y estuvo á punto de romper en llanto sobre el padre muerto... Pero su emoción fué á la vez profunda y fugitiva.

Después de sobreponerse á la emoción, regresó al cuarto vecino, en donde Rosa, inconsolable, sollozaba. Esta contaba entre sollozos que mucho antes de amanecer creyó oir su nombre en sueños. Despertó en gran sobresalto, se incorporó en su cama y se mantuvo así largo tiempo, dispuesta á levantarse y correr si

oía de nuevo su nombre ó algún ruido alarmante; y como no oyera ningún ruido, se volvió á recostar, aunque sin poderse dormir, agitada de vagos recelos, hasta que el alba entró riendo como todos los días por las junturas de puertas y ventanas. A la hora de costumbre se levantó á llevar á don Pancho, con un vaso de leche, la cucharada de una medicina ordenada del médico. Al abrir la puerta que comunicaba con la estancia del padre su propia estancia, llamó dos, tres veces al enfermo. No obteniendo respuesta ninguna, desembarazó con prontitud sus manos de cuanto llevaban, abrió los postigos de una de las dos ventanas que al patio caían, y al reconocer en la cara del padre la impasible faz de la muerte, empezó á dar voces. Acusábase de no haber acudido á la voz que la llamó en sueños, como de un crimen imperdonable. Se desolaba pensando que de obedecer á la voz misteriosa habría impedido quizás que su padre muriese en el más cruel abandono, como un pordiosero vagabundo, sin hogar ni familia. Pero Alberto acalló esos escrúpulos de Rosa, y la consoló, diciéndole cómo la muerte de seguro había sido repentina, según las previsiones de Emazábel; cómo, en ese caso, hubiera sido inútil estar cerca del padre moribundo, y cómo el agonizante mismo, en ese caso, no podía sufrir, porque no se daba cuenta del tránsito supremo.

—¿No habría sufrido? ¿Crees tú que no ha sufrido? ¿Y aquella mano, Alberto, aquella mano?

—Alguna convulsión inconsciente, como en todos los moribundos.

Con esas y otras parecidas razones, á las cuales él mismo no daba mucho crédito, calmó un poco á la hermana. Luego fué á comunicar la muerte de don Pancho, sirviéndose del teléfono, á todas las personas

de la familia, comenzando por la tía Dolores y Oliveros, y mandó llamar á Pedro á toda prisa. Hacía algo más de una semana, Pedro se había por fin marchado á La Quinta, renegando de sus amigotes Galindo y Suárez, motejándoles, en toda ocasión, de nulos y cretinos, incapaces de influir ni una migaja en el cucurbitáceo testuz del César criollo, y jurando, con aires de misterio, tomar pronta y segura venganza de los ministros y del César inepto y ávido, cuya política se reducía á repartir pensiones y todos los empleos públicos á las cucúrbitas de su numerosa parentela.

Después de la emoción profunda y fugitiva que lo removió junto al cadáver, en Alberto se hizo una lucidez maravillosa. Su espíritu se volvió más claro y más leve, como si á un tiempo hubiese ganado luz y perdido pesadumbre. De esta levedad y lucidez de espíritu nacía un deseo irrefrenable de acción y movimiento. Y Alberto obedecía al deseo irrefrenable de acción, sin darse cuenta de ello, en su papel de improvisado jefe de casa, mientras daba órdenes, disponiendo todo lo necesario á la inhumación y á las exequias, yendo y viniendo sin parar un segundo, solo, pues Uribe, el único hombre que había en la casa además de él, con los nervios desordenados y locos, poseído aún del espanto de la muerte, se hallaba en la incapacidad más absoluta de asistirlo. Ni tampoco se le ocurría á Alberto reclamar la asistencia de nadie, porque se encontraba como nunca: agilísimo, holgado y sereno Dentro de él, como fuera de él, en medio de la luz de aquella mañana espléndida, sobre los seres y las cosas, triunfaba la vida. Entre dos explosiones de sollozos de Rosa Amelia, la risa de un muchacho callejero desgranó en el zaguán mismo de la casa mortuoria sus cristalinas cuentas resonantes. Muchas flores

abiertas en el jardín, con el alba, dejaban escapar, de sus vegetales y tiernos turíbulos, invisibles nubes de su incienso precioso. Por toda la casa, venciendo los acres olores de medicinas encerradas en algunas habitaciones, corría una ola de fragancias nuevas. El sol, ya muy alto, en un cielo primaveral, incendiaba con su fuego más rubio la atmósfera límpida. Hacia el Norte, en el aire muy claro, sobre el cielo muy azul, resaltaban los contornos del Avila con la precisión de sutiles contornos de viñetas. Y del cielo, del Avila, de todas las cosas, emanaba, desafiando á la muerte, una serenidad indestructible.

A mediodía llegó Pedro. Alberto lo esperaba en el corredor principal, y Pedro, al verle, fué á caer en sus brazos bañado en lágrimas. Los escrúpulos y el llanto de Rosa redoblaron con la llegada de Pedro. De los brazos de Alberto Pedro pasó á los de Rosa, y este abrazo fué para toda la casa la señal de una explosión de gemidos. Sólo una vieja criada, inmóvil cerca de una de las puertas de la estancia mortuoria, lloraba en silencio, y sobre su piel color de bronce eran sus lágrimas como diamantes puros. Pedro y Rosa estuvieron llorando abrazados, hasta el anochecer, á la orilla del lecho en donde el padre estaba ya vestido de blanco para el viaje sin retorno.

Desde por la mañana comenzaron á llegar algunos de la familia: entre otros, Oliveros con su mujer, las Almeida y misia Matilde Uribe con sus dos pimpollos tentadores, emperifollados como siempre. En otra circunstancia hubieran movido á risa los hipócritas aires compungidos de misia Matilde, y los esfuerzos de Matildita por parecer muy circunspecta y grave. Con sus aspavientos de falso dolor, sin embargo, misia Matilde

lograba tan sólo poner fuera de sí á la mujer de Oliveros. Y ésta no se recataba en perseguirla con sus miradas más enconosas, adivinando, bajo los hipócritas aires desolados, la alegría del triunfo. Misia Matilde misma olvidaba de vez en cuando su comedia: al través de su antifaz, hecho de inconsolable y descompuesto dolor, dejaba entrever el regocijo del fondo, y entonces, en especial cuando hablaba con sirvientes, asumía tan imperativas maneras y actitudes, como si fuese ya la única dueña de la casa. En la muerte de don Pancho, misia Matilde veía, si no su triunfo completo, el principio de su triunfo. Ningún obstáculo se opondría ya á que ella viviese con su hijo casado, pues el obstáculo de más fuerza terminaba con el viejo Soria. Y para sus adentros misia Matilde combinaba las frases y el gesto con que, en buena oportunidad, participaría su resolución de vivir en lo adelante con el hijo casado: "¡Qué hemos de hacer! Debemos acompañarles. Particularmente Rosa, la pobre, ¡se ha quedado tan solita!"

Cuando cerró la noche, los empleados de la funeraria vinieron á soldar, sobre el cadáver transportado al ataúd en presencia de toda la familia, la caja interna de cinc; y sobre ésta bajaron en seguida, fijándola en sus bordes, la tapa de la caja exterior de madera, vestida de luto. Luego, los mismos hombres trasladaron el ataúd á una especie de túmulo erigido en medio de la sala, entre dos candelabros argénteos. A Rosa la llevaron entonces entre la tía Dolores y María Almeida á la pieza más apartada, contigua al comedor, mientras Pedro se fué detrás del ataúd, y como antes á la orilla del lecho, se quedó llorando á un lado del

ataúd, sin que nadie pudiera desprenderle de ahí en toda la noche.

Ya en la noche avanzada, cuando cesaron las idas y venidas de los visitantes con sus abrazos y saludos de pésame y en toda la casa no quedaron sino los pocos amigos dispuestos á acompañar á los Soria durante la fúnebre vela, cuando, en una palabra, Alberto no tenía en qué distraer su vivo deseo de acción y su inquietud, consideró de frente su propia serenidad imperturbable, y su serenidad le horrorizó. Todas las emociones, todas las tormentas que el dolor desencadenara de súbito en su casa, no habían dejado en él sino un rastro muy leve, una sensación de frío y destemplanza en piernas y muslos, idéntica á la sensación tantas veces experimentada por él cuando pasaba un examen en sus lejanos tiempos estudiantiles. «¿Por qué no lloraba él como Rosa? ¿Por qué no lloraba como Pedro?» Mientras él comenzaba á hacerse á sí mismo esas preguntas, Romero y Alfonzo, viéndole como resignado y tranquilo, le hablaban de Emazábel, enfermo desde el día siguiente al de la memorable reunión en el taller, y le hablaban de la obra que había de fecundar la juventud sin flor de todos ellos, glorificar sus nombres y redimir la patria. Alberto, despues de oirles con mucha atención algún tiempo, se distrajo á considerar nuevamente su propia serenidad y, con el mismo horror de la primera vez, volvió á preguntarse por qué no lloraba él como Pedro ni sollozaba como Rosa. Pedro, cerca del ataúd, se estremecía de cuando en cuando. Alberto le oía llorar sosegadamente, y se asombraba de ese llanto continuo y fácil como el correr de un arroyo. Nunca hubiera imaginado á Pedro, el que siempre reía, capaz de tantas lágrimas. Parecía como si todas las lágrimas que dejó de verter en la

vida, entonces las vertiera. De tiempo en tiempo, en la alcoba más distante, del pecho mismo de Rosa Amelía surgía una como escala de sollozos: los primeros, altos como gritos; los últimos, casi imperceptibles como suspiros tenues. En la antesala y en el comedor, las conversaciones tenidas en voz baja hacíanse en voz aún más baja, ó se interrumpían por completo. Y en el gran silencio, al través de las habitaciones, despertando en cada habitación un eco diferente, los sollozos venían á deshojarse y caer sobre el ataúd como flores impalpables. Mas, á los oídos de Alberto, los sollozos y los ecos por los sollozos despertados, empezaron á resonar como acusaciones tremendas. A veces, turbando el silencio profundo, sólo se oía en toda la casa el intermitente caer de las gotas de agua desde la piedra de filtrar del tinajero en la tinaja rebosante; y en el melancólico rumor de queja que las gotas de agua alzaban al caer, antojábasele á Alberto oir un reproche. «¿Por qué no lloraba él como Rosa? ¿Por qué no lloraba él como Pedro?» Y Alberto, sin darse cuenta quizás de lo que hacía, hizo esfuerzos por enternecerse hasta las lágrimas. Recordó los episodios de su niñez y juventud, á los cuales iba más íntimamente enlazada la figura paterna; recordó palabras y consejos cariñosos de su padre; recordó tiernísimos fragmentos de cartas que su padre le había escrito á Europa; y los recuerdos de cartas, consejos y episodios que en otra ocasión le habrían arrancado lágrimas, entonces le dejaron impasible. En vano se representó al padre tal como era en los últimos días, exacerbado por la vejez y la enfermedad, impaciente y nervioso. En vano se lo representó quejándose, maldiciendo de la vida, que lo traicionó, porque después de prometerle mucho, no le cumplió ninguna de sus

promesas. «Con nadie — pensaba Alberto —fué tan cruel é injusta la vida: trabajador, no obtuvo cuanto por su trabajo merecía; hombre, perdió muy pronto la mujer que adoraba y se vió él mismo adivinando de continuo á la muerte en acecho á dos pasos de él; padre, vió á los hijos lanzarse por los caminos que él menos esperaba, y á la hija casada con quien representaba á sus ojos precisamente lo contrario del hombre que soñó para su hija única. Hasta su último instante, la vida no cesó de perseguirle con dureza. Y aun después que le abandonó para siempre, ¿no continuaba la vida maltratándole, no seguía siendo cruel é injusta para con su memoria en las entrañas imperturbables del hijo que él llamó una vez el mejor de sus hijos?»

Y como no logró enternecerse con ninguna de estas reflexiones, Alberto se dispuso á no ver sino impureza ó vanidad en el dolor de sus hermanos. Pensaba; «Quien tiene el llanto fácil tiene más fácil aún el olvido.» O bien se preguntaba si bajo aquel dolor impetuoso no se esconderían grandes remordimientos. Pero luego se arrepentía, se avergonzaba de haberse puesto á buscar una causa pueril ó un origen impuro al dolor de los otros, y terminaba por injuriarse, llamándose perverso y mal nacido. Y las injurias tampoco lo turbaron. Ninguna lágrima subió á humedecer sus párpados resecos. Su espíritu se conservó, como si fuera un pedazo de cristal de roca: sereno, lúcido y firme.

Replegado sobre sí mismo, Alberto consideró de nuevo con espanto la serenidad suya, hecha de un sentimiento de liberación casi alegre. Y entonces la verdad se le apareció en el fondo del alma. La muerte de su padre, inesperada y brusca, interrumpía bruscamen-

te su lucha interior, desarmaba sus celos desbocados y locos y llenaba esa tregua de los celos con la obscura é inefable esperanza de la victoria y la paz definitivas. De aquí su extraña serenidad, hecha de un sentimiento de liberación casi alegre. «La catástrofe presentida de él, esperada por él, como una libertadora que vendría á deshacer su angustia y sus cadenas, era la muerte de su padre.» En vano se llamó criminal, infame, hijo desnaturalizado y perverso: su espíritu no dejaba de gritar con la jubilosa exultación del triunfo: «¡libre! ¡libre! ¡soy libre!» Alberto sentía en realidad como si no estuviera unido á nada ni nadie por ninguna especie de lazos, deberes ú obligaciones. A una pregunta que le hizo Alfonzo, se extrañó como si Alfonzo le hubiera hablado en una lengua incomprensible.

Romero y Alfonzo habían seguido conversando sobre Emazábel, su enfermedad y sus proyectos. Lamentaba Romero la enfermedad importuna de Emazábel, porque sin éste no se atrevían á dar principio á la obra. Emazábel, con su fuerza de voluntad, unía, dándoles valor, las voluntades de los otros, de por sí pusilánimes é impotentes. «Sin embargo—opinaba Alfonzo—, era tal vez mejor no haber comenzado la obra todavía, por las calumnias que sobre ella estaba haciendo propalar Diéguez Torres.» Este, sabedor de la reunión tenida en el taller de Soria, despechado porque no le invitaron á la reunión, ni sobre el fin político de ella le fueron á consultar su parecer, publicó, olvidando firmarla, una hoja suelta en la cual denunciaba al gobierno y al país las turbias maquinaciones y los muy siniestros conciliábulos de un grupo de «godos». Entre alusiones más ó menos claras, más ó menos groseras, revelaba algo del plan de Emazábel, pero falseándo-

lo, contrahaciéndolo á su guisa. «Unos cuantos jóvenes pertenecientes á familias conservadoras — afirmaba él—abrogándose el título de intelectuales, y con el pretexto de instruir á las masas, organizaban una vasta conspiración, cuyo verdadero propósito era deprimir á las gentes de color hasta la despreciable condición política y social que tuvieron durante la Colonia y aun en los comienzos de la República». «Y aunque la especie fuera demasiado burda para ser creida, tal vez habría hecho bastante daño—opinaba Alfonzo—por ser infinita la muchedumbre de los ingenuos. Más bien podía verse una fortuna en el malestar de Emazábel, porque á causa de él no se empezó bajo malos auspicios la obra.» Al opinar así fué cuando Alfonzo dirigió á Alberto una pregunta. Y Alberto, perplejo, se quedó largo rato sin contestar, como si no comprendiera, como si no le interesase en absoluto lo que Alfonzo y Romero discutían; como si le fueran extraños los proyectos de Emazábel, y él no los hubiera aplaudido y prohijado, considerándolos cual propios; como si no fuera él mismo quien había hecho apuntes, recogido notas, y bosquejado ya, para los fines de la obra, una larga serie de conferencias; como si no fuera él mismo quien acababa de enviar su «Venus criolla» y la copia del «Fauno» premiado en París á la Escuela de Bellas Artes, con la intención de consagrar en esa escuela, con permiso del director, su primera conferencia artística á los estudiantes de escultura.

Hacia el amanecer, Alberto observó cómo la sensación de frío y destemplanza que molestaba sus piernas la víspera se había ido propagando poco á poco por todo su cuerpo. Era, bajo la cabeza libre y despejada, como un amodorramiento general, surcado á veces de

punzantes fríos enojosos. Y tan incómoda sensación fué agravándose á medida que avanzaba la mañana, primero con los últimos preparativos de los funerales, después, en la iglesia, con los infinitos apretones de manos de los invitados, indiferentes é hipócritas, y por fin con el viaje entre nubes de polvo y llamaradas de sol, camino del cementerio. De cuando en cuando, Alberto dejaba de sentir sus miembros, y era como un paralítico sobre cuyo cuerpo casi muerto, inmóvil, persistía la tortura de una inteligencia intacta.

Algunas aves, extraviadas en el cementerio, entre las copas de los cipreses y cujíes, cantaban sobre las tumbas. La coronas de flores, traídas de la ciudad en el carro fúnebre, fueron depositadas cuidadosamente cerca de la fosa. Un sacerdote bendijo la sepultura, y sobre la urna descendida en la fosa cayeron las primeras paladas de tierra. Alberto oyó el sordo rumor alzado por las paladas de tierra, al caer sobre la urna, como si saliera de sí mismo, de su pecho, y al mismo tiempo su molesta sensación de modorra se desvaneció como un humo pesado á un fuerte soplo de brisa. La verdadera significación de aquella ceremonia fúnebre penetró en él con sacudida formidable. No era sólo su padre lo que iba á dejar ahí, bajo la tierra, y por siempre: con su padre se quedaban el hogar, la familia y todo un infinito de sueños, esperanzas y amores. Comprendió entonces cómo su padre aun enfermo, débil, moribundo, era una gran fuerza, porque realizaba la unión de corazones y vidas cuyos destinos é ideales no podían ser más diferentes. «¿Qué sería de ellos mañana? ¿Qué sería mañana de Pedro, de él y de Rosa? Ni él ni Pedro vivirían mucho tiempo con Rosa, á causa de Uribe. Pedro y él no vivirían mucho tiempo unidos, á causa de la radical diferencia de sus ideas

y costumbres. Dentro de poco, mañana tal vez, cada uno tomaría por su lado. Serían como golondrinas que, después de vivir todo un verano juntas á la sombra de un mismo alero, se dispersan á las primeras ráfagas de otoño... ¿Con su padre, su hogar y su familia, no iba á dejar también su propia juventud y sus más puros sueños, esperanzas y amores, pudriéndose bajo aquel montón de tierra?» A esas reflexiones, mientras las paladas de tierra seguían cayendo con sordo rumor, su serenidad imperturbable se deshizo como un cielo muy claro que se deshiciera en lluvia. En sus ojos aridísimos rompió la más limpia vena de llanto. Y Alberto, aquel día y toda la noche de aquel día, lloró, lloró mucho, dejando correr en el mismo cauce, ahondando por la vigilia, de sus mejillas macilentas, con las primeras lágrimas de su orfandad las últimas de sus amores.

CUARTA PARTE

I

Cantaban las cigarras. De cada árbol, de cada arbusto brotaba el monótono canto anunciador del estío. Cerca y lejos, cada mancha de verdura, cada rama, cada hoja, era un chirrido estridente, insostenible, como la nota más alta y gloriosa de una cuerda hecha de cristal que estuviese vibrando hasta romper de frenesí ó de júbilo. De la escasa vegetación nacida á orillas de las quiebras y barrancos que, desprendiéndose del Avila, bajan á cortar y dividir caprichosamente la ciudad hacia el Norte, venían los cantos monótonos y agudos; venían del Oeste, de los raros follajes respetados aún por la incuria administrativa sobre El Calvario, colina antes revestida de flores y de lozana arboleda; venían de los cafetales tendidos al Este y Sureste de la población; de todos los puntos del horizonte venían; y en la ciudad misma, de cada patio ó corral lleno de árboles de sombra, de cada jardín, de cada plaza pública, surgía un coro idéntico ensordecedor y penetrante. Y como en un grandísimo templo gótico van las columnas, los arcos y las demás partes del edificio enlazándose y fundiéndose de modo

harmónico á rematar en la suprema esbeltez de la aguja, así los cantos y los coros dispersos por toda la ciudad se enlazaban y fundían en la atmósfera inflamada, sobre la ciudad ebria de bullicio y de sol, primero en un vasto coro unánime, y, por fin, en un solo grito desesperado que volaba hasta el cielo como un dardo impetuoso.

Percibiendo todo eso, Alberto, inactivo y solo en su taller, se imaginaba oir en aquel grito, el grito de la tierra enferma de fiebre, torturada de sed, que clamaba á los cielos, implacablemente azules, por una gota de agua. La tierra tenía fiebre. El calor de la fiebre se alzaba por todas partes de la tierra sitibunda, y también por todas partes el rubor de la fiebre subía en llamaradas violentas á la cima de los bucares, á lo alto de las marías, á las copas de las acacias, que se desgajaban de flores. No se veía sobre los árboles, en ninguna parte de la ciudad ni en sus contornos, sino florescencias purpúreas, reveladoras del incendio que abrasaba las entrañas de la tierra. Desde la ventana del taller se divisaba á lo lejos, por sobre las tapias de un corral, una maría empavesada de púrpura.

Alberto, algo intranquilo, se asomó á la ventana y recorrió con los ojos la calle desierta. Ningún ruido, á no ser el de los cantos de cigarras, turbaba el pesado letargo estival de la hora. Sobre la tierra, á trechos roja, á trechos gualda, de la calle no empedrada, reverberaba el sol como sobre una áurea lámina bruñida. «Nunca ha tardado tanto—se dijo Alberto, al retirarse de la ventana con los ojos encandilados por el sol.—De la iglesia al taller habrá un cuarto de hora, si acaso veinte minutos. A menos que un obstáculo repentino la haya obligado á no salir de su casa.» Y Alberto sintió rebelarse todo su ser contra el proba-

ble obstáculo improviso. Todo él vibró y se tendió, resorte vivo, como si pretendiera volar al encuentro de la esperada; todo él deseó á la que había de venir, con igual impaciencia ardorosa con que la tierra hacía un mes estaba clamando por la lluvia. También él, como la tierra, tenía fiebre: la fiebre cantaba en sus venas, ardía en su corazón y comenzaba á llenar su espera de inquietud y sobresalto. La tierra, en su fiebre, con sus árboles atormentados de sed, con sus follajes ardidos, con sus florescencias rojas, con sus innúmeros cantos de cigarras, no era sino un solo clamor que exigía del cielo inclemente la gracia de la lluvia. Así en todo él, como en la tierra febricitante, no había sino un sólo deseo, una sola ansiedad, un grito solo: Teresa. Porque Teresa le traía la frescura del agua en la misma boca en cuyos labios enfermó él de fiebre inextinguible.

Días después de enterrado su padre, Alberto se fué, diciendo que por una breve temporada y en busca de fuerzas, como á convalecer, á Macuto, el único pueblecito de baños de la costa. Necesitaba, más que de reposo y fuerzas, de recogimiento y soledad, á fin de ver claro dentro de sí, oir mejor las voces de su alma, y trazarse luego un plan de vida futura, ajustando á los más fieles juicios de su conciencia la conducta que seguiría en lo adelante con sus propios hermanos, con María Almeida, y con Emazábel y los demás amigos generosos, empeñados en el mismo proyecto colosal, muy noble, sin duda, pero tal vez delusorio, de redimir la patria, enferma y decadente de sus fealdades é ignominias.

A la llegada de Alberto había muchos bañistas en aquel pueblo de la costa, pero la mayor parte de ellos

comenzaban á volverse uno á uno á la capital, porque la estación de los baños tocaba á su término. Los últimos, los más rezagados, los más renuentes á irse, partieron casi en tropel, cuando en la rústica y serena paz del pueblecito comenzaron á estallar, como bombas, después de las noticias de muy ásperos debates en el Congreso, las primeras é indudables noticias de una revolución capitaneada por el «ínclito» general Rosado, aquel mismo general senador cuyos tejemanejes en una de las más próximas Antillas traían de tiempo atrás al gobierno desazonado y caviloso. La proclama de guerra que el general Rosado lanzó desde un hato de su propiedad á todas las comarcas y gentes de la república llegó al pueblo, traída no se sabía de dónde ni por quién, y en el pueblo pasó por todos los habitantes y bañistas de mano en mano, despertando en los unos curiosidad ó alegría, sembrando en los otros alarmas y tristezas.

La lectura de la proclama belicosa de Rosado fué como la señal de partida de muchas familias que se marcharon sin dilación, y muy pronto, aunque en aquellos parajes de la costa no hubiese nada que temer, ni entonces ni más tarde, no quedaron en el pueblo sino tres ó cuatro familias de la capital, entre ellas la familia Solórzano y Teresa Farias con sus dos hijos. Por el mayor de éstos, enfermizo y bastante desmirriado y paliducho, se vino Teresa á aquellas playas. La acompañó algún tiempo la hermana de su marido. Cuanto á Julio Esquivel, retenido por sus quehaceres en la capital, venía al pueblo una vez por semana: llegaba el sábado por la tarde, y en las primeras horas del siguiente lunes volvía á la capital, adonde lo llamaba su deber en la oficina de una gran Compañía deque era empleado como ingeniero jefede la sección de dibujo.

En la soledad en que el pueblo se quedó, al ausentarse la muchedumbre de los bañistas, Alberto creyó ver una sólida garantía del retraimiento necesario á lo que él llamaba su indispensable convalecencia. Para saborearlo mejor, puso método en su ocio, repartiendo las horas lo más gratamente posible. La mañana la invertía casi toda en darse un baño y en hacer, después del baño, una excursión por los contornos más agrestes. Ya se iba siguiendo la ondulante curva de la playa, entre uveros y rocas; ya remontaba el curso del riachuelo que, á un lado de la población, viene á rendir á la mar el escaso tributo de sus aguas limpísimas. Caminando río arriba, por no muy trilladas veredas, llegaba á veces hasta alguna de las revueltas, ricas en sombra y frescor, de las que el río forma á poco de abandonar el cerro en cuyas alturas nace; y ahí, en esa revuelta, sobre un duro peñón suavizado y pulido por el beso incansable del agua, se embelesaba en ver y oir el correr murmurante del río entre peñascos y breñas, pero sin dejar de atender el otro raudal que por lo más hondo de su alma corría, arrastrando muchas cosas muertas, como á sus pies el río se deslizaba, arrastrando hojas caídas y ramas rotas.

Por la tarde, en las horas de más calor, buscaba un refugio en la umbría del parque de arboleda muy espesa que se halla á la entrada del pueblecito para quien viene de la capital; y á la sombra de caobas, higuerotes y majaguas, á ratos leía, á ratos contemplaba á lo lejos, por entre los claros del follaje, el mar casi nunca apacible, de ordinario inquieto y rizado, llena la móvil superficie glauca de infinitos choques de olas, coronados de espuma, que fingían, en su efímero y blanco relampaguear, innumerables y esparcidos copos de algodón de candidez reluciente. A esas mismas ho-

ras quedábase raras veces en el alto comedor del Casino, viendo siempre hacia el mar, á través del pedazo de vega soleada que empieza á la derecha del Casino y acaba no lejos de ahí, en donde la tierra avanza en el mar una punta erizada de ásperas y eminentes rocas. En una ú otra parte, leyendo, ó contemplando el océano, Alberto esperaba, como se espera una fiesta, la hora en que muere el día y el sol cae en la mar, en medio de la gloria incomparable y fugitiva del crepúsculo.

Nada le era tan dulce como saborear aquella hora cual un festín de belleza. Cuando el sol empezaba á declinar, ya estaba él esperando en la playa, con la misma piadosa expectación con que el creyente espera el principio de una ceremonia de su culto, los primeros juegos y combinaciones de matices que la última luz derrama sobre el mar, el cielo y el monte. Ese diario y siempre nuevo festín de belleza lo saboreaba desde el puentecito de madera que une el establecimiento de baños de mar á la tierra firme, ó sentado al pie de uno de los raquíticos olivos silvestres plantados en linea paralela á la primera fila de casas del pueblo, ó paseándose arriba abajo junto al murallón que proteje la playa contra el asalto de la onda en los días de borrasca y en el subir de la marea. Las olas, cuando el mar está siquiera un poco agitado, se rompen contra el malecón, restallando como látigos ó retumbando como truenos, y al romperse llenan los aires y van á barrer, por sobre el malecón, el paseo de la playa, con el furente hervor de su espuma deshecha en polvo sutilísimo.

Tan escrupulosa y consagrada atención Alberto ponía en seguir los cambios de la luz y las diversas tintas de las aguas y del cielo, que algunos crepúsculos, con

sus más imperceptibles pinceladas, quedábansele hasta mucho tiempo después resplandeciendo en la memoria. Ya era un ocaso en que un largo nubarrón plomizo, como densa faja de brumas, ocupaba el horizonte; por sobre la nube, un haz de tintas pálidas, que se desmayaban y morían como pétalos de flores enfermas; debajo, entre la nube y las aguas del mar, una tenue raya color de fuego, como hecha con un pincel fino y primoroso; y el vientre mismo de la nube horadado, en el sentido de su longitud, en tres puntos diferentes, de los cuales, como de otros tantos respiraderos de una fragua, saltaban á la mar sendos fúlgidos chorros de topacios derretidos. Ya era otro crepúsculo admirado desde el puentecito del establecimiento de baños; detrás del pueblo, de la más alta cumbre del monte, se desprendía, subiendo en los aires y avanzando á la vez hacia el mar, un blanco jirón de niebla; á lo largo de la playa, las cimas de los cocos, movidas del terral, simulaban destrenzadas cabelleras de indios; en el cielo de Occidente, dos lagos: uno de oro con bordes azules, el otro de fuego con orillas de ópalo; y entre esos dos lagos y el jirón de niebla que subía de la montaña, una gran zona celeste, clara y profunda, en cuyo fondo chispeaba el primer lucero de la noche como diamante solitario prendido en el velo azul de una virgen.

Pero muy pronto Alberto echó de ver que en lugar de serle más fácil, resultábale más difícil retraerse, como quería, en aquel pueblo casi por completo abandonado. Siéndole conocidas las pocas personas que en el pueblo quedaban, y hallándolas á cada momento á su paso, forzoso le fué acercarse á ellas, intimar con ellas y participar de sus pláticas y reuniones al aire libre, en el parque, en la playa y á la sombra de los

matapalos é higuerotes que llenan con sus follajes sus barbas y hasta sus raíces, la segunda de las tres calles que cruzan el pueblecito de Este á Oeste. De tal modo llegó á verse en el caso de concurrir á cortas é improvisadas excursiones á las cercanías. Las excursiones las improvisaban Teresa y las Solórzano. Y como no se trataba ni de banquetes, ni de estrepitosas partidas de campo, ni de ninguna otra diversión por ese estilo, Alberto no se podía excusar con lo reciente de su luto. Sufriendo al principio de mala voluntad esas escapadas agrestes, les fué tomando ley poco á poco.

La presencia de Teresa le hacía pensar de cuando en cuando en sus peores noches de celos, aunque sin despertarle ya aquel sentimiento ambiguo de simpatía y aversión que Teresa entonces le inspiraba. Muerta la voraz Quimera que estuvo enseñoreada de su espíritu, desvanecidos los celos como odioso y ridículo espantajo, sepultado en lo más íntimo del alma su amor suspizaz é infeliz, aquella aversión, producto de naturales reflexiones egoístas, se disipó, dejando en libertad la simpatía confundida enantes con ella. Y la simpatía en libertad halló en el pueblecito desierto un cómplice habilidoso y amable. Halló, en la vida casi en común que llevaban los pocos habitantes del pueblo, ocasiones de crecer, hasta manifestarse irresistible. Poco á poco, Alberto se encontró llevado, y se dejó llevar de aquella fuerza obscura. Ni por un instante se le ocurrió luchar contra ella. «¿A qué oponerse al destino? ¿Mejor no era abandonarse á él como la hoja á los caprichos del aire? ¿No le presentaba el destino providente el medio más á propósito para acabar con las últimas vacilaciones de su alma, apresurando su convalecencia hasta conseguir de nuevo su entera salud interior de otros días?» Al menos á la sola intere-

sada, Alberto no disimuló sus vivas inclinaciones. Al contrario, más bien parecía tomar empeño en manifestárselas de modo patente, como si quisiera, obrando así, purgar y deshacer hasta en el recuerdo su antigua aversión injusta. En sus acciones y palabras, las claras muestras de simpatía iban á su fin derechamente, ó por las caminos más cortos. El menor de los dos chiquillos de Teresa fué muchas veces cándido intermediario de aquella simpatía cuyas alas empezaban á arder en un fuego nada puro. Vivaracho y travieso, tanto como era de tímido y melancólico su hermano, acostumbraba todos los días romper la lectura del escultor y turbar la pesada somnolencia del parque, á la hora de la siesta, con el bullicioso y alegre tumulto de sus risas, juegos y charlas.

El chiquillo, después de evitar muchas veces, al principio, el contacto de aquel señor que leía todas as tardes á la sombra, por parecerle muy grave y ceñudo, fué después con los días acercándosele, y á la postre le cobró confianza y apego. Alberto se veía forzado á interrumpir sus lecturas, á responder á la avalancha de preguntas que despeñaba sobre él su amigo liliputiense, á mostrar á éste una á una todas las páginas del libro que leía, hasta convencer al chiquillo, incrédulo y malicioso, de que el libro no tenía "santos", y á veces á secundar en sus juegos, como cualquiera otro chiquillo, al de Teresa, riendo y correteando con él, por dentro y fuera del parque, bajo las majaguas y caobas. Al terminar los juegos, Alberto cogía entre sus manos al chiquillo—cuando éste, avisado ya, no tomaba sus precauciones, poniendo entre su amigote y él una distancia prudente—y le besaba y estrujaba, hasta sofocarle á caricias. El chiquillo, que empezaba por dejarse oprimir, acababa protes-

tando. Alberto jamás lo dejaba antes de enfurecerlo siquiera un segundo, obligándole á debatirse, por el solo placer de mirar cómo sacudía la rebelde guedeja castaña y cómo, bajo el ceño fruncido, le chispeaban los ojos en furia, semejantes á dos esmeraldas ardientes. Eran, como los ojos de la madre, claros, no del todo verdes, más bien entre verdes y azules, pero despiertos, muy despiertos, no amodorrados, como los ojos de la madre, en una languidez continua. Cuando Teresa presenciaba aquellos retozos con aires de lucha, el chicuelo corría, al verse libre, á buscar en ella un refugio contra los desconsiderados apretones. Ella, sonriendo, besaba al hijo en la boca, en los ojos, en el cabello alborotado. Y Alberto, sin poderlo evitar, pensaba entonces que los labios de Teresa debían de imprimirse en el rastro aún fresco de los suyos. "¿No se encontrarían sus besos? ¿Cuando ella besaba al hijo, después de haberle besado él, besaba únicamente al hijo?" Á esa reflexión diabólica vacilaba confuso, medio extraviados los ojos, como quien se entretuvo paladeando un vino fuerte. Su extravío y aturdimiento eran á veces tales, como si por cada uno de los poros de su cuerpo entrase, quemándolo y marcándolo con sus llamas y canciones, una voluptuosa embriaguez desconocida. De esa manera germinó el deseo que, de reflexión en reflexión, por el mismo acto provocada, fué irritándose y creciendo, como de estímulo en estímulo, hasta llenar la sangre de Alberto con su hálito ardoroso. Y como Teresa continuaba siendo la misma para él, de modo que él veía siempre en el saludo de Teresa un esbozo del gesto de quien brinda una copa rebosante, él, un día, se atrevió á poner sus labios en los bordes de la copa.

Fué en el curso de una de aquellas excursiones im-

provisadas por las Solórzano y por la misma Teresa. Caminaban río arriba, y habían llegado precisamente al paraje en donde concluye lo que puede llamarse camino, y de donde no es posible seguir sino atreviéndose con escarpados é inseguros vericuetos, ó saltando por el cauce del río, de roca en roca. Adelante, acompañadas por dos amigos de lo más «granado y culto» de la capital iban las Solórzano. Parte de ese grupo delantero andaba todavía por una resbaladiza vereda, angosta y húmeda, formada con las raíces de r es jabillos muy frondosos, cuando los otros, pasada la vereda, empezaban ya á saltar de roca en roca sobre los pozos tersos, de cristales muy diáfanos y fondo hecho de arena, blonda y menuda, como polvo de oro cernido. Teresa y Alberto seguían detrás, los últimos de todos, conversando. Llegados al punto del cual no pasarían sino marchando uno en pos de otro por la misma vereda que los demás acababan de trasponer antes de pisar la vereda, sin que ninguno de los dos pudiera decir más tarde cómo ni por qué, se besaron largamente, escondidos bajo el sonrosado parasol de Teresa, abierto sobre ellos, entre el verdear de las hojas y á la vera del camino, como una monstruosa anémona salvaje.

Desde entonces, no hubieron menester de intermediario sus besos: como abejas incansables y libres entre la colmena y la flor, así volaron entre sus bocas. La libertad necesaria á su vuelo durante las breves excursiones improvisadas, como en la memorable excursión río arriba, la resguardaba el parasol de Teresa, convertido en alcahuete precioso, ligerísimo y sabio. Ya se abría como una flor sobre las cabezas de los amantes, apoyadas una en otra, ya se agitaba con el inquieto revolotear de una mariposa delante de los

labios desfallecidos y como absortos en el espasmo del beso. Cuando el parasol no protegía sus besos, los protegía la sombra de la noche sin luna en la playa solitaria. Ahí, en los sitios más obscuros y discretos se encontraban sus bocas. A veces, en el malecón, viendo venir las olas á estrellarse contra la muralla á sus pies, esperaban que una ola más grande que las otras viniese refunfuñando fieros y amenazas, para entonces huir, no sin mezclar, durante el fingido, azoramiento de la fuga, el temeroso rumor de sus labios, que se juntaban por un segundo, con el rumor de la onda que al pie de la muralla se rompía, restallando como un látigo ó retumbando como un trueno. Otras veces aprovechaban las mejores coyunturas que se les ofrecían por la noche, en el puentecito que une el establecimiento de baños de mar á la tierra firme. Ahí se reunían las Solórzano, sus dos amigos elegantes recién venidos de la capital, Teresa, Alberto y alguna otra persona. Cuando una de las muy alegres primas de Uribe no rasgueaba zurdamente una guitarra, en tanto que otra de ellas acometía alguna romántica y boba canción de amores, comentábanse las últimas noticias de la guerra llegadas de Caracas por el tren ó el teléfono, y otras varias noticias, complaciéndose las damas en mover la lengua y los labios parleros si se trataba de noticias de noviazgos rotos, de noviazgos en agraz, de matrimonios fresquecitos, ó de sucesos menos confesables aún, pero en los cuales el amor, caprichoso y tiránico, figuraba también, haciendo libremente de las suyas. Para dar las noticias de esta última clase no había, al decir de las Solórzano, como Pepito Rieja, uno de aquellos dos amigos elegantes recién venidos de la capital. Tenia tanta gracia y un lenguaje tan pintoresco para hablar de aque-

llas cosas, que las Solórzano le escuchaban rendidas de admiración y como en éxtasis, cuando no celebraban sus pullas con lisonjeras carcajadas. Así, Rieja, dando cuenta una noche, de lo que en la ciudad se murmuraba sobre el continuo visiteo de Mario Burgos á casa de las Riguera; diciendo cómo algunos creían que Mario enamoraba tan sólo á una de las muchachas Riguera con la intención de quien, para ir hasta el tronco de un árbol, empieza por guindarse de una rama; diciendo cómo otros creían que el intento de Mario era apechugar con rama y tronco á la vez, acabó por decir que, según su parecer, Mario estaba sin duda «tirando una parada de dos cabezas». Este dicho, y su correspondiente retintín malicioso, lo acogieron aquellas vírgenes románticas, aficionadas á cantar al triste son de la guitarra las más tristes cántigas de amor, entre un alto coro de risas, cuya espontaneidad trataron de cubrir después con un «¡las cosas de Rieja!» ó un «¡las cosas de Pepito!», según eran más ó menos amigas de aquel narrador de estilo incomparable. En tales ó parecidas circunstancias, Teresa y Alberto hallaban siempre ocasión de cambiar, casi en las barbas de los demás, algún beso furtivo, siendo tanto mayor el deleite que saboreaban en el beso, cuantos mayores riesgos corrían de ser vistos de los otros. Sobre todo en Alberto, el deleite de los besos fugaces, como súbito roce de alas, era indecible. El calofrío del peligro le hacía más picante el sabor de los besos, ya de por sí muy deleitoso. A formar en él ese deleite contribuían: un poco de su vanidad, por la satisfacción de sentirse dueño de algo que le envidiarían muchos hombres, el sobresalto continuo del primer adulterio, el pensamiento de ser besado de una boca hecha á deshojar plegarias y letanías, y las mismas tor-

ceduras de conciencia con que el recuerdo de María Almeida venía á turbarlo á menudo en medio á los ardores impacientes de su idilio culpable.

Las impaciencias de su ardor crecían cada vez más, pero hallaban en Teresa una serenidad imprevista, no turbada, al parecer, ni de un amago de fiebre. Con semejante serenidad, ella contenía, moderaba y desconcertaba los ímpetus de él. Y él empezó á dudar de ella, á creerse víctima de una insondable coquetería diabólica, porque de otro modo no se conciliaban á su juicio, en una misma mujer, aquella resistencia tranquila, contra la cual iba á estrellarse el aguijón de su deseo, y la tranquila audacia con que Teresa le ofrecía sus labios y la miel de los besos fugitivos en los paseos, en la sombra de la playa y en el puentecito de los baños, casi en la presencia de los otros contertulios. Pero Teresa disipó las dudas y sospechas, y previno los reproches que de sospechas y dudas bien podían derivar, manifestándose atormentada por escrúpulos, en los cuales Alberto creyó, á pesar de lo extraños é incomprensibles que eran. Los escrúpulos de Teresa venían de recordar que en aquel pueblo ella había pasado los primeros días de su luna de miel, y de considerar como profanación ó sacrilegio el caer en los brazos del amante en donde cayó por la primera vez en los brazos del esposo. «¡El pobre Julio! ¡Era tan bueno!... Después, cuando volvieran á la capital... En la capital sería cosa muy distinta.»

La razón de su resistencia no estaba en esos escrúpulos, que no eran sino vagos y mal traídos pretextos: estaba en algo más consistente, menos ideal que esos escrúpulos: en un simple cálculo egoísta. En las cosas de amor, Teresa conocía muy bien todo el precio de la espera. Sabía que el don, cuanto más esperado, más

precioso y más dulce. Y deseaba que Alberto esperase, como ella de mucho tiempo atrás venía esperando. En efecto, lo que para él era delicioso é inesperado principio de una intriga de amor, para ella no era sino el fin heroicamente esperado de una larga y secreta obra, cumplida al través de meses, dificultades y estorbos. Y así se lo dió á entender ella misma, cuando le dijo cómo aquel amor suyo había empezado á germinar en su alma. «El germen de su amor—según ella decía—fué la corazonada que tuvo la primera vez que le vió, recién llegado de Europa, aquel día en que, estando ella en la plazuela de la Santa Capilla, acertó él á pasar por la calle. Sin ella saber cómo, al verle y adivinar quién era, se dijo para sus adentros: á ese yo le querría. Y cuando él no sólo volvió á mirarla, sino desanduvo lo andado para de nuevo pasar delante de ella, en vez de repetir en sus adentros «á ese yo le querría», se dijo sin la más leve incertidumbre: «ese me querrá». «Y una voluntad de mujer—agregaba Teresa—es irresistible. Cuando se propone secar una fuente, ó siquiera torcer el curso de sus linfas, va hasta el corazón de la montaña; y si la montaña resiste, cambiará de cimientos la montaña antes que ella de propósito.» Pero aun sin ese cálculo sugerido por la virtud milagrosa de la espera, ella no se hubiera entregado jamás al amor en la atmósfera de aquel pueblo. No era ese el ambiente exigido de sus nervios para las exaltaciones del amor y las dulzuras del pecado.

En ella parecían vivir, una al lado de otra, dos mujeres distintas. Y según cual de las dos predominase, así cambiaba Teresa de vida y costumbres. De aquí las alternativas que por sí solas formaban su existencia: iba de excesos de vida piadosa á excesos de vida mundana. Ya consagraba todos los instantes á una in-

finidad de prácticas devotas; ya, sin abandonar de un todo sus devociones, concedía más espacio y atención á las cosas del mundo. Cuando se hallaba en este último caso, en una faz de vida mundana, como sucedía en aquel pueblecito costeño, su modo de vivir se acordaba mejor y á la vez con las leyes naturales y con la ordinaria moral de los hombres. Como su vida, se depuraban sus nervios, despojándose de sensaciones inútiles ó malsanas y excesivas. Los instintos nacidos y aguzados en su anterior vida artificial, se mellaban entonces; y bajo su piel blanca se dormían sus voluptuosidades, como un rebaño de corzas bajo la nieve. De su sér voluptuoso, apenas persistía el vivo gusto con que saboreaba las caricias de los vientos y del agua. Sus goces principales eran exponer su rostro á la violencia de las más fuertes brisas del mar, y sentir en todo su cuerpo los besos de la onda. Llegaba, la primera, todos los días, á la parte del establecimiento de los baños reservada á las mujeres. Y acostumbraba llegar la primera, no tanto porque su baño solía ser más largo que el de las otras, como porque no le gustaba sino bañarse únicamente vestida con los lirios de de su blancura. En la blanca gloria de su desnudez perfecta, se ponía á recorrer con los ojos la glauca inmensidad marina, desde lo alto de la gradería de cemento que, por no muy suave inclinación, conduce hasta el baño propiamente dicho—espacio de mar circundado de gruesos palos unidos entre sí merced á planchas de hierro, y por entre los cuales, y aun á veces por encima de los cuales penetran las olas. En esa actitud contemplativa, llegaba á representarse á menudo el mar, cuyo inquieto lomo ondulante veía desvanecerse en el vago confín del horizonte, como un gigantesco monstruo lascivo apercibido á poseerla.

Entonces, con un ligero calofrío por toda la piel y una sonrisa perversa en los labios, empezaba á descender de lo alto de la gradería de cimento, grada á grada. Bajaba con pasos cautelosos, apoyándose con una de sus manos en la cuerda que, pasando al través de varias estacas, divide en dos, de arriba abajo, la gradería de cimento. Con tales precauciones, evitaba resbalar sobre el cimento de las últimas gradas, revestido de una traidora pátina de musgo. Al meterse en el baño comenzaba para ella su verdadera delicia. Sintiendo por todas partes los besos de la onda, se hacía la ilusión de hallarse en poder de un amante ardiente y habilísimo, á cuyos labios expertos é insaciables no se podía esquivar la más recóndita partícula de su cuerpo desnudo. Largo tiempo se recreaba en esa ilusión del amante que de pies á cabeza la envolvía de continuo en un solo beso, mientras ella no lograba retenerlo ni un segundo entre sus brazos. Luego, olvidando estas fantasías, se daba á jugar como una chicuela, golpeando el agua con sus manos, recogiendo la espuma de la mar en el hueco de sus dos manos juntas, como una sola blanca y rosada concha marina, ó desprendiendo de los palos, y de las trabas de hierro que cercan el baño, panzudos caracoles. Grande era su alegría cuando le llevaban las ondas un alga por la cual tenía preferencias: un alga muy suave al tacto y á la vista, semejante á un delicado terciopelo verde, por la textura del cual pasaran muy desvaídos reflejos de oro. Con esa alga se construía diademas para la frente, brazaleles para los brazos, ajorcas para la garganta de sus pies, y de ese modo ataviada continuaba sus juegos, continuaba dando golpes en el agua, recogiendo y lanzando á los aires copos de espuma, desnuda, alegre y feliz de retozar, como una libre nereida juguetona. De sus

hábitos matinales, sacaba ella pretexto, una vez, para burlarse con mucha sorna y finura de Alberto, mientras afeaba á éste su costumbre de permanecer en la cama hasta muy entrado el día y le reprochaba el guardar toda su admiración para los crepúsculos de la tarde, menospreciando las auroras. «Las auroras—decía Teresa—no son menos dignas de admiración que los crepúsculos vespertinos. Al contrario: al menos para un escultor debieran ser más dignas de admirarse las auroras. Es casi una vergüenza que en un pueblo como éste, un escultor no esté despierto y de pie muy antes del alba. Hacia el alba puede verse á Venus, todos los días, nacer de las espumas. De mí sé decir que he presenciado muchas veces, cada vez con mayor gozo, el nacimiento de Venus. ¡Cuál no sería el regocijo de un escultor que, pudiendo sorprender las formas de la diosa entre su aérea veste de espumas, fuese capaz de fijar esas formas en el mármol!» Sin alcanzar entonces el verdadero sentido, oculto en esas palabras y en la sonrisa burlona con que Teresa las decía, Alberto acertó á responder: —Si Venus quiere, no es preciso que yo la vea surgir de entre la espuma de los mares. Puede aparecérseme de un modo, si bien prosaico, mejor que otro ninguno para esculpir sus formas. Si Venus quiere, puede prosaicamente ir á mi taller, *cuando estemos de vuelta en la ciudad.*» Y Venus quiso.

Pero, antes, Venus cambió, el alma simple y riente de pagana que tenía entre las espumas, por un alma nueva y nada simple de católica. Teresa pareció cambiar, en efecto, á su vuelta á la capital, de trajes y de alma. A los primeros signos reveladores de ese cambio, Alberto se llenó de asombro. Comenzó por extrañar que Teresa, aún temerosa de ir á su taller, es-

cogiese como lugar de cita los templos. El primer lugar en donde se vieron y hablaron, á su regreso de la costa, fué la Santa Capilla. Teresa escogió este lugar para su primera cita de amantes, porque, según ella, á las puertas de la Capilla se habían visto los dos por la primera vez, y porque ahí tuvo ella el presentimiento claro de sus amores. En esa capilla, adonde Teresa debía por lo menos ir una vez en la semana, á cierta hora, á llenar sus deberes de adscrita á la cofradía de la Adoración Perpetua, comenzó para los dos un impaciente y largo peregrinar de templo en templo, ó de capilla en capilla, según adonde la devoción muy viva de Teresa corría desalada. Pocas damas contaba la ciudad tan piadosas como ella. La inquietud perenne de su piedad la citaba y ofrecía el padre Flórez cómo un ejemplo inimitable y cuasi único de ardor seráfico. Tal vez en gracia de ese alto concepto en que la tenía, el padre Flórez la encargaba, al presentarse la ocasión, de diversas obras benéficas, en especial de aquellas obras que, sin dejar de ser muy pías, redundaban en provecho más ó menos palpable de su parroquia ó de su diario. Y aunque el cura le hiciese á la vez varias encomiendas por el estilo, á cual más difícil, Teresa las cumplía sin desatender ninguna de sus múltiples devociones. Además de las devociones comunes á los católicos fervientes, ejercía las de todos los miembros de la Adoración Perpetua y las aún más rigurosas y considerables de terciaria. Como terciaria, debía diariamente oir misa y leer el oficio, entre otras cosas. Pues con todo eso y con cuidar de su casa y de sus hijos, le sobraba tiempo y vagar bastante para hacer novenas y devociones menudas, que variaban las unas con el mes, las otras con el día. Así, Teresa no faltaba nunca en la iglesia de la

Merced, por la tarde, á la celebración del domingo de Minerva. Y fué en la iglesia de la Merced, un domingo de Minerva por la tarde, en donde llegó á su fin aquella extraña romería, sensual y piadosa. Alberto comenzaba ya á sentir disgusto y repugnancia por el vano y continuo peregrinar de templo en templo. No comprendía el empeño de Teresa en conservar su amor en una atmósfera de incienso y de plegarias, á menos que su propósito no fuera sustraerlo á la curiosidad y á la murmuración malignas de los hombres. ¿Quién imaginaba á Teresa, piadosa y beata, capaz de hacer de los templos confidentes de amor y predilectos refugios de citas? Estas, además, no eran, para mayor disgusto de Alberto, sino sombras de citas; porque según los casos, debían hablarse muy poco, ó apenas verse. Mas, aquel domingo de Minerva por la tarde, Teresa interrumpió la insipidez monótona é igual de sus pobres simulacros de citas. Alberto, apoyado contra una de las pilastras que separan la nave lateral derecha de la nave mayor, examinaba la concurrencia, ó seguía con ojos vagos, distraídos, las ceremonias litúrgicas, ó espiaba con ansiedad—como si de lejos y por la sola fuerza de la sugestión pudiese leer y traducir la palabra del enigma—el enigma vivo de la tentadora beata arrodillada en la nave del centro. Rezado el rosario, terminado el sermón en que un padre capuchino, después de hablar de los innúmeros horrores infernales, concluía por exigir de los fieles una limosna para el nuevo enlosado de la iglesia, empezó á organizarse y luego á moverse la procesión del Santísimo. La procesión había de recorrer todo el ámbito del templo, bajando por la nave del lado izquierdo con relación á los fieles, para subir por la otra nave lateral, pasando bajo el coro. Un monago repartió cirios

entre los hombres de buena voluntad. Estos, ordenados en dos filas, los cirios, ya prendidos, en las manos, precedían, formándole escolta, al Santísimo llevado bajo un palio, de cuyas varas argénteas iban asidos algunos notables de la parroquia. Entre las dos filas de hombres con cirios en las manos, marchaban dos monaguillos portadores de cruces. Delante del palio, unos cuantos barbones y cogotudos capuchinos cantaban, mientras á la vez uno de ellos mecía un incensario y los demás tomaban flores de cestas que en las manos tenían y regaban el suelo de flores, alfombrando así de pétalos y fragancias el camino del Rey de los Reyes. Al paso del Santísimo, se arrodillaban en la nave del centro las devotas, y en tanto que unas continuaban de rodillas después de pasar la procesión, otras, al pasar ésta, se alzaban para unirse á la muchedumbre de fieles que iban murmurando rezos detrás del palio. De estas últimas fué Teresa. Alberto la vió cuando se alzaba y se unía á la multitud y esperó á verla poco después entre la turba, cuando la procesión pasara, como había de pasar, muy cerca de él. Pronto empezó á desfilar la procesión delante de Alberto, el cual, desprevenido, observaba, ya al capuchino que movía el incensario al compás de sus cantos, ya el gesto sobrio con que los otros capuchinos esparcían flores por el suelo, ya las insignias del sacerdote que llevaba el Santísimo con aire solemne, cuando sintió una de sus manos arrastrada y prisionera de otra mano imperiosa. Al volverse encontró los ojos de Teresa que le miraban centelleando con una luz que él no les conocía. Teresa lo invitaba á seguirla con la mirada de sus ojos y la presión de su mano. Esta no cesaba de oprimir la mano de Alberto, y Alberto se dejó llevar sin resistencia ninguna. Cogidos de la mano,

como dos novios en una campiña desierta, siguieron con el gentío que iba detrás del palio murmurando oraciones: ella, con la beatitud suprema de quien saborea un placer sobrehumano, él, todo trémulo, confuso, turbadísimo. Su azoramiento, sin embargo, no fué tal, que se le escapase la significación del irresistible impulso de Teresa. Más que todo cuanto de ella sabía, aquel episodio mudo le enseñó á ver en el alma de la amante, á penetrar el misterio de sus largas romerías piadosas, á explicarse aquella extraña unión de la más viva sensualidad con un misticismo refinado y exigente.

Para su amor, Teresa necesitaba de una atmósfera mística. Sin esta atmósfera, su amor no era ni bastante sensual ni bastante profundo. Parecía alimentarse de rezos y devoción, como otros amores de mujer se alimentan con espectáculos impuros ó terríficas visiones de sangre. En Teresa andaban siempre juntos la plegaría y el deseo. Nacían de su corazón como dos flores gemelas de una planta que diese á la vez flores blanquísimas y flores de púrpura. Cuanto más blancas y numerosas las plegarias, más numerosos y encendidos los deseos. Aunque parecieran nacer juntos como flores gemelas, los deseos venían más bien en pos de las plegarias. Teresa hallaba su más alto gozo en sentirse deslizar y caer en la culpa, después que la oración y las penitencias limpiaban su alma de inmundicias. Creyente, angustiosos conflictos morales y mil obscuros temores la sobrecogían cuando en medio de sus prácticas devotas la rozaba el pecado con sus alas de fuego; pero conflictos y temores, en realidad aumentaban su deleite enfermizo, haciéndola ver el pecado mayor y más dulce. La devoción, los múltiples ejercicios de piedad, el ir y venir de templo en templo, de capilla en capilla, la misma atmósfera de es- luga-

res en donde el ruido y la luz dormitan en perpetua penunmbra, eran, así como los cuidados que prodigaba á su belleza, otros tantos medios de exaltar su poder voluptuoso. Habituados á la somnolencia de la luz y los colores en el claroscuro de las capillas, al tenue susurrar de las plegarias y al timbre apagado de las voces en las naves profundas de los templos, y además felices con ese hábito, sus nervios casi no respondían vibrando con júbilo sino á sensaciones vagas, indefinibles, crepusculares, como languideces entre sensuales y puras, entre voluptuosas y místicas. Tales sensaciones ambiguas, al condensarse y acumularse en los nervios, comunicaban á éstos una sorprendente virtud ó fuerza oculta, capaz de romper al roce más débil, según los casos, en puros desmayos místicos ó en voluptuosidades locas; Alberto asistió á un despertar de las voluptuosidades dormidas, bajo la blancura de Teresa, como un rebaño de corzas bajo la nieve. Dormidas durante su vida mundana, que en Teresa venía á ser la vida menos artificial, sus voluptuosidades un día, al roce más leve, al suave olor del incienso, despertaron de su blando sueño de corzas convertidas en tropel de leones ávidos. A la exaltación de sus voluptuosidades contribuían mucho algunas de sus amigas íntimas y la solicitud exquisita y extremosa de que rodeaba su belleza. Una de sus más vivas preocupaciones era prevenir el más imperceptible menoscabo á la suavidad sedosa de su piel y al raro tono, cálido y mate, de su blancura. En el pueblecito de la costa, medio olvidada de sus preocupaciones, gozaba más bien con exponerse á las ásperas caricias de los vientos y el agua del océano; pero de vuelta á la ciudad, á sus amigas, á su vida y hábitos piadosos, la dominaban otra vez aquellas preocupaciones, y al rudo baño de la onda en el

aire libre de la playa sustituía, tomándolos con un método invariable, como si fuesen una de sus prácticas devotas, copiosos y delicadísimos baños de perfumes y de leche. Esos baños, los de leche en especial, se los había recomendado, como el mejor medio de garantir el precioso blanco mate de su piel, una de sus más íntimas amigas: la señora de Urrutia, íntima á su vez de la Riguera y la Viudas. La Urrutia era entusiasta por esos baños, y los tomaba con frecuencia. La idea de tomarlos le vino de leer en cierta ocasión, estando en París, que Paulina Bonaparte no podía privarse de ellos, y con ellos la princesa logró mantener siempre lozana y provocativa su blanca y mate carnación de voluptuosa. Y Teresa acataba cuanto venía de labios de la Urrutia, como si cuanto la Urrutia dijera estuviese revestido de una autoridad irrefragable. El ascendiente que sobre Teresa ejercía la Urrutia no emanaba de la persona misma de ésta, sino de la seducción de algo que la rodeaba como una aureola. Si Teresa hubiera podido juzgar, con juicio libre de toda clase de nubes, á la amiga, la hubiera juzgado inferior á ella tal vez, por la inteligencia, que en la Urrutia no despuntaba de sutil; por los gustos, que no eran en la Urrutia ni artísticos, ni depurados, ni cuantiosos, y hasta por el modo de entender y practicar la devoción, que en la Urrutia apenas era objeto de veleidades fugitivas. Pero entre el juicio de Teresa y la persona de la amiga flotaba una densa nube de turbadores misterios. Su amiga había viajado mucho, conocido casi todas las grandes ciudades europeas, vivido largos años en París, y, sobre todo por esto, la veía Teresa, con los ojos de su imaginación, rodeada del misterio de innumerables cosas desconocidas y bellas, de infinitas cosas lejanas, fascinantes y dulces. Teresa, igual á tantos

otros que no traspusieron jamás los límites de su patria, se representaba á París como el más acabado resumen de cuantas delicias y primores abarca el Universo. De tal manera de representarse á París provenía el soberano prestigio que realzaba á sus ojos la persona trivial de la Urrutia. A través de la amiga, admiraba la gran ciudad hermosa. Y por el solo hecho de haber vivido largos años en esta ciudad, consideraba á la amiga como un ser privilegiado, cuando no iba hasta rendirla homenaje y culto como á un ser extraterreno, además de escucharla siempre, al ella disertar sobre cosas de elegancia y de amores, como á un oráculo infalible. En Teresa, las palabras de la Urrutia eran como semillas en un campo fértil: completaban la múltiple acción enervante del rigorismo devoto, de los tibios olores de incienso, de la semiobscuridad soñolienta de templos y capillas y de los muelles baños de leche y de perfumes. E indudablemente la inagotable seducción y hechizo de su París imaginario, cuyo solo reflejo la mareaba y se le imponía en la persona de la Urrutia, fué una de las tantas fuerzas que la empujaron á los brazos de Alberto Soria.

Las citas en el taller continuaron, las un tanto escabrosas en los templos, desde el día siguiente al de aquella procesión en que Teresa y Alberto, pecando de sacrílegos, marcharon cogidos de las manos entre la multitud suplicante de los fieles. Teresa no iba jamás al taller sin antes cumplir, como de paso, con alguna de sus devociones ordinarias en la iglesia más próxima. Alberto la esperaba en el taller, vibrando con la doble impaciencia de amante ardoroso y artista concienzudo. Cada vez, él, debía glorificar el barro con las perfecciones de ella. Desde la primera cita, él recordó su propósito de esculpir las formas de Venus,

cuando Venus le visitara en su taller, en vez de aparecérsele al surgir de la onda, entre un albo traje de espumas. Y ella se prestó á la satisfacción de ese propósito, más que movida de la vanidad femenina de ver copiada su belleza, curiosa de asistir á los gestos, para ella obscuros como gestos de magia, con que las manos del escultor transmitirían al barro las redondeces de sus formas, y, sobre todo, la gracia de sus líneas, múltiple y cambiante como un ser de mil rostros en cada uno de los cuales resplandecieran un alma y una sonrisa diferentes. Pero aunque el artista pretendiese distribuir sus horas por igual entre la obra de amor y la obra de arte, la primera adelantaba cada vez con perjuicio de la última. Poco á poco el estatuario, seguro de tener de cómplice al modelo, fué haciendo menor el tiempo consagrado á la estatua, á fin de prolongar el consagrado á las caricias. Nunca Alberto se había setido vencer del amor como entonces. Más bien casto, aquel amor ponía en su alma la sorpresa que debe de pasar por el alma de un paisaje de ordinario tranquilo, cuando lo invade la tormenta con el estrépito de su cólera. Le parecía no haber probado en su vida anterior sino embriagueces fugaces. Cuando á su memoria se asomaba la imagen de Julieta, la veía como el símbolo de una existencia casi pura. Jamás en los labios de la antigua amante probó la embriaguez que le daban los labios de la devota, como si de estos labios pasara derechamente á sus venas el más capitoso y turbador de lòs filtros. La fuerza diabólica del filtro provenía quizás de ser los labios disertos en la plegaria y hábiles en el beso. Pero el encantamiento amoroso de Teresa no provenía sólo de su boca, ni fluía sólo como un filtro. Lo despedían sus ojos como una luz; sus manos lo esparcían como una esencia; prove-

nía de todo su cuerpo, como si fuera un soplo que todos los poros de su piel espirasen. Y el soplo lentamente invadió el ámbito del taller y el alma de su dueño, imponiéndose en uno y otro como señor en sus dominios, arrojando de uno y otro los alientos que poco antes los llenaban: audaces alientos de artista y nobles alientos de patriota. A su ímpetu huían tímidos y desbandados los sueños: así los blandos sueños incubadores de bellezas como el gran sueño heroico de la redención patria. En el taller y en el artista no quedó sino el turbio y agitado sueño de la embriaguez voluptuosa.

Alberto, con la sensibilidad exaltada por la continua lucha de amor, exageraba, engrandecía, materializaba las sensaciones más ligeras, hasta el punto de ver y aun de palpar las redes peligrosas é inextricables del Hechizo. La sensación más vaga, de cualquiera otro no percibida, ó percibida apenas como un roce, en él despertaba una imagen precisa, como la imagen de un acto material evidente. A estímulos débiles, respondían sus nervios con resonancia maravillosa. A veces un simple ademán de Teresa le procuraba el espasmo del placer más agudo. Un movimiento de las manos de Teresa, como aquel con que ella acostumbraba alisarse por detrás el tupido cabello castaño, paseando la palma de su mano con lentitudes de caricia desde el blanco esplendor de la nuca hasta la cima del pelo, ó el movimiento rápido con que una de sus manos deshacía algún pliegue de su falda, ó cualquiera otro movimiento insignificante de las manos de Teresa, le turbaba como brusco ademán que á su vista y á sus pies volcase un ánfora henchida de aromas. Las manos de la amante gozaban, á los ojos de Alberto, de una vida, como su belleza, extraordinaria. Teresa las cuidaba

mucho. Eran muy blancas, muy suaves, como cándidos lirios de seda. Flores de carne, esparcían voluptuosidad, que es el aroma de la carne. Pero vivían y se agitaban en el extremo de los brazos, como si no fueran partes en el acabado conjunto de un ser, sino seres distintos con vida propia. Por su movilidad é inquietud, eran, en el extremo de los brazos, dos blancas mariposas prisioneras, dos blancas mariposas temerarias que se dejaron fascinar y vencer del hechizo incontrastable de Venus, como sus infinitas hermanas del aire se dejan cada noche fascinar y vencer del hechizo de la luz eléctrica en lo alto de los fanales públicos. Merced á su vida intensa, además de esparcir fragancia como flores, parecían ver y oir, y parecían hablar y conocer de un gran número de cosas ignoradas y exquisitas. De ellas no podía decirse que tocaban: acariciaban. En dondequiera posaran su inquietud, ya en los vestidos ó en las formas de Teresa, ya en el libro de oraciones, ó en otro objeto, ya en las manos ó el cuello del amante, cada contacto suyo era una caricia. Y si un solo ademán de esas manos bastaba á sacudir á Alberto con el espasmo del placer más agudo, su contacto ó caricia llegaba á veces, extremando la violencia de la sensación, á cambiar el espasmo de placer en espasmo doloroso. Desconocidas, al principio, de Alberto, raras cuando empezaron, semejantes sensaciones confusas, mezcla de placer y dolor, de que es tan rica la voluptuosidad, se hicieron á la postre casi diarias y cada vez más intensas. Los nervios, después de vibrar largo tiempo de sólo placer, empezaban tal vez á cansarse y dolerse de la monotonía de aquella excitación, bajo la cual vibraban como castigados de continuo cada uno de ellos con un pétalo de rosa. Esas y otras muchas obscuras y contrarias

sensaciones movieron á Alberto á pensar, no sin envanecerse un tanto, que poseía en Teresa, en vez de una simple criatura voluptuosa, la Voluptuosidad misma, toda la voluptuosidad, con su placer y su dolor, con sus exaltaciones y tristezas, con sus ardores exaltados y sus fatigas hondas, con su escoria bastarda y su oro de buena ley, con su infamia rastrera y sus vuelos románticos rayanos del éxtasis místico.

Pero, después de pensar de esa manera, muchas veces la duda le amargaba su vanagloria. Así le sucedió aquella tarde en que Teresa tardaba en acudir á la cita como jamás había tardado. «¿Poseía él la voluptuosidad, ó no era él más bien el poseído? ¿La tensión de cada una de sus fibras, el continuo vibrar de cada uno de sus nervios, el desusado latir de cada arteria suya, la ansiedad y el deseo de todo él tendido hacia Teresa oomo un arco, no eran evidente señal de que él estaba poseído de la más insana fiebre voluptuosa? Quizás la fiebre de la tierra nada tenía que hacer con la propia fiebre, como se lo imaginó por un instante. La fiebre de la tierra pasaría pronto: á las primeras lluvias enmudecerían entre las hojas verdes las innumerables cuerdas de cristal de la gran lira del verano, y palidecerían hasta apagarse, en las copas de bucares y de acacias en flor, los vivos rubores de púrpura. Pero su fiebre, su gran fiebre de voluptuosidad, no se extinguiría bajo la lluvia de besos del amante; con más furia, al contrario, seguiría dominándole, poseyéndole, incendiándole; continuaría alimentándose de cuanto en él había de más noble y puro: razón é independencia de hombre, y entusiasmos y genio de artista, para no dejar al fin dentro de él sino lo que deja toda fiebre, lo que deja todo incendio: pavesas, ruinas, despojos.“ Y Alberto, habituado al análisis, empezó á

analizarse, considerando cómo había cambiado con sólo un mes de fiebre. "Había cambiado de alma hasta no conservar ni un rastro siquiera de su alma antigua. ¿Lo que apenas dos meses antes, cuando era simple calumnia, le pareció imposible y monstruoso, no lo vió después como hacedero y lo aceptaba al fin como un hecho fatal y aun necesario? ¿El simulacro de sus amores con María, de qué estaba sirviendo sino de escudo á sus culpables amores con Teresa? Él, antes irreductible cuando se trataba de la lealtad, vivía entonces del engaño. Continuamente engañaba á su hermana, á María, al viejo Almeida. Teresa, pérfida y voluptuosa, le daba con su voluptuosidad un poco de su perfidia. La hembra instintiva, la pérfida, la que pensó esquivar, lo tenía en sus garras, y lo hacía víctima de su perfidia, imponiéndosela. Por salvarse de un riesgo lejano y problemático, había venido á caer en un peligro inmediato y seguro. ¿No pretendió, en efecto, huir de los males que vislumbraba en el amor de María, acabando de matar este amor con otro amor, olvidándose de María en los brazos de Teresa? Y ahora, de nuevo empezaba á temer por su vida, por sus proyectos, por su libertad, por su nombre y gloria de artista; y sus temores eran tan vivos, como durante sus noches de celos, en lo más negro de su angustia. ¿Pretendiendo conservarse íntegro, no corrió á dejarse mutilar entre unas garras de monstruo? Ya era un mutilado. Ya no podía envanecerse de su lealtad, como de un atributo superior, echando en cara á la hembra su perfidia. No podía ya, sin maldecirse, maldecir de la hembra. ¿Consumado el primer sacrificio, no vendrían de por sí los otros? Después de sacrificar lo mejor, su honradez, lo que se imaginaba él irreductible, ¿no lo sacrificaría todo á la Voluptuosidad, aquel

monstruo de la enorme y dulce boca insaciable? Teresa le dominaba sin imposiciones ni exigencias, por su solo poder voluptuoso. Teresa, la piadosísima, engañaba á toda la ciudad, y él contribuía al engaño. Él contribuía al engaño de aquel pobre diablo de marido, indefenso porque no era nada receloso. Él no era amigo de Julio Esquivel, y no se creía en el deber de guardarle fidelidad como á un amigo, pero le conocía lo bastante para saber que era bueno y mirarle, á través de su ideal de justicia, como no merecedor de la más sangrienta injuria que puede hacerse á ningún hombre. Aquel pobre diablo de marido era un pobre diablo de ingeniero, incapaz de no cumplir con el últimor de los que él aceptaba como sus deberes de ingeniero y de marido. No pensaba sino en los hijos y en la esposa: trabajaba sólo para ellos. Cuando no estaba encorvado largas horas, diariamente, sobre su mesa de trabajo, sobre sus papeles de dibujo, estaba, si la Compañía necesitaba de él en el campo mismo, trabajando noche y día á la intemperie, bajo la lluvia ó el sol, por montes, despeñaderos ó quebradas. Y todo el fruto de su trabajo, cuanto podía ganar con el sudor de su frente, con los esfuerzos de su inteligencia y de sus manos, porque no se desdeñaba á veces de hacer con sus dos manos la ruda labor del jornalero más humilde, iba á Teresa, la cual muy presto lo convertía en trajes de tintas propias á realzar la blancura mate de su piel, y sobre todo en ricos baños de perfumes y de leche para lustrar sus formas y hacerlas más tersas, más dulces y apetecibles á los besos del amante. Y él, Alberto Soria, contribuía al engaño de aquel hombre, haciéndose reo de la más odiosa injusticia. Mujer, Teresa, nada ó muy poco sabía de la justicia: apenas conocía de ésta el repugnante fantasma de la

justicia religiosa, fácil de eludir con rezos y otras devociones más ó menos oportunas.» Y Alberto, reflexionando así, después de avergonzarse de su culpa, de sí mismo, de Teresa, tuvo un ímpetu de ira vengadora, como si él fuese, no el amante, sino el esposo burlado. Sintió que si Teresa hubiera estado junto á él, la habría ofendido de palabra ó con los puños, villanamente...

Pero Teresa no llegaba.

Cuando Alberto empezaba á desesperar de verla ese día, Teresa entró en el taller, los ojos y las mejillas en fuego, el pecho jadeante.

—¡Si supieras! ¡Me han seguido! —fueron sus primeras palabras, y á esas palabras, un tanto de curiosidad y otro tanto de celos, aplacaron en Alberto las voces de la honradez y los nobles ímpetus de ira.

—¿Quién?

—Si no te dijera quién, no lo adivinarías nunca: don Fabricio Rincones.

—¡Ah! ¿El honorable don Fabricio Rincones, el crítico de *La Cruz*, se permite seguir á las damas? ¿Y para qué puede seguirte ese viejo?

—¡Qué sé yo! Es un viejo muy «pretencioso». He oído decir muchas cosas de él... Desde el otro día sospechaba yo que Rincones estaba siguiéndome. No te dije nada porque creí que fuesen puras imaginaciones. Hoy no me queda la menor duda: él sabe que vengo casa de ti. Viniendo para acá, le he encontrado ya tres veces, con la de hoy. La primera vez me pareció que él no había reparado en mí; la segunda, me saludó de lejos, y aparentaba ir muy de prisa; pero hoy no se contentó con saludarme de lejos. Acercóse á darme la mano, á preguntarme por mi marido, y á decla-

rarme su extrañeza de verme á estas horas y por estas alturas. Y aunque no me turbé y le respondí con mucho aplomo una sarta de mentiras, él no ha debido de creerme ni media palabra. Le dije que venía por aquí á tratar de ver á una sirvienta, de cuya dirección no estaba muy segura, y á ese propósito le hablé de las desazones que las sirvientas nos procuran á las dueñas de casa, de cómo el servicio anda cada vez peor en la ciudad, y de no sé cuántas bobadas por el estilo. Al despedirse, me deseó con mucho retintín que diera pronto con la casa de la sirvienta. Como si quisiera darme á entender que él sabe adónde vengo, se me aparece cada vez más cerca de aquí, de modo que hoy le encontré ahí mismo, en la última esquina, cuando yo me disponía á cruzar la calle, viniéndome hacia acá. Por supuesto que cuando él se despidió, en vez de dirigirme hacia acá, seguí en la dirección que traía; seguí derecho, derecho, sin atreverme durante largo tiempo á volver atrás los ojos, y así llegué hasta donde hay una quebrada muy profunda y toda llena de tártagos. Hacía años, muchos años—desde que yo estaba chiquita—no veía tártagos. Luego crucé á la derecha, como si me encaminase hacia el Avila, siguiendo por la orilla de la quebrada al principio, y después por una callejuela partida de zanjas y hoyos. La callejuela me condujo á un caserón que tiene una alta verja de hierro, y por entre los barrotes de la verja creí ver flores, muchas flores, como si el caserón no fuera sino un gran jardín cercado. De ahí, temiendo regresar por donde había ido, doblé de nuevo á la derecha, tomé por otra calle partida también de zanjas y hoyos, y luego otra y otra calle semejante, por las cuales yo no había pasado jamás; me extravié; pretendí salir lo más pronto posible del apuro, y por eso empleé más tiem-

po del necesario, hasta que al fin, después de muchas vueltas y revueltas, las más de ellas inútiles, alcancé á divisar de lejos esta calle, y aquí me tienes. Todo por el viejo Rincones: ¡ah viejo malo! No creas que él vaya á decirle nada á mi marido. No lo hará, y no porque él sea incapaz de hacerlo, sino porque antes intentará otra cosa. Y esa otra cosa es la que no quiero que él intente. ¡Es un bandido! Pretenderá hacer conmigo como hizo con la Urrutia, y eso hay que evitarlo de cualquier modo. El maldito viejo nos obligará á vernos en otra parte, ó á otras horas y con menor frecuencia. Y á todas estas, ¿qué hora es? Debe de ser tardísimo.

Alberto vió el reloj, y, en efecto, era muy tarde. Y después de ver y decir cuán tarde era, echó una ojeada triste sobre la obra no concluida, arrinconada, como olvidada en un ángulo del taller, bajo su pardo capuchón de lienzos húmedos. La tristeza de sus ojos pareció decir á la estatua: «nunca te acabaré». Y como Teresa comprendió lo que decían los ojos del artista, cogió á éste por las manos y le cubrió las manos de besos, mientras hablaba como si hablase con las manos:—«Es ya tardísimo. Hoy no se trabaja. Para estatuas hay tiempo de sobra. Para las caricias el tiempo es muy corto, ó no hay tiempo. ¡Ah, si ustedes pudieran fijar en el barro, sobre la vaga reproducción de mis formas las caricias que vierten sobre mi carne, sobre mis formas vivas! Pero las caricias no se pueden fijar en el barro... Ya ustedes han creado mucha belleza y recogido mucha gloria: es tiempo de que reposen en el amor, dando y recibiendo amor. Y para el amor todo el tiempo es breve... Para ustedes, la estatua es un juego de niños y debe serles indiferente acabarla hoy ó mañana. Entretanto, mis formas prefieren ser acariciadas en sí mismas, no en su copia. Toda,

toda mi carne les pide amor, les pide caricias. Y la caricia que deja de darse es un pecado. La caricia que deja de darse es un dolor para quien deja de darla y para quien deja de recibirla.» A las caricias que Teresa prodigaba á sus manos, Alberto exultó de orgullo. «¿Aquellos besos no eran el más alto homenaje que la voluptuosidad y la belleza podían rendir á su genio de artista, simbolizado en las manos creadoras?» La exultación de su orgullo triunfó de sus nobles ímpetus de ira y de todas las voces de su alma, hasta no dejar dentro de él sino el grito de la fiebre. Luego, sin saber ninguno de ellos cuál de los dos conducía al otro, atravesaron la estancia en donde se alzaba sobre un pedestal rojo la cabeza leonardina y resaltaban en la pared los áureos crisantemos de la acuarela de Calles, para de esa estancia pasar, levantando una amplia y espesa cortina de damasco purpúreo que disimulaba una puerta, á la última alcoba, santuario de amores, tenida en la pulcritud y el esplendor más propios de un santuario, exornada con obras de arte y con retratos de Teresa colgados de los muros, y embalsamada con perfumes —los perfumes de Teresa preferidos—y con la rica y natural fragancia de grandes manojos de rosas frescas. Y ahí se amaron, como siempre se amaban en aquellos días, loca y gloriosamente, confundiendo su propia fiebre con la fiebre en que, bajo el espléndido sol de Abril, ardían las cosas todas, confundiendo el grito de sus corazones insaciables y el impetuoso gritar de sus pulsos con el insostenible clamor con que la tierra, torturada de sed, clamaba á los cielos, implacablemente azules, por una gota de agua.

Aquella tarde, al despedirse de Teresa, Alberto

bajó hasta la plaza Bolívar, como todas las tardes á la misma hora. La plaza había cambiado de aspecto: había crecido poco á poco y á la vez en belleza y en fealdad, sin que nadie atinara á decir si era mayor su fealdad ó su belleza. Y su belleza era sobre su fealdad como un vestido opulento sobre una úlcera. La escualidez y el raquitismo de algunos de sus árboles tiñosos desaparecían bajo florescencias lujuriantes. Las marías, coronadas de púrpura, esmaltaban el suelo con sus flores. Las acacias, todas flores, eran como árboles de fuego. Arriba, en cada rama, en cada hoja, una cigarra. Y cada cigarra era un chirrido estridente, como la nota más alta de una cuerda hecha de cristal que estuviese vibrando hasta romper de frenesí ó de júbilo. Abajo, manchando el mosaico de la plaza, una turba de politicastros, venidos como las cigarras de todos los puntos del horizonte, paseaban, bajo el rubor de los árboles, pálidas lepras que no sabían de rubor, y en medio al canto de la cigarra, ebria de luz, la mudez temerosa de las fieras en acecho ó la garrulidad insulsa de los pericos montaraces.

En su mayor parte eran senadores y diputados venidos á la capital, como las cigarras, de todos los puntos del horizonte. Como al centro natural de sus conciencias, iba al pudridero de conciencias de aquella plaza pública. Ahí llegaban armados de pasiones pequeñas, de intereses pequeños, de enormes apetitos. Ahí se reunían, después de representar su diario entremés en las Cámaras, á departir sobre la guerra, sobre los negocios del Estado, sobre los grandes problemas políticos, formando en toda la plaza muchos corros, á menudo pintorescos por las diferencias de color, de vestidos, actitudes y pelajes. Cada corro de politicastros poseía su político eminente, su prohom-

bre, y á ése los demás le rodeaban y temían. Ya el prohombre se pavoneaba entre las miradas de envidia de sus colegas menos venturosos, revestido con algún reflejo de la gloria del César, ó con algún retazo de la influencia de un ministro, ó con el resplandor de sangre de un prestigio de generalote provincial, ya enarbolaba, como una enseña inaccesible al vulgo de los hombres, su propia influencia, su propio prestigio lugareño y su ridícula gloria de campanario. Era de oirle entonces, quienquiera que él fuese, hablar de sus luchas políticas personales, de las luchas de su partido, de su agrupación ó de sus hombres, poniendo tal arrogancia en el gesto y en la voz, como si de sus hombres, de su agrupación y de sus luchas dependiese, por lo menos, el simple bienestar de su patria, si no el bienestar y equilibrio de todos los pueblos y naciones. El prohombre, mientras hablaba así, veía á los oyentes con miradas de superioridad y á la vez de lástima infinita, como si considerase la pequeñez de los otros y al mismo tiempo les compadeciera, porque no podían hablar como él de aquellas inconmensurables honduras, por las cuales él andaba y se esparcía con igual llaneza que andaban y se esparcían los otros bajo los árboles de la plaza. Y los oyentes recogían como una limosna ó se disputaban como un favor esas miradas, pagándolas en admiración y aplausos al prohombre.

Aquellos alrededor de los cuales no se formaba círculo de cortesanos lisonjeros, porque no eran prohombres y no podían hablar de su partido, de su agrupación ni de otras mil zarandajas de igual trascendencia, iban de corro en corro, oyendo, observando, allegando en su ir y venir cuanto les parecía útil á su aprendizaje y carréra de políticos, repitiendo en un corro

como propia la palabra que en el corro anterior acababan de oir en boca más autorizada, ó sembrando cizañas y tejiendo intrigas de grupo en grupo á la manera de Diéguez Torres, el político en agraz, quien por aquellos días andaba al parecer bastante alicaído y preocupado. Algunos, para darse importancia á los ojos de los profanos y á los de sus mismos colegas, hacían como el senador Luis Rengel —un general mofletudo y rechoncho, de amplio sombrero de jipijapa y de bigotes y perilla tremebundos—y el diputado Perdomo, su ilustre conterráneo, los cuales, de vez en cuando, se llamaban de corro á corro con signos de misterio, se alejaban de los demás, hablábanse al oído y hacían muchos gestos y visajes, como si ellos fueran los únicos, entre aquella estólida muchedumbre de farsantes de carnaval, que alcanzaran á ver, con su perspicacia de zahories políticos, un golpe de estado inminente. Y más de uno, aun de los más listos, al observar á distancia aquellos diálogos misteriosos, caía en el engaño y se llenaba de recelo, temiendo no se le adelantasen Perdomo y su amigo á ofrecer al presidente de la República alguna combinación feliz, capaz de salvar á éste y á su gobierno de las dificultades y los peligros de entonces, ó á felicitarle por algún buen suceso, no publicado todavía, si bien sabido de Rengel y Perdomo, que las armas del gobierno acababan de obtener sobre las montoneras revolucionarias. A menos de pasar por enemigo del gobierno y de las instituciones, debía decirse entonces de las tropas revolucionarias que eran sólo montoneras; de su jefe, que era un vulgar cabecilla ambicioso, y de los que andaban con él, que eran pobres ilusos ó criminales empedernidos; y todo eso, aunque dicho con ánimo de esconder la verdad, resultaba la verdad más estupenda

Prohombres y demás politicrastros de menor cuantía esperaban con impaciencia la noticia de la más humilde victoria del gobierno, para desfilar todos, uno á uno, delante del César, abrumándole á felicitaciones, mientras maldecían de la revolución criminal y de su inepto y ambicioso cabecilla, sin que pasase por el magín, á ninguno de ellos, que sólo ellos y no otros eran los culpables de la revolución, por haber dado á su cabecilla inconsciente y sin escrúpulos, como todos los militarotes de su laya, el más valedero é ideal de los pretextos para desencadenar sobre montes y llanuras el torbellino de humo y sangre y deshonor de las guerras civiles. A ellos ¿qué les importaba la guerra? ¿Qué les importaba que la guerra segase en flor innúmeras vidas útiles, devastase los campos, talase los bosques, destruyese el humilde conuco del montañés labrador y el hato del llanero, cuando las vidas de ellos estaban en salvo, cuando la hacienda de ellos estaba en seguro y su capital político, según decía muy satisfecho Perdomo, en vez de padecer y disminuir con la guerra, más bien se acrecentaba? En verdad, un capital y un mercader había en cada uno de ellos. Llamábanse guardianes de la Constitución y acababan de violarla trabajando en pro de su capital de mercaderes. La fuerza y casi todo el valor de su capital político, verdadero amasijo de infamias, consistía, en último análisis, en la gracia del César; y éstos por obtener, aquéllos por conservar la gracia del César, no vacilaron en violar la Constitución, porque el César lo demandaba así para sus maquiavélicos planes futuros. Al cumplir los deseos del César, habían dado al mismo tiempo la señal que esperaba la guerra para encender el país con su fiebre de odio y sangre. Pero, eso, ¿qué les importaba? Ellos no te-

mían á la guerra. No eran ellos quienes iban á las balas. A las balas no iban sino los del pueblo, «carne de cañón», los miserables, los de pies desnudos, los obreros, los campesinos, todos cuantos eran los ilotas de aquella nueva Esparta, en donde el robo tenía también, como en Esparta, honor y preeminencias. Ricas prendas de vestir, entre otras cosas, constituyen privilegio en aquella democracia. Los desvalidos, los del montón obscuro, los que jamás han sido ciudadanos porque jamás ejercieron ni saben ejercer los derechos que politiquillos de todos los países llaman con mucha pompa imprescriptibles derechos del ciudadano, ésos, los ilotas de aquella democracia, enferma desde su origen, eran los solos que de grado ó por fuerza pagaban tributo de sangre á la República. Ellos eran quienes iban á guerrear, quienes iban á la matanza, llevados de la revolución ó del gobierno como un rebaño de carneros dóciles, quienes poblaban con sus gemidos las noches siniestras de los campos de batalla, quienes teñían de sangre las rocas y las fuentes, quienes vestían con sus cuerpos mutilados y blanqueaban más tarde, con sus huesos desnudos, laderas y fondos de precipicios, para que la turba de los traficantes en el bazar de la política se repartiesen, quienquiera que triunfase, los trofeos y el botín de la victoria. Aun antes de la victoria, sin importárseles nada de cuantos por su culpa caían al golpe de las balas, los politicastros culpables de la guerra, muy lejos de las balas, en el refugio de la ciudad, trabajaban redondeando á cual mejor su capital político. Días de revolución, días turbios, eran el tiempo de la cosecha para aquellos sembradores de males. Su fidelidad al César adquiría entonces el precio más alto, y más caros vendían sus votos. «Para algo se habían embarcado, como

decía Rengel, en la misma nave que el César.» Luego, si la tempestad arreciaba, tiempo habría de abandonar la nave á las furias de la onda. Los politicastros débiles, bisoños, temerosos de comprometer para siempre su carrera de políticos, mientras daban pruebas de fidelidad al César, llevaban el alma vacilando, entre la fidelidad y la traición, como por sobre una cresta de monte que separase dos abismos. Y sus almas perplejas se inclinaban á uno ú otro abismo, según oyesen el rumor de lamentaciones del desastre ó los gritos del triunfo. Los fuertes, los veteranos de la política no vacilaban, porque no temían á la guerra. Ellos estaban seguros de no perder, de cualquier modo como la guerra terminase. Acompañaban al gobierno, porque muy rara vez las revoluciones alcanzan la victoria sobre los gobiernos constituídos. Y si por un milagro de la suerte la revolución vencía, ¿para qué se inventaron los tratados y parlamentos de última hora, si no fué para sobre ellos pasar, como sobre puente de plata, de lo más negro del desastre á lo más glorioso del triunfo? Mientras llegaba esa última hora, explotaban su fidelidad tranquilamente y lo mejor posible. Bajo los árboles de la plaza, en la antesala del palacio presidencial, en la dulce quietud soñolienta de las Cámaras Legislativas, laboraban, sin perder nunca los bríos, por sus pasiones pequeñas, por sus intereses pequeños, por sus apetitos enormes. No todos tenían, sin embargo, enormes apetitos. Entre aquellos politicastros había quien se consideraba feliz, y se apercibía á sobrellevar cuantas responsabilidades le echaran en los hombros, con un vaso de aguardiente. Alguno cifraba su ambición en conseguir del gobierno que le enviase á descansar de las tareas parlamentarias, entre cada dos reuniones del Congreso, al mejor de los con-

sulados de la República en Europa. Los más exigentes eran los prohombres, los representantes de los intereses de círculos, agrupaciones ó partidos locales. ¡Ah, la política local! Esa política y sus luchas, de que tanto hablaban los prohombres, por lo común se reducían á sostener el valimiento, en el seno de un estado cualquiera, de uno ó varios matones, desechos del patíbulo, y á conservar el monopolio de unos cuantos empleos, de los más propicios al lucro. Pero los prohombres hablaban de la política local, muy graves, muy solemnes. Hablaban de ella como de algo respetable y misterioso. En sus conversaciones y discursos la trataban con muchos miramientos y mimos como á una gran señora, aunque ya de muy lejos la tal señora oliese á barragana. ¡Ay de quien dijese que su olor no era olor de virtud! Nadie podía negar su virtud excelente y prodigiosa. De ella vivía todo un círculo, toda una agrupación, toda una oligarquía local patibularia. A ella debían los prohombres, senadores ó diputados, cuanto eran. En realidad, senadores y diputados, el gobierno los tomaba en cuenta cuando representaban con sus propios intereses personales los intereses del cacique ó de la banda, agrupación ú oligarquía local triunfadora. Todo podían representarlo, menos los intereses del pueblo de que se llamaban representantes cuando se hallaban en vena de burla. A muchos de ellos el pueblo no les conocía; y alguno de ellos negaba, no sin vislumbres de verdad, que existiese ningún pueblo á muchísimas leguas á la redonda: de ser de otro modo, ¿por qué no se escuchaban jamás rugidos de león, sino quejumbrosos balidos de carneros? Mientras el león no les amedrentase con sus rugidos, ni les destruyese y les aventase á los cuatro vientos el teatro de sus farsas con un golpe de sus garras jus-

ticieras, ellos, los politicastros, los histriones de la política, proseguirían en su perpetua farsa carnavalesca, seguirían representando, no los intereses de ningún pueblo, sino sus propios intereses, con los intereses de aquel ó este círculo, de aquella ó esta agrupación, de aquel ó este cacique, de aquel ó este cónclave de burdéganos. Sus labios, al decir intereses políticos, cándidamente significaban lucro, pues lucro y política en su jerigonza infame eran sinónimos. La razón y el fin de su política se llamaban «lucro». Su ley se llamaba «lucro». Doctores viles y generalotes ignaros tenían un ideal común, y el único emblema justo de su ideal era la imagen de un ave de rapiña.

Aquella tarde, como todos los días, Alberto halló en la plaza algunos de sus amigos, deslizándose tímidamente por entre los grupos de políticos, recatándose de los demás, como si ellos, los intelectuales, no los políticos, fuesen los leprosos. Las primeras noticias de la guerra llenaron sus almas de consternación y pesadumbre. La guerra vino á turbar, si no á destruir, sus proyectos, cambiando su alegría naciente de innovadores, prontos á la acción, en hondas tristezas de frustrados. De nuevo en sus labios florecieron, ponzoñosas y amargas, las quejas inútiles. Privados por la guerra del único medio de acción de que eran capaces, iban á la plaza á lamentarse y gemir entre sí, exacerbando su dolor con el roce de aquella carnavalesca turba de politicastros enfermos de codicia. El desaliento minó, desmoralizó sus voluntades, que ya no iban juntas como un haz de saetas disparadas en un solo vuelo harmonioso á dar en el mismo blanco. Andaban desunidas y flojas. Tan sólo Emazábel mantenía su voluntad armada como siempre. Su aparente insignificancia de medicucho escondía un alma heroica.

Para él no había motivos de lamentarse. «¿Qué importa la revolución?—decía—. Todo consiste en esperar, y en saber esperar, no entristeciéndonos con la espera, porque sería lo mismo que si nos preparásemos con nuestras propias manos la derrota. La revolución ha de cesar alguna vez: no será eterna. Días ó meses ¿qué importa? Esperemos. La obra, nuestra obra, no se nos podrá escapar de entre las manos. Al alcance de nuestras manos hallaremos, intacto como hoy, todo lo que está por hacerse. La mina de oro no huye como un espejismo delante del minero: la rica pesadez de su vientre la obliga á estarse inmóvil en la tierra profunda y á esperar, como á un libertador, al minero que, aliviándola de un poco de su carga, le dé la suprema alegría de los partos luminosos. Y por nuestra parte, nosotros los mineros, conoceremos la alegría de la acción, que es la alegría de la salud cabal, porque resume todas las alegrías del vivir. Esperemos. Esperemos.»

Romero declaró su desacuerdo sin rebozo:

—¿Esperar qué? ¿Esperar que termine esta revolución, para luego vivir esperando y temiendo que empiece la otra, la nueva revolución, la que seguramente ha de venir después, capitaneada por otro general cualquiera, de tantas campanillas y tan nobles prendas é intenciones como el general Rosado? Esta revolución es para nosotros como una advertencia oportuna. Viene á decirnos á tiempo cuánto hay de utópico en nuestros planes. Nuestra obra, tal como nosotros la concebimos, es por su naturaleza muy larga, muy difícil, sobre todo muy lenta. Y así como la concebimos, no la realizaremos jamás, porque al menos para la formación de su primer núcleo sólido necesitamos de un largo espacio de tiempo libre, y esto no lo consegui-

remos nunca. Esperar unos días ó unos meses, no importa. Pero á nuestra obra no bastan días ni meses. Si terminada la revolución, emprendemos la obra, sucederá que después de haber hecho con gran entusiasmo y en gran harmonía el ademán de los sembradores; después de haber fatigado nuestros brazos, esparciendo nuestras semillas por todos los surcos, apenas cuando el grano se hinche y empiece a romper en tallos y hojas, vendrá la otra revolución, la nueva revolución, la que siempre está por venir en estos países de la fiebre, y arrasará nuestra cosecha ó nuestras esperanzas de cosecha, de igual modo como arrasará entonces y arrasa hoy el verdeante conuco del campesino. O modificamos nuestros proyectos á expensas de nuestro ideal, sacrificando una partecita de nuestro ideal, quizá la más pura, acercándonos, aunque nos repugne y humille, á los modos de acción de los politicastros más odiosos, ó declaramos de una vez imposible nuestra obra y nos cruzamos de brazos. Otra cosa no podremos hacer mientras el ciudadano de estas repúblicas viva preguntándose todos los días, al despertar, lo que debía de preguntarse todos los días, al despertar, el ciudadano de Roma decadente: «¿A quién aclaman hoy emperator las legiones? ¿Quién es hoy el favorito de los pretorianos? ¿Sobre qué espaldas de patán flamea hoy la púrpura?»

Sandoval asintió á las palabras de Romero. Alfonzo, por su cuenta, resumió su parecer y todas sus reflexiones en una sola palabra:

—¡A emigrar!

—¿Emigrar?

—Sí, emigrar. Si declaramos imposibles nuestros planes, no será para cruzarnos de brazos: nos faltará cumplir con un deber todavía: el de salvarnos, salvan-

do nuestro ideal con nosotros. Nadie debe sacrificar su ideal. Nadie debe exponer su ideal á la vergüenza de los sacrificios inútiles. Y para salvarnos con nuestro ideal entero, libre de sombra y de manchas, habremos de irnos por el solo camino abierto á nuestros pasos, el doloroso camino de la emigración, á buscar bajo otros climas, en otras comarcas, entre otras gentes, la patria de nuestro espíritu.

Alberto, sin decir palabra, venía oyendo cuanto decían los demás, con indiferencia un si es no es melancólica; pero al oir á Alfonzo, su alma, despierta de súbito, se inclinó hacia Alfonzo y á las palabras de Alfonzo. Emazábel protestó:

—Emigrar es cobardía. Si no es desertar, es por lo menos darse por derrotado mucho antes de combatir. Es abandonar lo que en las manos tenemos, por huir detrás de una sombra que tal vez no alcanzaremos nunca. Nunca dejaremos de ser extranjeros en donde quiera vivamos lejos de aquí. Emigrar es renunciar á un derecho, á un legado, á la porción de herencia, humilde ó grande, que la patria nos debe á cada uno de nosotros. Es dejárselo todo, y sin lucha, á esa pandilla de miserables.

Y Emazábel, con un gesto y una mirada y un ademán de desprecio infinito, abarcó y mostró la turba de los politicastros dispersos bajo los árboles de la plaza. Como evocado por el gesto y la voz de Emazábel, se apareció entonces, dirigiéndose al grupo de intelectuales y artistas, el insigne diputado Perdomo. Llegado cerca del grupo saludó, y con la mano hízole signos á Alberto, como expresándole deseos de hablar á solas con él. Perdomo se había hecho presentar á Alberto desde cierto día que, en un momento lúcido, comprendió que no dejaba de ser útil de cuando

en cuando, aun en medio de los más graves problemas políticos, el saber pintar madonas y esculpir mujerzuelas, como él desdeñosamente había dicho en otra ocasión, cuando entre las maneras de perder el tiempo, en la tierruca, la de pintar y esculpir le parecía la más lastimosa. Después de hablar varias veces con Alberto, diciéndose admirador de él y de su arte, del cual no tenía idea ninguna, sin preámbulos Perdomo le preguntó una vez al artista si era verdad que él deseaba, como decían, que el gobierno le encomendase la estatua de Sucre. «Si es verdad—continuó Perdomo, sin deterse á oir la respuesta afirmativa de Alberto—mi amigo el general Luis Rengel y yo nos comprometeríamos gustosos y con seguridades de buen éxito á interceder por usted con toda nuestra influencia cerca del presidente de la República.» Y Perdomo agregó que por la «arrimada de canoa» él y su amigo no exigían sino un par de mil pesos. Alberto del mejor modo posible, á fin de no lastimar la delicadeza de los dos políticos notables, rechazó el mercado, advirtiendo á Perdomo que él no pensaba ganar ni un céntimo en la obra, si acaso le hacían el honor de encomendársela. «Apenas exigiré del gobierno lo materialmente necesario para la obra. Cuanto á lo demás, daréme por muy contento con la honra y los aplausos.» Perdomo se le quedó viendo, al oirle, con aires de incredulidad; pero convencido al fin de que Alberto no le estaba diciendo ninguna mentira, le dijo: «Voy á darle un consejo, un consejo de amigo, porque me es usted simpático: no haga usted eso. Si lo hace, si usted piensa hacerlo de veras, esté desde ahora seguro de que no lo encargarán de la estatua. ¡Si el mismo presidente querrá sacar su tajadita de la estatua! Si usted no se dispone á pedir tres ó cuatro veces más

de lo necesario, la estatua se la encomendarán de seguro á cualquiera otro, menos á usted. Oiga mi consejo, y si lo sigue, ya sabe: estoy á sus órdenes. Pero si no lo sigue, usted verá...»

Desde ese día, Alberto y Perdomo apenas habían cruzado una que otra palabra, hasta aquella tarde en que Perdomo llegó á la plaza haciendo signos al escultor, como si desease hablar á solas con él. Perdomo venía á demostrarle cuán puesto en razón había estado su consejo y todo cuanto él había dicho á propósito de la estatua. Según Perdomo, y era cierto, la Gaceta Oficial, esa noche, traería el decreto por el cual se ordenaba la creación de una estatua á Sucre y se encargaba de la obra á Guanipe. Alberto se mostró sorprendido únicamente de que el gobierno se ocupase en decretar la erección de ninguna estatua, cuando era de suponérsele ocupadísimo en guiar y seguir las operaciones de la guerra. "En primer lugar—explicó Perdomo—el deber del gobierno es guardar las apariencias. Es decir: el gobierno debe, mientras combate la revolución, aparentar que la revolución lo tiene sin cuidado ninguno. Debe tratarla como cantidad despreciable, aunque adquiera proporciones temibles. Así, usted ve que el gobierno decreta, dispone, trabaja, como si la revolución no existiera. Esta es, por otra parte, la mejor época para negocios como el de Guanipe. Imagínese usted que la revolución triunfe: como el mármol para la estatua no habrá tenido tiempo de salir de la cantera, se quedará, tal vez, por siempre jamás en la cantera; pero, en cambio, el presupuesto de la estatua, habrá ya pasado del Tesoro Nacional á las manos de Guanipe y compañía."

Cuando Alberto volvió al grupo de sus amigos con la noticia de Perdomo, Alfonzo, después de la sorpre-

sa indignada y triste que todos manifestaron, se aprovechó de la noticia para decir de nuevo:

—Emigrar, ¿es ó no el deber de quien lleva dentro de sí un ideal de belleza irrealizable en su patria? Aquí no florecen ideales artísticos, y cuando tímidamente, como avergonzándose de ello, logran dar flores, todo se conjura á impedir que sus flores cuajen en frutos de inmortalidad. Quien como Soria tiene un ideal artístico, debe salvarlo y salvarse, huyendo.

Nadie replicó. Emazábel mismo estaba á punto de convenir con Alfonzo, por lo menos en lo que al escultor se refería. A Romero le pareció que venía al caso recordar los turbios tejemanejes de Diéguez Torres, cómo Diéguez Torres los había invitado á él y á Soria y cómo ellos se negaron de modo terminante á poner sus firmas al pie de las felicitaciones que muchos jóvenes liberales de los más distinguidos dirigieron meses atrás al presidente de la República.

Menos triste y sorprendido quizás que sus propios camaradas, Alberto no pensó aquella tarde, ni después toda la noche, sino en cuál no sería el disgusto de Pedro al día siguiente, por la mañana, cuando le diera la noticia. Pedro había regresado á «La Quinta» después del entierro de su padre, y todos los días, en la mañana, hablaba por teléfono con Alberto, no desde «La Quinta» misma, donde no había teléfono, sino desde la hacienda de los Madriz, próxima á «La Quinta». Cada vez Pedro se informaba de cuanto se decía en la ciudad sobre la revolución, y del estado en que se hallaban los asuntos de Alberto. Los asuntos de Alberto, para él, se reducían á conseguir que el gobierno encargase al hermano de la estatua de Sucre. Para alcanzar este propósito, Pedro, desde el campo, aconsejaba al hermano cuanto debía hacer, no sin con-

fiar en que sus amigos Galindo y Suárez, ya que no habían querido ó podido ayudarle en sus personales empresas, trabajaran á favor de los planes artísticos de Alberto, muy justos y nobles. Alberto, por complacer á su hermano, siguió los consejos de éste, cuando no estaban en pugna con su carácter. Tres ó cuatro veces visitó á Suárez por indicaciones y exigencias de Pedro. El ministro, muy afable con él, como siempre, se le ofreció un día, de la manera más graciosa, á presentarle al presidente de la República, el cual, según él decía, «deseaba mucho conocer al doctorcito liberal que hacía estatuas». Y el ministro, al citar la frase idiota del presidente, la ensalzaba como un milagro del ingenio inculto. Alberto, sin embargo, después de andar en idas y venidas, por consejos de Pedro, hasta cansarse, no obtuvo de su ir y venir sino esperanzas vagas primero, después evasivas, que tenían de pretexto la guerra, y además la convicción, por otra parte muy fácil de adquirir, de que para el primer magistrado de la República significaban igual cosa picapedrero y escultor, alarife y arquitecto. Pedro no dejó por eso de insistir para que Alberto prosiguiera sin desalentarse en aquellas idas y venidas, y ni una mañana olvidó informarse con Alberto de cómo iba el asunto de la estatua. Y cada vez, al informarse, lo hacía con mayor ansiedad y exigiendo el mayor número de pormenores.

Cuando supo la noticia de Perdomo y conoció los términos del decreto publicado en la *Gaceta*, luego de lanzar dos grandes exclamaciones que, por lo fuertes, Alberto no las percibió sino en forma de un ronco rumor confuso, Pedro soltó por el teléfono una andanada de injurias, como si al otro extremo del hilo telefónico le oyese, en vez de su hermano, el propio

César en medio á la viva aureola de sus envidiables ministros.

—¡Mejor!—decía Pedro entre cada dos injurias—, ¡mejor! Algo así era lo que yo quería saber para estar seguro y sin remordimientos de conciencia. Haré que me las paguen todas juntas, los muy canallas. ¡Ya verán! ¡Ya verán! Dime si el bestia de Galindo ha salido á campaña, como decían, ó si se queda en su hato del ministerio.

Y Alberto le contestaba, cuando Pedro mismo no se lo impedía, y cuando no se lo estorbaba la risa que le daban las expresiones pintorescas y graciosas con que la indignación exaltada de Pedro zahería é injuriaba á los ministros. Alberto se reía de las fanfarronas amenazas obscuras del hermano, sin llegar á comprenderlas.

Cuando las comprendió, era ya muy tarde. Las tales amenazas, y con ellas otras muchas cosas, como la serena é irreprochable conducta de Pedro en los últimos tiempos, no llegó á explicárselas muy bien Alberto sino dos días después de haber comunicado á Pedro el decreto de la estatua, cuando una mañana, al despertar, se halló con que desde el amanecer le estaba esperando el isleño mayordomo de «La Quinta», para decirle cómo se hallaba en grandísimo apuro: «No le quedaba ni un pión pa un rimedio. Toos los piones de «La Quinta» y muchos de la jasiendas de los redcres se habían dío la noche antes pal monte con don Pedrito, diciendo que pa la rivolución y echando vivas á la rivolución y al general Rosao. El no sabía cómo, pero lo cierto era que don Pedrito los había entusiasmao á toos, y á toos los armó con fusiles que tenía guardaos en alguna parte de los redores. El no se había percatao de la cosa sino á las

últimas, cuando ya no era tiempo. Denguno le jizo caso. Hasta el negrito Endalesio, tan trabajaor y tan formal, andaba de lo más embullao, y cuando él fué á decirle que no se juera, se le encaró y le dijo que él ahí no era el amo, lo que era verdá, y que no se entrometiera, porque él—Endalesio—y loj otros estaban dispuestos á irse con el blanco, aunque el blanco los llevara hasta la fin del mundo. Don Pedrito lo oyó entuavia menos. Y por fin toos se jueron sin dejarle un pión pa una azada. Dispués, en la madrugada, supo que los muchachos se habían encontrao al salir con la patruya del pueblo, y como ellos eran más, habían hecho corré á la patruya. A sigún había oído él, don Pedrito y los muchachos iban como pacia el Tuy, por onde paecía que andaba guerriando un general amigo de don Pedrito.» Alberto comprendió muy bien por qué Pedro se había quedado lejos de sus amigos, de sus hábitos, de sus placeres, muy largo tiempo y tranquilo, sin acusar impaciencias, ni decir de su vuelta á la ciudad la más mínima palabra. Ni más ni menos estaba preparando con sigilo y habilidad suma su propio alzamiento, para el caso de que Suárez y Galindo, sus antiguos amigotes, burláranse de él hasta no poder más, como él decía.

Perplejo y sin saber qué decidir estaba Alberto, después de escuchar al mayordomo, cuando se apareció buscándole Romero. Este, acezando, porque había venido á todo escape, le dijo que la policía tenía orden de hacerlo preso en dondequiera lo encontrase. Acababa de participárselo un pariente suyo, empleado de la Gobernación.

—¿Ponerme preso? ¿Y por qué?

—Sencillamente porque eres hermano de Pedro, y Pedro se alzó. Y si necesitas de una sorpresa más, te

diré que entre los que se fueron anoche, según dicen, camino de la revolución, se halla Diéguez Torres, lo que explica el por qué andaba tan caviloso en estos días, y significa, dado el individuo, que la revolución debe de venir de triunfo en triunfo.

—¡Lo que me importa la revolución! Quiere decir que por las locuras de Pedro tendré que andar escondiéndome ahora...

—Y lo más pronto posible, si no quieres pasar una temporada de penitencias y ayunos en la cárcel. Quedarte aquí no puedes, porque la policía anda allanando sin el menor escrúpulo las casas que le parecen un tanto sospechosas.

Y los dos amigos discutieron sobre si convenía más á Alberto refugiarse en casa de un amigo en la misma ciudad, ó esconderse en el campo en alguna de las haciendas más próximas á «La Quinta», en la de los Madriz, por ejemplo. Esto último les pareció lo más razonable, y Alberto lo creyó lo más conveniente, porque le permitiría además, de cuando en cuando, socorrer ó acompañar al mayordomo en sus apuros. El mayordomo se fué, ya avisado y más tranquilo. Decidido á dejar la ciudad, Alberto lo anunció á Teresa tan discretamente como pudo. Por teléfono previno y avisó á los Madriz para que éstos dispusieran lo necesario. Por teléfono también se despidió de María.

Y esa misma tarde, Alberto, armado ya de un pasaporte que el pariente de Romero, empleadillo de la Gobernación, había conseguido para él, escapó de la ciudad, entre las burladas vigilancias de la policía, cuando el crepúsculo se desmayaba por fin, desangrándose por sus enormes heridas purpúreas, en los brazos de la noche. Durante un buen espacio, en la sombra naciente siguieron cantando las cigarras. De todos los

puntos del horizonte venían los cantos monótonos y agudos. En la ciudad misma, de cada patio ó corral lleno de árboles, de cada jardín y cada plaza pública surgía un coro idéntico. Y los cantos y coros, dispersos por toda la ciudad, se enlazaban y fundían en la atmósfera aún inflamada, sobre la ciudad ebria todavía de bullicio y de sol, primero en un vasto coro unánime, y luego en un solo grito desesperado que volaba hasta el cielo como un dardo impetuoso. «Es la fiebre de la tierra», pensó otra vez el artista.

En la sombra cesaron, por último, los cantos de cigarras. La noche borró, en lo alto de bucares y acacias el rubor de la fiebre. Pero la fiebre seguía. Su rubor, aún más violento que en la cima de los árboles, rompió de nuevo á relampaguear en la sombra nocturna, incendiando los aires, royendo los flancos del Avila, en las coronas de llamas de la roza. Las terribles coronas de fuego se dilataban, crecían cada vez más, avivadas por los vientos de la altura. Mientras Alberto admiraba el incendio de la roza, en su espíritu se abría la flor de un símbolo. Y en el símbolo creyó ver la explicación de la última época de su vida, creyó ver la explicación de la vida alborotada de las gentes de su país y creyó penetrar el secreto del alma de aquellas comarcas, triste, ardorosa y enferma. Las purpúreas coronas de llamas de la roza eran las únicas dignas del dios de aquellas comarcas, un dios indígena semibárbaro y guerrero, cruel y voluptuoso, un dios que fuera al mismo tiempo el dios de la Voluptuosidad, la Codicia y la Sangre.

II

El anónimo era una de las más constantes manifestaciones del alma de la ciudad. En todos los campos de la vida brotaba su flor tímida y ponzoñosa. La importancia de su papel social y sus diferentes formas habían sido objeto de observación y comentarios para algunos cronistas. Sobre su sola influencia en la política y en los políticos, Diéguez Torres y Amorós hubieran podido escribir un tratado luminoso y profundo. Ambos eran expertos en manejar como arma política el anónimo. Ninguno de los dos lo consideraba sino como un arma, de empleo más ó menos arriesgado, pero segura, eficaz, exquisita y reservada á muy pocos por su difícil manejo, para el cual se requería expresa vocación y sumo arte. Entre las múltiples formas del anónimo de uso más corriente, había una que los cronistas no mencionaban, tal vez porque siendo la más generalizada de todas, la daban por bastante conocida. Y sin embargo de ser la más general de las formas del anónimo, era la más discreta, porque no dejaba rastro. No dejaba en pos de sí ni fragmentos de papel, ni signos que pudieran convertirse en delatores. Por eso las mujeres la preferían. Era un simple rumor, un sonido, una palabra, una voz cobarde de eunuco, una voz contrahecha de máscara que, sin saberse de dónde, venía, como traidora saeta invisible,

á dar impune y derechamente en el blanco, á través de los hilos del teléfono. En la ciudad, muy pequeña, había muchos teléfonos, tantos como en una gran ciudad laboriosa. Y esos teléfonos, obreros útiles de las grandes ciudades, ahí, en la ciudad pequeña, se transformaban á menudo en sembradores de cizañas é ignominias. Cuando no hacían las veces de una Celestina incomparable, servían de arcaduces al anónimo. Este volaba así mejor y más presto, muy rara vez dejaba de caer en el blanco, y de antemano tenía la impunidad segura. Los telefonistas, de concierto con las costumbres de los más, habían hecho de ese anónimo algo inviolable, armándose de una especie de nuevo secreto profesional inmoralísimo. Fuera de algunos pocos privilegiados, como los ministros del César y otros personajes considerables para quienes no existía el nuevo secreto profesional, todos estaban expuestos á la salpicadura de infamia de ese anónimo. Un repiqueteo de timbre, una voz de mojiganga, y el anónimo golpeaba la víctima como una centella. Y la víctima se iba con su dolor clavado como un arpón en las entrañas, ó bien, enfurecida por lo aleve del ataque, y no pudiendo tomar venganza del criminal y de sus encubridores no menos viles, tomábala con los puños rabiosos del aparato alcahuete.

Dos veces, contra la paz de María Almeida, voló por teléfono hasta María el anónimo. La primera vez María no comprendió: la voz de máscara, en su empeño de velarse demasiado, acabó por hacerse demasiado confusa. Pero la otra vez, la voz contrahecha «de una amiga que no deseaba sino el bien de María y su tranquilidad», fué muy explícita y clara: «Casi todas las tardes Teresa Farías, tu prima, va sola al taller de Alberto.» Luego, la voz, como sobrecogida de

piedad, explicaba con satánicas modulaciones piadosas: «Quizás Teresa no va al taller á nada malo. Alberto le estará haciendo un busto...» María, á esas palabras, no siguió escuchando. Se alejó del teléfono. «¡Malvadas! ¡Calumniadoras!», murmuró, mientras pensaba en las Uribe.

Las Uribe no se habían mostrado nunca muy amables con ella, tal vez por celos de su amistad íntima con Rosa. Pero desde que ella tenía amores con Alberto, y sobre todo desde que Pedro, sin decir ni siquiera una palabra para significar su propósito de no volver, se fué, dejando consternadas á misia Matilde y Matildita, las Uribe no sólo no se le mostraban nada amables, sino la perseguían manifiestamente con su ojeriza, como si ella, en último resultado, tuviese la culpa de la poco galante deserción amorosa de Pedro. Sin embargo, diciéndose repetidas veces que el anónimo venía de las Uribe y era una calumnia, en vez de tranquilizarse, María empezó á dudar de la calumnia. "A las Uribe les importaba sólo hacerle daño, y para ello asi podían valerse de la verdad como de la mentira. Mejor si podían valerse de la verdad, porque el daño sería más hondo." "De una parte, el hecho de esperar, para decirle aquella infamia, el instante en que ella, por ausencia de Alberto, no podía asegurarse bien de la verdad, ¿no estaba delatando á voces la mentira?" Pero, de otra parte, María recordaba cómo se llenó de sorpresa al advertir en Alberto la brusca desaparición de los celos que tanto la habían torturado, y cómo atribuyó esa desaparición brusca de los celos al triunfo del amor sobre la vanidad, cuando tal vez la debió atribuir á la desaparición misma del amor, al triunfo alcanzado sobre el amor mismo por otro amor nuevo.

Durante largo tiempo María titubeó entre una y otra hipótesis, entre la verdad y la calumnia. Mientras tanto su memoria evocaba gestos, actitudes y palabras de Alberto y de Teresa, y muchos de esos gestos, actitudes y palabras, hasta ese día inexplicables para ella, explicábaselos entonces claramente, suponiendo verdad el denuncio de la voz contrahecha y anónima. Poco á poco, á las vacilaciones, á la duda, sucedió el deseo de saber la verdad, toda la verdad, aunque ésta le costase el precio de la dicha. «Todo menos la incertidumbre.» Una idea fija, una resolución incontrastable, apercibida á romper cuanto se le opusiera, embargó su alma. Y desde ese punto vivió en una agitación inconcebible, engañando su impaciencia con una actividad exasperada, sin objeto ni orden. Le pasaba como á todas las naturalezas graves, retraídas, en las cuales predomina la vida interior: fuentes selladas que, al hincharse de improviso, tratan de escapar de su encierro, desbordándose, atropellándose como ríos tumultuosos.

Su inquietud no la dejó sino el siguiente día, al hallarse en presencia de Rosa Amelia. Sus palabras y gestos no guardaron ni un rastro de su loca agitación de la víspera. Mas, en toda su persona, en el tono de su voz, en su mirar, en su actitud, se transparentaba la firmeza de su resolución incontrastable. Aunque Rosa no se hallara todavía repuesta de la ansiedad y el susto en que la sumió la inesperada noticia de la expedición revolucionaria de Pedro, no dejó de advertir con extrañeza el cambio de María, maravillándose, aún más que del cambio, de las razones de él, cuando María se las declaró de modo breve y preciso.

—¡Mentira! No pueden ser sino mentiras!—exclamaba Rosa, realmente desconcertada primero, y des-

pués en el colmo de la más espontánea y pura indignación—. ¡Mentira! Calumnia de envidiosas. ¿Consideras á Teresa y Alberto capaces de tamaño crimen? Porque sería un crimen, si eso fuera verdad. Que Alberto, queriéndote, sea capaz de unos amores semejantes, podría ser, puesto que al fin y al cabo los hombres no conciben el amor como nosotras; pero que tales amores los tenga con Teresa, con la que es en tu casa como tú misma, eso no puede ser sino calumnia. No hagas caso de ese anónimo.

—¿Te parece muy fácil no hacer caso? ¡Y aunque lo fuera! Quiero saber. Quiero estar segura de si es mentira cuanto dice el anónimo. Y si es verdad, quiero ver de frente la verdad, aunque me cueste mucho. Porque de ser verdad, Alberto no me quiere, no puede quererme. No debo, y siento que no lo podré tampoco, vivir un día más en esta incertidumbre en que estoy, gracias quién sabe á qué alma buena. Porque quiero saber, vengo á ti. Por eso recurro á ti. Sólo tú puedes ayudarme á descubrir muy pronto, hoy mismo, si es mentira ó verdad la infamia que me han dicho por teléfono.

—¿Cómo?

—Yendo conmigo al taller de Alberto. No hay medio mejor. Si lo que dice el anónimo es verdad, en el taller deben de existir claros indicios de la verdad. Si no, te prometo no hacer caso ninguno, y aun reirme de todos los anónimos que puedan seguir enviándome por teléfono, ó de otra manera, las buenas almas tan solícitas de mi tranquilidad y mi bien.

—¿No es esa una locura, María?

—¿Por qué? Nada tiene de particular que tú vayas al taller de Alberto, y yo bien puedo acompañarte. Esa es la manera mejor de conocer la verdad, y ya te

he dicho que estoy decidida á conocerla pronto, aunque me cueste mucho. Si no me complaces, me valdré de cualquiera otro medio, aunque me llamen loca ó algo peor. ¡Compláceme! Te lo exijo en nombre de nuestra vieja amistad. Compláceme: te lo ruego, ó no volverás á verme en tu vida.

El tono resuelto de María, al decir estas palabras, conturbó el alma de Rosa. A su deseo de justificar al hermano, á su firme confianza en que se trataba sólo de calumnias, añadíase en Rosa, para, si no destruir, al menos quebrantar su resistencia, el miedo de perder el amor de María, quizás el único afecto seguro y fiel entre los afectos que la rodeaban. A las palabras de María, apenas opuso una tímida objeción débil:

—¡Pero si yo no tengo la llave del taller! Alberto se la dejó á Romero.

—Para pedírsela á Romero, hay pretextos de sobra. Puedes pedírsela diciéndole que necesitas enviar á Alberto, adonde está, libros, dibujos ú otras cosas de las que Alberto guarda en su taller. El pretexto no importa. La cuestión es pedirle inmediatamente la llave, antes que él pueda comunicar con Alberto por teléfono ó de otro modo. Y si, pidiéndosela tú, no te la envía, es porque el anónimo dice verdad. No me quedaría duda.

La resistencia de Rosa hubo de ceder á la obstinación implacable de la amiga. Rosa mandó pedir la llave á Romero, y éste se la envió, porque no habiéndole dado Alberto orden expresa de no entregar la llave á su hermana, él no podía excusar su negativa con excusas valederas. Antes de irse, Alberto, después de recomendarle mantener siempre húmedo el barro de la obra comenzada, mojando el capuchón de lienzos que lo cubría, le exigió, sin decirle por qué, muy con-

vencido de que bastaba su exigencia para contar con la discreción más absoluta, no pasar nunca de la alcoba en donde se hallaba la acuarela de Calles á la última alcoba. Y aunque Romero sospechase la naturaleza del secreto escondido en esa alcoba, no tuvo tentaciones de violarlo. Para él no existía la alcoba ni el secreto, así fueran accesibles á su curiosidad, como estuviesen protegidos contra ella por cerrojos innúmeros. Sabia que de la posesión de aquel secreto lo separaba apenas el espesor de una cortina. Pero el secreto no le atraía ni le inquietaba. No se acordó de él sino á la demanda imprevista de Rosa. «¿No temía Alberto que un secreto que no era sólo de él se divulgase? ¿Por qué, entonces, para hacerse mandar dibujos y libros de los guardados en el taller se dirigía á Rosa?» Al mismo tiempo, Romero, con mucha candidez, pensó qne el secreto quizás no corría peligros, pues los libros y dibujos de Alberto se hallaban en la estancia de la acuarela de Calles; pensó que si Alberto encargaba á Rosa de tan peliaguda misión, sería por estar muy seguro de Rosa; y pensó, además, que siendo Rosa hermana de Alberto, no le traicionaría, no podría traicionarlo. Y pensando de tal modo, cándidamente, después de haber enviado á Rosa la llave, Romero trataba de excusarse á sí mismo.

Lo que primero detuvo la atención de las dos, á su llegada al taller, fué la estatua vestida de su capucha de lienzos recién mojados. En la superficie de aquella masa informe y obscura se veían las huellas de gotas que habían rodado al suelo, mientras algunas gotas rodaban todavía, lentamente, como lágrimas. María, al ver la estatua, se abalanzó sobre ella y la despojó de

sus lienzos, ya separándolos, ya arrancándolos, hasta dejar todo el barro desnudo.

—¿No es Teresa? ¡Sí, es ella! ¡Es ella! No puede ser sino ella—gritó María, y á la vez tendió los puños crispados y vibrantes, como á derribar la estatua de su pedestal exiguo.

—¿Estás loca? ¿No ves que eso no se parece á nadie? Se parece á Teresa tanto como á ti, como á mí, como á cualquiera otra mujer... Puedes decir que es una mujer, y eso es todo.

Y Rosa, al mismo tiempo que hablaba á María, le sujetaba las manos. Ninguna de las dos, en efecto, podía hallar en aquella masa informe la más vaga semejanza con la Farías. Aun en la obra acabada les hubiera sido muy difícil sorprender tal semejanza, porque el propósito del escultor no era copiar fielmente los rasgos de belleza de su amante, sino traducir en esos rasgos toda la Voluptuosidad misma, fatigada é incansable, rica en placideces y en dolor, acerba y dulce. Ante el ademán elocuente de María, Rosa tuvo miedo; se arrepintió de haber cedido, de haber ido al taller; por la primera vez presintió lo que iba á pasar de irrevocable, y comenzó á temblar, á temblar, y tanto la entorpecieron sus temblores, que, cuando María se le desprendió y se alejó de ella, no pudo seguirla. Inmóvil, y ahogándose de zozobra y de miedo, se quedó cerca del barro desnudo.

—¡María! ¡María! No hay nada. Vámonos. Hemos hecho una necedad en venir. Vámonos. ¿No ves que no hay nada? ¡María! ¡María!

Pero ésta no la escuchaba, ni podía escucharla: había atravesado, examinándola con rapidez, la estancia en donde se hallaban la cabeza leonardina y la acuarela de Calles; había traspuesto la espesa cortina de

damasco purpúreo, y ya percibía el perfume de voluptuosidad esparcido en el ambiente de la última alcoba.

—¡Era verdad! ¡Infames! ¡Infames!

Si en la estatua no adivinó el símbolo de la voluptuosidad, sí percibió su perfume en el ambiente de la alcoba. Es perfume que no engaña. No engaña ni á la prostituta, ni á la virgen, tal vez menos á la virgen que á la prostituta. Quien jamás lo conoció, lo *reconoce* al percibirlo. Ese perfume, olor de carne y esencia de besos y caricias, mezclado ahí á fragancia de flores y al perfume que María conoció por ser el perfume preferido de Teresa, llenaba la alcoba y parecía exhalarse del lecho y sus ropas y cortinajes finísimos de las paredes, del tocador, y de todos los demás muebles de aquel rincón de taller convertido, por obra y gracia de la voluptuosidad, en *boudoir* elegante y deleitoso.

María no sólo reconoció en el aire el perfume preferido de Teresa: vió además los dos retratos de Teresa colgados de la pared, y la sobrecogió uno como violento calofrío de grima y rabia. En vez de sentirse ahí como violadora de un secreto y de un domicilio ajeno, sentíase al contrario como violada por aquella atmósfera y su espíritu voluptuoso. De sus ojos, de sus manos, de toda ella partieron desatentadas las iras, como de la aljaba de Diana disparábanse las flechas á castigar al cazador insolente que, por entre el fresco laberinto del boscaje, corría, inflamado en deseos impuros, detrás de los cándidos pies esquivos de la diosa. María, casi loca, en un acceso de dolor y de rabia, deshizo el lecho, revolviendo sus ropas, y rasgó sus cortinas; descolgó de la pared los dos retratos de Teresa y los arrojó al suelo, para en seguida pisotearlos en

una danza frenética de sus pies vengadores; derribó del tocador, en el desorden de sus movimientos, una redoma de perfume, y la redoma al caer se quebró, exhalando toda su alma fragante y ligera; registró casi todos los muebles y uno de éstos, especie de armario, lo encontró lleno de camisas de mujer, aéreas y vaporosas.

Eran camisas de seda y de blondas y encajes, rosadas, azules, malvas, lilas, de todos los colores. María las fué sacando una á una, y una por una las estrujó, las mordió, las desgarró en mil pedazos, hasta formar en el centro de la estancia, con fragmentos de camisas de mujer, un alto y polícromo rimero de jirones, de entre los cuales pareció ella por último surgir sin movimiento, silenciosa, los puños crispados, los ojos muy abiertos y fijos, como la imagen de la Desesperación ó la estatua de una Furia.

—¡María! ¡María!

Cuando Rosa pudo al fin llegar á la última alcoba, después de alzar la pesada cortina de damasco, se dió cuenta, con sólo ver, de lo que estaba sucediendo. Se hallaba en presencia de lo que su miedo presintió: en presencia de lo irrevocable.

—¡María! ¡María!—gritó de nuevo Rosa.

Y entonces María se estremeció como si volviera en su acuerdo; comenzó á frotarse desesperadamente las manos, una contra otra, como empeñada en hacerles perder hasta la memoria de sus contactos impuros con las blondas, la seda y los encajes de aquellas camisas de mujer, cómplices de abrazos, besos y quién sabe cuántas caricias locas; y después de frotarse las manos largo tiempo, se precipitó en los brazos de la amiga confusa: en el seno de ésta ocultó su rostro, y de sus ojos corrieron dos ríos de lágrimas.

Por la ventana frontera á la puerta escondida bajo la cortina de damasco, entraba el sol alegremente, y con el sol entraban los cantos de cigarras venidos de los bosquecitos de tártagos de las quebradas próximas.

—¡Y todo esto por mi culpa! ¡Por mi culpa!—dijo Rosa, desesperada á su vez.

—Por tu culpa, no. Tú no tienes culpa. Has hecho lo que debías. La culpa es toda de ellos, ¡los infames! ¡Infames!

Y el llanto de María redobló. Después, como si de su rabia y su dolor triunfasen la grima y el disgusto, exclamó desasiéndose de Rosa y buscando la salida:

—Vámonos. Vámonos, Rosa.

Pero ésta la contuvo.

—No, no saldremos hasta que no te calmes y dejes de llorar...

Y cuando por fin salieron y bajaron hacia el centro de la ciudad, sus almas, que parecían condenadas á separarse para siempre al más traidor de los golpes, sintiéronse más unidas que nunca. Ni por un instante pensó Rosa justificar á su hermano. María ni por un instante pensó vengar en Rosa el crimen de Alberto. Unidas por desengaños comunes, aquel desengaño, terrible y cruel para entrambas, uníalas aún con más fuerza y estrechez, elevándolas á la más alta y pura concepción de la amistad, inaccesible al vulgo de las almas femeninas. Víctimas del amor, engañadas y burladas del amor, sus destinos eran gemelos. Juntas, en lo futuro, cultivarían, como en el pasado, su pedazo de jardín; juntas, como en el pasado, prodigarían las aguas vivas de su amor, desdeñadas de los hombres, á la tierra, que no paga con desdén; y ya que el corazón de los hombres no tenía rosas para ellas, ellas arrancarían rosas, muchas rosas, á la tierra, cultivándola.

III

Hacía una semana las tropas de la revolución habían penetrado en triunfo en la ciudad, cuando Alberto volvió de su escondite.

Algunos todavía no lograban darse cuenta de cómo Rosado alcanzó tan estupenda y rápida victoria. Parte porque el gobierno la mantuviese, por motivos fáciles de adivinar, en la mayor ignorancia de lo que estaba pasando en el resto de la República, parte porque ella fuera de por sí indiferente y descuidada, la capital, en efecto, no se vino á formar idea justa de la revolución y de su magnitud y su brío, sino cuando, ya victoriosa, la revolución tocaba á sus puertas.

Apenas tres ó cuatro meses bastaron al antes obscuro cabecilla vulgar, transformado por la suerte de las armas en ilustre campeón intrépido y feliz, para estrechar y vencer al gobierno, vengando la ley atropellada por los mismos que debían servirles de severos guardianes escrupulosos. En toda la República el movimiento de la revolución fué irresistible y unánime. De todas partes respondió un eco al grito de guerra de Rosado y sus compinches. Muy al principio tan sólo hubo un momento de vacilación y desconfianza, provenientes quizás del turbio fondo de melancólico escepticismo acumulado en el alma del pueblo durante una larga y negra serie de revueltas inúti-

les. Pero el pueblo, siempre niño, se dejó, como otras veces, engañar y seducir de palabras hermosas. La facultad, en él inagotable, de forjarse ilusiones, triunfó de su vago escepticismo. En su corazón se puso á germinar, á sonreir y á florecer una loca esperanza. Y esa esperanza, propagándose como el más traidor de los contagios, no respetó ni á los más fuertes. Muy pronto la compartieron con la masa del pueblo incauto los que no hacían parte de la muchedumbre anónima, los que sobresalían del nivel común y aun algunos de los que, diciéndose intelectuales, proclamábanse adversarios de toda guerra y de su fatal séquito de generalotes advenedizos. Unos y otros eran insensiblemente llevados á poner su esperanza en la guerra, como si de la guerra hubiese de salir la salvación para todos. Los que se creían menos ilusos, aunque lo fuesen tanto como los demás, esperaban en un dictador magnánimo con perspicacia y luces de sociólogo, capaz de comprender y bien dirigir las fuerzas de aquella democracia corrompida y de echar por último las bases de una verdadera nación y de la república verdadera. Poseídos, á pesar de ellos, de la fiebre revolucionaria, olvidaban, en la locura de la fiebre, sus ideas y reflexiones de los tiempos de paz: olvidaban que la guerra no produce casi nunca sino guerra, que casi ninguna revolución trae en su vientre sino lágrimas y ruinas, que la obra de un dictador es, como éste, efímera y deleznable; que el dictador con luces, magnánimo y perspicaz no surge sino rara vez de los conflictos rojos; que á cada guerra civil se agregan á los ya existentes nuevos probables dictadores bárbaros, porque detrás de cada general vencedor se arrastra la inevitable cohorte de nuevos coroneles y generalotes improvisados, ignaros y ambiciosos, en cada uno de

los cuales anda escondido y prosperando el germen de un Imperator futuro. Olvidados de sí mismos y de sus propias ideas, con más facilidad se olvidaban de los otros. Ninguno recordaba ya lo que Rosado y los otros jefes é iniciadores de la revolución habían sido antes de lanzar su grito de guerra. Ninguno recordaba ya que todos ellos, antes de lanzar ese grito, eran tenidos por hombres malos. A Rosado, antiguo ministro, antiguo presidente, se le consideraba como el más ruin de los malhechores. Hablábase de él como de un salteador vulgar sin asomos de escrúpulos. Y á sus amigos, á los que por él trabajaron en el Congreso, dando á la revolución una bandera prestigiosa, si no los consideraban tan malos como él, tampoco los consideraban menos viles. Los que en pleno Congreso llamaron al país á las armas eran tenidos por venales. Casi todos, entre ellos los más escandalizados ante la inminente violación de la Ley, habían venido viviendo de los oros de César hasta la víspera del día en que invitaron al pueblo á ponerse de la parte de Bruto. Pero desde entonces, por el solo hecho de erigirse en adversarios del César y en defensores de la Ley, la opinión de las gentes volvióseles benigna y entusiasta. Rosado, con decir que venía á la defensa de la Constitución y la Ley, escandalosamente holladas, dejó de ser el más ruin de los malhechores. No le comparaban sino con los héroes más nobles de la antigüedad: le llamaban modelo de ciudadanos, el soldado por excelencia de la Ley, el varón íntegro. Y sus amigos aparecieron también á los ojos de la multitud con almas nuevas. El frecuente hablar de la Constitución y la Ley, proclamándose defensores de ellas, les prestó aureola y fama de hombres puros. Nunca se vió de modo tan patente como

esa vez la virtud prodigiosa de las palabras. Para el sagaz general Rosado y sus amigos, el repetir á cada momento las palabras Constitución y Ley, fué como bañarse en las aguas lustrales de una piscina milagrosa, hasta quedar limpios de toda lepra.

Cuando en la capital se traslucieron de irrecusable modo los primeros grandes triunfos de la revolución, empezaron á desertar de las filas de fieles al gobierno muchos politicastros. El gobierno, en un instante de súbito pánico y turbación, olvidó su máscara de serenidad aparente y se dejó ver, tal como estaba, débil y temeroso. El efecto de semejante olvido fué aumentar las deserciones de los politicastros. Algunos, con igual cinismo con que antes hablaban de haberse embarcado con el César en una misma nave, entonces achacaban al César todas las culpas, y encontraban la revolución legal y justiciera. Otros, no satisfechos con desertar en espíritu, se iban, al principio ocultamente, luego sin molestarse en hacerlo de tapadillo, á engrosar las filas del ejército revolucionario. La debilidad creciente del gobierno y los progresos continuos de la revolución hicieron que muy pronto se formasen, á las puertas mismas de la capital, en los alrededores de ésta, casi en las barbas del César y sus ministros, grandes partidas de rebeldes como la capitaneada por Pedro Soria.

Después de contaminar á los politicastros, el soplo de traición comenzó á sacudir las almas de los militares fieles al gobierno. El César se vió poco á poco desamparado de sus generales más adictos. Uno solo se mostraba decidido á no abandonarle. Los demás le abandonaban diciéndose desalentados de la lucha, cada vez más recia y vana, pero en realidad, si no le dejaban por cobardía, le dejaban porque de tiempo

atrás venían en tratos con la revolución y sus jefes. Los últimos no se cuidaron mucho de las formas; no ocultaron sus perfidias bajo disfraces: le dijeron que estaba de más, y le aconsejaron la fuga. No se la aconsejaron: se la impusieron. Y el César obedeció, transformados en mansedumbres de oveja sus ásperos instintos de lobo. Fué de una infamia á otra infamia. De la infamia de su grosero y criminal cesarismo corrió á la infamia de la fuga, y á la infamia del destierro fácil, apacible y dorado, en una gran ciudad lejana y opulenta. No se detuvo á defender siquiera con un simulacro de resistencia heroica algo de su honor hecho trizas. Menos aún pensó en rescatar con un supremo acto noble, con un supremo acto de belleza, á semejanza de los Césares verdaderos, los de Roma y Bizancio, toda la infamia de su vida, traspasándose el corazón con sus propias manos ante la derrota inminente, ó partiéndose las venas en el baño de pórfido, en el agua perfumada y tibia, bajo flotante y purpúrea mortaja de infinitos pétalos de rosas.

A su llegada á la capital, Rosado encontró dispuesto á rendírsele, tras de cortos y sencillos parlamentos, lo que del gobierno quedaba aún en pie. De esa ocasión aprovecharon los politicastros rezagados todavía, para mostrarse políticos hábiles, pasándose al enemigo por el cómodo puente de plata de los parlamentos. De los primeros entre los hábiles fué Perdomo. Según este, la suma de todas las responsabilidades y todas las traiciones estaba en el César fugitivo. Y no sólo se pasó con extraordinaria desfachatez al enemigo, sino además trató de escamotear á los triunfadores una buena parte de triunfos, por la manera

como él había conducido y llevado á feliz conclusión los parlamentos.

Concluídos los parlamentos, Rosado entró en la ciudad en medio á un inmenso clamor de apoteosis. La ciudad toda aclamaba, desbordante de gratitud, al héroe que venía por los fueros de la Constitución y de la Ley, en mala hora pisoteados. Cada habitante de la ciudad se creía en el deber de festejar el triunfo de la revolución como su propio triunfo. Muchos, los ingenuos, veían en aquel triunfo el real advenimiento de la república, ó por lo menos el principio de una era de paz y bienandanza. El haber combatido juntos en pro de una misma causa en las filas de la revolución hombres de los dos partidos contrarios, apareció á muchas almas de simples como presagio halagüeño, y saludaban esa unión como el término seguro de las guerras civiles. Pero los liberales consideraban el triunfo de la revolución como un triunfo liberal, porque el jefe de la revolución, Rosado, se decía liberal, y por liberal todos le tenían. Por su parte, los conservadores, aunque en la plaza pública no lo dijesen, miraban en el triunfo de la revolución un triunfo de su partido, porque si bien Rosado era liberal, sus tenientes no lo eran: pertenecían en su mayor parte á los conservadores. Y esos tenientes, además, contaban y traían en su haber mayor número de victorias que el jefe mismo. De esa manera, atribuyendo los unos, cada cual á su partido, el triunfo de la revolución, esperando los otros que ese triunfo aumentase, no la gloria de su partido solamente, sino la dicha y bienestar de la patria, irían todos viviendo de esperanzas é ilusiones, hasta el día en que Rosado, extinguido el clamor de apoteosis y pasada la embriaguez de las fiestas, empuñase las riendas del gobierno y continuara la obra

de ruina, descrédito y decadencia, tomándola en el mismísimo punto en que la dejó su predecesor, el César fugitivo. Entonces caerían las telarañas de los ojos, huiría de las almas la ilusión de las alas azules, y todos al fin comprenderían cómo el triunfo de la revolución no fué el triunfo de este ó aquel partido, de esta ó aquella idea, sino el triunfo de los mismos viejos abusos, el triunfo de los mismos viejos apetitos, con muy pocas diferencias de nombres y de caras.

Entretanto el populacho y la soldadesca llenaban las calles de la ciudad con su regocijo bullicioso, dando vivas á la revolución y á su jefe. Grupos de soldados y de pueblo se paseaban por las calles, contentos con lanzar ternos ó vivas y exclamaciones de júbilo. Pero manos tan hábiles como aviesas trabajaron por convertir el ardor de ese regocijo en furias vengadoras. La muchedumbre, de alma pasiva, se dejó llevar á los peores excesos por algunos de los que en tiempos de paz llamábanse partidarios de la justicia y del orden. Merced á esos justos, en la ciudad estallaron los motines y prendieron las represalias. Inocentes máquinas y otros útiles de una imprenta, en donde un grafómano servil imprimió sus lisonjas al gobierno caído, fueron arrastrados y esparcidos en toda la ciudad por la mano de saqueadores ebrios, entre algazara de granujas. La venganza de los justos no podía caer sobre la persona del César, ni sobre las personas de sus ministros, como el César puestos en salvo; pero cayó, seguida de la multitud, sobre sus casas indefensas. Nada respetó aquel torrente humano hinchado de odio, rencores y envidias. Las casas del César y de sus ministros fueron saqueadas una por una. Los retratos, muebles y objetos de arte, no completamente destruidos á golpes de varas, de sables y de puños,

los arrojaban maltrechos al arroyo. Objetos íntimos, destinados á no salir jamás de la discreta penumbra de la alcoba, salieron á la cruda luz de las calles. La multitud echó abajo una de las casas más trabajadas del saqueo, y se hablaba de no dejar piedra sobre piedra en las de algunos de los hombres más notables del gobierno caído. Arrastrados del vértigo, validos de la confusión, escudados por lo denso de la muchedumbre en desorden, ciertos corazones viles empezaron á cobrar, traicioneramente, personales venganzas. Y mucha sangre tal vez habría manchado las calles de la ciudad, á no ser una de esas intervenciones felices con que la naturaleza imperturbable parece revelarse con un alma consciente y bondadosa en medio de su fatalismo oscuro. El cielo, hasta ese entonces impasible y azul, condolido al fin del hondo clamor de angustia de la tierra, se deshizo en lágrimas. Al principio fueron grandes goterones lentos, al tocar en tierra sorbidos con desesperada avidez de la tierra ardorosa; luego fué la lluvia de los cielos blancos, una lluvia menuda precipitada y continua, que llenó y refrescó la atmósfera, empapó la tierra y la surcó de torrentes y ríos, arrastró inmundicias é impurezas; barrió de los flancos del cerro, convertidas en fango, las cenizas de la última roza; acalló el cántico estridente de las últimas cigarras; avivó, para mejor extinguirlo, en las copas de los árboles, el incendio de púrpura; y en las calles de la ciudad aplacó y deshizo el vano y miserable tumulto de los hombres.

Cuanto le dijo Romero sobre las escenas vergonzosas que habían afeado por aquellos días la ciudad, y sobre lo acaecido con la llave del taller, no impresionó tanto á Alberto como la simple noticia de haber

sido, *de orden superior*, transformado en alojamiento de tropas el caserón de la Escuela de Bellas Artes. Rosado lo había dispuesto así porque todos los cuarteles de la ciudad no eran bastantes á contener su ejército victorioso. Semejante noticia fué para el escultor como inesperada catástrofe. Cuando tiempo atrás, con la intención de hacer, ajustándose á los proyectos ilusorios de Emazábel, una serie de conferencias, hizo llevar á la Escuela su última obra y las copias del Fauno y la Ninfa de su obra premiada en París; y cuando, obligado á dejar la ciudad y esconderse en el campo, quedaron sus estatuas en la Escuela, ni por un segundo se imaginó que ahí, en la Escuela, en el único rinconcito de su tierra consagrado al estudio del arte, pudieran correr sus obras ninguna clase de peligro. «¡Cómo imaginarse entonces que la Escuela de Bellas Artes la convertirían muy pronto en refugio de soldadesca!»

—¿Y mi Venus criolla? ¿Y las copias del Fauno y la Ninfa?

Romero no sabía nada de eso: no había podido informarse de nada en aquellos días de tumulto. Era inútil, y además arriesgado, salir en aquellos días á la calle, recorrida por bandadas de saqueadores.

—Supongo—dijo Romero—que tus estatuas, con las copias de esculturas célebres que hay en la Escuela de Bellas Artes, las habrán resguardado de toda ofensa en algún lugar inaccesible á las gentes de tropa.

—¿Pero no estás seguro?

—No. ¿Cómo he de estarlo?

—Pero, en fin, el director de la Escuela debe saber en dónde y cómo se hallan las estatuas.

—La Escuela no tiene director: el que tenía cuando te marchaste para el campo renunció poco antes de

entrar en la ciudad Rosado con sus tropas, y el gobierno, en esos días, no estaba para ocuparse en designar un nuevo director á la Escuela.

—¿Entonces qué hacer? Quiero saber ya, inmediatamente, en dónde y cómo se hallan las estatuas. El Fauno y la Ninfa no me importan mucho: al fin son copias. Pero mi última obra, ya eso es distinto.

Y el escultor habría deseado correr, volar, como el hombre á quien vienen á decir que su hijo está en peligro de muerte. Para él, artista, su obra sin duda era más que un hijo. Un hijo no podía ser de él solo, en tanto que su obra era exclusivamente de él, sólo de él, símbolo perdurable de su orgullo, sangre de su genio, alma de su alma.

Sin pensar ninguno de los dos en lo que hacían, Alberto y Romero se llegaron á la puerta del cuartel, antes Escuela de Bellas Artes. El oficial de guardia condescendió á conversar con los dos amigos, y les advirtió que, para cumplir su deseo de entrar en el cuartel á ver las estatuas y llevarse una de ellas, debían proveerse de un permiso en toda forma del mismo general Rosado. Discurrían, poco después de hablar con el oficial de guardia, sobre la mejor manera de conseguir aquel permiso, cuando se les apareció como un salvador Pedro Soria, vestido aún con sus arreos de campaña: espada á la cintura, chaqueta bien ceñida al talle, pantalones listados de amarillo, y en la cabeza, rodeando el ancho sombrero de paja, una cinta de color gualdo vistoso. Y Pedro se ofreció á conseguirles en un periquete el permiso de Rosado.

Sin embargo, el permiso tardó en llegar á las manos de Alberto unos días, que para Alberto se deslizaron con lentitud angustiosa.

Cuando volvió por fin á la entrada del cuartel, volvió en compañía de Romero.

—¡Cabo Miyares! Acompañe á estos señores hasta allarriba, aonde están las jestatuas—dijo el oficial de guardia, después de leer el permiso y la firma de Rosado.

El oficial de guardia y el cabo Miyares cambiaron una sonrisa picaresca, no advertida de los otros. Y el cabo Miyares, zambo un si es no es patojo y muy cabezón, se dispuso á guiar á los dos amigos, adelantándose á ellos cosa de uno ó dos pasos. No tenían sino atravesar el corredor principal del piso bajo, subir por una escalera á gradas gastadísimas del tanto subir y bajar de la gente, para llegar, en el piso alto de la casa, al salón consagrado, cuando la casa no era cuartel, sino escuela de arte, á los trabajos de escultura.

El salón de esculturas, muy vasto, daba á la calle, y encerraba muchas copias de estatuas célebres. Entre otras de menor importancia, estaban resaltando allí con el reflejo de belleza inmortal robado á sus modelos, hermanos del milagro, las copias de las Venus de Milo y del Capitolio, las del Gladiador moribundo, la del Torso de Hércules, la del Apolo del Belvedere, sereno y arrogante, y la del suave Antinoo, el de las tersas formas divinas. El salón se continuaba á la derecha con una estancia exigua, que daba como el salón á la calle y estaba, también como el salón, llena de estatuas. Las paredes las tenía tapizadas de academias y otra suerte de dibujos. Ahí, en esa estancia, fué donde quedaron, á la partida de Alberto, las copias aisladas del Fauno y la Ninfa de su obra premiada en Paris y su Venus criolla.

Mientras atravesaban el corredor principal del piso bajo y subían la escalera, ansiosos de llegar adonde

habían de estar aún las esculturas, los dos amigos vieron apenas los soldados que, solos ó en grupos, llenaban, en el piso inferior, los corredores y el patio.

Ya tendidos por sobre los duros suelos, ó sobre mantas, azules de un lado y rojas del otro, dormían; ya extendidos sobre un costado, formando círculo con otros compañeros encima de la frazada bicolor, jugaban. Entre los soldados podían verse todos los tipos del pueblo: rostros blancos, cuya blancura servía de realce á la amarillez paludosa; negros casi puros de las poblaciones costaneras, con escleróticas muy blancas y almas fatalistas; gestos duros, batalladores é inteligentes de mulatos; y gestos apacibles de indios, de mirar melancólico y dulce.

En lo alto de la escalera, el cabo Miyares, rascándose la cabeza y encarándose con los dos amigos, se detuvo por un segundo, que fué para los tres de honda perplejidad y embarazo.

—La custión es que loj muchachoj han... desarreglao un poco esos muñecos. Como cuando uno viene de campaña no lo licencian á uno ái mismo...

Alberto y Romero, á su llegada al salón, empezaron á entender lo que significaban las reticencias de Miyares. El hijo de Latona, Apolo, descendido de su pedestal, rotos los brazos y un pie, vencido, no vencedor, andaba por los suelos boca abajo. En esa misma actitud ignominiosa, muy cerca de Apolo, estaba Antinoo, el de las formas divinas. Y ambos, como supliciados á traición, lucían en la espalda, en lo más bajo del dorso, la boca de una herida profunda. Luego, ante el espectáculo de las Venus, decaídas como Apolo, se les acabó de revelar la última significación recóndita de las reticencias de Miyares. Las Venus, al revés

del dios de la luz, miraban al techo del salón, no hacia la tierra. Los soldados, entre una frenética explosión de erotismo bestial, con las puntas de sus bayonetas habían simulado, en los blancos cuerpos de las estatuas, el sexo de las diosas. Y no pudiendo ya violar campesinas en los ranchos de la sabana y en los bohíos del monte, violaron, con sus caricias de brutos, las blancas diosas de yeso. En las divinas alburas de las Venus aparecían con toda claridad las huellas de los abrazos infames y el inmundo rastro de la más ruin semilla de hombre. Alberto, mudo, manifestaba su espanto, su indignación y su ira en una palidez intensa. Romero, por su parte, adivinando y respetando el dolor de su amigo, no podía menos de pensar en una como epopeya gigantesca y terrible, la epopeya de la Sangre y la Lujuria, desarrollada en la noche de las cavernas prehistóricas.

Con ímpetu de náufrago, Alberto se asió por un instante fugitivo de una esperanza falaz, al divisar á lo lejos, en el fondo de la estancia contigua al salón, en el mismo lugar y la misma actitud que él la dejó la última vez, la copia de su Fauno. La estatua del Fauno era, en efecto, la sola estatua respetada de la chusma. Con su alma de plebe, obscura y supersticiosa, la soldadesca vió, á través de la frente bicorne y de los labios irónicos del semidiós de los campos, un demonio truhán y vengativo.

Pero sobre la Ninfa y la Venus criolla parecía haberse encarnizado la furia de espasmos y caricias bestiales de los bárbaros en celo. Sobre todo, la Venus criolla era una sola ruina triste, en la cual muy difícilmente se alcanzaba á reconocer la antigua obra, la escultura destinada á perpetuar un peregrino fulgor de belleza, la estatua de la mulatica del Tuy fresca y

primorosa, como hecha de barro blondo, fragancia de canela y zumo de flores de apamate.

Cuando Alberto abarcó, en toda su magnitud, la miseria de sus creaciones, después de considerarla en silencio durante un largo espacio, de su garganta brotó, rompiéndose, destrozándose, algo que fué mitad sollozo, mitad rugido:

—¡Canallas! ¡Canallas! ¡Canallas! ¡Todos canallas!

Luego, por un instante, se rió con risa de loco, mientras decía, señalando las estatuas y dirigiéndose á Romero:

—¡Y nosotros que teníamos la candidez de pensar en el arte como en un medio de regeneración política! ¡Blasfemos!... ¿Ves? ¿Ves? Por aquí pasó la Bestia, la gran Bestia impura. ¡Ah, la Democracia! ¡Nuestra Democracia! ¡Nuestra *santísima* Democracia!

—¿El blanquito como que se ha molestao? Yo le dije que loj muchacho...—empezó á decir, un poco amostazado, el cabo Miyares, el zambo, un si es no es patojo y muy cabezón, al sentir, en las palabras y la risa irónica de Alberto, los latigazos del insulto.

—¡Sí me he molestado! ¡Sí me he molestado!—gritó el artista, en una súbita exaltación de rabia. Y su palidez, ya intensa, creció hasta convertirse en blancura, semejante á la blancura en que resplandecían, antes de ser violadas, las frágiles diosas de yeso.

Prudentemente, el cabo Miyares retrocedió unos pasos: en la palidez espantosa del artista reconoció una palidez que no era la del miedo. Entretanto, Romero se acercaba á su amigo, le asía del brazo, y, atrayéndole á sí, le decía:

—¡Cálmate! Cálmate y vámonos. Vámonos. Aquí nada hacemos.

Alberto, dócil, se dejó llevar del amigo. A la salida

de cuartel quiso hablar, y, cuando empezó á hablar, se le saltaron las lágrimas.

—Alfonzo tenia razón—prorrumpió—. Alfonzo tenía razón cuando me dijo que me fuera. Yéndome entonces, cuando él me lo dijo, me hubiera llevado quizás algo intacto, me hubiera llevado quizás casi entero el buen humor de la tierruca. Alfonzo tenia razón: nadie tiene derecho á sacrificar su ideal. El supremo deber de un artista es poner en salvo su ideal de belleza. Y yo nunca, nunca realizaré mi ideal en mi país. Nunca, nunca podré vivir mi ideal en mi patria. ¡Mi patria! ¡Mi país! ¿Acaso es ésta mi patria? ¿Acaso es éste mi país?

Y antes que en lengua bárbara, la bota férrea de nuevos conquistadores, la de los bárbaros de hoy, venidos también del Norte, como los bárbaros de ayer, la escriba para la turba infame, ciega ante la verdad, sorda al aviso, el artista calumniado, injuriado, humillado, escribió con la sangre de sus ideales heridos, dentro de su propio corazón, por sobre las ruinas de su hogar y sobre las tumbas de sus amores muertos, una palabra irrevocable y fatídica: FINIS PATRIÆ.